

Un thriller de
GIULIO LEONI

**LOS
CRÍMENES
DEL
MOSAICO**

*Dante Alighieri
investiga*

SUMA
de letras

GIULIO LEONI

LOS
CRÍMENES
DEL
MOSAICO

Dante Alighieri investiga

Traducción de
Nuria Martínez Deaño

© 2005, Giulio Leoni
© 2005, de la traducción, Nuria Martínez Deaño
© De esta edición: 2005, Santillana Ediciones Generales, S.L.
Torrelaguna, 60. 28043 Madrid

Diseño de cubierta: Eduardo Ruiz
Imagen de cubierta: Dante Alighieri en *El Parnaso*.
Fresco de Rafael en la Sala de La Signatura (Museos Vaticanos).

Primera edición: abril de 2005

ISBN: 84-96463-01-X
Depósito Legal: M-9904-2005

Impreso en España por Fernández Ciudad S.L. (Madrid)

Printed in Spain

Para Anna

Un silbido atravesó el aire, como si todas las serpientes del desierto hubieran sacado la cabeza de la arena. El proyectil lanzó un destello al culminar su parábola, inmóvil en un cielo que clareaba a la primera luz del alba. Después, tras un instante interminable, retomó su recorrido y se precipitó con gran estruendo contra el torreón de la puerta. Una descarga de lascas de piedra y ladrillos estalló alrededor, mientras la muralla vibraba, sacudida en sus cimientos por el impacto.

El ángulo exterior del torreón, incapaz de soportar el peso de dos plantas, se inclinó lentamente y comenzó a derrumbarse, arrastrando consigo las vigas de los armazones. Durante unos instantes, los gritos de terror de los hombres, que se precipitaban en el abismo abierto bajo sus pies, se alzaron por encima del estruendo del derrumbamiento; después, la parte superior del edificio se desmoronó sobre la muralla, abriendo una brecha junto a la puerta. Se levantó una inmensa nube de polvo, ocultando los restos de aquel derrumbe, mientras un segundo proyectil descendía con su maligno silbido desapareciendo en la polvareda.

Ningún estallido acompañó esta vez la llegada de la roca, sólo un estrépito aplacado por la montaña de escombros. En el lugar del objetivo no quedaban más que el vacío y la devastación causados por el primer ataque.

Al otro lado de la puerta, a escasa distancia, uno de los puestos de vigilancia se tambaleaba, como si fuera a desplomarse a su vez.

—Han vuelto a utilizar esa máquina diabólica —dijo uno de los dos hombres que estaban dentro, levantándose fatigosamente del suelo y corriendo a espiar desde la rendija de la puerta las proporciones del desastre—. La muralla no va a aguantar mucho.

El otro había resistido al temblor, aferrándose a la sólida mesa de roble sobre la que intentaba escribir. Con movimientos mecánicos, se sacudió de las ropas los trozos de cal, mientras su mirada se desviaba hacia la hendidura que se había abierto en la pared. Pero fue sólo un momento de distracción. Enseguida volvió a concentrarse en los documentos que se disponían ante él. Se frotó los ojos, intentando disipar el cansancio de la noche insomne. Después escribió unas cuantas palabras más. Cuando alzó de nuevo el rostro, había una sombra de desesperación en su mirada.

—El informe está terminado. Pero es inútil si no llega a sus manos —murmuró—. Estamos perdidos. Todo está perdido, es inútil.

—¡No! —gritó el compañero, agarrándole por los hombros y zarandeándole—. ¡No, no todo está perdido! —De golpe, se paró, como si estuviera arrepentido de su gesto—. Nosotros sí lo estamos, pero todavía hay esperanza para los demás —continuó, excitado—. Hay un barco, abajo en el puerto. Si los Hospitalarios consiguen defender el muelle una hora más, hasta que suba la marea...

—La suerte no estaba escrita en nuestras estrellas, hermano. Pero puede que tengas razón, desafemos una vez más al destino —respondió el hombre que se sentaba a la mesa, señalando una caja reforzada con bisagras de hierro que permanecía abierta en el suelo. Apresuradamente, con la ayuda del compañero, metió su trabajo dentro de la caja y la cerró con una cinta de cuero.

Sobre la mesa había una larga espada de empuñadura cruciforme dentro de su funda. La tomó e hizo ademán de ceñírsela al costado. Pero después cambió de idea y se dirigió con rapidez hacia la puerta seguido del otro, que apretaba la caja bajo el brazo.

Nada más salir, fueron embestidos por el furioso estrépito de la lucha. El redoble de tambores acompañaba el asalto de los sarracenos al último baluarte que seguía en posesión de los cristianos, la fortaleza de Acre. Recorrieron un tramo de la muralla, pasando por un estrecho terraplén almenado. Bajo sus ojos, en la hondonada arenosa, los asaltantes estaban rearmando las dos gigantes catapultas. Decenas de hombres, fustigados por los eunucos de la guardia personal del sultán, intentaban empujar las máquinas, altas como torres, hacia una nueva línea de tiro.

El de más edad se detuvo un instante, observando la escena con atención.

—Quieren atacar el puerto. Apresurémonos.

Todo se precipitaba en un caos de gritos, órdenes e imprecaciones. Grupos de extenuados hombres armados se dirigían hacia la brecha, mientras, en sentido contrario, mujeres y niños, presos del pánico, corrían sin rumbo, encorvados por el peso de hatillos y bártulos, buscando una salvación imposible.

Mientras tanto, después de dejar atrás la parte alta, los dos hombres se adentraron en el laberinto de callejuelas que dividía el centro de la ciudad. Se movían rápidamente, intentando abrirse paso entre la multitud aterrorizada que se dirigía al embarcadero. Al final de una cuesta vieron el puerto, protegido por un muro que aún permanecía en pie. Había un barco, como imaginaban: una galera negra, inclinada hacia estribor, con la quilla encallada a causa de la marea todavía baja. Sobre la vela recogida en el palo se veía el rojo de la cruz. En la popa ondeaba un estandarte de color negro, apenas atenuado por el blanco de una calavera. Un movimiento convulso sacudía el puente. Sobre la cubierta, toda la tripulación armada empujaba a golpe de remo a la masa de prófugos que intentaba desesperadamente subir a bordo.

Se tiraron los dos al agua y se abrieron paso a la fuerza entre los fugitivos, aplastando y pisando los cuerpos de aquellos que resbalaban en el fondo fangoso. Avanzaron con esfuerzo hasta alcanzar el flanco de la embarcación, a la altura del mascarón de proa. La punta de una lanza pasó peligrosamente junto a sus cabezas, entre gritos de amenaza.

—No queremos subir. ¡Pero tomad esto, por el amor de Dios! —gritó el de más edad mientras el joven levantaba la caja por encima de su cabeza, ayudado por la fuerza de la desesperación.

En una esquina del castillo de proa había un pequeño grupo de prófugos, vestidos con ricos ropajes, que seguían con una mirada incrédula aquella horrenda escena. Uno de ellos reaccionó ante aquella llamada. Abandonó a la mujer que estrechaba entre sus brazos y se acercó a la borda, inclinándose hacia abajo, y consiguió aferrar la caja de las manos del joven.

—¿Qué es lo que tengo que hacer? —le preguntó.

—Al Templo. Que llegue allí —respondió el hombre, señalando el estandarte de la popa.

—¿Qué hay dentro?

Parecía que el noble fuera a añadir algo, pero su voz quedó sofocada por un sonido inesperado. Alzado por una ola, el casco de la galera se movió, produciendo un sonoro crujido. A continuación volvió al fondo, chirriando de nuevo sus juntas. En aquel momento se repitió el silbido de serpiente, seguido, un instante después, del fragor de una enorme columna de agua y lodo, muy próxima al flanco. La ola provocada por el impacto sacó nuevamente la quilla de la nave del fango y sumergió a decenas de fugitivos entre espantosos gritos de pánico.

El joven consiguió retroceder, jadeando, con la cabeza fuera del agua. Buscó desesperadamente a su compañero, pero no había ni rastro de él entre los cuerpos que braceaban a su alrededor.

—¿Qué hay dentro? —volvió a gritar el hombre de la galera. En torno a él, los marineros habían comenzado a hacer palanca con los remos contra el fondo, empujando la embarcación hacia el lago.

—¡La verdad! —Al joven le dio tiempo a murmurar esas palabras, mientras un tercer silbido cruzaba el aire por encima de su cabeza.

Florenca, 15 de junio de 1300,
alrededor de la medianoche

Había llenado varias hojas de papel con su delicada escritura, mientras la vela se iba consumiendo en el escritorio. Debían de haber transcurrido varias horas desde que había comenzado a redactar su informe. Se detuvo a releer lo que había escrito.

Estaba exhausto; en las sienas sentía los latidos de un intenso dolor, el sueño aún estaba lejos.

—Claro, es así. La hipótesis contraria es una ofensa a toda racionalidad y evidencia —murmuró, pasándose una mano por la frente.

Sobre la mesa había una jarra llena y dos copas. Vertió agua en una de ellas, hasta que se derramó y cayó al suelo formando un charco. El reguero se deslizó por el suelo de cerámica siguiendo las irregularidades e infiltrándose por una grieta del pavimento, donde desapareció de la vista.

—Baja. Baja necesariamente —dijo en voz alta. Le pareció que delante de él una sombra asentía.

Algo en el exterior interrumpe el silencio perfecto de la noche. Fuertes pasos, cada vez más próximos, acompañados de un sonido metálico. Como si alguien sacudiera láminas, o moviera espadas. Su mano se precipitó a la daga que llevaba siempre consigo, en un bolsillo oculto en el interior de la túnica.

Hombres armados detrás de su puerta, a esas horas. ¿Cuánto tiempo había pasado desde que la campana había dado el toque de queda? Se sentía desorientado.

Buscó con la mirada una señal que le devolviera el sentido del tiempo pero, más allá de la estrecha ventana, el oscuro cielo no mostraba todavía señales del alba. Se levantó en silencio y apagó la vela, agazapándose detrás de la puerta. Contuvo la respiración, atento al más mínimo ruido.

Detrás de la puerta, el tintineo continuaba, como si los soldados se movieran a la espera de algo. La mano de Dante se cerró sobre la empuñadura del arma. Oyó dos golpes sordos en la puerta; después una voz áspera pronunció su nombre.

—¿Messer Durante?

Dante Alighieri se mordió los labios, dudando qué hacer. San Piero debería estar vigilado, por la guardia del Priorato, sobre todo de noche. La ceremonia en la que había sido investido con el cargo de prior^{*} apenas había terminado, ¿y aquellos canallas ya le traicionaban?

—Messer Durante, ¿estáis ahí dentro? Abrid.

No podía dudar. Quizás se requiera su autoridad por el bien público. Se apresuró a ponerse el birrete, con el largo velo, y a deslizarse en el índice el anillo de oro con la flor de lis; después se arregló los pliegues de la túnica a imitación de la toga romana, como había visto en las estatuas del convento de Santa Croce, y descorrió el cerrojo.

—¿Qué queréis, truhán? —preguntó en tono áspero.

Ante él apareció un hombre bajo y achaparrado, con una cota de malla que le llegaba por debajo de la rodilla. En lugar de la habitual cota de armas con la insignia de la flor de lis, iba recubierto con una segunda armadura de láminas metálicas unidas entre sí por tiras de cuero; ocultaba su cabeza tras un yelmo cilíndrico, al uso de los cruzados. Llevaba la espada envainada, sujeta al hombro por una correa, y dos puñales relucían en su cinturón.

—Está prohibido circular por la ciudad después del toque de queda. Sólo los bandidos y los ladrones se atreven a violarlo, y pagan la pena con la horca. Espero que hayáis ponderado adecuadamente las consecuencias —prosiguió el poeta en tono de amenaza.

El logo se quedó sin palabras. No parecía un individuo peligroso, a pesar de su aire marcial. Mientras le hablaba, Dante no había perdido de vista en ningún momento sus manos, una ocupada en sostener una antorcha, la otra desarmada en el costado. Habría sido fácil atacarlo. Entre el borde del escudo y la cota de malla se abría una fisura de una pulgada. También la abertura frontal de la visera, aunque era más difícil de alcanzar, dejaba un hueco para asestar un golpe mortal, hundiendo la espada en el ojo.

—Soy el alguacil. Me encuentro aquí cumpliendo con mi deber. Y por el vuestro, puesto que os han elegido prior y durante dos meses todos dependeremos de vos. —La voz del hombre había adquirido un tono quejumbroso, mientras intentaba erguirse todo lo que daba de sí su modesta estatura.

Dante se acercó a él, intentando leer los rasgos de su rostro escondido tras el yelmo. La hendidura, en forma de cruz, dejaba entrever una nariz pronunciada y dos ojos pequeños y juntos como los de un ratón.

En ese momento le reconoció. Era realmente el alguacil, el jefe de las fuerzas de la policía del Comune.^{*} Un ladrón al mando de otros ladrones.

—¿Y qué sortilegio podría unir nuestros cargos? —Dante soltó la empuñadura de la daga.

—En la iglesia de San Judas, en la muralla nueva, se ha cometido un crimen. —El hombre, de pronto, se mostraba inseguro delante del prior—. Un crimen que... quizás requiere la presencia de la autoridad del Comune —balbuceó.

—¿A quién han matado?

En lugar de responder, el alguacil desató torpemente las tiras del yelmo. Cuando por fin consiguió quitarse de la cabeza la pesada armadura, su rostro apareció empapado de sudor.

—No lo sabemos todavía. Pero es mejor que lo veáis con vuestros propios ojos. ¿Vendréis?

—Narradme lo ocurrido.

—Pues, es algo... extraño, sobrenatural...

Dante empezaba a impacientarse.

—Dejad que sea yo quien juzgue lo que es o no es extraño. *Omne ignotum pro magnifico*, como decían nuestros mayores. Todo nos sorprende, si no sabemos. —Le dio unos golpecitos en el hombro—. No creo que seáis vos el más adecuado para reconocer aquello que sucede de acuerdo o no con la naturaleza. Sólo el estudio minucioso y la consciencia absoluta de aquello que existe, unidos al conocimiento de aquello que no existe, autorizan al sabio a trazar el límite entre lo habitual y lo extraordinario. Hay un pasaje de Luciano al respecto sobre el que deberíais meditar.

—Sí... entiendo —murmuró el otro.

—Entonces, referidme lo que es, no lo que os parece.

—Un hombre. Muerto. En San Judas. Dentro de la iglesia. Asesinado, creo —balbuceó el alguacil limpiándose otra vez el rostro bañado en sudor.

—¿Y por qué queréis que se ocupe del asunto la autoridad máxima del Comune? ¿No forma parte de vuestro deber la investigación criminal?

—Sí, claro... pero... Bueno, preferiría que lo vierais con vuestros propios ojos. Os lo ruego.

Parecía que aquella última petición le había supuesto un gran esfuerzo. Dante le miró fijamente a la cara, mientras una mueca fruncía las comisuras de sus finos labios.

—No se ve con los ojos, alguacil, sino con la mente. Vos, al igual que otros ciegos. Habéis hecho bien en dirigiros a mí. Y dad gracias a San Juan Bautista, nuestro protector, que ha querido que yo fuese prior, si las circunstancias son tan oscuras como vos decís.

—¿Vendréis, entonces? —repitió el hombre, con un tono de voz que traicionaba su ansiedad—. Hay agua, aquí en el suelo —añadió después, señalando el pavimento.

Dante no respondió, absorto como estaba en sus pensamientos. Dirigió la mirada hacia aquella parte del cielo que se veía por el tragaluz y se quedó mirando fijamente cómo las estrellas dibujaban sus formas en la cúpula celeste. Extraña manera de empezar su mandato como jefe del Comune. Los malos presagios le inquietaban.

Volvió en sí, enderezando de golpe la cabeza, y cogió el cetro dorado que había dejado encima del arcón.

—Vamos —ordenó, precediendo al alguacil en el umbral.

Recorrió el pórtico, hacia donde se abrían las puertas de las celdas. Dante pensó en los otros cinco priores, seguramente sumergidos en el turbio sueño de las mentes débiles, poblado de los fantasmas de la lujuria y el libertinaje. Después se detuvo, reteniendo al alguacil con la mano.

—¿Por qué motivo me habéis buscado a mí?

El otro se aclaró la voz. Parecía avergonzado.

—Porque me dicen que sabéis de letras más que nadie. Sois un poeta, ¿no? Habéis escrito un libro.

—¿Y en qué podría ayudaros yo, un poeta?

—Hay algo extraño en esta muerte, algo que va más allá de la razón.

Dante decidió no darse por aludido. ¿Qué podría responder a aquel idiota?

—Dicen que sois el más adecuado de los priores... —continuó el alguacil.

—¿Adecuado para qué?

—Para... para buscar en las cosas secretas.

El jefe de la guardia pronunció aquellas palabras con un tono particular, mezcla de admiración y de desconfianza. Su mente simple debía de creer que el secreto es la antecámara del delito, pensó el poeta. Quizás también a él le considerara un criminal en potencia. Cuando acabara su cargo tendría que protegerse de aquel hombre. Pero ahora parecía necesitar su ayuda. Se retorció nerviosamente las manos, pasando rítmicamente el peso del cuerpo de un pie al otro.

Volvió a ponerse en camino seguido en silencio por el alguacil.

Atravesaron la gran explanada de tierra, iluminada por el resplandor de la luna llena. El suelo aún estaba lleno de escombros de las casas de los Uberti, destruidas después de la derrota de los gibelinos en Benevento. Durante más de treinta años las ruinas se habían usado como cantera de piedra para edificar las nuevas construcciones de la ciudad. Delante de ellos se alzaba uno de los contrafuertes laterales de la torre de Farinata, el líder de la familia Uberti, difuminado por la penumbra apenas mitigada por la tenue luz de las lámparas de aceite que ardían en la zona del Ponte Vecchio.

Las ruinas surgían de la tierra como gigantescos dientes despedazados. En los proyectos del superintendente de las calles, aquella explanada ahora sembrada de ruinas se convertiría en el verdadero centro de la ciudad. Un poco más lejos se podía vislumbrar una oscura mole perteneciente al ya casi terminado palacio nuevo de los priores, con su torre descomunal: un gigante adormecido como un titán fulminado por Júpiter, con el brazo extendido para golpear al cielo. Quién sabe cuántas piedras gibelinas, aún manchadas de su sangre, se habían usado en sus muros.

¿No había sido ese mismo orgullo el que había llevado a erigir la torre de Babilonia? Toda la ciudad parecía haber sucumbido a una especie de frenesí. Destruir y construir. Abatir al que se alza para intentar superarlo con arrogancia, mientras la envidia iba anidando en los corazones como una serpiente.

—La abadía de San Judas, habéis dicho... —Dante se había vuelto hacia el alguacil—. Pero no es una de las parroquias de la primera muralla. Está fuera. —Si la memoria no le engañaba, estaba muy lejos, más allá de la puerta de la ciudad, en el camino de Roma—. Había sido la sede del cenobio de los agustinianos, hace muchos años. Se hablaba de ella en Santa Croce, en las clases de los franciscanos... —Durante un breve instante, acudieron a su mente los recuerdos de aquellos dulces días—. Creía que estaba abandonada —concluyó.

—Lo está. O mejor dicho, lo estaba. Los agustinianos la dejaron hace muchos años, y desde entonces se ha ido desmoronando. Después, una congregación decidió restaurarla. He oído que va a ser la sede del estudio florentino.

—¿Un Studium?

—Sí... eso es.

—Pero no hay una universidad en Florencia —replicó sorprendido el poeta.

—Bueno, es ahí donde quieren ubicarla. —El alguacil se encogió de hombros—. Venid, iremos en mi carro.

En la esquina con la calle de los Tintoreros esperaba un pequeño y recio carro de cuatro ruedas. Ellos dos subieron al pescante, protegidos por una cubierta de cáñamo, mientras la escolta se acomodaba en la parte trasera. Debajo de aquella especie de vela el calor era sofocante, pero al menos el poeta no se veía obligado a estar codo con codo con los guardias.

El vehículo avanzó con gran estrépito por el empedrado, tirado por un caballo que, continuamente, hacía extraños movimientos, poco convencido también él de aquella sobrenatural carrera nocturna. La parte trasera del carro daba tumbos sobre los adoquines del pavimento, sin que las cinchas de cuero que tensaban sus tablas consiguieran amortiguar semejante ajetreo.

Las sacudidas del carro acentuaban la migraña de Dante convirtiéndola en un verdadero tormento. A través de la apertura lateral, veía deslizarse el tosco almohadillado de la antigua muralla; después el carro giró hacia el Arno y llegó hasta la cuesta que conducía al Ponte delle Grazie. Ahí el guardia de barrio que vigilaba el tránsito les ordenó detenerse. El alguacil, después de identificarse a la luz de las antorchas, dio el orden de quitar la cadena que impedía el acceso a la arcada.

Pasado el Arno, a medida que se iban alejando de la ciudad, el aire parecía más denso. La pavimentación se acabó de golpe y las ruedas crujieron. Los edificios de mampostería habían sido sustituidos por una aglomeración de casuchas de madera dispuestas, como un cúmulo de mendigos andrajosos, a lo largo del camino que conducía a Roma. Únicamente, de vez en cuando, la monotonía del paisaje se veía alterada por la compacta sombra de alguna capilla o por los campos y viñas que salpicaban el terreno de amplios espacios abiertos. Las luces del Ponte Vecchio quedaban ya muy lejanas. Sólo la luz de la luna se reflejaba tenuemente en la intensa oscuridad que reinaba en los alrededores.

Mientras avanzaban entre las tinieblas, Dante notaba una presencia a su lado, traidora, densa como la espesa niebla amarillenta que surgía lentamente de los prados, tomando cuerpo y deslizándose al lado del carro mientras se adentraban en aquel barrio periférico. Era el mal. Aquel mal legado de fuera, que se había condensado alrededor de la ciudad y ahora la oprimía de una forma sofocante.

—¿Quién es el muerto? —preguntó de pronto. Sólo en aquel momento se dio cuenta de que el otro no le había revelado su identidad. Alguien se había diluido en la nada y su nombre ni siquiera era recordado con una palabra de piedad. Hizo a escondidas un gesto de conjuro.

—No... no lo sabemos. Esperad. Lo veréis con vuestros propios ojos.

Dante quiso insistir, pero después se encogió de hombros y calló. En el fondo era mejor así. Prefería evaluar directamente los hechos, sin dejarse guiar por

inciértas percepciones ajenas, por si lo convocaban para explicar lo sucedido. Volvió con el pensamiento a su celda en San Piero, a los escritos que había interrumpido. Se abandonó al movimiento de las ruedas, intentando relajar el cansado cuerpo.

La iglesia se alzaba al menos una milla al sur del río, en una zona en campo abierto que había entrado a formar parte de la tercera línea de murallas. Originariamente, debió de ser una parroquia en el camino a Roma. En el exterior se amontonaban materiales de construcción, tablones y herramientas de carpintero.

Una parte del ábside había sido incorporada a las murallas del nuevo bastión, mientras que el antiguo campanario había sido reforzado en la base con un contrafuerte, y después reutilizado como torre de observación. El edificio mostraba las huellas de numerosas transformaciones sufridas a lo largo de los siglos, que le habían conferido el aspecto de un extraño complejo que oscilaba entre lo militar y lo religioso. En la fachada, una portada con arco ojival se combinaba con dos estrechos ventanucos cruciformes propios de un estilo más antiguo. Dante conocía ya este tipo de estructuras, muy similares a las que había oído describir a los peregrinos que venían de ultramar.

Tiempo atrás, alguien había intentado cerrar el acceso con una empalizada que, sin embargo, presentaba en algunos lugares signos de haber sido levantada o arrancada. De la puerta abierta salía el trémulo fulgor de las antorchas en movimiento.

—El cuerpo ha sido encontrado ahí dentro —dijo el alguacil, con la nariz dilatada ante el olor de un peligro imprevisto.

Dante había visto una expresión similar en los animales camino del matadero. No le consideraba un cobarde. En la batalla de Campaldino, once años atrás, le había visto resistir el asalto de los aretinos, cuando la caballería enemiga se lanzó contra sus desmembradas filas. ¿Por qué ahora tenía miedo delante de la puerta de una iglesia?

El dolor en las sienes volvió a estallar con violencia. Reprimió una nueva sensación de náusea y apartó con impaciencia al hombre, que continuaba dudando. Quería despachar enseguida aquel asunto para poder refugiarse entre las paredes de su celda, en busca de sosiego. Avanzó a través de la nave inmersa en las tinieblas, directo al grupo de hombres con antorchas que se recortaba al fondo.

—¡Prior, esperad! ¡Deteneos!

A sus espaldas, la voz del alguacil cargada de ansiedad parecía proceder de una remota distancia. Sin duda era el dolor lo que alteraba sus percepciones. Pensó con amargura que no siempre era posible que el ánimo fortalecido por la virtud y el conocimiento pudiera sobreponerse a la frágil miseria del cuerpo. Había recorrido una veintena de pasos cuando la voz le llamó de nuevo.

—¡Esperad, deteneos! —Pero esta vez el sonido era distinto, como si se tratase de un eco lejano.

Dio unos cuantos pasos más, tambaleándose, presa del vértigo. Tenía la sensación de no estar solo, la misma que había sentido pocas horas antes en la celda.

—Qué... —murmuró desconcertado, mientras una luz lo rodeaba. Sintió que una mano le aferraba del brazo.

—¡Deteneos, ahí está la muerte!

Quien lo sujetaba era un joven armado, cuyos largos cabellos rubios sobresalían del yelmo. Empuñaba una antorcha, de la que provenía el resplandor que lo envolvía. Parecía salido de la nada. Sin dejar de apretarle el brazo, bajó la llama iluminando sus pies. Dante vio por un instante el reflejo azul de su mirada; después él también bajó los ojos y se estremeció.

Estaba al borde de un abismo. La planta de la nave se había partido en dos. Una profunda grieta se abría en el centro del suelo, como si un enorme peso hubiera caído desde lo alto, rompiendo en pedazos los muros de piedra para abrirse camino hacia las vísceras de la tierra. Lucifer caído de los cielos. Sólo permanecían intactos dos estrechos lugares de paso a lo largo de las paredes poco más anchos que un brazo.

Un paso más y se habría caído sin remedio. Se pasó la mano por la frente, secándose el sudor; después se puso de rodillas para reponerse. Necesitó al menos un minuto antes de sentir que recobraba las fuerzas. La migraña había desaparecido. Se dio la vuelta hacia su salvador, pero el joven se había marchado. Entonces se acercó con cautela al borde de la fosa para calcular su profundidad. En aquel lugar debió de haber una cripta. O bien la iglesia se había levantado sobre una construcción anterior, una gran villa romana con sus cisternas para la recogida de aguas.

Alzó de nuevo la mirada por encima del vacío, hacia el ábside. A su lado oyó la respiración jadeante del alguacil, que había llegado hasta él.

—Messer Durante... afortunadamente os habéis parado a tiempo.

A Dante le pareció percibir una nota falsa en su preocupación. Lo apartó de un manotazo y se pegó a la pared, pasando con cautela por el estrecho terraplén de la grieta.

Podía distinguir con claridad al pequeño grupo de hombres armados apoyados en la pared del ábside, con las antorchas levantadas, frente a una estructura de travesaños que se elevaba perdiéndose en la oscuridad. Parecía que estuvieran intentando iluminar una figura que tenían delante: un hombre alto, indiferente a la agitación de los demás. Tenía la cabeza vuelta hacia la nave, como si estuviera escrutando las tinieblas, esperando la llegada de alguien.

Había algo antinatural en aquella rigidez. Parecía que un sudario cubriera sus rasgos, haciéndolos imprecisos. El hombre estaba erguido, con las manos enlazadas a la espalda.

Dante estaba estupefacto. En los rostros de los guardias que se arremolinaban a su alrededor leía la misma incredulidad. El hombre parecía ser al mismo tiempo víctima y testigo mudo del crimen.

El alguacil se acercó un poco más. Parecía buscar consuelo, como un perro aterrizado por los truenos.

Dante dio los últimos pasos deprisa. Arrancó con decisión la antorcha de las manos de uno de los guardias y la acercó al cadáver.

El muerto estaba apoyado en uno de los postes que sujetaban el andamiaje. Estaba cubierto por unas ropas grisáceas muy gastadas y tenía las manos atadas a la espalda. Los pies separados, las rodillas ligeramente flexionadas, como si estuviera a punto de salir disparado. La cabeza y el cuello estaban cubiertos por una capa de cal que reproducía toscamente su fisonomía.

Dante reprimió el instinto de socorrerlo: su inmovilidad era tan elocuente que era imposible que en él hubiera el más mínimo destello de vida. Las manos atadas al travesaño y la rigidez de la capa de argamasa, que se había solidificado, lo mantenían en posición erguida, ligeramente echado hacia delante, como el macabro mascarón de proa de un barco. Caronte, el barquero de las sombras, podría haberse servido de él como ornamento para su barca, pensó.

—¿Comprendéis ahora la necesidad de que se ocupe de este asunto la máxima autoridad del Comune? Deberíamos... se debe llamar a la Santa Inquisición. El demonio está en esta iglesia desacralizada —balbuceó el alguacil.

Cuántas veces se había interrogado sobre la perfidia humana, se dijo el poeta. Ahora se la encontraba de frente, en su forma más abyecta.

—Habéis actuado con sabiduría conduciéndome hasta aquí —dijo lentamente—. En cuanto a la Inquisición, por ahora dejadla fuera de este asunto. Siempre habrá tiempo para convocarla, si juzgara que fuera oportuno y necesario.

Se acercó al cadáver. Vivo debía de haber sido más o menos de su misma estatura. Parecía observarlo desde dentro de su máscara. ¿Pero cómo podía sostener su propio peso y mantenerse en pie? Pidió un puñal a uno de los soldados y con unos cuantos golpes decididos cortó las cuerdas que ataban sus manos.

Los brazos del hombre cayeron hacia delante con un movimiento lento que parecía querer imitar al de la vida. Pero el cuerpo permaneció erguido, entre las exclamaciones y señales de la cruz de los presentes.

Dante rozó la máscara con la mano. La argamasa estaba completamente seca, dura como una piedra. No parecía ser el material de construcción habitual, era

como si el asesino hubiera hecho la mezcla con algún otro componente más compacto. Golpeó repetidamente el duro envoltorio que cubría la nuca del muerto, abriendo una serie de pequeñas fisuras, como había visto hacer una vez en el horno de las campanas. El metal, aún humeante, salía de su prisión de tierra poco a poco, mientras la cubierta se deshacía bajo el martillo.

Empezó a aparecer la cabeza. Oculta por la argamasa, una cuerda pasaba bajo la barbilla del hombre apretando su garganta contra el poste. Ésta era la razón por la cual se mantenía erguido. A sus espaldas, el alguacil soltó un suspiro de alivio.

El envoltorio continuaba deshaciéndose, empezando por la parte donde la capa era más fina, dejando entrever mechones de cabello grisáceo. Sin embargo, por delante se resistía, como si la zarpa de un demonio hubiera aferrado el rostro del asesinado para retenerlo en el reino de las sombras.

Según una creencia popular, la segunda muerte, la del alma, no llegaba hasta pasadas dos horas de la primera, la de los sentidos. Y en ese periodo todavía era posible volver a llamar a la vida al desaparecido con los oportunos ritos de nigromancia. Quizás el asesino quería asegurarse de que ni siquiera un mago pudiera anular los efectos de su obra, pensó el poeta.

La nuca ya estaba casi completamente al descubierto. Aestó un nuevo golpe decidido y notó un movimiento bajo sus dedos; entonces, la mordaza comenzó a ceder. Después la máscara cayó de golpe, descubriendo ante la luz de las antorchas el rostro del muerto.

Detrás de él se alzó un murmullo de horror, procedente de los hombres que se habían acercado para espiar sus movimientos. Les oyó retroceder. También el alguacil lanzó un quejido, persignándose.

Sólo Dante permaneció inmóvil, como el hombre que tenía delante, que lo miraba con los ojos abiertos de par en par. Apretaba entre las manos la masa cóncava que hasta ese momento había escondido aquel horror. Estuvo tentado de volver a ponerla en su sitio, para borrar aquello que todos habían visto, superando a duras penas el impulso de saltar hacia atrás.

Un leproso parecía invitarle a bailar entre sus brazos.

A su alrededor se había desatado un movimiento caótico. Abandonando cualquier contención, los guardias huían precipitadamente hacia el abismo, arriesgándose, en el afanoso intento de sortearlo, a que éste acabara tragándose los. El comandante primero había mostrado la intención de seguirlos; después —quizás debido a un arranque de dignidad— se había parado delante de la fosa. También Dante se quedó atrás, pero sólo para recoger una de las antorchas que los soldados habían dejado caer. Se cubrió el rostro con el velo del birrete para protegerse la nariz y la boca de los miasmas e iluminó de nuevo al muerto.

Lentamente, su corazón volvió a latir con regularidad. La cal había abierto heridas en la carne del muerto, surcándola de estrías escarlata, y al quitarla había arrancado trozos de piel y vello de su cara, desfigurando sus rasgos, convirtiéndolo en el rostro llagado de un enfermo. Pero las manos y el cuello parecían intactos, sin una sola úlcera. Armándose de valor le levantó las mangas de la túnica hasta los hombros. Tampoco ahí había señal alguna de haber sido contagiado.

Debieron de echar la cal sobre el rostro del hombre cuando todavía estaba vivo, quemándolo, y se había ido solidificando, acompañándolo en los espasmos de la agonía. Durante su examen, Dante había dejado caer el velo de la boca. El alguacil lo interpretó como una señal tranquilizadora y volvió a acercarse con cautela.

—No es...

—No, estad seguro. No es un leproso, ni un apestado. Es más, a juzgar por el aspecto de sus músculos, debía gozar de buena salud en el momento de la muerte.

El alguacil parecía haber superado el primer temor y miraba boquiabierto el cadáver.

—¡Pero, claro! —exclamó—. ¡Lo reconozco!

—¿Sabéis quién es?

—Sí, ahora lo sé, incluso en estas condiciones... Es Ambrogio, el maestro comacino.

—¿*Un magister cum machinis?*

Dante miró a su alrededor. El proyecto de restauración de la iglesia debía de ser verdaderamente ambicioso, si se había pensado en recurrir a un comacino. Frunció el ceño, preocupado. Era un hecho completamente inesperado, y llegaba en un pésimo momento. Con todas las tensiones que sacudían Florencia, ahora se sumaba la muerte de un miembro de la corporación más importante de constructores de la Italia septentrional. Y de ese modo tan horrible, por si fuera poco. ¿Qué sucedería cuando lo descubrieran sus cofrades?

En caso de que ellos estuvieran involucrados, tenía que prepararse para lo peor. Le pareció como si un viento gélido barrierá de golpe el aire sofocante de la iglesia.

—Un constructor... —murmuró.

—Sí, un arquitecto —precisó el alguacil—. Y además un gran mosaquista. Era él quien había recibido el encargo de dirigir las obras de reconstrucción de la iglesia... ¿Cómo creéis que ha sido asesinado?

Dante tardó en responder. Sería mejor preguntarse el porqué. Pero en el fondo la pregunta no estaba fuera de lugar. Muchas veces la forma en que suceden los acontecimientos resulta reveladora también de sus causas. Señaló una laceración en la nuca.

—Quizás haya sido agredido por la espalda y se ha desmayado. Después lo asfixiaron.

—¿Estrangulado?

—Ésa no ha sido la causa de la muerte —dijo el poeta, tocando la cuerda de cáñamo que mantenía el cuerpo en aquella posición antinatural. No le apretaba tanto como para impedirle respirar, y de hecho en el cuello sólo había una ligera marca rosada—. Cuando estaba sin sentido, el agresor le ató las manos a la espalda, apretándole el cuello con la cuerda que luego utilizó para sujetar el cadáver. Quizás quería sonsacarle una confesión. Después le echó encima la cal, que se ha solidificado convirtiéndose en una máscara funeraria. Mirad.

La amorfa masa grisácea de la máscara mostraba claras evidencias de la huella de un rostro humano desencajado por la agonía, con los dientes apretados en un mordisco infrahumano. Sobre la superficie de la argamasa se veían algunos mechones grisáceos y trozos de piel que se habían quedado atrapados, al quitar el envoltorio, en el hueco de la máscara. Parecía que la cabeza del muerto estuviera ahí, bajo sus ojos, petrificada por la terrible mirada de una Gorgona.

Sólo entonces, quizás para apartar la vista de aquel horror, o porque un resplandor de la antorcha había iluminado la pared, la atención de Dante se dirigió al gran mosaico que estaba detrás del muerto.

Levantó la antorcha, curioso. La luz iluminó un puñado de teselas multicolores que se habían caído a los pies del andamio. Sobre las paredes se percibían restos de la misma argamasa con la que se había hecho la máscara.

—Ha sido asesinado con el material de su obra —murmuró.

Retrocedió unos pasos, para apreciar mejor el conjunto. En la pared destacaba la majestuosa figura de un anciano venerable de poderosa musculatura. Tenía unos seis brazos de altura, dirigía la mirada hacia su derecha, y sus piernas estaban ligeramente flexionadas. Parecía que aquel cuerpo enorme estuviera a punto de girarse hacia algo que había aparecido de repente ante sus ojos. El brazo derecho estaba extendido hacia delante, casi anticipando el movimiento siguiente. El artífice había conseguido, con enorme maestría, captar las emociones de aquel ser, incluso a través de un material tan poco dúctil como la piedra.

A primera vista le pareció que el gigante se cubría con una túnica multicolor, parecida a aquellas que llevaban las figuras alegóricas de las representaciones sacras. Pero producía ese efecto porque su cuerpo estaba formado por teselas de distintos materiales. La cabeza había sido realizada con pequeñas láminas de oro fino, adecuadamente esmaltadas para dar profundidad al ojo, relieve al cabello y acentuar una mueca de dolor que parecía surcar aquel rostro barbudo. El pecho y los

brazos eran de plata, y el vientre, hasta la ingle, lo conformaban piezas de cobre laminado a golpes de martillo, mientras que la pierna izquierda, que parecía sostener el peso del cuerpo, en actitud de emprender la marcha, estaba hecha con fragmentos de hierro. La derecha, apenas flexionada en ademán de dar un paso, era de un material rojizo no metálico, probablemente terracota.

En algunas secciones de la figura, había sido retirada parte de las teselas, como si el artista hubiera cambiado de opinión.

—Así que era ésta la obra en la que trabajaba el maestro Ambrogio, mientras le alcanzaba el soplo de la muerte —dijo, pensativo, Dante—. Pero por qué...

—¿Qué significa? —le preguntó el alguacil. Miraba hacia arriba, intimidado, como si la grandiosidad de la figura hubiera alejado de su limitado entendimiento la presencia del cadáver.

Por vez primera, Dante le dirigió una mirada benévola.

—Es la representación de un pasaje de la historia sagrada, un episodio que se refiere a Nabucodonosor, un rey pagano, al que se le aparece en sueños una estatua que simboliza la humanidad y su caída desde la antigua edad de oro hasta la actual, que ya no está representada por ningún metal sino que se ha transformado en la vil materia de la que están hechas las tinajas.

A ambos lados del coloso, el artista había trazado con una piedra los perfiles de torres, murallas y templos, como si el gigante se dispusiera a abandonar la ciudad de su izquierda para alcanzar una más grande que quedaba a su derecha. Dante se acercó a esta última para iluminarla mejor, atraído por un detalle que había visto entre el conjunto de torres y cúpulas que sobresalían del perímetro de murallas almenadas. Era la imagen de una gran fortaleza que había visto en su viaje a la capital de la cristiandad: Castel Sant'Angelo, erigido sobre las gigantescas ruinas de la tumba de Adriano. La silueta no dejaba lugar a dudas, aunque fuese apenas un esbozo.

La enorme figura dirigía sus pasos hacia Roma. La humanidad doliente y corrupta por el pecado se ponía en marcha hacia la ciudad santa. Quizás para obtener el perdón en ocasión del Centésimo, el gran año jubilar proclamado por Bonifacio VIII para celebrar el nuevo siglo.

Volvió a dirigir la antorcha hacia el cadáver, que continuaba en pie delante de su propia obra, como si quisiera reivindicarla, con orgullo, para la eternidad. Sentía que debía existir un vínculo entre la figura representada en la pared y el horror de aquel crimen.

—Seguramente no sea una casualidad que te hayan matado debajo del mosaico —murmuró a la oreja del maestro comacino—. Debe de existir alguna relación con tu homicidio.

El alguacil trataba de escuchar las palabras que Dante susurraba. Alrededor del coloso, una amplia zona de la pared estaba ya preparada para proseguir el trabajo. Una vez terminado, el mosaico sería mucho más extenso.

Probablemente, el motivo del crimen no residía en lo evidente, sino en la parte que se había quedado en la mente del muerto. Dante recorrió con una mirada rápida el perímetro del ábside, en busca de algo. No había nada, a excepción de unos cuantos tablones amontonados.

—Buscad alrededor —ordenó a los guardias—. Telas, hojas de papel con dibujos... Tienen que estar las plantillas del mosaico.

Los hombres comenzaron a dar vueltas con las antorchas en alto, guiados por el alguacil, contento de alejarse del vivo que hablaba con los muertos. Mientras, el poeta volvía a estudiar el paisaje situado tras los pies de la figura. La pequeña ciudad de la izquierda parecía uno de tantos burgos fortificados que aparecían en las representaciones paisajísticas de muchas iglesias de Italia, desde que se había implantado la moda de pintar frescos en las paredes. No presentaba ningún detalle reconocible. Únicamente en el centro de la pequeña muralla destacaba una puerta con cuatro cabezas de león en la parte superior.

En esa parte había algunos signos que habían sido grabados en la superficie del enlucido. Se agachó para observarlos con atención. En ese momento el alguacil volvía de su reconocimiento.

—No hay nada, prior. Sólo cascotes y herramientas de trabajo. Ningún papel, ninguna tela.

A Dante le fastidiaba la presencia de aquel idiota. Se giró de golpe, pasándole la antorcha. De algún modo, al menos, podría resultarle útil.

El otro la sujetó, desconcertado y herido en su orgullo. Pero la curiosidad era más fuerte que él.

—¿Decís que al maestro lo han atado al travesaño cuando todavía estaba vivo? ¿Y de qué lo deducís?

—Del hecho de que en esta parte —Dante le mostró los rasguños de la pared, detrás del cuerpo—, aún con las manos atadas a la espalda, consiguiera escribir algo, y tenía que estar vivo para hacerlo.

El alguacil acercó la antorcha a la pared para poder verlo mejor. Sobre el muro, entre una maraña de líneas rojizas, en caracteres imprecisos y casi ilegibles, trazados bajo el impulso de la desesperación con algo cortante, la mano de Ambrogio había grabado con trazos parecidos a letras «IIICOE».

Dante se inclinó de nuevo para observar los signos grabados superficialmente sobre el enlucido, quizás con el canto de una tesela.

El alguacil había seguido con atención sus movimientos, inclinándose a su vez para observar los signos. Después se había vuelto a levantar.

—Veo, sí... ¿y qué interpretación le dais, messer Alighieri?

—Ninguna. Quizás es un número en caracteres romanos, noventa y siete, seguido de otra palabra que el maestro no ha tenido la fuerza de completar. Pero no estoy seguro.

Por lo demás, la idea de que esa incisión se hubiera practicado durante el crimen era sólo una suposición. Podía tratarse de un simple apunte de trabajo, y estar ahí desde hacía días. El orden de sus pensamientos comenzaba a naufragar en una tormenta de hipótesis.

—¿Quién ha descubierto el cadáver? —preguntó, después de un instante de reflexión.

—Un pastor que pasaba por aquí persiguiendo a una oveja descarriada extraviada. O que entró para robar algo. Ha dado la voz de alarma. Estaba aterrorizado.

Dante echó de nuevo una mirada a su alrededor, absorto. Su dolor de cabeza se estaba agudizando. Los pinchazos en el ojo eran punzantes. También habían vuelto los vértigos. Necesitaba aire y reposo. No había nada más que hacer ahí dentro, se dijo.

—Dad a vuestros hombres la orden de disponerse a mover el cuerpo y a transportarlo a la cámara de los muertos en soledad, en el hospital de la Misericordia. Usad el carro con el que hemos venido. Yo volveré a pie. Dejad instrucciones en la puerta para mi entrada.

—No es oportuno... de noche.

—El toque del alba ya ha sonado hace un buen rato. Dentro de poco será de día. Necesito respirar. Pensar.

Salió de la iglesia recorriendo de nuevo el camino que rodeaba la enorme grieta de la nave. En el borde sintió un ligero mareo que le hizo vacilar mientras palpaba el vacío. Pero esta vez no había ninguna mano que lo socorriera.

Dicen que se reconoce al hombre justo por su paso desprovisto de incertidumbres. Dicen que no hay más de dos justos en cada ciudad, y que nadie los escucha.

Recordó al joven que lo había salvado. Le habría gustado agradecerse, pero entre los rostros marcados por el cansancio y el miedo que veía a su alrededor no había ni rastro de él.

En el umbral saludó bruscamente al alguacil, poniéndole en entredicho ante sus hombres. ¿Acaso aquel idiota se esperaba que le indicara quién era el culpable de buenas a primeras? Su mirada de decepción dejaba entrever que así era. Un arranque de orgullo estimuló a Dante. En el fondo aquel miserable no estaba muy lejos de la verdad. Si su mente estuviera menos turbada, se dijo apretándose las sienes, quizás habría podido relacionar los elementos que había recogido, dándoles forma.

Pero una voz dentro de él le susurraba que se necesitaría bastante más de una hora para llegar a la verdad. «Mañana. Mañana lo retomaremos. Necesitamos luz», se dijo.

En el exterior le recibió la primera luz del alba. Se dio la vuelta. Los austeros contornos de la iglesia eran ahora perfectamente visibles. Había algo perverso en aquellas murallas. Parecía que las manos que a lo largo de los siglos habían transformado el edificio, dejando cada una su impronta, traspasaran con ella a las piedras las marcas de su maldad. «El destino deja su huella en los lugares, como en la vida de los hombres», pensó. Y como las vidas, también las piedras pueden ser erigidas por el mal.

Quería que lo dejaran solo. Necesitaba respirar, con la esperanza de que el aire del exterior atenuase sus espasmos. Pensó en la pequeña reserva de acónito que tenía en la celda, pero dudaba de que pudiera ser suficiente para calmar el dolor. Y a aquella hora de la mañana era imposible encontrar una botica abierta.

Recordó uno de sus actos públicos, tiempo atrás, cuando formaba parte del Consejo de los Ciento. Siempre se había sentido orgulloso de su memoria. Incluso en ese momento habría podido recitar libros enteros de la Eneida. Parecía estar viendo todavía aquel acto, «Con licencia del prior del Gremio... se concede la facultad de tener botica... al maestro Teofilo Sprovieri, médico y boticario, nacido en San Juan de Acre, y procedente de allí...»

Tienda y laboratorio en la calle Lunga, cerca de Porta Romana. Le sacaría de la cama. En el fondo, aquel hombre le debía algo. Él era el prior, podía violar el toque de queda. Podía todo. Y además también era miembro del Gremio de los Boticarios. Un cofrade le abriría los brazos.

Un fármaco... un fármaco, un poco de aire puro y vencería el dolor.

El paseo hacia Porta Romana no le sentó tan bien como había esperado. Todos los humores del cuerpo parecían haber enloquecido. Estaba exhausto, y tenía el cabello y la barba empapados de sudor. Se dio cuenta de que se había extraviado en el entramado de callejuelas que, como una tela de araña, se extendía por detrás de la iglesia del Santo Spirito, nada más atravesar la puerta.

Al girar por un callejón, se tropezó con un clérigo panzudo, que caminaba con dificultad en sentido contrario, jadeando y con el aspecto malsano de quien habitualmente se ve obligado a recurrir a medicamentos y brebajes. Le pareció que quería esquivarlo y notó un brillo de miedo en su expresión huidiza.

—Hay una botica por aquí cerca. ¿Dónde? —exclamó el poeta, cerrándole el paso y mirándole fijamente con los ojos inyectados en sangre.

El clérigo palideció. Miró con perplejidad sus ropas, luego su rostro descompuesto. Dante se colocó el birrete en la cabeza y los pliegues de la túnica antes de repetir su pregunta, casi a gritos.

—Ahí... a mano izquierda. Nada más pasar la fuente de la Muerte... —balbuceó aquél, indicando la dirección con una mano temblorosa.

Dante se puso en marcha, satisfecho por los efectos que las insignias de su autoridad tenían en sus conciudadanos. Se volvió una vez más a mirar al hombre que se alejaba de prisa, aliviado al haber huido de un loco vestido de prior.

Las irregularidades del empedrado le hacían tropezar continuamente. A esas alturas, los pinchazos en las sienas le enturbiaban la vista, transformando el pavimento en mal estado en una neblina de destellos. Ni siquiera él mismo habría podido decir cómo había llegado hasta la fuente de bloques grises coronada por los restos de una estatua romana. A lo largo de los siglos, la corrosión y la incuria habían dejado sus huellas en el rostro de la mujer de mármol, transformándolo en un horrendo mascarón. Se agachó para beber un sorbo de agua gélida.

Luego se sentó un momento en el borde, para tomar aliento. También aquí la muerte se cernía sobre sus espaldas como una presencia maligna, acariciándolo con su mirada ciega.

Qué extraña idea, una botica en un lugar como aquél. ¿O acaso aquella elección estaba motivada por una secreta sabiduría? La Cura y la Muerte, inseparables como las dos caras de la misma moneda en la geografía de aquella ciudad, como en la de la vida.

Dio unos cuantos pasos más, pasando por un callejón que conducía a uno de los lados del ensanche, y reconoció la puerta de lejos gracias a las jambas grabadas con los símbolos del Gremio. Recorrió el último tramo casi en sueños.

A pesar de la hora, la botica ya estaba abierta. A través de la puerta se filtraba una luz ondulante, como si en el interior alguien se moviera sosteniendo una lámpara.

El lugar presentaba el extraño aspecto de una biblioteca. A lo largo de sus paredes se disponían estanterías altas, ocupadas por filas simétricas de tarros y contenedores de vidrio y de cerámica de colores. Sobre el largo mostrador central, cubierto por una losa de mármol, destacaban varios morteros de distintas dimensiones, de piedra, de bronce y de madera, y también una serie de hornillos sobre los que bullían cazoletas y retortas de cobre, de las que emanaba un delicado vapor aromático. Al fondo, un horno de material refractario emitía un tenue resplandor rojizo.

Junto al mostrador, el poeta vio a un hombre ocupado en machacar hierbas secas en un mortero. Parecía de su misma edad. Al advertir su presencia, lo observó con curiosidad. Era de complexión espigada, cabellos negro azabache y ojos oscuros, ligeramente alargados como los de los orientales. Su mirada era viva, inteligente, y había algo de felino en su manera de moverse. A la luz del candil que descansaba sobre el mostrador, sus pupilas emanaban una ligera fosforescencia.

—¿En qué puedo ayudaros, messer? —preguntó tras inclinar la cabeza a modo de saludo. Al hacer ese movimiento, la luz dejaba entrever las arrugas de su frente.

En lugar de responder, Dante miró a su alrededor. Daba la sensación de que en aquel ambiente había un agradable sentido del orden, una organización perfecta con un equilibrio de formas y una lógica en la distribución de los espacios.

Se sintió tranquilo. No había acabado en el antro de un estafador. Allí dentro resplandecía la luz del intelecto y la huella de la sabiduría de la nueva ciencia. Aquel lugar parecía verdaderamente un símbolo del tiempo nuevo, de la claridad del pensamiento avalado por la razón, según la escuela de París. Aquel lugar era... sí, moderno.

—Raíz de acónito y espino albar en polvo. E infusión de tomillo, y pimienta en grano, y corteza de sauce fresca —dijo finalmente.

El otro lo miraba fijamente, mientras continuaba moliendo pausadamente en el mortero. Parecía reflexionar sobre el significado de aquella petición.

—Extraña combinación esa que pedís. Como si quisierais, al mismo tiempo, contraer y relajar vuestras vísceras. Y parecéis infravalorar la peligrosidad del acónito. ¿Quién os ha prescrito esa poción? —Aunque sonara amable, había una sombra de sospecha en aquella voz.

—Soy Dante Alighieri, prior de la ciudad —respondió bruscamente el poeta. Se sintió morir ante una nueva oleada de dolor—. Y soy maestro boticario y experto en artes médicas. Sé perfectamente que el acónito puede llevar a la muerte... —Hablando, se había acercado al mostrador y había aferrado uno de los almireces de bronce—. No tengo intención de matarme; administrándome este fármaco simplemente pretendo facilitar que la bilis excesiva que corre por mis vasos sanguíneos se vaya con sus afecciones a través de los conductos naturales. Así pues, ¡dadme esas malditas hierbas, antes de que os eche las manos al cuello! —Acto seguido se arrepintió de aquel gesto de ira, apresurándose a bajar la mano.

El boticario había seguido su angustioso razonamiento con atención. No parecía ofendido por el tono arrogante. Es más, parecía contento.

—¿Dante Alighieri? —dijo extendiendo los brazos—. ¡Qué alegría me da vuestra inesperada visita! ¡Vos, el maestro de la palabra poética, en mi botica! ¿Os acordáis de mí? Soy Teofilo Sprovieri. Nos conocimos cuando éramos estudiantes, hace unos años, en Bolonia... ¿lo recordáis? —volvió a repetir con una pizca de desilusión, al ver su perplejidad.

Dante no recordaba nada. Pero, poco a poco, su mente ofuscada por el dolor evocó aquel nombre como un eco. Le transportó años atrás, cuando estaba componiendo los versos de amor para Beatriz, durante su breve periodo de estudios universitarios.

—Sí... ahora sí. Perdonadme. El dolor que siento ha difuminado los rasgos de vuestro rostro.

Esperaba que aquellas palabras fueran suficientes. Pero el otro, en lugar de dirigirse hacia las estanterías de los medicamentos, se le acercó aún más.

—¿Cuál es la naturaleza del mal que os consume? —preguntó, mirándolo como si intentara penetrar en su sufrimiento a través de la puerta de sus ojos.

—La bilis negra que circula por mis venas. Incendia como lava ardiente mi frente —respondió con fatiga Dante.

—Puede que disponga de algo... un fármaco nuevo —dijo. Un brillo iluminó su mirada. Parecía contento de tener la oportunidad de ser útil a un hombre distinguido, y al mismo tiempo de quedar en buen lugar como maestro del Gremio médico—. Confíad en mí, señor Alighieri, y permitid que mi escasa ciencia haga una pequeña contribución a la vuestra, sin duda superior.

En una esquina de la botica había una caja grande de madera maciza, con las esquinas reforzadas por placas metálicas y la tapa cerrada con un candado de doble llave, muy parecido a los de las cajas de los grandes cambistas de Florencia. El farmacéutico extrajo de un armario dos llaves de hierro e introdujo una de ellas en la cerradura superior.

A pesar de los fuertes dolores que en ese momento le cegaban, Dante observó admirado aquella obra maestra de la mecánica. La cerradura estaba ideada de tal modo que para abrirla era necesario utilizar de forma alterna las dos llaves, dando un único giro con la primera, para después introducir la otra y proceder en sentido contrario durante un número de veces que le pareció interminable.

Finalmente, con un chasquido, el diente escondido de la cerradura liberó el arco de acero del candado, y Teofilo abrió el pesado portillo de la caja.

Desde donde se encontraba, el poeta no podía ver con claridad lo que había dentro. Tuvo la sensación de que el otro, a propósito, hacía de escudo con el cuerpo. Sólo consiguió ver, en la parte inferior, un fajo de papeles unidos por una cuerdecilla, y, sobre un anaquel de madera, un frasco del tamaño de una medida de vino, casi lleno de un líquido verdoso, sellado con un tapón de metal.

—Aquí está el fármaco del que os hablaba. Un remedio contra cualquier dolor del frágil cuerpo humano. Hasta el sufrimiento del espíritu consigue alivio con este bálsamo —explicó Teofilo mientras volvía a cerrar la caja.

Dejó con sumo cuidado el frasco sobre el mostrador. Dante creía saber de qué se trataba. También en Florencia se había hablado de una hierba traída a Europa por algunos cruzados en su regreso de Ultramar. Era la hierba llamada de los Asesinos, los depravados seguidores del terrible Viejo de la Montaña; tenía el poder de adormecer los sentidos y aquietar las emociones, borrar los recuerdos y las convicciones; sobre ella habían escrito los antiguos griegos, denominándola loto. Sabía que también se tomaba en su ciudad.

—Creo conocer ya vuestro remedio, señor Teofilo, pero pienso que el loto destilado no sea la cura más adecuada para devolver su equilibrio a los humores alterados.

—¡Oh, no, maestro!, no es de las hierbas de Libia de donde proviene este fármaco —replicó el farmacéutico en tono enigmático. Por un instante, parecía no querer añadir nada más, luego cambió de opinión—. Su procedencia es mucho más remota. No proviene de las áridas arenas de los Moros, sino de los exuberantes confines de una tierra que ni el gran Alejandro consiguió atravesar. Hace dos años en la ciudad de Alepo un viajero me regaló la pequeña cantidad que veis. Llevaba consigo piedras preciosas y sedas, pero éste era su bien máspreciado. Me dijo que se llamaba chandu en la lengua de sus primeros descubridores.

—¿Y qué contiene?

Teofilo no respondió en ese instante, como si estuviera pensando algo.

—Habéis dicho que ese preparado no es loto, sino que llega de tierras lejanas —le apremió Dante. En su mente, una intuición se había abierto camino—. ¿Se trata, acaso, de meconio?

—¿Meconio? —repitió lentamente el boticario.

—La sustancia que se extrae de la amapola de Oriente, descrita por Plinio el Viejo. Aquella con la que el gran emperador Marco Aurelio aliviaba sus angustias y las preocupaciones de su gobierno.

—Veo que vuestro saber es semejante a vuestra fama, messer Alighieri —se limitó a replicar al otro, con una expresión indescifrable—. Es mi bien más precioso. El más secreto. Y que ahora vos os beneficiéis de él me honra profundamente.

Sacó de un cajón un tubito de vidrio, y después de haber abierto el recipiente, extrajo una pequeña cantidad de su contenido para echarlo de nuevo en una ampolla. Al deslizarse por las paredes de cristal, las gotas de la sustancia parecían surcadas por un resplandor luminoso al tiempo que un olor áspero se difundía en el ambiente.

El poeta extendió la mano, venciendo las últimas dudas. Las punzadas en la cabeza volvían a ser martilleantes. En ese estado habría hecho cualquier cosa con tal de mitigar el dolor. Pero Teofilo no daba muestras de tener prisa y continuaba sujetando la ampolla.

—Observad esta dosis, cuya exacta medida nace de una experimentación atenta, y en ocasiones funesta, de sus efectos sobre el cuerpo humano. Diez gotas provocan un adormecimiento y calman el dolor más lacerante, como aquel que a veces arde en la cavidad de los dientes, en los conductos auditivos o en las circunvoluciones del cerebro, como en vuestro caso. Veinte gotas y la mente se precipita en un delirio de impetuosas visiones. El velo de pudor que Dios ha puesto sobre nuestros más oscuros secretos se desgarran y el intelecto racional penetra en el reino del alma. La mente adquiere el don blasfemo de un poder profético no inspirado por Dios, sino por el demonio verde que la inunda. La excitación en esta fase es tan intensa que el instrumental de un cirujano o el cuchillo de un asesino pueden despedazar el cuerpo sin que el soñador, absorto en sus visiones, se dé cuenta del tormento.

Mientras el otro hablaba, el nombre de la mezcla retumbaba en la cabeza del poeta.

—Si no temiera atraer las iras de la Santa Iglesia, diría que los progenitores de la humanidad han arrancado este chandu de las ramas del árbol del Bien y del Mal —continuó el boticario—. Volved, pues, a vuestro alojamiento y seguid mis instrucciones. Para la hora nona, vuestro sufrimiento habrá desaparecido.

—¿Y más de veinte gotas? —preguntó Dante, aunque ya sabía la respuesta.

—No lo hagáis. Nunca. Con más de veinte gotas se abren las puertas del Paraíso, pero nadie ha visitado nunca el Paraíso en vida. Más allá de esa cantidad sólo está la muerte.

Dante recorrió, haciendo un enorme esfuerzo, el tramo de la calle que llevaba al convento. En San Piero no había nadie en la puerta ni en las escaleras. La guardia también parecía haberse desvanecido, después de aquella noche infernal. Entró apresuradamente en su habitación y diluyó diez gotas del preparado en una taza con agua. Pero después añadió cinco más, antes de tumbarse vestido sobre el alto arcón que usaba de cama. Deseó que las palabras de Teofilo fueran verdad.

Al principio no sintió nada en particular. La primera luz del alba entraba por la ventana lentamente. Incluso los ruidos de la calle parecían atenuados, como si alguien hubiera extendido una alfombra de fieltro sobre el adoquinado de piedra. A sus oídos llegaban voces incomprensibles, un confuso bisbiseo. Era como si los viandantes, abajo en la calle, se hubieran puesto de acuerdo. Y seguramente la noticia de que allí vivía Dante Alighieri, prior florentino, poeta, ya se habría extendido por toda la ciudad.

Sintió un repentino deseo de asomarse a la ventana de la celda para darles las gracias, pero se sentía totalmente abatido por la debilidad. Las extremidades se negaban a obedecerle. Todo su cuerpo parecía haberse condensado en su mente como si se tratase de una solitaria isla perdida en un mar agitado entre la nada, un pequeño escollo situado en una ruta abandonada, olvidada por todos los navíos e incluso por el canto de las sirenas.

No habría sabido decir desde cuándo duraba aquel silencio absoluto. Sentía en las sienas el silbido sordo de la sangre. Todos los humores se agitaban en su

interior. A veces le daba la impresión de estar al borde de una enorme cascada que se precipitaba hacia las vísceras de la tierra. Estaba dominado por el fragor de su propio cuerpo.

Entonces, detrás de la puerta cerrada, oyó un suave ruido de pasos; gente que se agolpaba intentando no hacerse oír, sofocando con la mano el sonido de las voces para no molestarle. Pero era tardísimo, y fuera le esperaban los cardenales que venían a anunciarle la hora de la elección. ¿Acaso estarían conspirando a sus espaldas? ¿Por qué no había sido convocado para el cónclave? Y, sin embargo, sería él quien designaría al sucesor de Bonifacio. Es más, precisamente a él le ofrecerían el báculo pastoral, iluminado por la Gracia...

—¡Entrad, pues! —gritó hacia la puerta que vibraba, mientras un haz de brillantes destellos de luz se filtraba por las hendiduras de la puerta. Entre los tablones de madera iban tomando forma aquellas letras de fuego, las letras de la muerte, «IIICOE».

La luz que se filtraba por todas las rendijas estalló como el resplandor de un relámpago, mientras la puerta giraba sobre las bisagras. La boca de un volcán, o del mismo infierno, se había abierto en su habitación. Una figura oscura, que se recortaba a contraluz, se acercó con pasos lentos hacia la cama donde Dante estaba tumbado.

Era una mujer, cubierta por una amplia túnica de seda blanca, verde y escarlata, cuyas atractivas formas se transparentaban bajo la tela traspasada por una luz cegadora. Siguió avanzando hasta rozar el camastro con las piernas, y el poeta notó el calor del cuerpo que se inclinaba sobre él, desatando las cintas de la túnica y acercando el seno a su rostro.

Fue entonces cuando descubrió en aquel seno una llaga que lo mancillaba, una laceración sangrante, inmunda. Una selva viviente pareció crecer alrededor del rostro de la mujer, y un grupo de serpientes entrelazadas se lanzaron contra Dante, que intentó echarse hacia atrás, apoyándose en el cabecero de la cama, como si quisiera entrar dentro de la pared que estaba a su espalda para huir del ser infernal que lo perseguía.

Los párpados de Medusa, desfigurados por la lepra, comenzaron a levantarse lentamente, mientras un terrible grito desgarraba el silencio, golpeándole la mente como un mazazo.

16 de junio,
hacia la hora nona

Dante se despertó sobresaltado, cubierto por un sudor gélido. El eco del grito aún resonaba entre los muros de la habitación. La luz cegadora del sueño había dado paso al resplandor del sol, que en ese momento estaba alto en el cielo.

Se levantó tambaleándose, con el espíritu todavía agitado y confuso. Se pasó las manos por la cabeza intentando espabilarse. Tenía la impresión de que acababa de salir de las profundidades de un océano poblado de muertos. Pero el fuego en las sienes había desaparecido. Una extraordinaria sensación de bienestar invadía todas sus fibras, y cada átomo de dolor se había disuelto.

Con el cuerpo sosegado, recuperadas la presteza y las virtudes de su ánimo, había encontrado renovadas fuerzas. Los sucesos de la noche permanecían clarísimos en su memoria, como si acabara de salir de la iglesia donde se había cometido el crimen. El rostro atormentado del mosaquista apareció de nuevo ante sus ojos instándole a que entrara en acción, como si fuera un pariente suyo y estuviera obligado a la venganza de la sangre.

Era su conciencia la que lo agujoneaba: como prior de Florencia, ¿no era acaso un padre para sus conciudadanos? ¿Su sangre no era la suya? Tenía que actuar sin demora, sin miramientos hacia nadie, prestando atención a todo aquello que le sugería su razón y su conciencia.

Se asomó al pórtico, haciendo un gesto a la guardia que vigilaba la fila de celdas.

—¿Está el secretario del priorato? Convocadlo inmediatamente —ordenó.

En lugar de apresurarse a obedecer, el hombre lo miraba de un modo amistoso.

—Antes ha venido un tal Manetto, cuando dormíais. Y vos tenéis un sueño profundo, prior.

—¿Messer Manetto? ¿Qué quería?

—Os buscaba. Un tipo virulento, de tez cerúlea y amarillenta. Ha hablado de unas cuentas. Dice que irá a ver a vuestro hermano si no pagáis.

Dante sintió que enrojecía. Maldito usurero. ¡Venir a buscarlo ni más ni menos que al priorato! Y aquel perro del guardia, que seguía mirándole sarcásticamente...

—Haced lo que he pedido, inmediatamente —ordenó, seco.

Observó, irritado, la expresión de aburrimiento del hombre, que se dirigía sin prisa hacia la escalera, después volvió a su celda y se sentó al escritorio a esperar.

Bajó la mirada a los documentos en los que había estado trabajando durante la noche, antes de entrar en el reino de las tinieblas.

La disertación que quería presentar al senado de la universidad de Padua cuando hubiera terminado su mandato se titulaba *Cuestión del agua y de la tierra*.

Después de los laureles poéticos, aquella pequeña obra le proporcionaría la gloria eterna entre los sabios.

La había escrito para rebatir la impía e ilógica afirmación de que, en algún punto del globo, las aguas podían levantarse por encima de las tierras emergidas y que en el hemisferio austral pudiera haber algo más que océano.

Aquellas teorías eran una locura, y sin embargo más de uno las defendía, alegando como prueba los manantiales de montaña. Dar fe a tales argumentaciones sería equivalente a admitir que, en alguna parte, el agua podía correr hacia lo alto.

Sobre la mesa seguían la jarra y las copas que había llenado por la noche. Tuvo la tentación de repetir el experimento pero la jarra estaba vacía. Nadie parecía ocuparse del servicio en el priorato, pensó crispado. Pero en el fondo tampoco era importante. Era suficiente con la autoridad de Aristóteles para contrarrestar tanta insensatez, muestra inequívoca de la degradación del saber.

El secretario era un hombre de mediana edad, completamente calvo. Se asomó a la puerta con un grueso libro bajo el brazo. Las páginas estaban sujetas por dos tablillas de madera con imágenes de santos.

—¿Deseáis verme, messer Alighieri? Imagino que queréis el balance de las finanzas del Comune. He traído conmigo...

—Gracias, messer Duccio —respondió Dante, interrumpiéndole—. Tendremos tiempo para eso. ¿Vos lleváis las cuentas de las obras que se están realizando para la nueva muralla?

—Sí, claro. Aunque para eso haría falta otro registro...

—¿Quién está restaurando San Judas? ¿Y por qué?

El otro rebuscó durante un instante en su ordenada memoria. Después comenzó a hablar, como si estuviera leyendo un archivo invisible.

—La iglesia y los edificios anexos pertenecían a los agustinianos. Pero la orden los abandonó. Han estado deshabitados durante más de cincuenta años, por eso fueron adscritos a las posesiones del Comune como *res nullius*. El pasado año llegó de Roma la petición de ceder el edificio como sede del Studium general.

—¿De Roma?

—Sí, a través de un mensajero del senado de la Urbe. Los monjes de San Pablo Extramuros lo solicitaron; quieren destinarla a sede capitular para la universidad.

El Papa Bonifacio quiere que en todas las ciudades cristianas se desarrolle el amor por el saber. En Roma ya ha impulsado la Sapientia, la universidad de los doctos de la Urbe.

—¿Está Bonifacio detrás del Studium? —preguntó Dante alarmado—. ¿Quién contrató al mosaquista?

—El encargo ha sido asignado a Ambrogio, maestro comacino, que se aloja con los frailes de Santa Croce.

—¿Quién paga las obras?

—El Comune no... Creo que directamente el colegio del Studium.

—¿Los miembros del colegio tienen, pues, tanto dinero?

—Algunos son famosos en su arte... —El secretario se encogió de hombros—. Puede que ganen mucho, o que dispongan de otras rentas. Messer Teofilo, por ejemplo, con su botica, seguro que no es pobre, visto el coste de los brebajes de esos malditos boticarios...

Dante levantó la cabeza bruscamente, dando un paso hacia el secretario, que se detuvo, intimidado. De pronto, se dio cuenta de que el prior pertenecía al Gremio de los Boticarios. Se mordió la lengua, maldiciéndose, mientras buscaba desesperadamente el modo de poner remedio a todo lo que había dicho. Pero el poeta pensaba en otra cosa.

—¿Teofilo? ¿Os referís a Teofilo Sprovieri, que tiene la botica junto a fuente de la Muerte? ¿Es uno de los miembros del Studium?

De golpe, recordó el rostro inteligente del boticario, pero bajo una luz distinta. Más siniestra, si tenía algo que ver con aquel receptáculo de hipocresía del Papa.

El otro pasó con rapidez las hojas, para asegurarse antes de asentir.

Por un momento Dante reflexionó en silencio. Luego se acordó de messer Duccio, que seguía estrechando el libro entre sus manos como si fuera el patrimonio

familiar.
—Podéis ir. Pero voy a necesitar vuestros servicios. Una relación detallada de los miembros del Studium: quiénes son, de dónde vienen, cuál es su tendencia política, sus vicios, las culpas ocultas y las que son evidentes. Todo.

El otro salió.

Dante estaba perplejo. Echó una mirada a su alrededor, parándose distraídamente en los pocos objetos de la celda, sin ser capaz de concentrarse en nada. La idea de que Bonifacio estuviera preparando una universidad en Florencia, que después dominaría a través de sus acólitos, le preocupaba.

Se asomó a la puerta y volvió a llamar con un gesto brusco al guardia, que estaba apoyado en una columna del claustro. El hombre le devolvió una mirada de fastidio, resoplando ostentosamente antes de moverse. Dos órdenes en tan sólo unos pocos minutos debían de ser demasiado para alguien como él.

Dante esperó impasible a que se acercara lo suficiente, después le asestó un violento revés en la mejilla.

—Maldito haragán, quiero que se obedezcan mis órdenes a la velocidad del pensamiento. E incluso más rápido, si fuera posible. Y así has de hacerlo si quieres conservar tu buena salud —silbó, propinándole una patada, mientras el otro se daba la vuelta para eludir su ira.

El hombre, que seguía aturdido, se apresuró a hacer un gesto afirmativo con la cabeza.

—Claro... claro... a vuestras órdenes...

—Avisa a dos guardias para escoltarme inmediatamente hasta Santa Croce.

El hombre volvió a asentir, mientras se masajeaba la mejilla. El poeta vio cómo corría hacia el lugar donde se alojaba la guardia. Pero antes sintió su mirada en la garganta, cortante como un cuchillo. Quizás debería ser más cauto, se dijo. No sería prior eternamente.

Era día de mercado, en la parte de atrás de la antigua muralla. Dante había decidido atravesar las calles atestadas de puestos para acortar su camino. Pero descubrió con fastidio que habría hecho mucho mejor desviándose por la orilla del Arno, evitando de esta forma aquel gentío de hombres malolientes y dudosas mercancías. Caballeros y putas, nobles y ladrones, enmarañados en un abrazo obsceno por las calles de aquella ciudad en tiempos devota de San Juan.

Frente a aquel espectáculo degradante, sentía una rabia sorda agitarse en su interior.

—Intentad manteneros cerca de mí —gritó a los guardias que le seguían. Pero, a pesar de sus gritos y de las amenazas de las picas, enseguida los perdió de vista cuando desaparecieron entre la multitud de cabezas que se movían de un lado a otro. Era como si toda Florencia, animales de carga incluidos, se hubiera dado cita en aquel laberinto de calles estrechas que se extendía entre el baptisterio y la iglesia de los franciscanos.

Avanzaba fatigosamente, intentando abrirse paso entre el gentío y mantenerse lo más cerca posible del borde de la calle para evitar los numerosos excrementos de caballo. Había pensado que las insignias del priorato bastarían para abrirle el paso, pero después de perder a la guardia armada, el birrete y el cetro dorado no parecían ejercer ningún efecto sobre la multitud. Es más, parecían atraer la atrevida insolencia de los plebeyos. Ya, en dos ocasiones, había evitado por muy poco un chorro de orina, arrojado desde una de las ventanas, y empezaba a sospechar que detrás de aquellos atentados se ocultase una clara intención de ultrajarle.

Intentó memorizar cuáles eran las casas de donde provenían aquellos lanzamientos. Seguramente eran las guaridas de aquellos perros de los Donati, sus enemigos. Pronto encontraría la manera de vengarse. Aprovechando el momentáneo refugio que ofrecía la tienda de un cambista, se puso de puntillas, buscando a los guardias. Pero aquellos bribones parecían haberse esfumado.

Se sobresaltó. Alguien le aferraba la mano. Intentó liberarse de un tirón, pero quien apretaba su mano le retenía con una fuerza sorprendente.

—¡Una moneda!

—¿Qué diablos quieres de mí, vieja? —gritó el poeta a la mujer que lo retenía. Iba cubierta con harapos, la larga melena blanca sobre la espalda encorvada, manteniendo la cabeza gacha, como si no se atreviera a mirarle a la cara.

—A cambio de tu suerte.

—Ocúpate de la tuya, bruja, que falta te hace.

—Una moneda. Una moneda por tu suerte —volvió a repetir ésta. El tono de su voz era tranquilo y firme, a pesar de su aspecto decrepito. Mientras tanto, le había abierto la palma de la mano a la fuerza y parecía estar escrutándola. En ese momento, la multitud se alejó de ellos, abriéndose como una ola cuando golpea contra las rocas, como si todos tuvieran temor de rozarlos.

«Finalmente han reconocido las insignias del priorato», pensó el poeta.

En realidad, los transeúntes miraban fijamente a la mujer. Era a ella a quien todos intentaban esquivar.

—Déjame. No creo en tus chismes.

—Una moneda para saber cuándo te perderás.

—¿Quién quiere que yo me pierda?

—Tú. Eres tú quien está intentando perderse. —Dante intentó de nuevo liberarse de la mano, pero la mujer no cedió—. Has descubierto el rostro del hombre muerto —siguió diciendo.

—Qué...

—Pero el hombre muerto no te hablará.

Dante se quedó perplejo. Mecánicamente, alcanzó la bolsa que llevaba atada a la cintura y sacó una moneda de cobre.

—Háblame del hombre muerto.

—Él hará de guía a los vivos.

—¿De guía? ¿Hacia dónde?

—Hacia la tierra de los muertos. No deberías haber descubierto su rostro.

Dante estaba desconcertado. La vieja se expresaba de manera imprecisa, como todos los adivinos. Pero parecía saber algo del drama de la noche anterior.

—¿Por qué me dices eso?

—Porque el dolor te atenaza. —De golpe, la mujer abandonó a la presa, retrocediendo. Un instante después desapareció entre la multitud.

Sorprendido, Dante dudó demasiado tiempo antes de salir tras ella, pero todos sus esfuerzos se veían frenados continuamente por la barrera de cuerpos que se había vuelto impenetrable.

—¿Quién es esa mujer? —preguntó al cambista, parado delante de su puesto. Estaba seguro de que había asistido a la escena—. ¿Quién es? ¡Hablad, os lo ordena un prior de Florencia!

El hombre no parecía estar demasiado impresionado.

—Es sólo la vieja Martina. Está loca. No la hagáis caso. Ha perdido a sus dos hijos en Campaldino.

Dante permaneció inmóvil un instante, mientras el frenético movimiento de la multitud volvió a empujarlo. Aquella referencia al mosaquista debía de haber sido una casualidad. O quizás uno de los guardias había contado lo que había visto en la iglesia y se había corrido la voz. Sacudió los hombros, poniéndose de nuevo en marcha, fatigosamente, hacia el convento.

Se maldecía a sí mismo por haber escuchado a una de las tantas desesperadas que se hacen pasar por magas y hechiceras. Florencia estaba llena de ellas, como las fosas del infierno.

La suerte por una moneda...

¡Al diablo!

Al fin consiguió llegar al convento de Santa Croce. El maestro comacino se alojaba con los franciscanos, en el ala que los frailes ponían a disposición de los peregrinos.

Al padre guardián no le sorprendió su llegada. Tampoco dio muestras de gran consternación cuando se enteró de la muerte de su huésped. Quizás su calma era una consecuencia de la impasibilidad de un alma acostumbrada a enfrentarse a la fragilidad de la vida humana. Puede que, familiarizado con las presencias transitorias en el edificio, pensara que la muerte, después de todo, no era más que otro tránsito. Pero Dante dudaba de que no estuviera ya enterado, como la vieja del mercado.

—¿Ha entrado alguien en la celda? —preguntó.

—No he visto a nadie. Pero la puerta no está vigilada. Venid, os enseñaré el alojamiento del maestro Ambrogio.

La celda estaba situada al final de un estrecho pasillo que daba directamente al claustro interno. Una esquina de la columnata se abría a la entrada lateral de la iglesia. Cualquiera podría haber entrado sin ser visto, aprovechando el ir y venir de los fieles.

El mobiliario se componía de lo imprescindible: un tablón hacía las veces de cama y una tabla apoyada contra la pared de escritorio. Encima de ésta había una caja de madera llena de carboncillos y algunos frascos de terracota para la tinta. Un tintero se había volcado, dejando una mancha en la madera, que apresuradamente alguien había secado con un trapo que luego había tirado al suelo. Entre los papeles, una carta con el sello papal, que ordenaba al maestro dirigirse a Roma para realizar las obras de consolidación de San Pablo Extramuros. No tenía fecha, pero parecía reciente.

—¿Ambrogio estuvo en Roma, antes de llegar a Florencia?

—Creo que sí. Hablaba de la ciudad santa como si la conociera muy bien.

Dante volvió a observar la carta. Este detalle reforzaba su primera idea: que el mosaico pudiera ser una especie de celebración del Centesimus. Volvió a preguntarse qué es lo que habría previsto para la parte inconclusa.

—¿No notasteis nada extraño en su comportamiento? ¿Parecía preocupado? —preguntó al padre guardián.

—No, diría que no. Estaba muy absorto en su trabajo... Aparte del asunto de la carta.

—¿Qué carta? ¿Ésta? —dijo el poeta, señalando el contrato.

—No, ésa no. Hace más o menos un par de semanas me preguntó si alguno de nuestros hermanos tenía previsto partir hacia el Norte. Quería encargarle que llevara un mensaje para sus compañeros del Gremio. Un informe, quizás... quién sabe.

—¿Y el mensaje ha salido?

—Sí, precisamente en esos días un padre que estaba de visita tenía que ir a Mantua. El maestro le entregó un pliego.

—¿Y no tenéis idea de lo que había escrito?

El fraile se encogió de hombros. Junto al tablón había un cajón abierto, lleno de planos en tela y pergaminos cubiertos de proyectos arquitectónicos: detalles de arcos y armazones, esquemas de decoraciones musivarias y planos para pavimentos, mezclados de forma totalmente desorganizada. Un maestro del Gremio no habría tenido jamás los instrumentos de su oficio en tal desorden. Alguien debía de haber estado rebuscando allí dentro, sin preocuparse de volver a colocar todo en su sitio. ¿Qué es lo que tendría tanto interés en los papeles del muerto? Quizás lo que él también había buscado dentro de la iglesia: los bocetos completos del mosaico.

Se sentó en el jergón, y comenzó a examinar minuciosamente los planos. Esperaba encontrar al menos un esbozo preparatorio, o incluso el detalle del gran mosaico. Pero no había absolutamente nada de la obra que había sido causa de la muerte.

Puede que quien había estado hurgando entre las cosas del muerto hubiera encontrado lo que buscaba.

Estaba a punto de desistir cuando examinó una de las últimas hojas del pergamino a la luz que entraba por la claraboya. En la parte superior había un maravilloso esquema de vidriera policroma que llamó su atención. Pero había algo más, como descubrió al darle la vuelta.

La radiante luz que provenía de la ventana ponía de relieve un entramado de finos trazos. Palpando con delicadeza la superficie, le pareció distinguir los surcos dejados por un punzón. Alguien debía de haber borrado algo raspando la superficie.

Curioso, se levantó y se acercó a la caja de plumas, en la que, como esperaba, encontró también un trozo de carboncillo. Comenzó a pasarlo por toda la superficie del pergamino, con ligeros trazos. A sus espaldas, el padre guardián estiraba el cuello, intentando comprender qué es lo que estaba haciendo.

Lentamente, como por arte de magia, se hizo visible el trazo del primer dibujo. No era, como suponía, el anciano caminando que aparecía representado en el mosaico, sino algo todavía más sorprendente.

Se trataba de un barco, de una galera, con su castillo de proa engalanado. Se reconocían con claridad las filas de remos, la vela cuadra tensada por el viento y una segunda vela recogida en una posición inusual, bajo la quilla.

Dante aguzó la vista, para captar mejor cada detalle. Quizás se trataba sólo de un primer boceto. El artífice del proyecto había pensado colocar el barco más abajo y después había modificado el proyecto inicial, desplazando el dibujo hacia arriba.

Pero este detalle no parecía significar que hubiese cambiado de opinión. La vela aparecía unida a la quilla por una red de jarcias, como si Ambrogio hubiera querido mostrar las posibilidades reales de maniobra.

Era absurdo. Una broma.

Pero ¿por qué usar un material valioso como el pergamino? Y además, nunca había oído que los maestros comacinos se ocuparan de construcciones navales. Eran arquitectos y canteros famosos. Incluso Arnolfo di Cambio había solicitado sus servicios en todas sus construcciones de Florencia.

Mientras ordenaba a los guardias que recogieran el material y lo transportaran a San Piero, se fijó en otro detalle más. En el cielo, en la proa del barco, se veía un pequeño signo. Una minúscula estrella de cinco puntas y una palabra: Venus, la estrella Venus, el planeta luminoso que domina el tercero de los nueve cielos cristalinos.

Volvió a doblar el pergamino con cuidado, procurando que no se alterase el sombreado del carboncillo.

Iba a abandonar la habitación, cuando su mirada se detuvo de nuevo en la caja de plumas. Al lado de los frascos de terracota había una ampolla de vidrio que había pasado por alto en su primer reconocimiento. Estaba vacía, pero al llevársela a la nariz enseguida notó el olor áspero e inconfundible del chandu.

Le había prometido a Teofilo que volvería a visitarlo. Decidió cumplir su promesa. Inmediatamente.

Cuando estaba en la puerta, vio llegar a los dos guardias jadeantes. El brillo de sus ojos era la prueba de que, aprovechando la confusión, se habían parado en alguna cantina. Apretó los dientes para reprimir los insultos que habían subido hasta su garganta.

—Veo que os habéis curado, messer Dante, tal como os había prometido —dijo con un orgullo mal disimulado el boticario, que parecía contento de volver a verlo.

—Y como os había prometido yo, vuelvo a rendiros homenaje y a renovar nuestra antigua amistad.

—Me alegra. Entonces, ¿mi producto ha surtido, pues, su benéfico efecto?

—Totalmente, y os lo agradezco de nuevo. ¿Ha tenido el mismo efecto en otros que lo han utilizado?

—¿Qué queréis decir? —preguntó Teofilo, ocultando detrás de su cordialidad una súbita cautela.

—Ambrogio, el maestro comacino. ¿No ha recurrido él también a vos?

El boticario dejó transcurrir un instante antes de responder.

—Sí, claro —dijo después, como si hubiera recordado algo.

—¿También él sufría un dolor insoportable? —preguntó Dante.

Teofilo tardó de nuevo en responder. Luego asintió.

—Pero no de la misma naturaleza que el vuestro. Existen dolores del cuerpo y del alma, y para algunos espíritus éstos son más terribles que aquéllos.

—Un dolor del alma... ¿causado, quizás, por la desmesurada tarea que había emprendido?

Teofilo lo miró interrogante.

—San Judas. El gran mosaico del ábside —prosiguió el poeta—. Lo he visto. Es tan grande que consigue acelerar la sangre y el pulso.

—Ambrogio es un insigne artista, maestro en su arte. Pertenece a la naturaleza de los grandes hombres enfrentarse a magnas obras y consumirse en la empresa. Me alegra haber podido ayudarle. Siento cariño por él.

—¿Cómo le conocisteis? —preguntó Dante, sorprendido por el hecho de que hablara del muerto sin emoción alguna. ¿No estaba al corriente del crimen?

—Forma parte del pequeño círculo de aquellos que se han convertido en mis compañeros desde que llegué a vuestra ciudad. Hombres de estudio, de cuya amistad me siento honrado... como de la vuestra.

—¿Un grupo de hombres de estudio aquí, en Florencia? Debéis sentiros muy afortunado, messer Teofilo. Yo, que he nacido aquí, nunca he sido capaz de encontrar a más de cinco hombres dignos de consideración. Y tres de ellos ya están muertos.

—¡Oh, no se trata ni mucho menos de la Academia de Platón! —Teofilo sonrió—. Sólo somos un pequeño grupo que se reúne de vez en cuando por la noche, para hablar de temas virtuosos, tras haber finalizado nuestros respectivos oficios. Intentamos compartir entre nosotros ese pan de los ángeles que cada uno ha sacado de sus propios estudios. Somos todos maestros en nuestras artes, venidos a Florencia para el Studium general.

—Creía que en Florencia no había universidad. —Dante había adoptado un aire indiferente.

—Y, en cambio, ésta existe. Al menos en los pergaminos y en aquellos actos a través de los cuales el rey Carlos la instituyó hace más de treinta años. Pero en breve se verá materializada, en todo su esplendor, por medio de hombres y cosas. Ahora nuestras clases se dan en lugares provisionales, diseminados por la ciudad, pero pronto el Studium dispondrá de una sede definitiva.

—He oído hablar de un proyecto para tal propósito. ¿No se trata, precisamente, de San Judas, la vieja parroquia que está en la muralla nueva?

Teofilo asintió. Una vez más, no hizo ninguna referencia a lo que había sucedido. Parecía desconocer por completo la tragedia.

—Un colegio de sabios en mi ciudad... Me honraría verdaderamente debatir con todos vosotros algunas ideas modernas, y someter a vuestro criterio mi escasa ciencia —continuó Dante—. Además sería una descortesía por mi parte, siendo una de las máximas autoridades del Comune, no rendir homenaje a los hombres que se disponen a dar esplendor a Florencia.

El boticario permaneció un instante en silencio, con los ojos entrecerrados. Un instante que a Dante le pareció demasiado largo. Pero después en su rostro se dibujó aquella sonrisa cordial que ya conocía, borrando la máscara feline que le había mostrado antes.

—Estoy seguro de que todos se sentirían honrados por la visita del príncipe de los poetas toscanos, y a vos no os resultará del todo inútil para vuestro espíritu participar en una de nuestras reuniones. ¿Cuándo vendréis?

—Hoy mismo, si gustáis. Vuestras palabras han conseguido que se encienda en mi ánimo el deseo de acudir. Si esto, evidentemente, no entra en conflicto con vuestros proyectos.

—No, todo lo contrario. Hoy es mejor día que otros. Pensábamos precisamente reunimos. Os espero, al crepúsculo, en la taberna que hay detrás de la fuente grande, en el camino a Roma. Es la taberna de Baklo, el cruzado. Os encontraréis en el Tercer Cielo.

—¿El Tercer Cielo?

—Es una forma de hablar que usamos entre nosotros, una broma de doctos. Pero seguramente vos lo entenderéis. Nuestro amor por el conocimiento es tal que nos alienta cuando nos aproximamos a la doctrina de los ángeles, de tal forma que nos parece estar subiendo al cielo de la estrella Venus. Pero no se trata sólo de esto. Ya lo veréis.

Dante permaneció en silencio, absorto. Era probable que el hecho de que Ambrogio estuviese trabajando para el Studium en el momento de su asesinato fuese una simple casualidad. Pero quizás, pensó, es sólo la escasa percepción de nuestros sentidos la que nos impide reconocer la trama urdida tras la aparente casualidad de algunos acontecimientos. Habría querido preguntarle algo más al boticario, pero antes prefería reflexionar. Ya habría tiempo después. Al salir se detuvo en la puerta.

—¿Messer Teofilo?

—Decidme, os lo ruego.

—¿Qué hay en vuestra poción, el mágico chandu?

—No lo sé, messer Alighieri. Quien me lo regaló no me lo reveló.

—Y no intentasteis...

—Lo he estudiado con atención. Pero no he conseguido sacar nada en claro, aparte de que está compuesto de cinco sustancias diferentes.

Dante movió la cabeza. Tenía la sensación de que aquel hombre estaba mintiendo. Por un momento, lo imaginó en los cepos de los subterráneos de las Stinche.*

¿Cuánto resistiría su secreto al flagelo de la cuerda?

¿Y cuánto habría resistido el maestro Ambrogio con el suyo?

Una placa esmaltada en cobre, colgada del pórtico, atraía a los bebedores a la taberna llamada «En el camino de Jerusalén». El emblema reproducía un escudo nobiliario totalmente fantástico: al fondo aparecían representados media docena de caballeros fuertemente armados, esbozados por un pincel sin demasiadas pretensiones; en primer plano, en la parte inferior, destacaba una sangrante cabeza de sarraceno, cortada limpiamente de un tajo, que parecía estar observando con una mirada perdida a cada uno de los clientes. La imagen estaba dividida en dos por una cruz roja.

«Ése es el trato que debe darse a esos perros de los moros», pensó Dante, observándola. Fue lo único a su alrededor que contó con su aprobación.

La taberna se había construido tapiando con muros, de piedra los huecos de las arcadas de un gran edificio de época romana. En la parte superior, el muro, que originariamente debió de haber sido impresionante, aparecía partido por la mitad a causa de un antiguo derrumbamiento. Sólo una de sus esquinas permanecía en pie, transformada en una tosca torre almenada que daba una idea de lo que podía haber sido su altura original. El resto estaba en ruinas y aquellos escombros, como si de un tronco marchito se tratase, albergaban aquel fragmento de Oriente con el lema de la ciudad santa.

Había algo sórdido en el edificio y en las casuchas de madera que lo coronaban. En las inmediaciones, la parte edificada de la ciudad que se extendía a lo largo de la muralla se veía interrumpida por extensos prados. Dante miró a su alrededor, molesto. ¿Por qué hombres de ciencia se daban cita en un sitio como aquél, en vez de hacerlo en cualquiera de los conventos del interior de la antigua muralla? ¿Qué podría interesarles sino el deseo de ocultarse de las miradas y de la honesta curiosidad de los ciudadanos? ¿Qué había que esconder en un Studium?

También el nombre de aquel lugar resultaba inoportuno: después de las derrotas sufridas en ultramar y de la lenta reconquista de Palestina por parte de los mamelucos, el nombre de Jerusalén se había convertido en un símbolo sagrado, y al mismo tiempo doloroso, a todas luces poco apropiado para dar nombre a una taberna.

Subió los destartados escalones del pórtico, acercándose a la puerta. El griterío confuso que provenía del interior hacía pensar que, a pesar de la hora, dentro había un gran número de personas. Parecía que en aquella ciudad a nadie le importase el toque de queda, pensó el poeta irritado. Empujó con un gesto decidido la puerta y entró, abriéndose paso entre los sirvientes y los clientes que ocupaban el gran espacio entre las mesas, colocadas por todo el perímetro de la estancia. En el centro, sobre el fuego de un brasero atizado continuamente, hervía a borbotones un gran caldero de cobre y giraban espetones de carne movidos por algunos niños escuálidos, acucillados en el suelo. Esclavos comprados por poco dinero a alguna familia pobre del campo, se dijo Dante disgustado.

El aire estaba cargado a causa del humo de las antorchas y del fuego, que se estancaba bajo los arcos antes de desaparecer por un hueco en el techo. Las voces, el entrecocar de la vajilla y los gritos le hicieron temer que el dolor de cabeza pudiera volver a atormentarle. Aquella animación le recordó al mercado de la mañana.

Estaba ya pensando en marcharse cuando una voz le detuvo.

—¡Venid, messer Alighieri, por aquí! ¡Tomad asiento en el Tercer Cielo!

El poeta se dio la vuelta. A su izquierda, en el rincón opuesto de la sala, el boticario, sentado entre otros hombres, se había puesto en pie y le saludaba con el brazo, haciéndole gestos para que se acercara.

Dante se dirigió hacia allí con una premeditada lentitud. Quería que sus movimientos estuvieran marcados por aquella *gravitas* que los antiguos consideraban un atributo propio de los sabios. De ese modo, tendría ocasión de examinar al grupo que se sentaba alrededor de la mesa.

Sentía que cada detalle de su persona, desde la túnica hasta el modo de caminar, era objeto de atención. Los desconocidos estaban sentados en torno a una gran mesa. Daba la sensación de que estaban protegidos por una barrera invisible que impedía que nadie se acercara. A pesar del gentío, los lugares más próximos a ellos permanecían extrañamente vacíos y los pocos clientes que habían tomado asiento en los sitios contiguos estaban más silenciosos y parecían mejor vestidos que el resto.

Aparte de sus túnicas, de excelente confección, también la vajilla testimoniaba su condición superior: a modo de mantel, un amplio trozo de tela limpia cubría la mesa y las llamas del brasero se reflejaban en los platos y vasos de estaño perfectamente dispuestos. No había ni rastro de los toscos utensilios de madera realizados con la gubia en los que eran servidos el resto de los clientes. Ni tampoco de los bancos, que habían sido sustituidos por asientos de alto respaldo.

Teofilo continuaba haciéndole gestos con la mano, mientras los otros permanecían inmóviles. Esperaron a que el poeta se aproximara para ponerse en pie todos a la vez, inclinando la cabeza en una silenciosa reverencia, comedida pero cortés.

Dante, a su vez, inclinó la cabeza, sorprendido. Tenía ante sus ojos el corpus completo del arte de la fisonomía. El perro, el zorro, el simio, el león, con ropas humanas, lo miraban atentamente. Y el caballo, y el águila...

Hasta ese día, jamás se había encontrado con un parecido tan exacto entre las especies animales y los diferentes rasgos humanos, tal y como había leído en los libros de los antiguos. Aquel heterogéneo grupo constituía, pues, la sociedad de sabios de la que había hablado el boticario. No debían de ser muchos en Florencia y sin embargo ninguno de aquellos rostros le resultaba conocido. Posiblemente fuesen extranjeros, como Teofilo, pensó, examinándolos.

—Qué alegría para todos nosotros verle aquí, messer Durante —la voz del boticario le sobresaltó. Después se dirigió a los otros—. Alighieri, el poeta. Mi maestro y amigo.

Dante quiso excusarse con un gesto. Desde un punto de vista riguroso, no habría tenido derecho al título de maestro, al no haber ejercido nunca la enseñanza. Pero, en su interior, se sentía halagado: era justo que la profundidad de su saber fuera reconocida.

—Soy yo quien os agradece la invitación, messer Teofilo. Y también a quienes os acompañan. Espero no molestar.

—¡Pero qué decís, maestro! Será un honor para todos nosotros conoceros, comenzando por quien está a vuestra derecha. —El boticario señaló a un hombre alto y robusto, que sobresalía por encima de los demás algo más de un palmo. Los dulces ojos del perro brillaban en su rostro, bajo unos pesados párpados.

—Augustino di Menico, filósofo de la Naturaleza, conocedor de los secretos más íntimos de la Creación. Acaba de llegar, después de una estancia de años en la lejana e infiel Trípoli, en donde ha traducido a nuestra lengua algunos escritos paganos. Experto en alquimia y gran conocedor de las lenguas antiguas, como también lo es quien está a su lado, Antonio da Peretola, jurista y notario, insigne estudioso de ambos Derechos —prosiguió, señalando un rostro de rasgos afilados y huidizos como los de un zorro. El hombre respondió con una ceremoniosa inclinación de cabeza.

—Al servicio de la Curia romana, supongo —dijo Dante, intentando ocultar su frialdad.

—Jefe de la Cancillería de Su Santidad. Pero de eso hace tiempo —confirmó el zorro. Las insignias y el prestigio de su rango eran evidentes a través de la pesada cadena de oro y los anillos que adornaban sus dedos, además del pomposo traje negro entretejido con hilos de oro que destacaba en medio de la sobriedad de los otros.

—Bruno Ammannati, maestro de las ciencias de Dios —continuó Teofilo, como se había quedado aparte, como si el hábito de franciscano terciario que vestía le impusiera una cierta discreción, especialmente en aquel lugar dedicado a los placeres. Un rostro inquieto e inteligente, sobre el que el sinio había dejado huella clara de su inteligencia, pero también de su ambigüedad.

A Dante no le sorprendió encontrar un clérigo en la taberna. Mientras miraba al hombre de arriba abajo, pensó que daba la impresión de que, no sólo en Bolonia sino también por el resto de Italia, se iba extendiendo entre los frailes la costumbre de abandonarse al goce de la vida. Bastaba un vistazo para darse cuenta de que la tela de su hábito era bastante más refinada que la de sus cofrades. El teólogo, aunque había intuido su desconfianza, no mostró ninguna contrariedad, es más, intercambió su saludo con una acentuada cortesía.

—Y éste es Iacopo Torriti, romano. El último que se ha unido a nosotros, geómetra y arquitecto.

—Y matemático —se apresuró a añadir el hombre, con cierto orgullo.

Dante se acordó de que había oído hablar de él: era uno de los asistentes del gran Arnolfo di Cambio, y había venido con él de Roma cuando iniciaron las obras de la catedral nueva. Lo examinó con un vistazo rápido, recorriendo su perfil larguirucho y poco agraciado. La majestuosidad del caballo surgía de las formas alargadas de las extremidades y del rostro, con una fuerza contenida que parecía estar a punto de manifestarse con toda su fuerza. Manos que parecían haber nacido para aferrar la piedra. Y, quizás, no sólo para eso.

El sexto miembro del grupo se acercó inclinando la cabeza, anticipándose a la presentación de Teofilo. Era un hombre vigoroso, de abundante cabellera oscura recogida detrás de la nuca; tenía la pronunciada y amenazante boca del león.

—Me llamo Veniero Marin. Para servirle, messer Durante. Espero que me honréis con vuestra amistad, lo mismo que yo he sido honrado por estos sabios cuando mi nave me dejó en esta orilla, aunque no pueda intercambiar con ellos ningún saber específico —dijo con la dulce cantinela de la lengua de los vénetos—. Mi ciencia es la del mar, y el puente de una galera mi cátedra. Lugares desde los cuales se tiene, con frecuencia, una visión diferente de aquello que acontece en tierra.

Dante sintió una simpatía instintiva por aquel hombre de ademanes sencillos. Debía de tener su edad, aunque su rostro curtido por el viento estaba surcado de arrugas que lo hacían parecer más maduro. Daba una pincelada de calor a aquel simposio de fríos pedantes.

—La ciencia de los vientos y de los mares está muy próxima a la del movimiento de los astros. Y como ésta se alimenta del cálculo exacto y de la justa medida de las cosas —le dijo sonriendo, mientras el otro lo escrutaba con sus ojos claros—. Como sucede en las ciencias más célebres, aunque no más antiguas. ¿No fue, acaso, nuestro Salvador quien eligió a sus primeros compañeros entre las gentes de la vela y el remo?

—Messer Veniero no es un pescador. Ha sido un valeroso capitán de la marina serenísima —precisó Teofilo, tratando de recuperar el papel de maestro de ceremonias que el compañero le había arrebatado con su vehemencia—. Pero ha tenido diferencias con el Dux, y se ha visto obligado a pedir asilo. Esto explica su presencia entre nosotros, tan lejos de la mar...

—Decid también que estoy aquí para huir del verdugo —le interrumpió el veneciano, cuya mirada había perdido de repente la alegría que lo animaba. Dante acogió con estupor aquellas ásperas palabras. Veniero captó su muda expresión interrogante—. No es oportuno, para un hombre de mar, mirar a la mujeres de tierra durante demasiado tiempo, ni siquiera en la serenísima Venecia. Y menos aún a la mujer de un miembro del Consejo. A nosotros nos están reservadas únicamente las sirenas de los océanos, con sus carnes de sabor a pescado —exclamó, estallando en una estruendosa carcajada. Parecía haber recuperado su buen humor, pero en su mirada se insinuaba una sombra.

Por último, en el extremo de la mesa había un hombre de largos y espesos cabellos negros que caían por encima de sus hombros. Los ojos del águila ardían en su rostro joven, aunque ya marcado por los desvelos del estudio o por una secreta inquietud. Esperaba inmóvil, como uno de los grandes mosaicos bizantinos que Dante había visto en el delta del Po. Había asistido a las presentaciones en silencio, sin apartar ni un instante la mirada del rostro del poeta.

—Y sin embargo, vos me conocéis, messer Durante —habló sin esperar a que Teofilo lo presentara—, y yo os conozco. Aunque sea la primera vez que nuestros caminos se cruzan. Yo soy Francesco de Ascoli.

Ante ese nombre, Dante reaccionó con sorpresa. También los otros mostraron el máximo respeto.

—Messer Cecco ha sido elegido rector del Studium —se limitó a decir Teofilo.

Francesco Stabili, conocido como Cecco d'Ascoli. Se decía que toda la ciencia de las estrellas se concentraba en sus manos. El astrólogo más grande de todos los tiempos según los seguidores de su disciplina.

Abrió los brazos y el poeta le correspondió con un cálido saludo, apoyando ambas manos en sus hombros y abrazándole con fuerza.

—Oh, claro que os conozco, messer Cecco, y reconozco en vos al gran médico y astrólogo —dijo con sincero entusiasmo.

—Y yo reconozco en vos al poeta dulcísimo, grande entre los grandes —respondió el otro con una sonrisa, mientras lo retenía entre sus brazos—. Hace tiempo que deseaba conoceros. En toda Italia se habla de vuestro nuevo estilo y de vuestra delicadeza. Si viviera el emperador Federico, seguramente querría escucharos para aliviar con vuestros versos las preocupaciones del reino.

—Si el emperador Federico estuviera vivo, estaríais en su corte para iluminar con vuestra ciencia su reinado. Vos, alumno predilecto de Guido Bonatti —respondió Dante inclinando la cabeza.

—El maestro de la ciencia de los cielos —añadió Cecco en un tono reverente, llevando el dedo hacia lo alto.

—Y de los ritos de magia —respondió el poeta, señalando al suelo.

—Si os gusta denominarla así...

Dante esperó un instante, antes de deshacerse del abrazo; después se sentó en el único asiento vacío, que seguramente habían preparado para él, apoyándose contra el respaldo.

Aquel grupo de hombres estaba destinado a crear la universidad de Florencia, pensó, y ninguno de ellos era florentino. Y la muerte ya los había visitado.

—Así que éste es el Tercer Cielo. El cielo de los espíritus amantes. De sabiduría y erudición, como me ha revelado Teofilo —dijo después, sin dirigirse a ninguno en particular—. Pero, ¿por qué elegir un lugar tan singular donde reunirnos? Sé que aún no disponéis de una sede para el Studium. Pero mientras esperáis a que finalicen las obras, el Comune seguramente habría consentido en concederos una sala, en San Piero. O si no el cabildo de algún convento...

Le pareció percibir una rápida mirada de complicidad entre los presentes.

—Si tenéis un poco de paciencia, lo entenderéis enseguida, messer Alighieri —dijo el boticario, señalando el fondo de la sala, donde el bullicio iba en aumento.

Comenzó a oírse el tenue sonido de un tamborcillo, lento y sensual, acompañado del tintineo metálico de pequeños crótalos de bronce. Entre las ovaciones de los presentes, había hecho su aparición una figura femenina. Acto seguido, a su alrededor, empezaron a agitarse de forma caótica una masa de manos y cuerpos que proferían gritos y exclamaciones vulgares, acompañados del sonido de los platos de madera rítmicamente golpeados contra las mesas. Una música que a veces se superponía a la otra.

Dante dirigió una mirada interrogativa a Teofilo.

—Es Antilia, la bailarina que ha hecho célebre, hasta en Roma, la taberna del messer Baldo —le explicó el boticario, afectado también por una repentina excitación.

El poeta miró a su alrededor. ¿Ese tugurio era conocido hasta en Roma? ¿En qué se estaba convirtiendo su ciudad? No la Florencia que él conocía sino aquella

otra, extraña, surgida de forma accidental fuera de la magnificencia de la ciudad antigua, como una nueva Babilonia. Con sus nuevos ídolos... como aquella bailarina, llegada de quién sabe dónde, una vagabunda de ojos pintados.

—Antilia no entraría en el canon de los santos, ni siquiera llamándose María Magdalena, creedme —dijo riendo Veniero.

—Pero, aun fuera del canon, creo que vos apreciaréis sus dotes evidentes y también las ocultas —añadió Teofilo, con una expresión irónica.

Dante escuchaba distraído. Continuaba mirando fijamente hacia el fondo de la sala el espectáculo indecoroso, intentando percibir algún detalle a través de la barrera de cuerpos. Observaba la figura que había suscitado tanta atención, una mujer de piel oscura, de impresionantes brazos y piernas.

Se oyó un grito de dolor, seguido de un sonoro estruendo de carcajadas. En la otra parte de la sala, un hombre robusto, al que le faltaba un brazo, había aferrado con su única mano por el bajo vientre a un cliente en evidente estado de embriaguez. El pobrecillo gritaba como un cerdo degollado, mientras el otro lo arrastraba hasta la salida.

—Esta noche también nuestro amigo tabernero ha tenido que recurrir a la llave del cruzado —dijo Bruno, guiñando un ojo a los demás.

—¿La llave del cruzado?

—¿No conocéis esa simpática *trouvaille* que llega de ultramar, messer Alighieri? —preguntó Veniero—. Es una de las muchas artes que los moros nos han enseñado, además de sus comentarios a la obra de Aristóteles. Cuando los nuestros, cubiertos con sus cotas de malla, llegaron por primera vez a las costas de Asia, sembraron el temor y la confusión entre aquellos hijos de Satán. Pero pronto intuyeron, con su pérfido ingenio, cuál era el punto débil en las corazas cristianas con los resultados que os podéis imaginar y de los que acabáis de tener una pequeña muestra. Baldo, a pesar de estar lisiado consigue vencer, con esta llave, a hombres más fuertes que él y mantener un envidiable orden en su taberna.

Mientras tanto, otro tambor de potente sonido se había sumado a los demás instrumentos, alzándose por encima de éstos. Parecía una señal para que la bailarina comenzara a moverse hacia ellos con paso majestuoso. Iba abriéndose paso entre la maraña de manos como el mascarón de proa de una galera. El rostro, semiculto por un velo, mostraba todo su desprecio hacia aquellas bulliciosas manifestaciones de admiración.

Y sin embargo, Dante notaba cierta falsedad en aquel desdén, ofreciéndose a las miradas como si estuviese obligada. Estaba claro que estaba interpretando un papel y que en su interior se sentía halagada por esos mismos gestos por los que parecía fingir desprecio.

La música acompañada de los tambores y de los platos se elevó todavía más. Antilia continuaba acercándose, moviéndose sinuosamente entre el espacio vacío que quedaba entre las mesas. La curiosidad inicial del poeta se estaba transformando en un sutil escalofrío de placer, a medida que la mujer avanzaba hacia ellos, ignorando al gentío que parecía idolatrarla.

La bailarina se ocultaba bajo un delicado manto de seda, con preciosos bordados imitando las plumas de pavo real, que le conferían la espléndida gracia de un pájaro maravilloso. Dante estaba seguro de no haber visto nunca nada igual en las cantinas de Florencia.

En ese momento, llegó hasta su mesa y se detuvo, contoneándose lentamente y agitando las pulseras que adornaban sus muñecas. Los miraba con unos ojos negríssimos, como dos piedras de ónix. Había inclinado la cabeza, curvando voluptuosamente hacia atrás el cuello, adornado con una cascada de finos aros de oro. Después movió los hombros, como si fuera a alejarse de nuevo, moviendo el busto y las espléndidas caderas, hasta que todo el cuerpo comenzó a balancearse sobre los delicados tobillos, también cubiertos de oro. Giró una vez y luego otra, mientras alzaba los brazos hasta la altura del rostro, simulando una ofrenda.

Dante contemplaba su magnífico rostro de rasgos orientales, pintado con habilidad con una fina capa de polvo de carmín que le confería el brillo de una estatua de cobre. En sus movimientos había algo que recordaba a una pantera, como la que había visto años atrás en el harén del embajador del sultán. Aquella danza se asemejaba a la celebración de un rito. Un rito blasfemo, por la evidente inmoralidad de la oficiante, y sin embargo cargado de una extraña espiritualidad.

Estaba fascinado. Si alguna vez una criatura había bailado en el paraíso terrenal, debió de hacerlo de aquella manera irreplicable. Así tuvo que bailar Lilit, perdición de los hombres en su primer templo. La expresión de Antilia había perdido aquel aspecto de lascivia con la que había ofrecido su cuerpo a las miradas. Ahora en su rostro había una sonrisa celestial. El poeta se sorprendió pensando que a aquel sórdido lugar de los placeres había llegado verdaderamente un mensajero de Dios, uno de los ángeles que habían caminado por las calles de Sodoma, intangibles a pesar de estar rodeados del furor de los deseos inmundos.

Arrastrados en un giro cada vez más vertiginoso, la falda de su túnica comenzó a abrirse, expandiéndose como si fuese una extraordinaria corola que permanecía oculta a las miradas de los espectadores que había enmudecido de repente, mientras la música lo invadía todo en un crescendo frenético marcado por el redoble de la percusión.

Dante sentía crecer la ola de deseo que todos los hombres presentes proyectaban sobre ella. Él también se había puesto en pie, imitando a los demás sin darse cuenta, como si una fuerza le obligara a seguir las ondulaciones ascendentes de la túnica, que ahora revelaba todo el esplendor del cuerpo. Sobre los tensos músculos del vientre de la bailarina, sólo se balanceaba un colgante de oro sujeto por una cadenita.

Decenas de ojos contemplaban ensimismados el vello que se dibujaba sutilmente en el arco de la ingle. La mujer continuaba dando vueltas sobre sí misma, hierática, confundida en una nube de plumas de pavo real. Sus brazos, sobre la cabeza, vibraban por la tensión. Parecía que ese movimiento no fuera a acabar nunca. Después, inesperadamente, la música paró en el mismo instante en el que la bailarina cesaba de golpear su vertiginosa danza, sin ningún esfuerzo aparente, como si careciera por completo de peso. El manto volvió a caer sobre el cuerpo desnudo escondiéndolo de las miradas. Ella se lo estrechó alrededor de las caderas, permaneciendo durante un tiempo inmóvil, para tomar aliento, aparentemente ajena al frenesí que había suscitado entre los presentes.

También Dante se había quedado petrificado. Invasado por una vergüenza repentina, cerró de golpe la boca, que debía de haber tenido abierta durante todo el espectáculo. Posiblemente aún le duraban los efectos de aquel medicamento llamado chandu que causaban en un prior, miembro del Consejo de Florencia, una reacción típica de los hombres simples, se dijo. Volvió a sentarse, confundido, esperando que nadie lo notara.

Fue Teofilo quien rompió el silencio.

—Vos comprenderéis, ahora, por qué solemos referirnos a nuestra pequeña compañía con el nombre de seguidores del Tercer Cielo —dijo, manteniendo la mirada fija en la mujer, que se alejaba hacia el fondo de la sala, inmersa todavía en un silencio irreal, para desaparecer después tras una puerta oculta por una cortina. Todos volvieron a reírse y a hablar, pero sin alegría, como si cada uno tuviera que vencer una batalla secreta contra el demonio de la lujuria.

—Entiendo —murmuró Dante—. No es difícil imaginar qué amorosas sensaciones suscita en vos la mensajera de la diosa...

Se había quedado aterrado, ahora que la excitación se iba apagando y volvía a ser dueño de su espíritu. Una furcia, ¿ése era el numen tutelar de la futura Universitas de su ciudad! Una puta triunfante que deambulaba libremente por las tabernas despojada de sus ropas y de las marcas propias de su infamia. Alguien habría pagado al Comune por aquella corrupción evidente. Qué maravillosa alegoría de los tiempos, se dijo, tragándose la sonrisa de burla que se había dibujado en sus labios. Una meretriz empleada en el cielo por la diosa del amor.

La sonora voz de Veniero interrumpió sus pensamientos. Parecía ser el que se sentía más cómodo.

—¿Qué pensáis de lo que habéis visto, messer Durante? ¿No creéis que la sabiduría de estos maestros se ve reflejada también en la avidez con que persiguen la belleza, que es una parte importante del mundo creado? Os lo dice uno que ha probado las bellezas de casi todos los puertos del Mediterráneo.

—¿Quién es esa mujer? —preguntó el poeta, intentando hacer la pregunta con un tono neutro e indiferente.

—Hace poco que ha llegado a Florencia de tierras remotas. —En la voz y en la mirada de Augustino brillaba la chispa del deseo—. ¿Habéis visto sus facciones?

Se dice que estaba entre los fugitivos que huyeron del terrible ataque de San Juan de Acre. Sola, sin nada más que su singular belleza. Es allí donde debe de haber aprendido los movimientos de esa danza, que nada tiene que ver con nuestro *salterello* ni con nuestros bailes rústicos.

—No parece hija de gentes latinas.

—No. Quizás sus padres fueran griegos de Bizancio. O judíos. O esclavos capturados en Anatolia. Ni ella lo sabe, o no quiere decirlo.

—Y bien, messer Alighieri —Bruno Ammannati entró en la conversación echándole una mirada maliciosa, como si quisiera provocarlo—, ¿no surge también en vos el deseo de acercaros a nuestra aula del saber?

Dante estaba seguro de que todos, detrás de aquella aparente indiferencia, esperaban con ansia su respuesta.

—La vuestra se parece más a una corte de amor que a un simposio de sabios —respondió en tono evasivo.

—La mujer que habéis admirado es la causa, messer Alighieri —dijo Antonio da Peretola—. Por cierto, ¿no parecen hechos en su honor aquellos versos vuestros que tengo el placer de recordar?

Voi che sapete ragionar d'Amore

Udite La ballata mia pietosa

Che parla d'una donna disdegnosa

*La qual m'ha tolto il cor per suo valore.**

Dante se ruborizó, reconociendo el inicio de uno de los cantos que había dedicado a Beatriz. Le indignaba que alguien pudiera considerarlo adecuado para cantar la belleza terrenal de una bailarina. Iba a protestar con vehemencia, pero se contuvo. Quizás Antonio no había querido ofenderlo, sino rendirle homenaje.

—No hay que olvidar que también el gran Salomón sometió la propia sabiduría al deseo de la reina de Saba, y lo hizo sin dudar y sin perder ni un ápice de su gloria —intervino, en tono insinuante, Iacopo, el arquitecto—. Quizás podríais encontrar aquí otra inspiración para enriquecer vuestros laureles poéticos.

—Si la dureza de mi oficio no sobrepasara con sus obligaciones la dulzura de los razonamientos del amor —respondió Dante.

—Pero el amor no es el único tema del que nos ocupamos —intervino, con un tono tranquilo, Cecco d'Ascoli—. La finalidad de la ciencia es desvelar lo que la Naturaleza oculta celosamente a nuestro intelecto. Indagar en el misterio es la verdadera misión del hombre de ciencia... y el objetivo del Studium.

—Pero de todos los temas, ninguno como el amor parece digno de ser analizado minuciosamente por nuestra razón —insistió Iacopo—. ¿Y vos, messer Alighieri, estáis de acuerdo en esto?

Todos asintieron, preparándose para comentar las palabras del arquitecto, que parecían compartir. Augustino, en particular, estaba a punto de decir algo.

—Nada como el amor. ¿Ni siquiera el crimen? —preguntó Dante de pronto, adelantándose.

Ninguno reaccionó a sus palabras.

—¿El crimen? —preguntó Bruno, rompiendo el silencio—. ¿Creéis que el crimen puede, de algún modo, ser objeto de conocimiento? ¿Cómo es posible si es su perfecto contrario, como sostenían Sócrates y Platón?

Dante detuvo su mirada en cada uno de ellos.

—El crimen es un acto malvado, pero no es ajeno a la virtud del alma. Nos persigue desde el primer acto de osadía humana en el Edén. Y desde el primer homicidio, cuando Caín atrajo a su hermano a los campos. —Se detuvo un momento, para valorar el efecto de sus afirmaciones—. Pero también pienso que no existe maquinación de la mente que la razón y la virtud no puedan descifrar. Porque el homicida deja sobre el cuerpo de la víctima la huella de su propia alma, junto con la de sus manos. Y la víctima atrae a su verdugo de una forma secreta y misteriosa. De modo que el hombre vivo y el hombre muerto son uno reflejo del otro.

—¿Estáis seguro? —dijo Ammannati.

—Absolutamente. Dadme una víctima y os señalaré al culpable, como el gran Arquímedes, que podía sostener el mundo entero con un solo punto de apoyo.

—¿Qué queréis decir?

—Quiero decir que cada víctima elige a su verdugo y crea las condiciones del crimen, que acaba siendo modelado a partir de ella, no del asesino. La víctima está unida a su asesino como los astros al cielo. Así, en el movimiento celeste, según Tolomeo, las aparentes inversiones de los cuerpos sobre el fondo del Primum Mobile se recomponen en la ordenada interconexión de los epiciclos. Igualmente, las más ínfimas maquinaciones del asesino permanecen ligadas a la órbita de sus culpas, exactamente calculables para la mente que no erra. —El poeta sentía que todos le miraban de forma atenta y con cierta perplejidad—. Sin desear el mal, el poder de Dios ilumina nuestras mentes para contrastarlo —concluyó.

Parecían estupefactos, y Dante se preguntó si habrían comprendido todo su razonamiento. Estaba seguro de que no, a excepción quizás de Cecco, el astrónomo. Se relajó en su asiento, complacido por el desconcierto que veía en sus rostros. En el fondo no era difícil tratar con aquellos extranjeros, aunque tuvieran una cierta cultura.

—Por la forma en que habláis, messer Alighieri —esta vez era Augustino quien rompía el silencio—, se diría que vuestro interés frente al crimen no se limita a la pasión del intelecto, sino que buscáis sus entresijos por los caminos del mundo. Ahora que sois prior, tendréis quizás ocasión de perseguir alguno de esos crímenes de los que habéis hablado con tanta pasión —dijo en un tono inocente—. ¿Acaso se ha cometido un crimen? —continuó sonriendo, como si estuviera lanzando una hipótesis absurda.

—Eso es precisamente lo que ha ocurrido. Y el crimen que persigo roza vuestras sombras.

Sobre sus palabras se hizo un silencio repentino. Hasta los ruidos de la taberna se habían atenuado. Por el rabllo del ojo, Dante vio que también Baldo, el tabernero, se había acercado. Desde esa distancia parecía imposible que hubiera podido escuchar sus conversaciones, y sin embargo no había ninguna duda de que los estaba observando con atención.

—En la iglesia en la que tendrá su sede el Studium ha sido asesinado un hombre de un modo atroz. El Maestro Ambrogio, el mosaiquista.

Ninguna reacción siguió a sus palabras. Dante pasó revista a aquellas caras inexpresivas que parecían cubiertas por una máscara de indiferencia. Esperaba un gesto de piedad, de espanto. Al menos de perplejidad. ¿Aquel muro de indiferencia era el testimonio vivo de la imperturbabilidad del sabio, o bien una prueba de que eran conscientes de los acontecimientos? Aquellos hombres ya conocían lo ocurrido. Y alguno de ellos más que otros.

De pronto se rompió el encantamiento y los rostros de los presentes se animaron de golpe con las expresiones de estupor y de pesar que se había esperado, mientras que un coro de exclamaciones llevaba hasta aquella esquina de la estancia el ambiente que reinaba en el resto de la taberna.

—Ambrogio... ¿muerto? —dijo finalmente Cecco d'Ascoli—. ¿Cómo? ¿Y por qué? —Parecía angustiado, pero Dante sentía un timbre falso en su emoción.

—El alguacil y sus hombres van a ciegas entre las tinieblas —dijo. Esperó un instante antes de proseguir, sin dejar de mirar uno por uno a los hombres sentados a la mesa. Cada vez estaba más convencido de que estaban al corriente del homicidio y que por algún motivo oculto fingían.

La idea de que aquellos sabios pudieran tener algo que ver con tan terrible crimen parecía absurda. Pero ¿cuántas veces había experimentado una imprevista falsedad con doble sentido en la conducta de los hombres?

—No habéis respondido, messer Alighieri. ¿Cómo ha muerto el maestro? —volvió a preguntar Cecco.

—Ambrogio ha sido esclavado vivo en su tumba. —El prior describió brevemente el escenario del crimen—. Pero puede que a la víctima le diera tiempo a componer su propio epitafio, aunque fuera con signos ambiguos —concluyó.

—¿Signos? ¿Cuáles?

Dante metió el dedo en su copa, donde aún quedaba un poso de vino, y trazó sobre la mesa las letras inscritas en el muro de la iglesia. Después se detuvo de repente.

Un fragmento de la visión producida por el misterioso medicamento que había conseguido gracias al boticario se había antepuesto al recuerdo de cuanto había visto en la iglesia. Un detalle que su mente debía de haber recogido de manera oculta, sugiriéndoselo en sueños, pero que ahora se aparecía ante él con toda la luz de la certeza.

Mientras aún se sentía sacudido por el descubrimiento, oyó la voz preocupada de Teofilo.

—Maestro, ¿os sentís mal?

—¿Cuántos de vosotros conocíais al mosaquista? —preguntó, en lugar de responder.

Los otros se intercambiaron una mirada apresurada. Fue Teofilo quien respondió.

—Creo poder hablar en nombre de todos, messer Durante. Todos nosotros conocíamos al maestro y honrábamos su grandeza.

El hombre había hablado en tono sereno, pero su expresión inquieta demostraba que les afectaba la pregunta, sobre todo por lo que podía implicar.

—Nos habéis hablado de las modestas conclusiones de los investigadores —prosiguió Teofilo—. ¿Y las vuestras?

—No son en principio mucho más esclarecedoras, aunque mi capacidad de análisis es seguramente mucho más profunda que la de esos zafios investigadores al servicio del alguacil —respondió el poeta. Quizás era una impresión suya, pero le pareció que sus palabras fueron recibidas con alivio—. Hasta hace un momento —añadió y esperó aún un instante—, cuando la luminosa mano de Minerva ha aclarado mi mente.

—¿Qué queréis decir? —preguntó Teofilo.

—Lo que ahora me parece evidente. —Dante recorrió lentamente con el dedo las líneas trazadas encima de la mesa—. ¿No creéis que Ambrogio pudiera marcar tres breves trazos verticales, seguidos de otra palabra que no ha podido terminar? ¿Que haya, pues, intentado escribir III COELUM, el tercer cielo?

De nuevo el silencio siguió a sus palabras.

—Curiosa coincidencia, ¿no os parece, messer Alighieri? —dijo por fin Augustino en un tono indiferente.

Dante decidió entrar en su juego. Si querían que se descubriera, cuanto antes mejor.

—Ofendería a vuestras inteligencias si pensara que ninguno de vosotros ha llegado antes que yo a la misma hipótesis.

—Pero ¿qué se puede extraer de tales hipótesis? —preguntó desde el fondo de la mesa Iacopo, con su desagradable voz.

Sin darle tiempo a Dante para responder, Cecco d'Ascoli se sumó al razonamiento.

—Sí, messer Alighieri, yo también creo que esa inscripción no es casual, y había llegado a vuestra misma conclusión. Pero aceptando la hipótesis de que Ambrogio haya invocado al Tercer Cielo, ¿lo ha hecho para reclamar el castigo contra nosotros o para pedir que lo vengáramos? Y, en el primer caso, ¿ha pretendido culparnos a todos nosotros o sólo a uno que se esconde entre nosotros? Y en el segundo caso, ¿contra quién deberíamos dirigir nuestro desprecio?

—Y si al final, *tertium datur*, ninguna de las dos cuestiones fuera la verdadera —intervino Bruno— y el Tercer Cielo hubiera sido invocado no por el maestro, sino por el asesino, y se refiriera por tanto a una circunstancia completamente distinta, ¿bajo qué cielo debemos colocar la agonía del moribundo? ¿Qué pensáis de eso, amigos míos? —concluyó el teólogo, sin dirigirse a ninguno en particular.

—Contra ese escollo se precipita la pequeña barca de nuestro ingenio —murmuró Augustino.

Dante esperó, antes de hablar, concentrado en sus pensamientos. El esbozo trazado por sus compañeros era exacto. Volvió a escrutar los rostros que le miraban. Detrás de ese muro de cortesía, alguno le estaba desafiando.

Pero él estaba preparado para aceptar el desafío.

—El asesino piensa que se salvará escondiéndose detrás de ese insano enigma. Pero Florencia ha puesto en mis manos la espada de la justicia y yo no la depondré antes de haber cortado su cabeza —dijo, recalcando cada una de sus palabras.

Todos parecían estar de acuerdo y lo miraban impasibles, como gatos satisfechos. A Dante le recordaban a esos agentes del Gremio de la Lana que tantas veces había visto por las calles de Florencia del brazo de los compradores, y por un instante le asaltaron las dudas.

La campana del toque de queda había sonado hacía ya un rato cuando se despidió. Pero a nadie a su alrededor le preocupaba, como si en aquella taberna todos gozaran de un salvoconducto. En la puerta se cruzó con el tabernero, quien, por su aspecto, parecía haber estado esperando ese momento para acercarse a él. Se le veía ansioso por decirle algo, pero se limitó a una tosca inclinación de cabeza y a mascullar unas cuantas palabras de despedida. Creyó ver que mientras hablaban no perdía de vista al grupo del Tercer Cielo y que tampoco a ellos se le escapaba ninguno de sus gestos.

Llegó a su alojamiento en San Piero después de haber atravesado velozmente las calles de la otra orilla del Arno, desiertas a la caída de la noche. En la escalera que conducía a su celda, las fuerzas le abandonaron repentinamente. El cuerpo cedía al cansancio de aquellos dos días terribles. Tuvo que pararse en medio de la rampa para tomar aliento.

Se tumbó encima de la cama vestido, limitándose a desabrocharse las sandalias y a cubrirse la cabeza con el gorro de noche.

Pensó en todo lo que había visto y oído. En la iglesia de la muerte. En el mosaico que Ambrogio no había acabado. En su espantosa máscara fúnebre. ¿Existía una relación entre ambos objetos? ¿El iluminado por la luz del arte y el envenenado por el dolor? ¿Y por qué el mosaquista había sido asesinado de aquella forma, transformado en la misma piedra de su obra?

Continuó haciéndose preguntas sin respuesta, mientras iba entrando en el sueño, mecido por un tintineo de crótalos de bronce que seguía resonando en su cabeza.

Dante intentó levantarse de la cama, tratando de tapar con las manos los rayos de sol que entraban por la ventana. Sueños y memoria aún se confundían en su mente. Por un instante, temió que el resplandor que veía se debiera a un nuevo efecto del medicamento, pero para explicar esa flojera bastaban el vino dulce y el humo acre de la taberna.

Volvió a tumbarse, con la mirada fija en las vigas del techo, intentando detener el vértigo. La habitación daba vueltas a su alrededor, como los velos de Antilia. Apretó con fuerza los párpados, para que se desvanecieran aquellos chispazos que le herían el cerebro, mientras la náusea iba atenuándose. Al final, se levantó con cautela. Tenía que salir y retomar el control sobre sí mismo.

Se maldecía por su imprevisión: un prior del Comune de Florencia debería haberse comportado con más sobriedad, sin dejarse arrastrar a la diversión. Esperó que sus colegas nunca se enteraran de aquella aventura.

Le llevó más de una hora preparar los documentos para la primera reunión del Consejo. Continuaba intentando proyectar en su mente el *incipit* de su discurso cuando llegó el informe que había pedido sobre los miembros del Tercer Cielo. Como imaginaba, aquellos hombres eran todos maestros de los Gremios, en posesión de la libertad de cátedra, expedida por prestigiosas universidades.

El más anciano era Bruno Ammannati, que había vivido un tiempo en Palestina, intentando convertir a los paganos guiado por el fundador de su orden, San Francisco. El más joven era Iacopo Torriti, el arquitecto. Habían llegado a Florencia en distintos periodos del último año y habían comenzado a enseñar, cada uno individualmente, a un grupo de estudiantes, después de recibir la acreditación del Comune como maestros y de haber obtenido la licencia. Estaban en contacto con las *scholae* de Santa Croce y de Santa Maria Novella, pero no dependían de ellas para nada. También Teofilo Sprovieri, además de ejercitar su arte en la botica, daba ocasionalmente lecciones de farmacia en el convento de Santa Magdalena.

En cuanto al capitán, Veniero Marin, era conocida su relación con los otros, pero no parecía ejercer ninguna actividad concreta. No se conocían sus fuentes de ingresos, pero se sospechaba que recurría a préstamos y usura. Al lado de cada nombre, venía escrito el de la calle donde habitaban.

—¿Estáis seguro de esto? —preguntó Dante al funcionario que estaba en pie ante él, señalando un lugar en el documento. El otro se inclinó para verlo mejor.

—Sí, prior. Todos han venido de Roma.

—Grandes viajeros, se diría. ¿Y la bailarina? ¿Por qué no hay nada de ella?

—Pero... no forma parte del Studium. No creí que le interesara...

A Dante le pareció que había habido una oculta intención en aquellas palabras.

—Todo interesa a la autoridad del Comune —replicó fríamente—. La justicia vigila a cualquier persona sospechosa.

El hombre se encogió de hombros, intimidado por aquel tono inquisitorio.

—No... no sabemos mucho de ella. Parece que viene de ultramar. La guardia de la Porta al Prato tiene registrada su entrada... hace sesenta días. Se declaró de condición libre y no...

—¿Qué?

—No está demostrado que ejerza la prostitución.

—¿Y dónde se aloja? No lo veo indicado.

—En la taberna... supongo. Sus movimientos no están restringidos, aunque la guardia de barrio conoce de sobra su discutible reputación y no le quita ojo —dijo el funcionario, como queriéndose excusar por aquella omisión. Pareció respirar aliviado cuando el poeta le despidió con un gesto.

Dante dejó los documentos sobre el escritorio, prometiéndose que profundizaría en aquellas informaciones. Después se dirigió a la sala de reuniones. Caminando por el pórtico, aspiró profundamente el aire de la mañana, sintiendo el olor de los fogones y del pan. Luchaba para alejar de la mente las imágenes de la noche, intentando concentrarse en la discusión que le esperaba en el Consejo. Tenía que ser convincente, si no quería ver frustradas sus esperanzas de carrera política.

Comenzaría con la conmemoración de la libertad divina; citaría la Ética del filósofo, y después su Política. Pero, entre las palabras de su discurso, se insinuaban el cuerpo de Antilia y la máscara de Ambrogio. Y el mal inundaba su mente.

Sus pies tropezaron con un obstáculo que casi le tira al suelo. Era un hombre acurrucado en la calle, que intentaba retenerlo con una voz quejumbrosa. Llevaba una parte de la cabeza envuelta con harapos, como si quisiera ocultar alguna inmundicia deformidad.

—¡Una moneda y os revelaré vuestra suerte!

—¿Qué? ¡Otra vez! —Dante lo alejó con una patada, soltando una imprecación. Conocía aquella cara, porque la había visto muchas veces entre los mendigos que estaban durante el día delante de la puerta de San Piero Scheraggio, la parroquia de su barrio. Era un ladrón que ya había sufrido el corte de los dedos—. ¡Desaparece o haré que te echen a las Stinche!

—¡Vuestra suerte por una moneda! —le oyó gritar en tono insolente, mientras se alejaba.

Si fuera verdad que bastaban sólo unas cuantas monedas... En aquella ciudad todos estaban ansiosos por predecirle el futuro, se dijo encogiendo de hombros.

Las reuniones del Consejo se celebraban en el antiguo refectorio del convento. Cuando entró, los otros cinco miembros ya estaban en la sala, sentados alrededor de una larga mesa, examinando un documento y charlando animadamente.

Al verlo entrar, el prior del Gremio de la Lana carraspeó. Dante tuvo la impresión de que quería advertir de su presencia a los demás. Después comenzó.

—Aquí, ante nuestros ojos, está la bula pontificia, con las peticiones de Bonifacio. Es el nuncio en persona, a través de un delegado, quien la presenta al Consejo. «La nobilísima ciudad de Florencia, amadísima de nuestro corazón, pupila de nuestros ojos y de nuestro reino...»

Dante se sentía molesto por el modo en que los otros se pasaban de mano en mano la bula, con un temor casi reverencial al rozar el pergamino que antes había tocado el Papa. Se había propuesto utilizar más la persuasión que el ataque, pero aquel comportamiento cobarde tan presto a transigir le provocó un acceso de ira. Cuando el documento llegó al hombre que se sentaba a su lado, se lo quitó con un gesto brusco, tirándolo con rabia encima de la mesa.

—Tengamos la fiesta en paz, messer Lapo. Conocemos todas las delicadezas de la prosa del Caetani. ¿De qué sirve este estudio de sus palabras, si ni siquiera son las de un nuevo evangelista? ¿Qué quiere? —prorrumpió. No sabía nada de la petición, y tenía la desagradable sensación de que los demás se lo habían ocultado voluntariamente.

—El noble Caetani, Su Santidad Bonifacio VIII, nos pide apoyo con dinero y hombres armados para su causa en Toscana.

Así que se trataba de eso. Ya conocía aquella cuestión. La ciudad del Lazio, siguiendo el ejemplo de Palestrina, se había rebelado contra el vicario papal y había proclamado el libre Comune.

—En el fondo, sólo pide un centenar de ballesteros y unos cuantos caballos... Quizás podríamos acceder sin pensar demasiado en las finanzas del Comune... — sugirió uno de los priores con tono vacilante.

—No están en juego nuestras finanzas, messer Pietro —respondió Dante con aspereza—, sino nuestra libertad y la de la gente que confía en Florencia. Y ahora, ¿tendremos que entregar el cuello al yugo de Bonifacio, simoníaco e indigno?

—¿Bonifacio, simoníaco? Cuidado con lo que decís, messer Alighieri, no tengáis que arrepentiros de ello. Y procurad también no arrastrarnos a todos en vuestra caída. La facción Blanca, nuestro partido, no tiene interés...

—El partido Blanco es también el mío, y vos parecéis olvidarlo. Y sólo actuó en su propio interés. Pero existe también un interés superior, para la protección de nuestra ciudad, que debe guiarnos.

—¿Pero hablamos sólo de cien ballesteros! —intentó terciar el prior del Gremio de Cambistas, en tono conciliador—. A lo mejor podemos satisfacer las pretensiones de Bonifacio sin ponerlo en nuestra contra y sin menoscabo de nuestras defensas...

—No os dejéis engañar por el número aparentemente exiguo —replicó Dante—. Parece que no conocéis el estado de abandono de nuestras milicias, después de años de pésima dirección. Si en este movimiento tuviéramos que tocar la martinella,* ¿quién creéis que se presentaría en el Campo de Marte? Varios miles de rufianes arruinados, cuyo último adiestramiento se remonta, al menos, a hace tres años, mal organizados, mal armados, sin oficiales, sin doctrina, sin disciplina, sin agallas. Expertos únicamente en pelear con las manos desnudas, estúpidamente feroces a la hora de ensañarse con los vencidos, pero incapaces de reaccionar a la embestida de un ejército bien preparado. Desde que las disposiciones judiciales excluyeron de la dirección del ejército a los hijos de la nobleza, las compañías de barrio han acabado en manos de trasquiladores y cardadores, bellacos, advenedizos, hijos de puta...

—¿Messer Alighieri! —En el otro lado de la mesa, se había puesto en pie Lapo Salterello, gritando—: ¡A juzgar por vuestras palabras, no parece que pertenezcáis al pueblo de Florencia! ¡Como si vos no fuerais también hijo de mercaderes y cambistas, por no decir algo peor!

—¡Maldito truhán! —Dante se puso en pie a su vez, extendiendo los brazos hacia el cuello de Lapo. Sintió que una mano lo retenía, mientras los otros se interponían entre ellos.

Apenas consiguió rozarlo, antes de que a Lapo se le escapara un grito entrecortado.

—¿Arañáis como un gato, messer Durante! —se lamentó, cubriéndose con la mano la nariz enrojecida.

—Yo ataco como un tigre. ¡Dejo que los gatos se ocupen de las ratas como vos!

Con el corazón agitado, el poeta miró a su alrededor. Él también debía de estar desencajado, a juzgar por el palpito furioso de la sangre en las sienas. Lentamente, comenzó a relajarse, con la mirada fija en Lapo.

—Sí... quizás sea mejor que volvamos a nuestro deber. —Volvió a tomar el pergamino; sus manos aún temblaban debido a la conmoción—. Habéis dicho que se habla sólo de cien ballesteros. Pero, en este momento, la compañía de ballesteros es el único cuerpo militar verdadero de Florencia. Confiarlo a Bonifacio significa desgarnecer el núcleo principal de nuestras defensas y exponer a nuestros hombres a la posibilidad de que el Caetani los compre y los domine, devolviéndolos convertidos en serpientes a sus órdenes, listas para mordernos la mano. O bien, obligándonos a buscar otros. Pensad en el montón de florines que tendremos que sacar de nuestras arcas para pagar a mercenarios de Génova.

La observación debía de haber causado mella. Incluso Lapo Salterello, aunque seguía mirándolo con malos ojos, parecía estar considerando sus palabras.

—Quizás sea mejor reflexionar sobre ello... Podemos tomarnos tiempo —murmuró messer Pietro.

«Ya es algo», se dijo Dante. Al menos había conseguido hacer germinar en él la semilla de la duda. Estaba seguro de haber dado en el clavo, sin incomodar a Platón ni a Aristóteles. ¡Cuánto más grande no era el sonido de la voz del oro que aquél de la virtud y la razón!

—Sí, podemos responder al Papa que le proporcionaremos los ballesteros en cuanto hayamos acabado de reforzar la muralla nueva —añadió messer Duccio. Se sentía aliviado. Ahora que se habían liberado de la angustia de tener que decidir, todos tenían un aspecto más sereno.

—¿Habéis oído alguna noticia de Porta al Prato? —preguntó Lapo—. Parece que han visto acercarse desde el norte a una multitud de leprosos que se dirige a Roma. Tienen la esperanza de que el jubileo de Bonifacio pueda purificarles las úlceras. Y quién sabe cuántos de ellos serán estafadores y agitadores. Es necesario que el prior de Calimala dé orden de reforzar la guardia, para impedir que se introduzcan en la ciudad.

—Haría falta matarlos a todos —dijo, con aspereza, messer Pietro. Detrás de su despiadado tono de voz, se percibía el miedo—. Desgraciadamente, están protegidos por el indulto de la Iglesia.

—¿Sabéis lo que se dice en Padua, donde se ha vaciado el lazareto? Que han sido los gibelinos, a través de unos cuantos frailes asalariados, quienes han corrido la voz entre esos desamparados de que en Roma encontrarían la cura para sus males. Quieren utilizar a esa masa inmundada contra las ciudades enemigas.

—Y encima tenemos que curar a esos malditos. En el hospital Mayor ya se ha preparado un sótano para ellos, y podría no ser suficiente. Los leprosos compensan sus culpas con el mal que los devora.

Dante estaba pensando en otra cosa. Lo del ejército de leprosos le parecía una fábula. Aun así, la última afirmación le había impresionado. Era una idea banal, hija de una mente obtusa, pero tocaba un asunto sobre el que había reflexionado largamente durante sus estudios de filosofía moral.

—¿Pensáis que realmente el mal sea el castigo a un comportamiento contrario a la rectitud? —dijo, hablando más que nada consigo mismo—. Y si así fuera, ¿qué mal se ha castigado con el suplicio del maestro mosaquista en San Judas?

En la sala se hizo un silencio molesto. Dante no esperaba una respuesta y continuó.

—He sabido que se va a abrir también en Florencia un Studium general. Una facultad de las Artes, como en la lejana París. Y además, por voluntad de Bonifacio. ¿Sabéis algo?

—Nada —respondió messer Prieto. Los demás también negaron con la cabeza—. Pero son cosas de frailes. El Comune no financia ese tipo de escuelas; sólo aquellas para quienes trabajan en los talleres. En cualquier caso, es una fortuna que, al fin, sea fundada en Florencia una Universitas, así nuestros conciudadanos no tendrán que seguir desangrándose para enviar a los hijos a Padua o a Bolonia. O a esa cueva de heréticos que es París.

Dante le lanzó una mirada de pocos amigos. Él había estudiado en París cuando era joven. Y precisamente en la facultad de las Artes, aquella a la que la ciudad debía su fama de libertina. ¿A qué se refería ese patán?

Se puso en pie de golpe, a la vez que recogía sus papeles. Ya estaba harto de aquella compañía.

Fuera del Palacio, a los pies de la escalera, un hombre lo miraba. A pesar del calor, vestía una túnica de lana blanca; ocultaba su rostro a la usanza de las gentes del desierto para protegerse del calor del sol. Mientras se aproximaba, descubrió su rostro. Era uno de los miembros del Tercer Cielo: Augustino, el filósofo natural.

Le recibió con un aspecto afable y amistoso. Pero su mirada gélida desmentía aquella aparente cordialidad. Dante se puso en guardia.

—Salud, messer Alighieri. Estaba aquí, en la calle, conversando con mis estudiantes, cuando os he visto y me he preguntado si os gustaría que os acompañara. Es

rao en vuestra ciudad poder disfrutar de la sabia conversación de un colega filósofo de vuestra altura y que además haya asistido a las clases de los maestros de París.

Parecía que todos tuvieran conocimiento de sus estudios.

—Quizás os habéis hecho una idea demasiado elevada de esos maestros —replicó Dante, seco.

Se habían alejado de la escalinata, en dirección a la logia de Orsammichele.

Los carros de los mercaderes de telas cargaban sus mercancías en aquel lugar, antes de partir a las ferias del Norte. El implacable calor hacía fermentar los excrementos de las docenas de caballos que se daban cita en aquel estrecho pasaje. Enjambres de moscas daban vueltas enloquecidas, llegando a meterse en la boca de los viandantes. A pesar del tórrido sol, en la calle hornigueaban los hombres con el rostro escondido para protegerse.

—No es para discutir sobre los padres de nuestro saber por lo que he querido atraer vuestra atención, messer Alighieri —dijo, a su vez, Augustino, alejando con un gesto a una nube de insectos—, sino para conocer mejor vuestro pensamiento sobre el crimen que habéis sido llamado a juzgar.

Dante no respondió inmediatamente. Se preguntaba el porqué de tanto interés. Quizás, simple curiosidad; quizás la sombra de la culpa. Decidió seguirle la corriente.

—No había muchos indicios en el lugar de la muerte. Nada más que lo que he referido.

—¿De verdad que nada más? —Augustino parecía desilusionado—. Pensaba que vuestro intelecto superior habría entrevisto ya una luz en el lugar en donde nuestro insignificante entendimiento va a tientas entre las tinieblas. Pero puede ser que mi juicio haya estado condicionado por los rumores que circulan sobre vos.

Dante apretó las mandíbulas. Después desvió la mirada, si tuviera algún interés en la gente que tenía a su alrededor.

—He tenido, sin embargo, una sensación claramente perceptible —dijo, a continuación, volviendo su mirada hacia él.

—¿Cuál?

—Que todos vosotros sabíais ya mucho de esos hechos, quizás cada detalle.

Augustino tardó en reaccionar.

—Supongo que habéis examinado con atención el mosaico en el que estaba trabajando el maestro —dijo tras una breve pausa.

—¿Vos también lo habéis visto? —preguntó Dante, después de aplastar una mosca que se había posado en su mejilla.

—¿El coloso? Sí, una vez, poco después de que Ambrogio empezara a realizarlo. —Augustino no añadió nada más, esperando que fuera el poeta quien retomara la palabra.

—Se diría que es una representación sacra del sueño de Nabucodonosor —dijo, cauteloso, Dante. No hizo alusiones a detalles de la obra, ni al hecho de que la mitad de la pared se hubiera quedado inacabada—. Se trata de un símbolo demasiado diáfano —concluyó.

—La obra no se limitaba a la representación de aquel episodio a través de un juego de colores y de líneas. Se os escapa el sentido oculto que la inspira. Había detrás una idea más compleja, que el maestro comacino intentaba dejar patente con su maestría.

—Entonces, ¿vos también creéis que ha sido asesinado por eso?

—¿Acaso no es así?

Dante se encogió de hombros, sin responder. Augustino parecía esperar que él dijera algo más.

—Creo que es así... claro. El crimen nace por la venganza de una acción pasada, o para prevenir una acción futura. Y, en cualquier caso, para eliminar el *proprium*, la identidad más profunda de la víctima. ¿Y qué otra cosa, sino su obra, marca el *proprium* de un artista?

Andando, habían llegado cerca de la logia del mercado. El filósofo se detuvo ante la fuente para beber de uno de los caños de bronce con forma de cabeza de lobo. También Dante bebió un sorbo de agua templada. Sentía que volvía a subir el calor de la fiebre.

—Creo que tenéis razón —Augustino había retomado la palabra—. Quizás Ambrogio se equivocó al querer modificar el proyecto.

—¿El tema de la obra no fue decidido por los clientes, es decir, por vosotros, el Studium, en definitiva? —preguntó el prior, después de secarse los labios con una manga.

Augustino le dirigió de nuevo una de sus sonrisas. Parecía querer saborear las informaciones para tener ventaja sobre él.

—Así es. Pero nuestra idea, en su origen, era bien distinta. Yo vi el boceto en la pared, lo había preparado un alumno de Cimabue: un homenaje a las plantas y los animales, un Arbor vitae, del estilo de aquel —magnífico— que hay en la basílica de Otranto, al sur, en el Reino.

—¿Y qué paso después?

—El maestro pidió, y le fue concedido, poder cambiar el tema por otro de su elección. Se negó a enfrentarse a una obra tan grande. O al menos fue lo que quiso hacer creer.

—¿Y vos no lo creéis?

—Yo tengo la impresión de que el maestro Ambrogio no era un hombre que se negase a afrontar lo que fuera en su disciplina. Es más, tenía una opinión tan alta de sí mismo que rozaba la blasfemia. Decía que convertiría San Judas en el centro del mundo. No. Creo que fueron otras las causas de su decisión.

Dante reflexionaba en silencio, jugueteando con el cinturón. ¿Por qué aquel pasaje marginal de las Sagradas Escrituras había afectado tanto al mosaquista, hasta el punto de inducirlo a cambiar sus propios planes y a entrar en conflicto con sus clientes? Y, sobre todo, si era correcto el juicio que de él había dado Augustino, ¿por qué habría renunciado a enfrentarse a una de las mayores obras de la cristiandad? ¿En qué radicaba la importancia de aquel coloso?

Sólo Ambrogio habría podido responder, pensó, y Augustino pareció leerle el pensamiento.

—Haría falta hablar con el muerto —dijo de repente—. Si eso fuera posible.

—¿Y vos creéis que lo sea?

El filósofo no respondió, como si considerara imprudente aventurarse a seguir por ese camino. Pero no había perdido el deseo de desafiarlo.

—Parecería imposible, ¿pero vos habéis intentado, al menos, interrogar a su alma?

—A los muertos se les interroga con un análisis paciente, messer Augustino. Con la recogida y el examen atento de las huellas que su paso ha dejado en nuestro mundo. Con la luz de la razón que, rectamente guiada por la virtud y el conocimiento, no se equivoca jamás.

—Creo que vuestra idea es correcta. Pero estad atento, porque otros recorren el camino que conduce al diálogo con los muertos en el silencio, pretendiendo alcanzar objetivos diferentes. Y encontrarse con ellos puede traer consigo un peligro mortal. Hay quien piensa que es más fácil evocar a los difuntos con la fuerza taumaturgica, sacándolos de las regiones en las cuales se encuentran.

—Esas regiones son la región de Dios. ¿Estáis, acaso, hablando de nigromancia? ¿De magia negra?

Augustino se encogió de hombros, sin responder.

—¿Pensáis que se pueda forzar a las almas de los muertos a hablar con los vivos? ¿Y sostenéis que vos mismo sois capaz de hacerlo o que lo sea alguien que vos conocéis? —añadió Dante después de una breve pausa, intentando asestar un golpe a ciegas.

Augustino había palidecido. Miraba algo que estaba a espaldas del poeta, como si estuviera viendo un fantasma. Dante echó un vistazo rápido hacia atrás, para ver si alguien los espiaba. En aquel momento la plaza estaba extrañamente vacía, como si todos los habitantes hubieran huido de la ciudad apesada. Quizás la tierra de los muertos no fuera distinta de aquel sucio empedrado. Augustino también parecía ser una de aquellas almas muertas. Tuvo que reprimir el instinto de tocarlo, para

asegurarse de que no era un espectro.

—Tened cuidado con vuestras palabras. Aquí estamos en tierra de la Iglesia —continuó el otro. Señaló a una fila de monjes que habían aparecido por la esquina de la calle de los Acciaivoli.

—¿No hay, pues, nigromantes en la tierra de la Iglesia? —le apremió Dante.

—Quizás más que en ningún otro lugar.

—¿También en las estancias de los hombres de Dios?

—El fraile Francisco contó más diablos en el consistorio que en las legiones infernales.

—¿También en el Tercer Cielo?

Augustino no respondió. Después se ciñó su manto al cuerpo para defenderse de una ráfaga de viento húmedo que había barrido la plaza, repentinamente, levantando una nube de polvo. Se cubrió el rostro hasta los ojos con el embozo. «*Tibi benedicat Dominus*, hermano. Tendremos ocasión de retomar nuestra conversación cuando volváis al Tercer Cielo».

El filósofo se había alejado apresuradamente, después de despedirse de Dante con una leve inclinación de cabeza. A su alrededor, el griterío y los ruidos de la calle habían recobrado su intensidad, pero el poeta no oía nada. Volvía a pensar en las palabras de Augustino, en sus oscuras alusiones, en la acusación de soberbia que había dirigido al muerto.

En el fondo, sabía bien poco de Ambrogio, aparte del hecho de que había sido un gran artista. ¿Quién podría conocerlo mejor que un compañero del gremio? La alta figura de rasgos equinos de Iacopo Torriti le vino a la mente. Era el único que había conocido al maestro comacino antes de su llegada a Florencia.

O al menos eso parecía.

El arquitecto estaba en el trabajo, en la gran obra de la nueva catedral, delante del baptisterio. Dante recorrió con pasos rápidos la calle de los Zapateros, atestada a esas horas de puestos de vendedores que la invadían con sus toldos multicolores, dejando únicamente un estrecho paso en el centro hasta la plaza de San Juan.

Delante de las puertas del baptisterio, el terreno se había allanado más de doscientos brazos, hasta el antiguo recinto de la muralla romana. Allí estaban levantando las macizas estructuras maestras, divididas en tres naves, separadas por grandes pilares. Los muros del perímetro llegaban hasta el borde de las ventanas, mientras que en el transepto la estructura del ábside estaba casi completa, con sus tres hornacinas. En aquel punto, el gran Arnolfo ya había asentado los pilares que sostendrían la cúpula destinada a cubrir la iglesia más grande de la cristiandad.

El poeta entró en la obra, intentando esquivar las carretillas, y sobre todo las poleas que orbitaban en torno a él como cuerpos de una desequilibrada esfera celeste. En el interior, justo en el lugar destinado al futuro ciborio —el centro geométrico del gran octágono de ladrillos del tambor de la cúpula— estaban dispuestas largas mesas apoyadas sobre caballetes. Reconoció de lejos al arquitecto, inclinado sobre una serie de planos.

Dante se acercó hasta él sin que el hombre advirtiese su presencia. Permaneció un instante en silencio, admirando la maestría con la que Iacopo delineaba con unos cuantos trazos de yeso el detalle de un arco, para enseñárselo a un capataz, en pie a su lado. El círculo perfecto del cielo contenido en el cimborrio, cerrado sobre sus cabezas, parecía el ojo vigilante de Dios, observando aquello que se alzaba en Su nombre, para que no se repitiera la arrogancia de Babilonia.

Después el arquitecto se dio la vuelta, advirtiendo su presencia. Por un momento pareció contrariado de verlo y su rostro se iluminó con una pálida sonrisa, mientras se ponía en pie.

—Messer Alighieri, es un honor recibir a un prior de la ciudad en nuestra humilde obra. Siento que el maestro Arnolfo no esté aquí hoy para rendiros el honor que merecéis. Imagino que habéis venido a inspeccionar las obras.

—En realidad os buscaba a vos, messer Iacopo. Aunque ver vuestra obra —añadió Dante, dirigiendo la mirada hacia arriba—, de tal envergadura, es, sin duda alguna, una extraordinaria invitación a alabar públicamente a Arnolfo y a vos que lo ayudáis.

—¿Me buscabais a mí? —dijo el otro, ignorando el elogio. Parecía preocupado.

—Sí. Quiero saber algo más del maestro asesinado. Creo que erais vos, entre los miembros del Studium, el que mejor lo conocía.

—Claro —Iacopo se encogió de hombros—, el maestro Ambrogio pertenecía a mi gremio. Aunque su corporación, el Gremio Comacino, es poco dada a confraternizar con aquellos que no están inscritos en él. De todas formas, durante el tiempo que compartimos en la obra de Roma, nos veíamos con frecuencia. Pero no éramos amigos, si es esto lo que queréis saber. Y además, no estuvo allí durante mucho tiempo. Un día se fue de repente, interrumpiendo su trabajo. No me esperaba encontrármelo aquí en Florencia, cuando vine con Arnolfo.

—¿Qué pensáis de su arte, maestro Iacopo? —Dante le miraba fijamente—. ¿Era verdaderamente el primer mosaquista de Italia?

El otro dejó que pasaran unos instantes antes de responder.

—Ambrogio era seguramente un maestro en su arte. El propio Bonifacio le había encargado el trabajo de decorar con un mosaico las paredes de su capilla funeraria en San Pedro —dijo con sequedad.

—Pero vos no aprobáis su estilo, ¿verdad?

—Los tiempos cambian, messer Durante. De Francia llegan nuevas formas. El maestro Ambrogio seguía fiel al estilo de los bizantinos, a la repetición obstinada de módulos formales fijos. Un diseño apropiado a la majestad de los reyes, pero poco adecuado para los nuevos tiempos, marcados por el crecimiento del pueblo. Por cierto, habéis visto su mosaico en la iglesia. Habréis notado la dureza de su trazo...

—El mosaico interrumpido... Me han dicho que el proyecto original preveía un tema distinto, una representación del árbol de la vida como alegoría de la Creación. ¿Sabéis por qué el maestro cambió de idea?

—No. Y tampoco estoy seguro de que empezara a trabajar en ese tema. Al principio, después de haber aceptado el trabajo, dejó transcurrir muchos días sin comenzar nada, dando vueltas por la iglesia inmerso en una profunda meditación.

—¿Como si no estuviera seguro de qué representar?

—Sí. O mejor... —El arquitecto se interrumpió, intimidado, como si se hubiera arrepentido de haber comenzado aquella conversación.

—¿O mejor?

—Como si tuviera miedo.

—¿De qué?

—No lo sé. Pero fuera lo que fuera le perseguía desde Roma.

—¿Y pensáis que se trataba del tema de su representación? —preguntó, después de reflexionar sobre aquellas palabras—. ¿Lo que quería revelar en su obra?

Iacopo dirigió una mirada nerviosa a su alrededor, como si se sintiera ansioso por volver a su trabajo.

—¿Vos ya tenéis una idea de lo que puede ser, no es así? —le apremió el poeta. Iacopo no respondió, y él le aferró por un hombro, sacudiéndolo—. ¿Es así? No olvidéis que el Comune posee los medios para hacer hablar a quien no quiere.

—Corría un rumor en la basílica de San Pablo, donde trabajamos... un rumor acerca de la muerte de Celestino V... el Papa eremita —balbuceó Iacopo.

—Claro, es algo sabido. Asesinado por orden de Bonifacio.

—No, messer Durante. —El arquitecto parecía verdaderamente sorprendido—. Seguramente no por orden suya. En Roma se rumoreaba que, al enterarse de la noticia, Bonifacio reaccionó con un ataque de ira furibunda y que durante tres días maldijo a la muerte que le arrebatara su trofeo.

—¿Trofeo? —exclamó Dante, desconcertado.

—Un saber secreto que el viejo Papa conocía y que se llevó con él a la tumba.

Continuaba sin estar convencido. Debía de ser una de las muchas leyendas que circulaban en la corte de Bonifacio, difundida por sus cortesanos para salvar al pontífice de la ignominia.

—¿Qué estaba diciendo?

—Nada más. Puede que Ambrogio supiera algo. Y, quizás, no sólo él.

—¿No sólo él? ¿A qué os referís? —Dante intentaba sacar alguna conclusión de lo que acababa de escuchar.

—En el convento anejo a la basílica de San Pablo, durante nuestras obras, se alojaban algunos miembros de la Curia. Un grupo de juristas que trabajaban en un encargo particular, por cuenta de Bonifacio...

Un nombre cruzó la mente del prior.

—¿Antonio da Peretola, el jurisconsulto del Tercer Cielo, era uno de ellos? ¿Es esto lo que queréis decir?

Iacopo movió la cabeza en un gesto de asentimiento.

—Quizás él pueda seros más útil, messer Durante. Estaba seguramente más cerca que yo del origen de aquellos rumores.

Dante dio un paso para apartarse y dejar pasar una carga de ladrillos, que empujaba un brazo móvil unido a un contrapeso. La máquina atrajo su atención, un simple tornillo de Arquímedes, pero realizada a una escala gigantesca. Una de las especialidades de los comacinos.

—Tenéis muchas aquí, por lo que veo.

—Es verdad. Son el alma misma de las grandes construcciones.

El poeta miró a su alrededor. De la vieja iglesia de Santa Reparata sólo quedaba el resto de los muros exteriores, que desaparecerían bajo la nueva pavimentación. Levantó la mirada, imaginando cómo sería aquel edificio una vez terminado. Un templo de gigantes erigido para gente tan mezquina...

Iacopo había seguido su mirada.

—Cuando se haya puesto la cubierta en el crucero con las pilastras, será la iglesia más grande de la cristiandad. La obra maestra de Arnolfo. Así, desde estos muros, el nombre de Florencia se extenderá por toda la tierra.

—El nombre de Florencia ya es muy conocido hasta en el infierno, messer Iacopo —murmuró Dante—. Hay una ciudad que se eleva hacia lo alto, pero también otra que se adentra en las profundidades, como si quisiera abrirse paso hacia Lucifer.

El otro se quedó mirándole sorprendido, en silencio.

Antonio da Peretola, el hombre de la cara de zorro, se alojaba junto a San Marcos, en la hospedería del convento. Quizás, a aquella hora, ya había llegado de sus clases en la Schola de los franciscanos, como confiaba el prior.

Efectivamente, el hombre estaba allí, haciendo anotaciones en un viejo códice. A su alrededor, había otros volúmenes abiertos. Parecía inmerso en una fatigosa comparación de diferentes escritos, sobre los que escribía acotaciones.

Al verlo, se interrumpió de golpe y cerró el códice en el que estaba escribiendo.

—Os presento mis saludos, messer Antonio —dijo Dante—. Y me disculpo si mi llegada interrumpe vuestra obra —añadió señalando el libro.

El otro se levantó inclinando la cabeza a modo de saludo.

—Nada que no pueda dejarse para más tarde —dijo, invitándole a tomar asiento en un banco del que se había apresurado a retirar un montón de pergaminos.

—Por lo demás, las exigencias de justicia del Comune imponen algunas veces formas descorteses, que espero sepáis disculpar —continuó el poeta, sentándose cómodamente.

—Al contrario, es una alegría veros, messer Durante. Vuestra fama ha llegado hasta Roma, vuestros versos de amor están también en boca de quien, como yo se preocupa de otras regiones del espíritu. Y me resulta muy grato hablar con vos... *«Che si può ben conoscere d'un uomo, ragionando, se ha senno...»*,* al margen de nuestro placentero encuentro en el Tercer Cielo.

De nuevo se citaban sus versos. Parecía, verdaderamente, que los miembros del Studium fueran todos admiradores suyos.

Dante enrojeció, inundado por una oleada de orgullo, e iba a ponerse a recitar el resto del soneto, pero se contuvo. Algo en la mirada del otro le empujaba a permanecer en guardia. Bajo los rasgos del zorro, se ocultaba la dentadura de un lobo. Se limitó a un breve agradecimiento.

—Estoy aquí para pedir os ayuda en mi investigación, messer Antonio —dijo después—. He sabido que antes de llegar a Florencia habéis vivido en Roma, en el convento contiguo a la basílica de San Pablo Extramuros.

—Es verdad. Allí es donde me acogieron, nada más llegar de ultramar.

—¿Vos también habéis estado en Tierra Santa? —preguntó Dante, sorprendido.

—Creía que ya lo sabíais. Estaba en el séquito del cardenal de Lieja, el último nuncio apostólico en San Juan de Acre. Huí con él, cuando cayó la ciudad, y al llegar a Italia el papa Bonifacio quiso, con gran magnanimidad, emplear mi escasa erudición para la grandeza de la Iglesia.

—¿Conocisteis a Ambrogio durante vuestra estancia en Roma?

—¿Al maestro comacino? Sí, pero no teníamos confianza. Estaba ocupado en no sé qué trabajos en la basílica. Creo que nos encontramos alguna vez, paseando por el claustro.

Había pronunciado la última frase en un tono indiferente, como si quisiera subrayar la superficialidad de aquella relación. Pero, en realidad, ponía mucha atención en medir cada palabra, tenso como la cuerda de una ballesta. Quizás se debía únicamente a su mentalidad de jurista, atenta a matices y sutilezas. O a la defensa del que tiene algo que esconder.

Dante decidió afrontar el tema de manera directa.

—El maestro pudo haberse enterado de algo peligroso durante su trabajo.

—No tengo ni idea. ¿Algo por lo que ha podido ser asesinado? —Antonio parecía sinceramente sorprendido, pero los rasgos del zorro continuaban delatándole.

—¿Algo que podría revelar en su obra?

—El convento de San Pablo forma parte de los bienes de la Encomienda templaria de Roma. Entonces hospedaba a una comisión de juristas, de la que yo también formaba parte, a quien Bonifacio había encargado preparar la base doctrinal para la bula que se dispone a dictar. Nada podía justificar un asesinato.

—¿Una bula? ¿Y sobre qué tema? —preguntó Dante, prestando mayor atención. De pronto, el motivo que le había llevado hasta allí había pasado a un segundo plano.

—La supremacía del poder espiritual sobre el temporal. Mejor aún, el segundo podría sintetizarse en el primero.

—¿En definitiva, la justificación jurídica para la tiranía de Caetani?

—¿No compartís la justa reivindicación de Bonifacio de la primacía de su mandato? —preguntó Antonio, mirándole a los ojos—. Y sin embargo, sois de la parte güelfa...

Dante no respondió. Señaló, en cambio, el códice cerrado.

—¿Es ahí dentro donde están recogidas vuestras argumentaciones?

—Sí. Yo era el notario de la comisión, y poseo todas las actas y las transcripciones. Me baso en ellas para redactar el texto de la bula. Dios ha dado un sol a los hombres, el trono de Pedro, para que gobierne e ilumine las tierras del Imperio. *Unam Sanctam*: que ése sea el destino de la Iglesia, y eso está escrito en mis documentos —declaró el jurista con orgullo, como si no tuviera ninguna duda sobre la grandeza del partido al que apoyaba.

—Pero la acción de los hombres, iluminada por Dios, ha puesto al lado del Sol espiritual un segundo Sol, temporal, en la figura del romano emperador. Parecéis olvidarlo.

—Vuestra teoría, messer Alighieri, equipara el fulgor del Sol creado por Dios a una luz, que aun siendo fuerte, ha sido encendida por los hombres. Y ésa es una afirmación... —Parecía no encontrar el término apropiado.

—¿Insensata, quizás? —susurró Dante, a la vez que el otro se encogía de hombros.

—No, insensata no: perversa.

—Sabré convencerlos de lo contrario. Pero volvamos a la muerte de Ambrogio... —continuó el poeta. El tiempo pasaba. Estaba arrepentido de haberse abandonado a su pasión política—. ¿Sabíais que el primer proyecto del mosaico en el que estaba trabajando era distinto al que había empezado a realizar?

—No, ¿qué le impulsó a actuar así?

—Esperaba que vos lo supierais. Se dice que el motivo estaba relacionado con su estancia en Roma. Quizás, en aquellos días, sucedió algo de lo que también vos podríais haber sido testigo.

—Yo sólo prestaba atención a mis estudios, messer Alighieri. Y vos, que sois hombre de estudio, sabéis bien que tales actividades aíslan y alejan del mundo. Pero, ahora que lo pienso, existe algo que puedo narraros, a propósito del maestro desaparecido. Se decía que una vez lo echaron de una iglesia que estaba decorando, y su trabajo fue destruido, porque los clientes se dieron cuenta de que había retratado a los apóstoles con los rostros de la familia imperial, desde Barbarroja a Corradino. Pero, quizás, fuera sólo una habladuría.

Dante supo que el jurista no diría nada más. Puede que porque no supiera realmente nada. O porque todos los zorros se reservan siempre una salida en su guarida.

El rostro desfigurado de Ambrogio seguía pasando por delante de sus ojos. Y sin embargo, no podía descuidar el resto de sus obligaciones.

Desconsolado, volvió a pensar en todas las demostraciones de mezquindad a las que había asistido en las asambleas florentinas; en el entusiasmo con el que se aprobaba la expoliación de un vencido y en la infinita cautela con la que se afrontaba la arrogancia del poder. Si sólo hubiera dos más como él, en aquella maldita ciudad...

Pero era inútil pensarlo. Sacudió la cabeza, pasándose las manos por la frente bañada en sudor. Su mente volvió a la muerte del mosaquista. Una vez más.

Resolvería aquel misterio. Pero tenía que volver al templo donde se había cometido el crimen, solo.

La primera vez estaba rodeado de gente y su perspectiva se había visto trastornada por la migraña. Sus sentidos estaban alterados. No había podido escuchar la voz silenciosa con la que los lugares hablan al alma. Seguramente había pasado por alto señales y pistas esenciales. ¿Qué es lo que no había visto?

Un poco más tarde, después de la caída del sol, podría recorrer más libremente las calles. Su papel de prior de Florencia le confería el derecho a moverse incluso después del toque de queda. Actuaría llegado ese momento.

Dante se paraba en cada una de las esquinas de los estrechos callejones, con todos los sentidos alerta, para ver por dónde venía el paso cadencioso de la ronda. Pero todo el barrio parecía inmerso en el más absoluto silencio, roto, de repente, por estallidos de risa, gritos, susurros que provenían de las ventanas de las plantas bajas. Se encogió de hombros, cada vez más escandalizado por las costumbres que estaba descubriendo en su ciudad.

Su mente registraba cada detalle. Redactaría un detallado informe al Comune para poner freno a aquella decadencia.

La niebla, asfixiante, había vuelto extenderse. Cuando llegó a la iglesia, se sentía cansado, con la ropa empapada de sudor. El edificio estaba sumergido en la noche, una gran mole oscura que se distinguía a duras penas entre las sombras del campo. Sólo la torre se recortaba, nítida, contra el disco lunar.

Se abrió paso a través de los escombros que había delante del umbral. Avanzaba a tientas, entre la oscuridad apenas iluminada por el resplandor que entraba por las ventanas, rozando con la mano las piedras de las paredes. Recordaba bien la fosa en el centro de la nave, y la rodeó sin dificultad.

En el ábside debía de haber aún antorchas, abandonadas por los guardias. Al llegar al hemiciclo, delante de la incierta sombra del mosaico, extrajo de su bolsa yesca y pedernal. Justo debajo del andamiaje había una lámpara de aceite que se apresuró a recoger.

Apenas había comenzado a golpear el pedernal, cuando un violento grito a su espalda le hizo chillar del susto. Alguien, que había salido de las sombras corriendo, lo había arrollado. El pedernal cayó rebotando con un sonido metálico sobre el suelo de piedra, mientras él intentaba mantener el equilibrio. Su mano se dirigió precipitadamente a la empuñadura de la daga. Pero cuando consiguió sacarla, el misterioso asaltante ya había desaparecido por el pasadizo de la empalizada. Permaneció inmóvil, intentando distinguir cualquier ruido en la oscuridad.

Parecía que no hubiera nadie más. Se arrodilló, buscando a tientas el pedernal y la lámpara, pendiente del mínimo ruido. Finalmente, consiguió recuperarlos. Notó en la yema de los dedos el aceite del candil, que se había esparcido por el suelo, y confió en que quedara suficiente.

¿Podría tratarse de un ladrón? Pero ¿qué se podía robar en una iglesia abandonada? O alguien que, como él, había ido a inspeccionar la escena del crimen. Mientras avanzaba a tientas por la oscuridad, después de haber sido agredido, había tenido la sensación de que allí cerca había un segundo cuerpo. Pero debía de ser fruto de su imaginación.

Mientras tanto, había conseguido encender el candil. Acercó el pequeño círculo de luz al lugar exacto donde había tenido lugar el asesinato de Ambrogio. Primero exploró con atención el suelo; después, levantando la mano que sostenía el candil, comenzó a examinar de nuevo el mosaico inacabado. Poco a poco, la llama iba descubriendo algunos detalles del coloso, sin que la figura al completo llegara a emerger de las tinieblas.

Algo había cambiado. Se fijó en un montoncito de telas y de polvo de cal del suelo; luego, levantando la vista, distinguió unos llamativos signos en la superficie del dibujo, en el centro, como si alguien hubiera intentado borrarlos con ensañamiento. Pero debía de haber sido interrumpido en su obra de destrucción, dejándola inacabada. Dante levantó la lámpara todo lo que pudo, poniéndose de puntillas. Lo que a primera vista le había parecido una maraña de trazos inconexos tenía, en realidad, una forma precisa: un pentágono.

Esto le hizo recordar la estrella de cinco puntas. El símbolo más potente de la teurgia.

El dibujo había sido trazado con fuerza, a toda prisa. Miró a su alrededor. En el centro de la nave había una escalera de tijera, que se había quedado abierta desde las obras, antes de la tragedia. La arrastró hasta el mosaico, arrimándola a la pared, y puso la lámpara encima para examinar mejor el signo diabólico. Rozó con los dedos el surco sobre la cal: alguien debía de haber pasado repetidamente sobre la pared una punta de acero, quizás una espada o un puñal. Intentó alzarse un poco más, hasta conseguir llegar hasta el vértice superior de la incisión. Quien había hecho las marcas en el muro debía de ser de su misma estatura.

Ya había visto uno de aquellos signos del mal en un libro de hechizos, incautado en la casa de un hombre sospechoso de brujería. Le sorprendieron mientras invocaba a las larvas de los muertos, y fue entregado a la Inquisición, junto con todos los documentos que encontraron. Se decía que lo habían transportado directamente a Roma encadenado en un carro cerrado. Nunca volvió a saberse nada de él.

Por aquel entonces, el poeta ocupaba el cargo de confaloniero en el concejo de San Piero, y fue él mismo quien firmó el acta de entrega a la autoridad eclesiástica. Pero se las arregló para que los escritos permanecieran una noche en la sede del concejo, y así poder leer el grimorio y aprender todo aquello que fuera posible sobre el diabólico arte del brujo.

El libro estaba escrito en una lengua desconocida, formada por números y signos indescifrables, quizás el idioma arcano hablado por los demonios. Sacó poco en claro, aparte de la sensación de una absoluta confusión mental, de una perversa inversión del orden natural en la exposición de cualquier tema. Sólo unas cuantas cosas parecían comprensibles: imágenes de las estrellas, constelaciones y figuras geométricas, entre las cuales el pentágono ocupaba una posición relevante.

Fue él quien interrogó al hombre, para intentar sonsacarle una explicación. Hizo que lo liberaran de las cuerdas con las que los guardias habían comenzado a retorcerle las articulaciones, pero éste se había limitado a soltar una cantinela incomprensible, acompañada de un extraño baile intercalado con invocaciones a los demonios. Dante abofeteó su rostro violentamente, cuando se dio cuenta de que estaba trazando a su alrededor con la sangre de los pies lacerados una especie de límite, pretendiendo encerrarse en su perversidad.

—Me pegas porque estoy en tus manos —había susurrado el prisionero, reprimiendo una mueca de dolor—. Pero si tú estuvieras en las mías, yo te abriría los ojos a la verdad, en vez de cerrártelos con fuego como vosotros hacéis conmigo.

—Si yo estuviera en tus manos, significaría que el mundo está al revés, y que la legión del anticristo cabalga sobre la tierra —había respondido con aspereza el poeta.

—Y, sin embargo, esa legión lleva consigo el secreto del bien y del mal, el fruto que nos equipara a Dios. Ven tú también a formar parte de esa legión, cuyo nombre es el nombre de mi amo. —Mientras continuaba mezclando palabras con baba ensangrentada, el hombre se había acercado a él—. Acerca el oído a mi boca. Te revelaré la palabra que mueve a las piedras y que abre la puerta a la tierra de los muertos.

Sus ojos brillaban en la penumbra del subterráneo. Dante pensó que serían los reflejos de la antorcha en la pared. O el resplandor de la locura que se había apoderado de él.

Se echó hacia atrás horrorizado, tapándose los oídos con las manos, mientras el otro seguía murmurando algo, con una mueca espantosa.

Durante años se había reprochado aquel gesto de vileza. No había tenido el valor de poner a prueba su fe. Y ahora se encontraba de nuevo frente al mismo signo.

Era verdad, entonces, que en Florencia se celebraban ritos de nigromancia bajo la mirada ciega de los gobernantes. Pero ¿por qué se había trazado el signo en la pared, como queriendo contaminar la alegoría bíblica del mosaico, y no en el suelo, que era el lugar donde, se decía, lo usaban los brujos para sus ritos?

Volvió a observar con atención el mosaico. La incisión había dañado la pierna izquierda del coloso. Un gran número de telas de terracota yacía en el suelo, en

medio de la cal.

Algo brillaba entre los fragmentos. Un tipo de puñal de hoja corta que Dante no recordaba haber visto nunca en Toscana. Parecía una reproducción en miniatura del cuchillo que los campesinos de su región utilizaban para los trabajos del campo, muy útil tanto para injertar una vid como para resolver sin testigos una cuestión de honor cuando fuera necesario.

Sobre la empuñadura de asta había algo grabado. El poeta levantó el arma hacia el candil. Era una cruz. La cruz de los templarios.

Miró a su alrededor. No, no había que pensar en un ladrón. Sólo en ese momento se dio cuenta de que no había oído los pasos de su agresor alejarse de la iglesia. Quizás el hombre siguiera allí, escondido y preparado para atacar. Alzó el candil todo lo que pudo, pero su débil luz descubría únicamente un bosque de sombras. El lugar parecía desierto.

Y sin embargo, era cierto que nadie había corrido hacia el pórtico de entrada. Ante él se abría el oscuro pozo de la bóveda hundida. Puede que hubiera alguna forma de bajar al abismo, o que la cripta tuviera una salida secreta. Se acercó con cautela, llevando siempre el candil levantado sobre su cabeza.

Por primera vez observó con atención las ruinas. A los lados, se veía un montón de escombros, fragmentos de piedra y de sillares, parecidos a toscos peldaños. Se acercó para evaluar si podía pasar por aquel lado, descubriendo, con sorpresa, que no se trataba de los restos del entablado, sino del inicio de una escalera que se perdía en la oscuridad. Empuñó el mango de la daga y bajó el primer escalón.

La escalera serpenteaba en espiral a lo largo de las paredes de toba de un gran pozo de forma circular, que se iba estrechando a medida que se bajaba, un embudo de tinieblas incrustado en la tierra húmeda, como si una bestia descomunal hubiera excavado una madriguera para huir de la luz.

Se movía cautelosamente, procurando mantenerse en el lado izquierdo, mientras el eco le devolvía el sonido de sus propios pasos, amplificado por la particular acústica del lugar. Le daba la impresión de estar rodeado de una multitud en movimiento, de un murmullo de voces que recorrían el abismo. Entre aquella confusión, le pareció escuchar un sonido de agua.

De una fisura de la pared, salía una pequeña corriente subterránea que corría a través de la escalera, para acabar precipitándose en el vacío. Tras un instante de duda, Dante superó con un salto el fangoso riachuelo, esperando que la escala no cediese bajo su peso. Tenía la sensación de cruzar un límite invisible, algo que le recomendaba silenciosamente no seguir adelante. Con el movimiento, la pequeña llama lanzó un destello, iluminando más claramente la bajada.

El extremo de la excavación dejó de ser de roca compacta. Sobre la superficie se abrían decenas de nichos de distintas dimensiones, una horrenda colmena atestada de restos humanos. La luz de la lámpara, al deslizarse a lo largo de las hendiduras, parecía dar vida a aquellos cuerpos desmembrados.

Las cuencas vacías de las calaveras vigilaban al poeta, las manos de los esqueletos salían de los nichos, como si dentro estuviera esperándole toda una legión infernal.

Sintió que las rodillas se le doblaban.

Se trataría de un cementerio olvidado. Bajó unos cuantos escalones más, con el miedo atenazándole la garganta; después se paró, intentando vencer la ansiedad que se había hecho insoportable. Bajo sus pies, saliendo de la tierra, había empezado a elevarse una bruma amarillenta. Todo el sofocante calor del verano parecía haberse estancado allí dentro.

Trató de vencer el temor recurriendo a la razón. El agresor que le había atacado en la nave superior era un ser corpóreo, como demostraba el hecho de que hubiese huido inmediatamente después.

La primera vez, cuando había estado a punto de caer dentro del abismo, pensó que la cripta podía ser una antigua cisterna romana para la recogida del agua. Pero los cristianos debieron de transformarla, a su vez, en una catacumba fuera de las murallas, lejos de la vista de los paganos.

Al edificarse la iglesia de San Judas sobre esta construcción, el sepulcro había sido olvidado hasta que el derrumbe de la cúpula había sacado a la luz de nuevo aquella boca del infierno.

También podía tratarse de una de las tumbas que el pueblo etrusco había diseminado por su antiguo reino. Se habían encontrado tumbas enormes en las tierras de la Maremma. En cualquier caso, era obra de hombres, no de demonios.

Aun así, si el infierno tenía una forma, pensó Dante, no podía ser muy diferente de aquélla.

Continuó bajando, tranquilizado por la luz de la razón. También el aire parecía haberse aligerado como si una tenue corriente fluyera de las profundidades.

La escalinata de piedra acababa en un arco ciego, cerrado por un muro de ladrillos. Alguien había decidido, en una época posterior, bloquear ese camino que conducía a las entrañas de la tierra, posiblemente para impedir que la exploración fuera más allá. O para reprimir fuerzas que de otra forma se habrían extendido por toda la tierra.

El fondo de la cripta tenía un perímetro de al menos diez brazos de diámetro. Estaba pavimentado con losas irregulares de basalto, desgastadas por el tiempo. El agua que caía desde arriba se había ido acumulando en un charco en el centro. Sobre los últimos escalones, alguien había dejado numerosos cabos de vela. Cogió uno. Había sido fabricado recientemente: la cera todavía estaba blanda y exhalaba un ligero perfume.

El temor a lo desconocido se apoderó de nuevo de él. No era posible que alguien hubiera huido por ahí. Volvió a levantar el brazo, mirando a su alrededor con mayor atención. La llama seguía oscilando. Se movió con cautela hacia el lugar de donde parecía llegar la corriente de aire.

La pared, vista de cerca, resultó ser un imponente muro construido con bloques de piedra irregulares: restos de los cimientos del edificio más antiguo. En un tramo había una zona de sombra más oscura. No se trataba simplemente de una variación del color de la roca, sino de un nicho, un pasadizo por donde apenas cabía un hombre. Se acercó, intentando iluminar la brecha, para ver: tras aquel angosto corredor parecía existir una cavidad más amplia formada por paredes regulares.

Decidió arriesgarse a entrar en el pasadizo.

Aunque no podía calcular sus dimensiones, estaba claro que ante él se extendía un espacio más amplio que aquel que había dejado tras de sí. A medida que la lámpara iluminaba nuevos detalles, la construcción se iba haciendo más perceptible. Se encontraba en una galería excavada en la roca de cuatro brazos de ancho aproximadamente, cubierta por una bóveda de cañón. Por todos lados, la bóveda había sido reforzada con columnas y arcos de ladrillos sin que pudiese apreciarse, al menos aparentemente, una cierta uniformidad. La galería desaparecía en la sombra, más allá del círculo de luz de la lámpara. Bajo los pies notaba un fango viscoso, con un fuerte olor a podredumbre. Debía de ser la arcilla de la orilla del Arno que subía hasta allí cuando el río llevaba mucho caudal. Ahora, con la sequía estival, ese pasadizo se hacía transitable.

Continuó mirando a su alrededor, asombrado. Una obra impresionante, digna de la capacidad de sus antiguos constructores, destinada, con el tiempo, a formar parte del reino del mal. ¿Cuántas construcciones subterráneas como aquélla había en el territorio del Comune? ¿Debajo de cuántas iglesias, debajo de cuántos conventos, se abrían cavidades similares?

Las velas en la cripta testimoniaban presencias inquietantes, ritos tan indignos que no podrían celebrarse a la luz del día. Quizás el maestro comacino también había participado en ellos.

Dante avanzó un poco más. Estaba claro que el misterioso visitante había huido por ahí. Pero era demasiado tarde para ir tras él. Estaba a punto de volver sobre sus pasos, cuando delante de él vio algo que se movía. A lo largo de las paredes y contra los pilares de los arcos yacían bultos deformes, como fardos de harapos, que lentamente se estaban alzando de la tierra.

Se pegó a la pared, horrorizado.

Siempre había imaginado así el despertar del ejército de los muertos, el día del Juicio. Pero aquella resurrección parecía irreal, como si fuera una vulgar imitación, una parodia. En lugar de cuerpos renacidos, limpios de pecado, aquellos miembros que avanzaban a tientas hacia él en la penumbra estaban marcados por llagas espeluznantes, cubiertas a duras penas con vendas empapadas de sangre y pus.

Sintió que se le paraba el corazón. La horda de los leprosos inmundos no estaba llegando, como temían en San Piero, sino que ya había inundado las entrañas de Florencia, aprovechando aquel pasadizo.

Avanzó haciendo acopio de todo su valor, amenazando al que tenía más cerca con la daga. Pero éste no se dio por aludido. Seguía avanzando, extendiendo los brazos doblados hacia él, con el rostro reducido a un hocico surcado por una sonrisa lúgubre.

—¡Detente demonio o será el último paso que des sobre esta tierra! —gritó Dante.

—Messer Alighieri, ¿no me reconocéis?

Aquella voz desencadenó algún recuerdo en su memoria. En lugar de responder, el prior empuñó otra vez la daga, cortando el aire con un movimiento circular, para crear una barrera de acero entre él y el infierno.

—No conozco tu nombre —dijo.

—Pero si soy yo, messer Alighieri, Giannetto de San Piero. Giannetto, el mendigo.

Un tenue rayo de luz iluminó la cara del hombre, que se había detenido. Comenzó a desenrollar las vendas ensangrentadas de la cabeza, mientras Dante bajaba lentamente su arma. Era verdad que era él, el mismo miserable que le había hecho tropezar en el Palacio de los Priors. El hombre de la suerte. Mientras tanto, las otras criaturas, habiendo perdido todo interés en él, se alejaron y volvieron a tumbarse.

—Bienvenido al reino de los verdaderos pordioseros, messer Alighieri. ¿Vos también buscáis un techo donde dormir esta noche? —El hombre rió sarcásticamente, mostrándole sus dientes despedazados.

El poeta aún no había enfundado el puñal. El horror que había sentido pocos momentos antes fue sustituido por un sentimiento de ira. Le seguían temblando las manos. Se inclinó hacia delante y aferró al mendigo del cuello, golpeándole violentamente la cabeza contra las paredes. Sólo la mirada aterrorizada del otro, más que su débil petición de clemencia, sirvió para hacerle desistir antes de que fuese demasiado tarde.

Le dejó marchar. El mendigo se había quedado apoyado en la pared, dolorido, e intentaba recuperar la respiración. También Dante jadeaba por la angustia. Se pasó una mano por los ojos, como si quisiera borrar lo ocurrido.

—¿Por qué te cubres con esos harapos inmundos? Y esos otros acaso son..

—¿Ésos? —rebatió Giannetto, señalando los cuerpos postrados alrededor. Alguno se había movido, alzando la cabeza, pero después había vuelto a tumbarse, indiferente, como si en aquel lugar una pelea fuese un espectáculo frecuente—. Veo que habéis sido engañado por el Gremio secreto —continuó, volviendo a ponerse en pie.

—¿El Gremio secreto?

—Sí. El Gremio de los Ciompi,* de los últimos. No está registrado en ninguna parte, ni siquiera en la lista de los Gremios menores del Comune. Y sin embargo, os aseguro que existe, como veis. La opulenta población de Florencia vive en sus palacios y en sus fortalezas. Pero nosotros, que vivimos de las limosnas, sentimos la necesidad de estar cerca de la luz de la gracia.

Dante dirigió una nueva mirada a su alrededor. Desde hacía algún tiempo, Florencia se había visto invadida por una multitud de pordioseros llegados a la ciudad como moscas a los despojos de un caballo. Falsos peregrinos, falsos tullidos, falsos deformes, falsos ciegos, falsos supervivientes de la cruzada, mezclados con verdaderos deformes y verdaderos lisiados, verdaderos locos y verdaderos galeotes, convertidos en un ejército de llorones, predicadores de fortuna, anunciadores de milagros, gente sin causa y sin otro objetivo que remover en lo turbio. Pero nunca habría pensado que fueran tantos.

Y al norte, durante su viaje a París, había visto cosas peores. Aquellos desechos del género humano se había reunido en una coalición lo suficientemente fuerte como para pactar con el rey francés su dominio sobre barrios enteros de la ciudad. También Florencia se precipitaría en el caos que afectaba a toda la cristiandad.

—Pero padecéis males inmundos... ¿Cómo es posible que se os conceda mendigar libremente, bajo la mirada de ciudadanos honestos? —preguntó el poeta.

—Ninguno de nosotros está en realidad aquejado por los males que exhibe. La guardia lo sabe y cada día se conforma con recoger un puñado de monedas para dejarnos tranquilos. Creedme, messer Alighieri, nosotros, los ladrones, estamos en buena compañía en la ciudad del florín.

Dante dejó escapar un involuntario gesto de asentimiento. La verdad es que entre los hombres colgados del patíbulo y la multitud que aplaudía no había una gran diferencia. A lo mejor aquel granuja le podía ser de utilidad.

—¿Has visto huir a alguien hace poco? —preguntó.

—Aquí en el Gremio ninguno se ocupa demasiado de los asuntos ajenos. Y además con frecuencia baja alguien de la iglesia. Nosotros no hacemos caso.

—¿Qué quieres decir? —le preguntó Dante, aferrándole por los hombros—. ¿Los trabajadores conocen este pasadizo?

—No hay trabajadores ahí arriba, prior. He entrado más de una vez, para valorar... la situación. La única persona que he visto trabajando era el maestro mosaquista, el que ha muerto. No se hacía ningún trabajo. Me refería a los otros.

—¿Quiénes?

—Los hombres que se reúnen en el fondo de la cisterna para la ceremonia. Pensaba que lo sabíais.

—No sé nada... ¿Qué ceremonia?

—Más de una vez, y siempre de noche, he visto a un grupo de hombres reunidos para sus maquinaciones al final de la catacumba que hay bajo la iglesia. Nosotros nunca vamos por ahí, para no molestar el sueño de los muertos, pero nos llegan voces.

—¿Qué dicen?

—No logramos entenderlas; son palabras confusas, discusiones... A veces rezan.

Dante se acarició la barbilla, perplejo. El pentágono dibujado delante del altar para la invocación de los demonios...

Bruscamente, alzó la vista hacia su interlocutor. El morro de Giannetto sobresalía de las vendas como el hocico de una rata de un agujero en la pared. Le asaltó la duda de que pudiera tratarse de un engaño. Quizás el hombre le estaba contando esa historia para alimentar su fantasía. Igual nunca había habido ninguna ceremonia, y el maestro simplemente había sido asesinado por uno de los falsos leprosos que había salido de la caverna para robarle. Los maestros comacinos eran célebres en toda Europa, y era bien conocido lo elevados que eran sus contratos. Ni siquiera Giotto había recibido nunca una compensación tan alta por su trabajo.

Quizás el propio Giannetto, con su aspecto de rufián en apariencia inofensivo, escondía entre las vendas las manos manchadas de sangre. Tendría que arrestarlos a todos, se dijo. Ahora sabía dónde estaba ubicada su cueva. Volvería.

—¿Adónde se va por ahí? —preguntó, señalando la oscuridad.

—La galena desemboca cerca del Arno, por el Ponte Nuovo.

El poeta se había apoyado en la pared, en silencio, inmerso en sus pensamientos. Sólo después de un rato se percató de que Giannetto seguía mirándolo. Parecía

como si quisiera decirle algo y no encontraba las palabras para empezar.

—Desearía pedir os un favor, messer Alighieri —El hombre se frotaba la nuca, como queriendo recordar los golpes sufridos.

—Dime.

—Vos escribís, ¿verdad? Hablad de mí, os lo ruego.

«Ya», se dijo el prior. «Esto es lo que queremos todos, hasta los más míseros: que no se apague la luz de nuestro nombre. Y si pudiéramos visitar el país de los muertos, ¿no sería ésa también su petición?»

—A cambio os revelaré algo que os será útil —prosiguió Giannetto.

Dante lo escrutó. ¿Qué es lo que podría revelarle de utilidad aquel miserable?

—Algo que podrá salvaros —continuó el mendigo, observándolo con su mirada de ratón.

—¿Mi suerte? ¿Otra vez?

—Preparaos para la fuga. Vuestro partido está perdido.

El poeta escuchó con atención. ¿Qué sabría aquel despojo humano de la política de Florencia? El otro pareció darse cuenta de su desconfianza.

—Uno de los soldados a los que pago para la protección tiene un pariente en el ejército del Papa. Bonifacio se está preparando para dirigirse a nuestra ciudad con intención aparente de poner paz, pero en realidad pretende llenar sus arcas y derrocar al Comune en favor de los Negros. Para nosotros los pordioseros cualquier cambio de fortuna entre los partidos significa poco; pero a uno como vos, podría irle la vida en ello. Huid, antes de que sea demasiado tarde.

Había que sospechar que aquella historia fuese cierta: no era difícil imaginar la cantidad de informaciones que podía llegar a conseguir un hombre como Giannetto, que vivía en la calle. Por el raballo del ojo, Dante observó a dos figuras acurrucadas que se levantaban y se dirigían hacia la salida. Observó la mirada sospechosa con la que Giannetto seguía sus movimientos. Antes de desaparecer, uno de ellos se giró. Por un momento, le pareció reconocer uno de los rostros, pero no logró recordar.

—¿Quiénes son? —preguntó.

—Dos que jamás habría pensado que vería aquí en el Gremio.

—¿Y por qué están aquí?

—No lo sé. Por algún motivo, intentan hacerse pasar por uno de nosotros. Pero habrán engañado a los demás, a mí no.

Dante intentó seguir con la mirada las siluetas cubiertas de harapos, pero ya habían desaparecido en la penumbra.

18 de junio,

por la mañana

Dante había dado orden de convocar urgentemente al alguacil en el Palacio de los Priors.

El hombre llegó jadeando, visiblemente contrariado.

No llevaba su armadura habitual. Parecía más pequeño.

—¿Se puede saber qué es tan importante, messer Alighieri, como para hacerme abandonar mis obligaciones? —dijo nada más entrar.

«La taberna es tu obligación, miserable», pensó el poeta, pero se limitó a ignorarlo. Daba vueltas entre sus manos al extraño puñal que había encontrado en la iglesia.

—¿Hay templarios en Florencia? —preguntó.

—¿Cómo?

—¡Despertad, alguacil! La Orden de los pobres caballeros de Cristo, llamada del Temple. Las capas blancas con sus cruces bien visibles. ¿Sabéis si hay alguno en la ciudad?

El otro parecía haber comprendido, por fin. Se encogió de hombros con indiferencia.

—¡Ah, esa especie de secta! Tan poderosos y acabaron perdiendo Tierra Santa, simulando que querían morir por el Santo Sepulcro. Se han enriquecido comerciando hasta con los moros. Altivos y arrogantes, ambiciosos como judíos, pendencieros... No, el Comune nunca ha permitido que se asentaran en la ciudad. Además, ya tenemos bastantes usureros —concluyó con una sonrisa maliciosa.

Dante tuvo que devolverle la sonrisa. Por primera vez estaba de acuerdo con él. Pero, a continuación, un pensamiento le paralizó. ¿Aquel granuja se referiría a las calumnias que circulaban sobre su padre, Alighiero? Apretó los puños, avanzando hacia el hombre.

—¿Qué queréis decir? —gritó, fulminándolo con la mirada.

El jefe de la guardia se detuvo en seco. Parecía sinceramente sorprendido por su reacción, y también atemorizado.

—Nada distinto a lo que he dicho —balbuceó—. No hay templarios en las tierras del Comune. Su encomienda más cercana está en L'Aquila, desde donde comercian con la Capitanata y las otras tierras del Reino de Nápoles...

—Sé que no está registrada una presencia oficial de la Orden. Lo que quiero saber es si en el curso de vuestras investigaciones os habéis encontrado alguna vez con alguno de ellos oculto, enmascarado bajo otra vestimenta.

Era una pregunta inútil. Aquel hombre no vería ni a una manada de unicornios pasarle por delante de las narices. En cambio, le sorprendió su respuesta.

—No... pero quizás alguno hay, o ha habido. Bajo otra vestimenta, como vos decís.

—¿Qué queréis decir?

—Hace tiempo se decía que entre los franciscanos, incluyendo también a los florentinos, existía una corriente, un grupo de partidarios del Imperio que se había adherido secretamente a la Orden del Temple. Pero no se sabe con certeza. Sólo son rumores. Necesitaríamos entrar en las mentes de los encapuchados. Se devoran entre ellos, pero nada sale al exterior, como si detrás de los muros de sus conventos estuvieran todavía Francisco y la hermana Pobreza...

No sabía nada más. Dante lo despidió enojado, molesto por su petulancia. Ese repertorio de frases hechas sobre los frailes le aburría. Sólo quien, como él, los había frecuentado asiduamente podía conocer en profundidad sus perversidades y virtudes. Virtudes pocas, perversidades innumerables.

El alguacil acababa de salir, cuando la guardia le anunció a Dante que un desconocido pedía audiencia.

—¿Ha dicho quién es?

—No, pero afirma conoceros.

El poeta sintió que los músculos de las mandíbulas se contraían. Otra vez aquel infame de Manetto con sus exigencias. Miró a su alrededor nervioso, buscando una salida.

—Ahora no. Pedidle que vuelva después de la sesión del Consejo.

—Siempre con prisas, messer Durante, ¿eh? ¡Como en la retirada de Campaldino! —gritó una voz guasona.

Dante se dio la vuelta, como un perro al que han pisado el rabo dispuesto a morder. Se encontró ante él con un hombre de cara alargada y sonriente, que lo miraba con los brazos en jarras. Venía ataviado con unas ricas vestimentas de viaje, demasiado vistosas y adornadas para las leyes que había promulgado el Comune contra el lujo desenfadado. Todo en él llevaba a pensar que era extranjero, empezando por el ligero acento de Siena.

—Lleváis muchos años sin verme la cara, pero ¿el amor me ha cambiado tanto como para hacerme irreconocible? —prosiguió el recién llegado en un tono frívolo.

Dante lo miró intentando protegerse con las manos de los rayos de sol que corren por el corredor del pórtico.

—Messer Angiolieri... ¿Sois vos? ¿Pero no estabais en prisión?

El otro se echó a reír.

—A fuerza de llantos, he convencido al viejo para saldar la deuda con los usureros. He salido hace tres años más o menos. En cuanto a aquel rufián que desfiguré con mi puñal, retiró sus infamias a base de escudos. Pero si no hubiera salido a galope estaría otra vez entre rejas. Los dados han vuelto a traicionarme, y esta vez el viejo no atiende a razones. Sobre todo después de leer aquel soneto mío en el que decía que quería ver cómo lo quemaban. Apenas he tenido tiempo de darme un revolcón con mi Becchina, y heme aquí, fugitivo en vuestra ciudad de la libertad... donde he sabido que habéis emprendido un espléndido ascenso. Sois además prior. ¡Un poeta! En Siena poco falta para que nos corten la lengua. ¿Es verdad eso que dicen? ¿Que una nueva Atenas está naciendo a orillas del Arno y que hay más sabios que en toda la biblioteca de Alejandría?

Dante abrió la boca para decir algo, pero fue silenciado inmediatamente por el otro, que prosiguió entusiasmado.

—Y además vuestras tabernas... ¡Verdaderamente espléndidas! No como los sórdidos tugurios que frecuentan mis paisanos. He visto el local de un tal Baldo, que ofrece juerga asegurada fuera de la antigua muralla. ¿Lo conocéis? Ahí se juega, ¿sabéis? Y también hay hermosas mujeres.

—Cecco —consiguió decir Dante—, aquí el Comune no es tolerante con tahúres y libertinos en general. En la ciudad del Bautista intentamos fundamentar en la virtud nuestras acciones. Procurad no meteros en problemas. No conocéis el infierno si nunca habéis visitado nuestras prisiones. Y en cuanto a Campaldino, mi formación se quedó atrás sólo un momento, únicamente al inicio de la jornada, volviendo luego al asalto para doblegar la osadía aretina con la fuerza de nuestro brazo.

—Será como decís. Quizás no advertí que escapabais con vuestros florentinos porque estaba demasiado ocupado en huir con mis sieneses. ¿Pero, por qué afligimos con las tristezas de la guerra cuando los plácidos pastos de la paz se abren a nuestras esperanzas? He leído vuestras *Rimas* y vuestras maldiciones contra la hermosa Pietra. ¿Ha sanado ya la herida causada a vuestro corazón por Beatriz? ¿Es verdad, pues, como he oído decir entre los poetas de amor, que Dante Alighieri ha vuelto al reino de la carne y de la mierda?

Dante enrojeció y no respondió. Miraba a su alrededor, buscando una excusa para despedirse.

El otro pareció advertir su turbación. Por un momento, parecía querer insistir con su sarcasmo, pero después cambió de tema, volviendo al tono frívolo que había utilizado un poco antes.

—Asistí a vuestra toma de posesión en San Piero. Una ceremonia impresionante, de verdad. El poder divino unido a la fuerza terrenal. Pero me alegré por mi buena fortuna: una amistad poderosa es el mejor consuelo para el exiliado.

—¿Vos también estabais en San Piero en los idus de junio? —El prior se había puesto rígido—. Pero ¿cuándo habéis llegado a la ciudad?

—Hace tres días. Justo a tiempo para asistir a vuestro triunfo.

«Justo a tiempo para estar presente la noche del crimen», pensó Dante escrutando a su interlocutor, que seguía charlando mirando a su alrededor. Desde la galería porticada se veía una parte de la Plaza Mayor: la impresionante base de la torre del campanario que estaba construyendo Giotto impedía la vista sobre el Arno.

—Da la impresión de que vuestra ciudad está creciendo, messer Durante, al mismo ritmo que el engrandecimiento de los florentinos. Pero también en Siena mis conciudadanos han construido los cimientos de la mayor catedral de la cristiandad. Desde su tejado nos burlaremos de los florentinos, con el dedo tieso, e incluso del mismo Papa de Roma —dijo Cecco, enseñándole el dedo corazón.

Dante no pudo evitar una sonrisa. Le parecía estar viéndolo, Cecco en lo alto del campanario maldiciendo con aquel gesto obscuro.

—A propósito de Bonifacio, está haciendo buenos dineros, con esta historia del Jubileo. Hasta yo acabaré uniéndome a esa multitud de vagabundos que se extiende como un enjambre a lo largo del valle del Tíber para hacer más ricos a los curas. Sí, dentro de diez años esta ciudad será irreconocible.

—Ya es irreconocible —murmuró Dante—. Y no para mejor. ¿Así que conocéis la taberna de Baldo?

—Os diré más, me alojo allí. Ese rufián manco pretendía sacarme una fortuna por darme alojamiento, pero he invocado vuestro nombre y enseguida se suavizó. Parece que sois verdaderamente importante en vuestra ciudad. O al menos lo sois en la taberna de Baldo —dijo Cecco con una risa sarcástica.

Seguía echándole una mirada burlona, como si en cierto modo fuese el dueño de su destino. El prior sintió que la rabia le invadía. ¡Insoportable poeta! Hasta había tenido la desfachatez de mofarse de él en versos, con su inmoralidad provinciana. Reprimió una respuesta feroz.

—Y entonces, ¿qué viento os trae a Florencia? Aparte de la necesidad de evitar la cárcel, como habéis dicho —se limitó a replicar.

—¿No os lo imagináis? En vuestra ciudad, hay un simposio de sabios. Se celebra un hermoso Jubileo de sapientes, con ese Studium vuestro. He venido a ofrecer mis servicios y mi sabiduría.

—Os expresáis a través de enigmas, como un judío cabalista. ¿Qué querríais hacer en la Facultad de las Artes? No parece que os falten dialéctica y retórica, pero de ahí a hacer una disertación escrita...

—¿Y quién os dice que yo me preste a disertar sobre esas oscuras disciplinas, messer Alighieri? ¡En Siena he aprendido lecciones muy diferentes! Tres mujeres han llegado a mi corazón rodeándolo, como a vos... Y me han iluminado.

—¿Y quiénes son, en vuestro caso?

—La mujer, la taberna y el dado.

Dante le miró con una mirada gélida que el otro sostuvo impasible.

—El dado es varón —reprobó.

—Hasta que no se suaviza con el plomo. Entonces, se convierte en fémica también él, y como fémica se somete a las órdenes de su amo.

—¿Sabéis, Cecco, lo que me he preguntado nada más veros?

—No, ¿qué?

—A qué bestia os parecéis, de las tantas que nos proporciona la ciencia fisiognómica.

—En los últimos tiempos, ¿habéis tenido ocasión de encontraros con muchas bestias en vuestro camino?

—Muchas, menos la vuestra.

—¿Y cuál sería?

—El basilisco —dijo el poeta, poniéndose serio.

—¡Pero el basilisco no existe!

—Pero envenena y mata como si existiera, lo mismo que las palabras de la calumnia.

Dante llegó a la mesa de los sabios sin dudas. Estaba claro que aquel rincón de la taberna constituía verdaderamente una especie de espacio privado. Bien dispuestos en sus asientos estaban todos los hombres que había conocido. Se pusieron en pie, devolviéndole silenciosamente el saludo. Le observaron con curiosidad, pero ninguno parecía tener intención de tomar la palabra.

Fue Teofilo Sprovieri quien rompió el silencio.

—Aquí estáis de nuevo en el Tercer Cielo, messer Alighieri. Esperábamos que volvierais a honrarnos con vuestra presencia. Estábamos ansiosos por conocer vuestras conclusiones sobre el asunto del que hablamos la otra noche —dijo, después de haberle hecho un sitio a su lado—. Si las hay.

A Dante le pareció percibir un matiz irónico en la voz del boticario. Iba a responder con el mismo tono, pero Cecco d'Ascoli se anticipó.

—¿Por qué queréis, amigos, que nuestro amable invitado nos entretenga con un tema tan penoso, cuando la suerte nos ofrece el privilegio de servirnos de su opinión en cuestiones más insignes de la erudición? Decidnos, por ejemplo, qué tareas estáis pensando emprender en beneficio de vuestras obligaciones de gobierno.

—Estoy pensando en un escrito, el cual, como en un banquete, se distribuya el pan del saber entre todo aquel que quiera tomarlo —respondió Dante.

—¿Un banquete? —preguntó una voz, obligándole a darse la vuelta.

A sus espaldas había aparecido Cecco Angiolieri, lo que llevaba a pensar que hasta ese momento estaba escondido debajo de la mesa; o que había imitado el paso amortiguado de los ladrones, aprendido en sus continuas visitas a las cárceles.

—¿Y estaría abierto a todos? ¿No sólo a los eruditos? —Miró a su alrededor como si quisiera llamar la atención de los otros para que escucharan lo que iba a decir. No parecía que la desverguenza con la que se había acercado a la mesa hubiera molestado a ninguno de ellos. Es más, a Dante le pareció captar alguna que otra mirada divertida, como si conocieran bien sus ocurrencias.

—¿No pensaréis, messer Alighieri —continuó Cecco, después de un rápido saludo a los presentes—, que vuestra mesa puede reducirse a una insostenible congregación de pordioseros y gorriones? ¿Y qué áreas de la investigación filosófica trataréis en vuestra obra? —añadió, sentándose al lado de Veniero y sirviéndose vino en la copa del veneciano.

—Todas —respondió el prior fríamente, recalcando las sílabas—. Ordenadamente y por temas. Desde la forma del cosmos hasta los impulsos secretos del espíritu. Y acabaré con la virtud más sublime que se nos ha concedido.

—¿Cuál?

—La Justicia —Dante miró a su alrededor, deteniéndose en cada uno de ellos. Todos parecían impresionados por sus últimas palabras.

—Claro, la Justicia es fundamental entre las virtudes —murmuró Antonio da Peretola—. Vuestro proyecto nos lleva, de todas formas, a ese tema escabroso que Cecco d'Ascoli quería evitar. ¿Cómo conoceréis las causas del crimen?

—Exacto, messer Alighieri —intervino Bruno Ammannati—. Me gustaría saberlo. ¿Y qué mejor ocasión que la muerte del mosaquista para discutirlo? Son muchos los que opinan que si un poderoso motivo personal puede inducir al crimen, la fuerza de ánimo puede contrarrestarlo con la misma intensidad. Si esto es verdad, entonces Ambrogio ha sido asesinado o por un ser débil o por una causa muy poderosa.

—Creo que ha sido así.

—¿Cómo valorarías la hipótesis de que el maestro comacino haya sido asesinado por sus compañeros del Gremio?

—¿Y cuál sería la causa?

—Una muy poderosa, sin duda. El orgullo de su arte, del que la víctima quería burlarse. Habéis visto el mosaico y sus cinco partes de valor decreciente. Estoy seguro de que con esa representación quiso aludir a los cinco mosaicistas más grandes de Italia —Ammannati se dirigió a los otros, como buscando su aprobación—. Recordaréis que Ambrogio solía magnificar su propia obra, comparándose con los otros cuatro que compartían con él la gloria del arte: Buondelmonte, Martino, Giusto da Imola. Y vos, messer Iacopo. Por último, pero no el último.

Al oír pronunciar su propio nombre, el arquitecto respondió con una débil sonrisa, inclinando la cabeza en un gesto de asentimiento.

—Y nunca ocultó que se consideraba superior a todos los demás, llegando incluso, a veces, a la difamación. Creo que el hecho de elegir materiales de diferente valor para la representación del anciano, simbolizando con su cuerpo el conjunto de la disciplina, era una clara alusión a la jerarquía establecida entre los artistas.

—Es verdad —confirmó Cecco d'Ascoli—. Recuerdo bien que solía comparar la habilidad de los demás con la suya. Pero de ahí a pensar...

—Todos conocéis las duras reglas del Gremio de la piedra —prosiguió Ammannati—. Está estrictamente prohibido difamar a un compañero, bajo la pena más severa. Y no sería la primera vez que los miembros de un Gremio castigan de manera feroz a quien viola los reglamentos. Y vos deberíais saberlo bien, messer Alighieri, por eso que se cuenta de los tintoreros florentinos.

Dante asintió en silencio. Era famosa en toda Italia la expedición que el Gremio de Calimala había organizado hasta tierras de Francia para matar a dos tintoreros acusados de haber revelado el secreto de la coloración de los tejidos. Después se extendió la noticia, para que sirviera de advertencia a los demás. Pero una muerte tan horrible parecía un castigo desproporcionado para deberse a una simple rivalidad.

Y sin embargo, el teólogo se mostraba convencido de aquellas hipótesis, que por otra parte tenían la ventaja de alejar de cualquier sospecha a los miembros del Tercer Cielo, con excepción de Iacopo Torriti. Era evidente, observando los rostros de los presentes, que a todos les habría complacido esa solución.

—¿Sobre qué elementos fundáis vuestras hipótesis? —preguntó, cauteloso, Dante. En el fondo, dudaba de la consistencia de esa teoría, pero avivando la discusión habría podido extraer algún otro indicio.

—Considerad el modo en el que el mosaquista ha sido asesinado —respondió Ammannati—. Recurriendo a la materia prima de su oficio, la cal, como si el asesino hubiera querido dejar testimonio de que la causa del delito debía buscarse precisamente en el oficio de la víctima.

—Pero ¿de verdad creéis que la rivalidad en el arte pueda satisfacer la necesidad de una causa muy poderosa? —se entrometió Teofilo, poco convencido.

—Olvíadlos de la segunda condición: un alma débil. Sentirse herido en la propia dignidad puede empujar fácilmente hacia el crimen a un espíritu no muy estable y poco asentado en la verdad cristiana. En algunos hombres, la debilidad moral se puede transformar en un arma, dando vida a un inesperado vigor físico. No es necesario que la venganza haya sido consumada por la totalidad del Gremio. Un solo hombre ofendido puede ser el responsable. Encontrad el nombre de quien se ha reconocido en la terracota usada por Ambrogio y tendréis al culpable.

—Muy difícil —intervino Antonio da Peretola—. Ninguno de esos artistas ha estado nunca en Florencia. Excepto vos, messer Iacopo. Pero vuestra maestría os excluye de la sospecha, naturalmente —se apresuró a añadir.

Desde que Bruno Ammannati había comenzado a exponer su idea, Dante pensaba en las sombras que había visto en el subterráneo. Gente desconocida, según Giannetto. Parecía que ninguno de los presentes tuviera conocimiento de aquel detalle.

O puede que sí lo supieran, y que estuvieran intentando encaminarlo precisamente en esa dirección.

—Pero todos han trabajado en Roma, junto al gran Giotto, en el embellecimiento de la Urbe para el Jubileo —insistió Bruno—. Y allí podría haber nacido la rivalidad que aquí ha estallado. En cuanto al hecho de que ninguno de ellos haya sido visto en Florencia, con el ir y venir de peregrinos y postulantes, de soldados y mercaderes que se abaten sobre la ciudad como moscones sobre una yegua preñada, creo que puede ser completamente irrelevante como argumento *adversum*.

—¿Y quién pensáis, pues, que podría ser el maestro menospreciado? —preguntó el poeta.

Los otros evitaron responder, intercambiándose miradas perplejas. Como si no se atrevieran a formular un juicio estético que pudiera equivaler a una condena.

—Vuestra tesis podría explicar por qué ha sido representada Roma. ¿Pero por qué no ponerla encima del coloso, si el mosaico se refiere a un episodio que ocurrió allí? ¿Y qué ciudad aparece reproducida a la derecha de la obra? —continuó el poeta.

—Quizás yo conozco el nombre —murmuró Antonio da Peretola, llamando la atención de los otros—. Damietta. —Dante prestó atención de pronto—. Damietta —repitió el otro con voz más firme—. Con una gran puerta de piedra y cuatro leones. Me lo ha dicho Baldo.

—¿Seguro que ha sido el tabernero quien os lo ha dicho?

—Sí, estoy seguro. Y, además, ¿quién entre nosotros podría conocer una tierra tan lejana? A menos que alguien no haya peregrinado a ultramar...

El poeta dirigió una mirada a los presentes, buscando confirmación a aquellas hipótesis, pero parecía que ninguno tuviera nada que decir.

—¿Podéis llamar al dueño de la taberna a nuestra mesa? —prosiguió el prior. Al fondo del local, la cabeza de Baldo sobresalía sobre las de los comensales como una calabaza a merced de las olas.

Veniero, que hasta entonces había permanecido en silencio, se puso en pie y se encaminó hacia el tabernero. Intercambiaron unas cuantas palabras. Dante vio que el cruzado dirigía varias veces su mirada hacia ellos, con expresión perpleja. Después ambos se acercaron.

Al llegar a la mesa, Baldo se paró apoyando su único brazo encima de la mesa y miró al poeta a los ojos, arrogante. La mano, cubierta por un pesado guante de tela verde, se apoyaba en la mesa de roble.

—Me han dicho que queréis hablarme, messere.

El peso sobre la mesa pareció acentuarse, y Dante tuvo la impresión de que la madera se estaba resintiendo. Toda la fuerza del hombre parecía concentrada en el único miembro que poseía, como si la naturaleza hubiera querido compensarlo por la pérdida que los hombres le habían provocado. Pero lo que sorprendía era la visión del otro brazo, o mejor dicho, de lo poco que quedaba de él, sobresaliendo de una rasgadura del jubón, justo por debajo de la articulación del hombro, como la punta de un ala, cubierta por una copa de latón, probablemente de la vajilla de su taberna. El hombre sintió la mirada del poeta en su muñón.

—¿Os gusta mi Grial, messere? —preguntó con tono irónico, acercándole el muñón al rostro.

—¿Os hirieron en Damietta? —le preguntó Dante, haciendo esfuerzos para no apartar la mirada. Le molestaba aquella exhibición. ¿El tabernero pensaba que le impresionaba con sus miserias? Como si él no hubiera visto huesos destrozados y cabezas rodando por el polvo, en Campaldino.

—No, messere. Fue en Acre donde la muerte comenzó a seguirme. Pero conozco bien Damietta, de mis viajes.

—¿Y es verdad que su muralla está adornada por una gran puerta de piedra blanca, coronada por cuatro leones en el frontón? —se entrometió Antonio, queriendo corroborar la afirmación que había hecho poco antes.

—Es exactamente como vos decís, messere. Una gran puerta, amplia como la entrada del infierno, con cuatro leones coronándola, para adentellar a quien intente cruzarla con la fuerza. Pero para proteger esa cueva de infamia hubiera sido mejor poner cuatro dragones.

El hombre parecía ser presa de una violenta emoción. Inesperadamente, comenzó a cantar con voz ronca y desafinada.

*Per te venit hac tributario
O quam pravo ducti Consilio
Exierunt Duces in parelio
Damiata tu das exilio
Maledicta factorum series.*

Con las primeras palabras, un silencio inesperado invadió la taberna. Dante vio más de un ojo humedecerse. Todos, incluso los clientes más humildes, parecían sufrir aún por la tragedia de la cruzada. Damietta, flor del Nilo, ciudad mártir, donde las tropas cristianas habían sufrido una amarga derrota, reconquistada y perdida dos veces por la obstinación de los cruzados de querer permanecer entre sus muros, en lugar de retirarse a una posición más defendible.

La masacre de los defensores, abandonados por los refuerzos que nunca llegaron. La desolación por las traiciones y las responsabilidades negadas. El temerario orgullo de los templarios que quisieron comenzar la batalla solos, convencidos de su invencibilidad, y la rivalidad con las otras órdenes, que habían desertado. La ferocidad bestial de los moros.

Después de cincuenta años, la amargura de aquella derrota aún envenenaba a la cristiandad con sus secuelas de polémicas no resueltas. Dante recordaba que en su infancia se cantaban por Calendimaggio* las glorias de la compañía florentina que había participado en aquella desafortunada empresa.

—¿Habéis oído? —exclamó Antonio, reconfortado por las palabras de Baldo.

—Sí... podría ser —concedió el poeta—. Pero, en tal caso, más que la ciudad, el mosaico parece reflejar su abandono. Con su extrañeza quintuple.

—Quizás yo pueda ayudaros, messeri.

Todas las miradas cayeron en Veniero. El capitán se sentaba a un lado de la mesa, un poco apartado del grupo, que se concentraba alrededor de Baldo.

—Habéis oído la canción *O quam pravo ducti consilio*, engañados por una vil sugerencia. Los defensores fueron traicionados. Yo también estuve en ultramar. Antes de... abandonar la marina, he llevado en diferentes ocasiones a grupos de peregrinos por el camino de Jerusalén. Y a bordo se solía comentar y maldecir la caída de Damietta. Cinco fueron los protagonistas que debían ser acusados de aquella tragedia: francos, lombardos, teutones y genoveses. Y luego la Orden del Temple. Y siempre se discutía sobre quién había sido el mayor responsable de la caída. Quizás el maestro Ambrogio haya querido representar en su mosaico precisamente esas cinco fuerzas, asignando a cada una un valor, en razón del material escogido...

—Marcando con la vil terracota aquella que, según él, había sido responsable de la traición —intervino Antonio—. Quizás alguien no quería ser tachado de cobarde en una iglesia de la cristiandad... donde nacerá el cabildo general del Studium.

—¿Hasta el punto de llegar a matar? —preguntó Dante.

La pregunta no encontró respuesta. Pero eran los hechos los que hablaban, con su evidencia de muerte. Mientras tanto, los otros se habían lanzado sobre esa nueva pista, contrastando animadamente las diferentes hipótesis. El prior seguía la discusión en silencio y distraído. Señalar como responsables a los franceses o a los lombardos era como no acusar a nadie. Y, además, ¿por qué elegir la imagen de un viejo, si el tema del mosaico era la traición? La edad siempre había sido símbolo de sabiduría y virtud, de alejamiento de las pasiones. ¿Por qué Ambrogio tendría que invertir aquel símbolo? ¿Y por qué dirigirlo hacia Roma?

Después de entusiasmo inicial, a su alrededor comenzó a languidecer, sin llegar a ninguno de nuevo al tabernero, que se había quedado a un lado, sin apartar la mano del tablero de la mesa.

—Has dicho que la muerte empezó a seguirte en Acre, ¿a qué te referías?

El hombre apretó los dientes, y de pronto apartó la mano de la mesa para tocar la copa de latón, como si un pinchazo recorriera su muñón.

—Messer, despertáis un dolor antiguo. Pero os responderé. Cuando luchaba con mis compañeros para proteger las últimas defensas, bajo el ardiente sol de los paganos, fui herido por una flecha envenenada. La vi venir directa hacia mí y apenas me dio tiempo para escudarme con la mano. El dardo traspasó el guante. Inmediatamente, el veneno comenzó a subir por mi cuerpo, como las hordas de moros subían por nuestros bastiones. Mi cuerpo no resistía, debilitado por la lucha, y cedía... —la voz de Baldo se había enfriado. Parecía que delante de sus ojos estuvieran teniendo lugar las imágenes de aquella batalla.

»Los cirujanos de la Orden decidieron que no había más esperanza para mí que la amputación de la mano. Y con el loto como único consuelo, entregué la muñeca a su instrumental —echó una mirada a su alrededor, mirando fijamente con orgullo a los presentes, que parecían atravesados por un escalofrío. Cada uno de ellos parecía estar reviviendo en sus propias carnes el tormento relatado por el manco.

»Pero el veneno de los infieles demostró ser más veloz de lo previsto y la gangrena apareció en la muñeca, y después en el codo. Así que, tres veces más, mi brazo, ya amputado, fue sometido al instrumental quirúrgico intentando frenar aquel veneno. Y esto —concluyó meneando el muñón— es mi quinto brazo. Es el único que me ha dejado la naturaleza.

—Pero ¿cómo sobrevivisteis? —Dante había tenido ocasión de ver alguna de esas dramáticas amputaciones en el campo de batalla o en los hospitales florentinos, y raramente acababan bien. Que aquel hombre hubiera resistido a cuatro intervenciones y gozara de buena salud era milagroso.

—Debo mi salvación a la protección de mi buena estrella —se decidió, por fin, a responder el cruzado, entre dientes.

El poeta lo miró, perplejo.

—Sus rayos... me han curado. Y la oración.

Dante seguía mirándolo, preguntándose qué le estaba ocultando. Después se dirigió al veneciano.

—Messer Veniero, ¿sabéis algo de una estrella de los milagros que sana brazos cortados? ¿La habéis visto en vuestras navegaciones?

—¡Ay de mí! No, messer Alighieri. Me temo que tal estrella no se encuentra bajo ningún cielo —respondió el interpelado en tono irónico—. Pero si existiera, me gustaría mucho...

Veniero se había parado de golpe, atraído por algo. Dante siguió la dirección de su mirada, curioso. Antilia había aparecido en el fondo de la taberna, y se dirigía hacia ellos.

La mujer caminaba a paso lento, envuelta hasta los tobillos en su manto de pavo real. No parecía que fuese a bailar. Se paró cerca de la mesa, junto a Dante, mientras Baldo se apartaba precipitadamente. El poeta se puso rígido, presa de un repentino sentimiento de vergüenza. Por un momento el recuerdo de Beatriz caminando por las calles de Florencia se había alzado por encima del movimiento sinuoso de las caderas de la bailarina.

Ahora, por fin tenía la ocasión de observar de cerca aquel cuerpo escultural que tanto le había excitado.

Sus pies desnudos sobresalían por el borde turquesa del manto, adornados con relucientes aros de oro. En su rostro, aparte de sus oscurísimos ojos, resaltaban la piel cobriza y los grandes dientes blancos. El color rosado de su tez recordaba a la elegancia de una estatua antigua. Sacudió lentamente la cabeza, moviendo los grandes pendientes de oro. Después, con un seductor movimiento, se hizo un sitio en el asiento, a su lado. Con el movimiento, los bordes del manto se abrieron por un instante, mostrando la luminosidad del cuerpo desnudo.

El rostro de Dante enrojeció. A juzgar por la creciente agitación que se apoderó de los miembros del Studium, también ellos se habían percatado de la esplendor de aquel cuerpo. Ninguno de los clientes parecía haberlo visto; todos estaban concentrados en el vino, como si la presencia de la mujer ya no les dejara deslumbrados... o como si no se atrevieran a alzar la mirada hacia el grupo.

A pesar de la turbación que había provocado, Antilia se encontraba a gusto sentada entre ellos, como si el banco de una taberna fuera para ella como la silla de una habitación femenina.

El poeta estaba aterrorizado ante la idea de que alguien pudiera verle y luego contar aquello que había visto: un prior de Florencia recién nombrado estaba sentado a la mesa con una bailarina. En un lugar de mala reputación.

Mientras tanto, tras un momento de inmovilidad absoluta, la mujer había movido la cabeza, recorriendo con su mirada los rostros de los presentes. Por último miró a Dante, que dirigía obstinadamente sus ojos al vacío de la sala abierto ante él, intentando ignorar la fuerza de aquellos ojos que le traspasaban. Pero ella lo miraba sin pasión, como si él formase parte del mobiliario de la estancia. Y sin embargo la mujer no le quitaba los ojos de encima.

Lentamente se volvió hacia él. Los párpados agrandados por efecto del maquillaje realzaban sus mejillas confiriéndole una expresión indescifrable, perdida en un espacio y en un tiempo remotos. Recordó haber visto una vez un rostro similar en la granja de un campesino que había encontrado una escultura arando sus campos. Se decía que era la cabeza de una mujer noble perteneciente al pueblo etrusco, predecesor de los romanos.

Comparó a Antilia con todas las mujeres hermosas que había conocido, con las mujeres que había amado. Ninguna de ellas era equiparable a la bailarina, a excepción de Beatriz, con su sonrisa celestial. Rechazó una vez más, con rabia, aquella comparación incongruente, que volvía a ocupar su mente.

—Y bien, messer Durante, por lo que parece, Antilia ha afectado también a vuestra imaginación —dijo con una sonrisa burlona Cecco Angiolieri, que observaba atentamente sus reacciones. Había permanecido en silencio hasta entonces, contemplando aparentemente su copa de vino, como si le aburriera el relato sobre el destino de Damietta. Pero la aparición de Antilia había despertado su interés.

—Es verdad, no nos habéis dado vuestro parecer sobre su belleza —exclamó Antonio da Peretola—. De un poeta de amor, como vos, se esperaría un entusiasmo más enérgico por la gracia femenina. Habéis dedicado espléndidos versos a todo tipo de mujeres. ¿Por qué no deleitáis nuestros corazones haciendo lo mismo con ella?

—Mis versos son fruto del despertar del amor en el interior de mi alma, no del furor de los sentidos, como creéis. Y cantan la nobleza de la mujer y su cercanía a Dios, no sus formas aparentes que confunden nuestros ojos. —Dante había pronunciado estas últimas palabras con una creciente irritación, intentando no mirar a Antilia. Destinar su poesía a aquella mujer, una fúrcia extranjera...

—Comprendemos bien vuestro reparo a arrastrar entre las mesas de una taberna vuestros versos —continuó Cecco Angiolieri, que no tenía intención de rendirse—. Y seguramente el cuidado que debe poner el poeta en su oficio es difícil de compaginar con una improvisación como la que os pedimos. Por eso querría ayudaros yo, recitando algo vuestro. Y decidme vos si estos versos no parecen escritos para ella.

*Chi guarderà giammai senza paura
Ne li occhi d'esta bella pargoletta,
che m'hanno concio sì che non s'aspetta
per me se non la morte, che me dura?**

—¿Habéis visto sus ojos, messer Alighieri? —preguntó Cecco tras una pausa—. ¿Los habéis mirado atentamente?

Había pronunciado los versos con un tono insólitamente dramático, dirigiéndose a la bailarina. Ella escuchaba atenta. Dante se preguntó cuántas de aquellas palabras pronunciadas en una lengua que no era la suya y escritas para otra mujer habría entendido. Antilia siguió mirándolo. De pronto, comenzó a cantar, al principio en voz baja, casi susurrando. De su boca entreabierta salía una canción de ritmo fuerte, un conjunto de palabras ásperas e incomprensibles. Después el canto subió de tono, una melodía triste que llegó hasta la bóveda de la taberna.

Dante escuchaba fascinado. No era ninguna de las lenguas cristianas que conocía; ni tampoco el hebreo o el idioma bárbaro de los moros. Con el esfuerzo de su canto, la mujer había movido un hombro provocando que el borde de su manto se deslizase y dejara al descubierto su cuello. Le pareció que el resplandor de una llama se consumiera en su pecho, subiendo por la garganta en forma de lengua sinuosa. Era un tatuaje que trepaba desde las profundidades secretas de su cuerpo para acabar poseyendo su seno. Vio la cabeza de una serpiente escarlata decorada con una extraña cresta, quizás fuera un basilisco de las tierras de Oriente. Sintió una excitación irrefrenable sólo con imaginarse el lugar en donde podía anidar ese monstruo.

Ahora era él quien buscaba sus ojos. Pero la mirada de Antilia era huidiza. Interrumpió de golpe su canto, tras una última nota prolongada hasta el espasmo. Después se levantó lentamente, volvió a mirar al poeta un instante, y se alejó hacia su refugio detrás de la cortina, al fondo de la taberna.

Las miradas de todos los presentes la siguieron. Cecco Angiolieri fue el primero que abrió la boca, dando muestras de haber recuperado su habitual tono burlón, cuando aludió a las formas de la mujer, evidentes bajo el sutil velo de seda. Pero ninguno parecía dispuesto a escucharlo.

—Debéis sentirlos halagado, messer Durante. Antilia ha cantado para vos. Es la primera vez que sucede —dijo Antonio, en tono envidioso—. Es más, pensábamos que fuese muda.

Dante enrojeció. La mirada profunda de aquella criatura, cargada de una lejanía ilimitada, y la serpiente escarlata que se hundía en su carne, habían anidado en su corazón.

19 de junio,
por la mañana

Cuando se despertó tenía todavía el color del cobre impreso en sus ojos. Sentía que debía expulsarlo de algún modo. Aquella atracción era inmoral y perniciosa. Estaba seguro de que había algo en aquella mujer que traía la desdicha.

Dante intentó concentrarse en sus obligaciones públicas. Ese día no había previstas reuniones del Comune, pero su instinto le sugería que, en aquel momento, no era oportuno alejarse. Los otros cinco priores eran capaces de hacer cualquier cosa, movidos por la ruindad, ambición y necia crueldad, tres fieras que estaban devastando Florencia. Para salvar la ciudad, era necesaria su sabiduría, su ciencia y su intuición.

Pero el cuerpo de Antilia seguía danzando dentro de él.

Escuchó con atención los sonidos que provenían del exterior. No se oían voces, ni pasos. El convento parecía desierto, como si todos sus ocupantes se hubieran evaporado. Salió de su celda y examinó las otras con rapidez. No había absolutamente nadie. Quizás los priores habían regresado a sus casas. Podría aprovechar para ocuparse tranquilamente del asesinato.

Hasta aquel momento, había explorado el lugar del crimen, recorrido los alrededores e investigado entre los posibles autores. Sin embargo no había examinado a la víctima más que de un modo fugaz cuando se descubrió el cadáver.

El cuerpo había sido transportado al hospital de la Misericordia. A esas horas, el médico ya debía de haber terminado el examen *post mortem*. Quizás aquel borracho había descubierto algo que podía serle útil.

Le parecía tener delante al viejo médico. Un tramposo y un invertido. Era el enésimo fruto de la corrupción de los tiempos: falta de conocimientos de astrología general, de fisiología, de ciencia de los fluidos y de los humores, y un perfecto incompetente en materia de simples y compuestos. Y sin embargo, había recibido aquel importantísimo cargo sólo porque pertenecía a una familia de ricos que se dedicaba a vaciar las arcas públicas. Y lucharía por mantenerlo. Pero antes o después se enfrentaría con él. Estaba en su lista. Como el maldito alguacil. Como tantos otros.

Salió con paso apresurado. No se había encontrado a nadie en su camino hasta la puerta a través del claustro, lo que confirmaba el estado de abandono del lugar. Que la política se realizara en las casas de los poderosos y en conciliábulos secretos y no en el Palacio de los Priores era una muestra más de decadencia. ¿De qué iba a servir el nuevo edificio que estaban construyendo? Un cascarón vacío que pondría de manifiesto, con su inútil monumentalidad, un Derecho y una Justicia decadentes, como los arcos de triunfo de los antiguos romanos.

Delante de los pórticos del mercado de Orsammichele se encontraba el gentío habitual de los días laborables. Le sorprendió distinguir entre la muchedumbre las siluetas inconfundibles de Augustino y Antonio, que conversaban con alguien que estaba de espaldas. Ellos también le habían visto. Se aproximaron a él, abandonando repentinamente aquella actitud secreta, mientras el desconocido se alejaba rápidamente, sin mostrar el rostro.

—¡Messer Durante! ¿Os encontráis aquí debido a vuestras obligaciones? —preguntó Antonio.

—¿O continuáis persiguiendo al asesino? —añadió el otro.

—Lo uno y lo otro, al ser mi deber como prior la lucha contra el mal.

—¿Ya habéis borrado de vuestra memoria a la magnífica Antilia para reanudar la investigación del enigma quintuple? —preguntó Antonio. Había una sutil perfidia en el tono de su voz, como si aún se sintiera molesto por el favor que la bailarina le había concedido.

—Sí —zanjó Dante—. Pero nuestro encuentro puede ser afortunado, pues creo que podéis ayudarme. Quiero saber más cosas sobre vuestro proyecto de creación del Studium. ¿Quién os ha traído a Florencia? ¿Quién tuvo la idea del proyecto? ¿Y en qué medida esa idea ha tomado cuerpo en el ánimo de Bonifacio, como dicen?

Los dos interlocutores se lanzaron una mirada esquiva, como para consultarse secretamente. Después volvieron a mirar a Dante.

—Nadie, messer Durante —respondió Antonio—. Nadie nos ha requerido. El Papa alienta la creación de las universidades para que se difunda el pensamiento favorable a su causa, en oposición a los teólogos imperiales. Pero no ha influido en absoluto en nuestras pretensiones. Cada uno de nosotros ha llegado a Florencia por su cuenta. Aquí nos hemos conocido y hemos notado el vacío que supone la audiencia de un Studium para el desarrollo del saber que tanto amamos.

—Entiendo. Una loable empresa, si no se hubiera visto sacudida por la muerte de Ambrogio.

Ambos volvieron a mirarse fugazmente, pero no se dieron por aludidos.

—Hay cuatro grandes universidades en Italia. El Studium Florentinum será la quinta.

—La quinta —murmuró Dante, pensativo. Ese número aparecía continuamente. Cinco maestros del arte, el pentágono trazado en el mosaico, cinco posibles traidores... Y ahora cinco universidades.

Su mente comenzó a divagar. Apenas percibía las voces de los otros dos que seguían hablando. Pensaba en aquel número obsesivo. Cada enumeración que recordaba estaba constituida por cantidades diferentes: la unicidad del Dios verdadero, Adán y Eva, la Trinidad inmensa e incognoscible, los cuatro jinetes del Apocalipsis, los cuatro evangelistas, los cuatro elementos de la Naturaleza...

Por mucho que se esforzara, no conseguía encontrar ningún grupo significativo compuesto de cinco elementos. Los siete sabios, las siete maravillas del mundo, los nueve cielos, los doce apóstoles... como si el cinco fuera un número maldito, excluido del cálculo de la condición humana.

Podían existir cinco objetos. O cinco condiciones. O cinco edades, la cosa más obvia. De pronto, le vinieron a la memoria frases interrumpidas, palabras que en alguna ocasión había oído susurrar en las salas reservadas de los *studia*, en los cuentos populares, en los *scriptoria* de los conventos. Y después en las tabernas y en las casas de postas de la calle Francigena, también a los peregrinos que bajaban de las tierras del Norte o que regresaban de ultramar. El quinto Evangelio. Los cinco evangelistas.

¿Y si Ambrogio hubiese querido rendir homenaje a Santiago, de quien se rumoreaba que había escrito el primer Evangelio, el más antiguo? ¿El hermano mismo de Jesús Salvador, esa sombra siempre presente y siempre rechazada en la historia de la Iglesia?

Pero ¿por qué recurrir a la metáfora del gigante? Cada evangelista tenía su símbolo, consolidado por el tiempo y la práctica de pintores e historiadores. ¿Y por qué el quinto Evangelio tendría que ser representado con la terracota? ¿No era absurda una jerarquía de valores, aplicada a la palabra de Dios?

—¿Qué os hace sacudir la cabeza, messer Alighieri? —le dijo Augustino.

—Pensaba en el tema del mosaico —respondió Dante, sobresaltado—. En esa inexplicable alegoría.

—Ya, verdaderamente singular. Una inspiración bíblica. Y más extraña aún tratándose del maestro Ambrogio —intervino Antonio.

—¿Por qué?

—El comacino no destacaba precisamente por su religiosidad. Yo lo situaría más bien en la escuela de Epicuro. Los placeres de Eros no debían repugnarle. Solía tener un nombre de mujer entre los labios...

—¿Qué nombre?

—Oh, un nombre que vos conocéis bien. Beatriz —El otro había vacilado un instante, antes de responder. Parecía azorado.

Dante se detuvo en seco, abriendo los ojos como platos por la sorpresa. Le aferró del brazo, obligándolo a acercarse. Recordaba las palabras del jurista, durante su encuentro en la celda de San Marco.

—¿No me hablasteis, vos, de las simpatías imperiales del maestro?

—Sí... o al menos eso se rumoreaba, en Roma —respondió Antonio, impresionado por su excitación—. Acaso pensáis que pueda existir alguna relación...

Dante no respondió. Lo había dejado hablar, mientras él reflexionaba.

Cuatro metales y un material más vil, pero sólido. Frágil, pero duradero. El bronce y el hierro de los antiguos eran polvo, junto con sus sombras. Pero los ladrillos de los romanos ahí seguían, en los arcos y en las basílicas, dando testimonio de la grandeza del Imperio.

La polvorienta terracota sobre la que se apoyaban las restantes esperanzas de un gran edificio. Y precisamente en una iglesia de Florencia, la ciudad de los enemigos del Imperio. Una sonrisa se dibujó en sus labios: si era así realmente, ¡qué delicada perversión había animado ese proyecto! Ni siquiera Cecco Angiolieri habría podido igualar un gesto tan irreverente. Un escarnio.

Se le revolvió la sangre, como en los tiempos en los que se divertía con Guido Cavalcanti en la noche florentina, yendo a la caza de mujeres jóvenes con maridos viejos.

Los otros dos seguían observándole. La expresión de Dante parecía haber despertado su curiosidad. Pero el poeta no quería afrontar sus preguntas. No en ese momento. Antes debía saber algo más del cuerpo del asesinado.

—Os presento mis saludos, messeri. Desgraciadamente, las intrigas cotidianas me obligan a despedirme de vosotros. Las necesidades del Comune son acuciantes —dijo, dándoles la espalda y encaminándose hacia la esquina de la calle.

Dante cruzó la puerta del hospital de la Misericordia con la cabeza baja. Ninguno del grupo de encapuchados de la confraternidad de los hospitalarios detenidos bajo el pórtico pareció advertir su presencia. Estaban ocupados en beber por turnos de una pequeña vasija, apoyados en los largueros del carro que se usaba para los muertos.

Al llegar a la planta superior, atravesó el pórtico del antiguo convento hasta la celda del médico. Entró sin llamar, deteniéndose en el umbral, con los brazos cruzados.

—Salud, messer Durante —dijo, una vez superada la sorpresa inicial, el hombre que estaba en el interior, reprimiendo un gesto de rabia. En el momento en el que Dante entró, estaba ocupado en contar las monedas de una caja de hierro. Se apresuró a cerrarla, poniéndose en pie de un salto para salir a su encuentro—. ¿Qué motivo os trae por aquí, interrumpiendo vuestras importantes obligaciones? Espero que no se trate de alguna dolencia que os afecte a vos o a alguno de vuestros parientes. De ser así, nos apresuraremos a proporcionarle hospitalización y remedios.

Era un tipo esbelto, de rasgos marcados. Una larga cabellera blanca descendía a lo largo de la nuca hasta rozar los hombros, cubiertos por una rica túnica de seda. Tenía una mirada fría, carente de inteligencia y en la que se reflejaban más de uno de los siete pecados capitales. Ya en la puerta, el poeta había comenzado a recitar una silenciosa jaculatoria contra el mal de ojo, seguida de una rápida invocación a la Virgen María.

El otro había percibido algo, porque sus finos labios se abrieron en una sonrisa burlona.

«¡Maldito! ¡Tres veces maldito!», pensó el prior.

—Quiero noticias del muerto de San Judas. ¿Qué habéis descubierto en el examen de su cuerpo? —dijo a continuación.

El médico daba muestras de haber recuperado todo su sosiego.

—Nada. Está muerto. —Parecía verdaderamente sorprendido—. ¿Qué debería haber descubierto?

Dante cerró la puerta, avanzando lentamente hacia el hombre, hasta casi tropezar con él. Le habló en voz baja.

—Que esté muerto es una noticia que ha corrido por toda Florencia. Pertenecer a la naturaleza humana el hecho de recorrer un breve tramo de camino en la Tierra, según la voluntad de Dios, y después volver al polvo. Pero en ocasiones el límite previsto se ve reducido por la maldad de los hombres, y éste es uno de esos casos. Y entonces, se espera que el médico del Comune sepa hacer algo más que apreciar la falta de respiración.

Al hombre habían comenzado a vacilarle las piernas, su nerviosismo crecía.

—Cuando dije que os trajeran el cuerpo también di orden de que se efectuara una exploración necroscópica minuciosa. Y pensé que eso es lo que se había hecho —apremió el poeta.

—Pero ese trabajo lo he supervisado yo personalmente, respetando vuestras órdenes, prior. —El médico había añadido el título, como para subrayar que sólo por eso se había sometido a sus deseos.

—Habéis hecho bien. ¿Y entonces?

—Su espíritu se ha separado del cuerpo con violencia, por asfixia.

—¿Y qué más?

—Nada. Había marcas de golpes en la cabeza, pero ninguna herida. Ningún signo criminal, aparte de...

—¿Aparte de qué?

—Una herida superficial en el pecho, causada por una punta. Una especie de rasguño, como si fuese un dibujo...

—Mostrádmelo. ¡Inmediatamente! —Dante se maldijo por no haber examinado él mismo el cuerpo la noche que lo encontraron.

—Ahora está en el subterráneo, junto a los incurables... —El médico había arrugado la nariz en un gesto de contrariedad—. Es un simple rasguño...

—Todo puede ser importante. Vamos. —El prior había abierto la puerta y estaba ya en el pórtico. El médico le siguió de mala gana.

Atravesaron apresuradamente las grandes salas destinadas a la cura de los enfermos, pasando entre los camastros de madera. Entre éstos había telas de algodón extendidas, y en las pequeñas celdas, donde el espacio se había aprovechado al máximo, se hacinaban los parientes, llegados hasta allí para alimentar a sus seres queridos. Al fondo de la última sala había una puerta que se abría a una estrecha escalera. Desde ahí se descendía a los subterráneos del edificio, divididos en dos zonas. Una que daba al río, más allá de la pared de ladrillos que tenían delante y a la que se accedía a través de una puerta baja, destinada a ser la prisión del Comune. Y la otra, que estaban recorriendo, utilizada para albergar a los muertos y moribundos, más para ocultarlos que para respetar su agonía.

El infierno.

El subterráneo, de techo bajo y escasamente iluminado por la luz que provenía de las claraboyas situadas al nivel de la calle, apeataba a causa de los miasmas insoportables, que el calor del exterior intensificaba aún más. El lugar estaba lleno de tableros sobre los que yacían formas humanas cubiertas por harapos. Otros cuerpos se apoyaban a lo largo de las paredes, la cabeza inclinada sobre el pecho. Alguno aún contaba con fuerzas para tenerse en pie, y se arrastraba de manera insensata, lentísima, como si intentara huir de las garras de la muerte. Pero nadie parecía sobrepasar nunca una línea imaginaria, junto a la pared del fondo. Allí, separados únicamente por una franja de espacio vacío, como una alegoría del río que marca la frontera con el reino de los muertos, estaban los bancos con los cadáveres a la espera de sepultura.

«Vivos y muertos juntos», pensó Dante, como en los giros de una danza macabra. Quizás fuera bueno que aquel horrendo espectáculo se ocultase a la vista de los ciudadanos honestos. Quizás tuvieran razón los antiguos persas y existiera de verdad una región de las tinieblas apartada del ojo luminoso de Dios, un lugar donde su poder cedía el paso a la miseria de la carne.

Recordó la tenebrosa atmósfera de la cripta de San Judas. ¿Qué diferencia había entre los cuerpos que tenía delante y aquellos descompuestos y momificados que yacían en el fondo de esa especie de embudo infernal? Probablemente en pocas horas, éstos estarían como aquéllos, deshechos y perdidos hasta el día del Juicio.

Cada vez que bajaba por una escalera descubría una ciudad del dolor, un vía crucis subterráneo del cual aquélla era, tal vez, la estación más terrible.

El médico se había puesto la mascarilla médica, con una larga protuberancia a la altura de la nariz que le hacía parecerse al pájaro de una ciénaga; estaba llena de hierbas y esencias para vencer la peste de carne muerta y viva.

—¿Dónde está el cadáver del maestro? —preguntó Dante, conteniendo una arcada que le había subido a la garganta.

El otro señaló uno de los bancos junto a la pared. El cuerpo de Ambrogio yacía completamente desnudo, oculto, en parte, por alguien que estaba inclinado junto a él, observándole. Por un momento Dante pensó que uno de los moribundos intentaba averiguar su propio y terrible futuro en el rostro del muerto. Pero sus claras

vestiduras no se parecían a los desgarrados harapos o a los sudarios que cubrían a los otros; ni tampoco vestía el uniforme del Gremio de los Médicos. Bajo el hábito de dominico había alguien que pertenecía al mundo de los vivos.

Al oír el ruido de los pasos, el hombre se giró violentamente y se alejó rápidamente del cuerpo.

—¿Quién sois y qué hacéis aquí? —le preguntó bruscamente el prior.

El otro dudó un instante. Parecía estar decidiendo su respuesta.

Mientras tanto, el poeta se había acercado hasta él. En ese momento, un débil rayo de luz iluminó el rostro del hombre, y lo reconoció.

—Sois Noffò. Noffò Dei.

Era uno de los inquisidores florentinos ligado al partido de Bonifacio, al servicio de la delegación pontificia. Lo había visto frecuentemente en compañía del cardenal de Acquasparta, el nuncio apostólico, apenas unos pasos detrás de él. Un espía de Bonifacio. Uno de aquellos a los que habría que haber desterrado de Florencia. Pero no había pruebas de sus crímenes. Aún no.

—El hermano Noffò ha pedido ver el cadáver. —A sus espaldas, la voz del médico le llegaba atenuada por la mascarilla.

—Para llevar los consuelos de la cristiandad. —El dominico había roto su silencio. Estaba parado delante de Dante, con la cabeza cubierta por la capucha y las manos entrelazadas en el hueco de las mangas—. Yo también os conozco, messer Alighieri, y presento mis respetos a vuestro cargo, a vuestra doctrina y a la firmeza de vuestra fe.

—Que el mismo jefe de la Inquisición dispense tanta piedad es fuente de esperanza para todos nosotros. Es esto lo que fortalece la fe de los humildes pecadores, como yo. ¿Pero la inspección de los restos mortales forma parte de los ritos de despedida? Creía que a vos os estaba reservada la cura del espíritu y a las pías mujeres la de los cuerpos —respondió irónicamente el poeta.

El dominico permaneció impassible. Dante se acercó aún más a él. Estaba ansioso por conocer lo que estaba observando cuando le sorprendieron. El pecho de Ambrogio estaba marcado por una llamativa serie de heridas a la altura del corazón, que iban de un lado al otro de los hombros. Debían de ser los rasguños a los que había aludido el médico. Los cortes, precisos, estaban salpicados por gotas de sangre coagulada. No parecían demasiado profundos ni que hubieran sido producidos con objeto de embotar los sentidos de maestro sino más bien para agudizar su dolor.

En ese momento olvidó la presencia de los otros, los lamentos y los olores. Parecía que su espíritu estuviera explorando aquella piel lacerada como un viajero explora un país desconocido. Los cortes no eran causales: el cuchillo había realizado exactamente cinco trazos en forma de pentágono. De nuevo aquel símbolo, aquel maldito número.

Levantó la mirada hacia el fraile. Era inútil intentar sacarle información. Habría sido más fácil profanar una tumba e interrogar a un cadáver. Pensó que sólo hablaría con un hierro candente en los ojos, cosa que quizás algún día sería posible.

Demasiadas preguntas sobre el papel de la Iglesia en aquel asunto permanecían aún sin respuesta. El maestro Ambrogio simpatizaba con el Imperio. Con el nombre de Beatriz en los labios. Un nombre que podría explicar muchas cosas. Incluso la presencia de un inquisidor en una cámara mortuoria.

La nunciatura pontificia había sido generosamente alojada a expensas del Comune, en un ala del convento de Santa Maria Novella. Cuando, al inicio del año, el cortejo que acompañaba al cardenal de Acquasparta cruzó Porta Romana en medio de una multitud curiosa que le aclamaba, todos creyeron que realmente había entrado en Florencia el gran mediador, el hombre que apaciguaría los odios y pacificaría la ciudad en nombre de la fraternidad cristiana.

Sólo Dante se mantuvo aparte, inquieto, como un troyano ante la visión del gran caballo. «*Timeo Danaos et dona ferentes*», pensó. «No me fio de estos perros por mucho que me sonrían.» No le gustó nada de aquel hombre ni de su corte. El aspecto físico del cardenal mostraba a un haragán lujurioso, cuyo rostro era la estampa de la hipocresía de la curia. Y cuando en la sala del Consejo hizo el gran gesto de rechazar una copa llena de florines de oro, a Dante no se le escapó el destello de codicia que iluminó su mirada con una luz siniestra. Rechazaba el dinero para hacerse con mucho más después.

Al poeta tampoco le gustaron los falsos secretarios, los cortesanos como el inquisidor Noffò Dei que se alojaban con él y que, dispersándose de inmediato por las calles de Florencia, buscaban no se sabía muy bien qué. Menos aún le gustaban las dos docenas de mercenarios armados con ballestas y picas que habían sido autorizados, a pesar de la oposición del Consejo, a seguir al alto prelado dentro de los muros de la ciudad, y que ahora habían transformado Santa Maria Novella en una especie de vanguardia de las fuerzas de Bonifacio, una uña de león clavada en el redil de los corderos.

Convocó rápidamente a su «familia», doce guardias de barrio que le habían asignado para su defensa y para hacer frente a eventuales problemas de orden público.

—¿Qué diablos sucede, messer Alighieri? —gritó uno de los otros priores—. ¿Hay una revuelta? ¿Dónde está nuestra guardia?

—Nada que pueda turbar vuestro sueño, messer Lapo —respondió, sarcástico, Dante—. Una simple operación de vigilancia —añadió después para tranquilizarlo. Mientras bajaba, oyó a otro de los priores llamar a gritos al alguacil, para que se presentara enseguida con sus hombres.

Se detuvo al pie de la escalera de la Prioría, esperando a que los guardias formaran en dos filas delante de él, jadeando bajo el peso de las armaduras. Había ordenado que se amaran íntegramente, incluyendo las espadas largas, y que se pusieran la cota de malla completa, con las insignias del Comune. Seis hombres llevaban sobre los hombros las pesadas ballestas genovesas, inútiles en un combate por las calles ciudadanas, pero impresionantes bajo su apariencia de hircocervos de acero.

Atemorizar a su adversario: era esto lo que Dante se proponía. Hasta aquel momento, había preferido moverse con discreción. La turbiedad que se escondía detrás de la muerte de Ambrogio le había inducido a no involucrar al Comune en aquel crimen. Pero las circunstancias estaban cambiando: la dimensión del mal le llevaba a medir sus fuerzas con una autoridad semejante a la suya.

Él mismo se había puesto todas las insignias de su cargo. Dio orden a los soldados de marchar hacia Santa Maria Novella. Quería que los espías de Acquasparta, que seguramente estarían merodeando por allí, tuvieran tiempo de anunciar su llegada.

Recorrió rápidamente la calle que separaba su alojamiento de la nunciatura. A medida que se acercaba, la muchedumbre y el bullicio aumentaban, como si todos los habitantes de Florencia se hubieran dado cita bajo la residencia del vicario papal. En el último tramo se hacía más difícil avanzar. Su escolta debía abrirse paso a la fuerza entre la multitud de clérigos, comerciantes, guardias armados, pero sobre todo de mendigos, que vociferaban exhibiendo sus miserias, y también entre tropeles de niños que huían de los maestros o de las tiendas de los padres. Delante de un comercio de telas, el propietario, de brazos cruzados y apoyado en la jamba, parecía disfrutar con el espectáculo.

—¿Por qué diablos toda esta gente está tan ansiosa y agitada? —le preguntó el poeta.

Al otro no parecieron impresionarle demasiado sus insignias ni los hombres armados que lo seguían.

—Cosas de curas, messere —respondió—. Hoy es día de audiencia pública en casa del cardenal. Porque es su casa, ¿no? —añadió con una carcajada sarcástica.

—Santa Maria es y seguirá siendo sólo la casa de los florentinos, estad seguro.

—Será como vos decís, pero habrá que hacérselo entender también al cardenal, que ha instalado aquí su corte.

—Pero ¿por qué vienen todos corriendo?

—Hoy se conceden indulgencias, y sobre todo prebendas y viáticos para los peregrinos del Jubileo.

Un presentimiento nefasto cruzó la mente del poeta; quizás hubiera sido mejor elegir otro momento para pedir audiencia. Pero la urgencia de su petición sobrepasaba cualquier consideración de conveniencia. Y, además, no tenía que verse con un encargado cualquiera de la Curia, sino con Acquasparta en persona. Aquella confusión podría, pues, jugar a su favor.

Mientras tanto, había llegado con su séquito al —todavía inacabado— frontispicio de la iglesia. Allí terminaba la soberanía del Comune y se entraba en la jurisdicción de la Iglesia. Dio orden a los guardas de formar delante de la entrada, después se encaminó él solo hacia el claustro, en la parte izquierda del edificio.

El gran espacio cuadrado, rodeado de pórticos, se había abierto a la ciudadanía con motivo de la audiencia y estaba a rebosar de hombres y mujeres que se agolpaban a la espera de algo indefinido. El poeta se abrió paso a empujones hacia la escalera, procurando proteger sus vestiduras y maldiciendo las disposiciones judiciales que le impedían actuar contra toda aquella gentuza.

Alcanzó de un salto el primer escalón, invadido por las miserables telas sobre las que los vendedores exponían su mercancía. Recuperado el equilibrio, emprendió con fatiga la subida, intentando no chocar contra aquellos que bajaban.

Tuvo que pararse más de una vez para no ser arrollado, después aprovechó el hueco abierto por un grupo de mercaderes lombardos, corpulentos y organizados. Subían abriéndose paso, como lanceros al ataque contra las filas enemigas. A remolque de aquellas furias consiguió Dante llegar al final de la escalera, ante los guardias que interrogaban a los solicitantes, dejándolos pasar por una puerta baja que se abría a sus espaldas o rechazándolos según unos criterios misteriosos. Parecían estar a las órdenes de un ballestero, cubierto con una imponente armadura, tan sólido como la campana de una catedral. Aquel rufián era la autoridad máxima, ocupándose desde su asiento, encima de un barril, de decidir con un gruñido o con un vago gesto de la mano, a veces simplemente con un alzamiento de cejas.

Presionado por la multitud que le rodeaba, Dante tuvo tiempo de estudiarlo. Los postulantes que llegaban por la izquierda eran favorecidos sin distinción. Parecía que para el ballestero la izquierda fuese el lado de los privilegiados mientras que la derecha, por una extraña inversión de la norma universal, estuviera destinada al rechazo. En cualquier caso, Dante se lanzó enérgicamente hacia el lado izquierdo, llegando con un último esfuerzo a los pies de la barrica.

—Soy Dante Alighieri, prior de la ciudad de Florencia. Pido audiencia inmediata al vicario de Bonifacio —dijo con el tono más solemne de que fue capaz,

alzándose orgulloso frente al otro, que permanecía tranquilamente sentado.

Su nombre y su cargo no le impresionaron especialmente porque el hombre se limitó a mirarlo de arriba abajo.

—Esperad —dijo a continuación, con un tono seco. E inmediatamente después, añadió—: Vos y todo el Comune florentino. —Pronunció aquellas palabras con una irreverencia que dejaba traslucir los sentimientos de los esbirros de Bonifacio hacia la ciudad. El acento le delataba y revelaba sus orígenes lejanos. Debía de ser uno de los mercenarios franceses del cardenal.

Dante se inclinó ligeramente, flexionando una de las rodillas, para ponerse a la altura de su enorme rostro.

—¡Anunciadme enseguida al cardenal! Con vuestra hostilidad y vuestra desidia estáis atrasando una misión de la que pueden depender el triunfo de la justicia y las relaciones entre el Patrimonio de San Pedro y el noble Comune de Florencia. Os colgarán, a vos y a los canallas que os sirven de séquito, cuando...

—Idos al carajo, messere —le interrumpió el otro, sin ni siquiera dignarse a ponerse en pie, acompañando sus palabras con un bostezo—. *Vade et repetio* —se sintió en el deber de añadir.

—¡*Repete*, idiota! —gritó Dante—. ¡Anúnciame, hijo de puta, o esta noche dormirás en las Stinche!

El otro lo miró como quien mira a un loco. Después, por fin pareció fijarse en sus fastuosas vestiduras. Detuvo su mirada en las insignias del priorato, mientras uno de los guardias se inclinaba a susurrarle algo al oído. Quizás le había reconocido, o había visto a la escolta de guardias formados en la puerta. Entonces, el hombre se mostró sorprendido, pero no parecía tener intenciones de ceder. A continuación, como invadido por un inesperado sentimiento de piedad por el trastornado que tenía delante, se encogió de hombros.

—Dado que parecéis un pez gordo, quizás sea bueno que visitéis al cardenal: él sabrá ponerlos en vuestro sitio. Entrad. Pero procurad no molestarle.

Dante cruzó la puerta casi sin darse cuenta, presa de una rabia ciega. ¡Conseguir cruzar la puerta de una ciudad de la que era prior, por concesión de un canalla francés! Si en ese momento hubiera mirado a alguien, lo habría convertido en piedra, tal era el veneno que llevaba en el cuerpo. Así debió de nacer la Gorgona.

Un funcionario de la Curia le acompañó a lo largo de un corto pasillo, cruzando seguidamente la galería abierta, que se extendía hasta el extremo del edificio. Había un hombre de espaldas, abstraído en contemplar la ciudad. Por un instante, Dante vio su perfil de rasgos duros. Un amo ocupado en la contemplación de sus posesiones.

Cuando el fraile que lo había anunciado se alejó silenciosamente, el hombre se dio la vuelta. Alto y corpulento, con una larga nariz prominente por encima del labio superior, habría podido ser el magnífico retrato de un emperador decadente. Un Cómodo, quizás. O un Nerón, si no brillara por su ausencia aquella chispa juvenil de locura que había iluminado los rasgos del romano. En la cara del cardenal se leía únicamente una prolongada tendencia a la intriga y a la corrupción.

—Por fin nos encontramos, messer Durante. Hace tiempo que quería conoceros. Esto no significa que no nos conozcamos ya en espíritu, a través de vuestros versos de amor —comenzó el alto prelado.

—¿Mi arte se ha elevado tanto como para merecer la atención de la Iglesia? —preguntó Dante con una pizca de orgullo.

—A pesar de eso, no siempre vuestras ideas, y menos aún vuestros actos, han suscitado nuestra paternal benevolencia. Confiábamos en que un buen cristiano, como lo sois vos, demostrara una mayor comprensión hacia nuestros deseos, que son los del papa Bonifacio. *Ergo*, los de Dios.

Los ojos del poeta se iluminaron, mientras sus puños se contraían. Dejó pasar unos instantes antes de responder.

—El vuestro es un arduo silogismo, cardenal —replicó, intentando mantener un tono tranquilo—. Yo distingo entre la infinitud de Dios, la magnificencia de la Iglesia y el breve siglo de Bonifacio. Por lo demás, ya antes de vestir las vestiduras de prior, he tenido ocasión de contrastar los objetivos del Papa con mi consejo, mi palabra y mis actos.

El rostro de Acquasparta se contrajo en una mueca.

—Parece que vuestra obstinación no se haya atenuado, si bien la responsabilidad de vuestro papel debería impulsaros a formas más conciliadoras. ¿Qué os inspira tanta confianza? ¿De verdad estáis tan seguro de que el hecho de ser del partido Blanco os protege de los caprichos de la fortuna? Ahora tenéis las espaldas cubiertas gracias a la protección de la familia de los Cerchi, como años atrás escapasteis de la justicia gracias a la de los Cavalcanti. La Inquisición ha incluido entre sus procedimientos en curso el manuscrito de vuestro librucho, el *Fiore*, con sus obscenas burlas hacia los eclesiásticos.

Dante permaneció impasible. En el fondo, se esperaba que antes o después alguien le relacionara con esos alusivos sonetos, aunque se había preocupado de ponerlos en circulación sólo en copias anónimas. Aun así, frente a esos malditos hipócritas no desmentiría nada.

—Parece ser que mis conciudadanos tienen un juicio de mí más favorable, dado que me han confiado su suerte —se limitó a responder.

—Quizás vuestros conciudadanos no saben todo lo que sabemos nosotros. Nos preguntamos cómo es que un hombre que tan mal ha administrado lo suyo habría de sobresalir en la gestión pública. Y ahora nos llega la noticia de que os interesáis por un crimen. La desgracia parece seguiros, messer Alighieri, como la sombra de un perro sigue al perro.

—O como los pasos de la muerte siguen a aquellos que son mal vistos por Bonifacio, en sus ciudades cristianas.

—¡Cómo osáis, desvergonzado! —El cardenal se había puesto en pie de un salto, el rostro ruborizado a causa del furor—. Os arrepentiréis de la osada arrogancia con la que asociáis el nombre de Su Santidad a la actitud de un depravado. Parecéis olvidar que si no estáis encarcelado se debe únicamente a la benévola paciencia de la Iglesia, que todavía no ha saldado las cuentas con vos.

Acercó su anillo hasta él, golpeándole en la boca, mientras que con la mirada encendida le instó a besarlo. Dante también se había puesto en pie; llevó las manos hacia la garganta del otro, que instintivamente escondió la cabeza entre sus hombros robustos, como una tortuga que se defiende de un cuervo. Los dedos del prior no conseguían hacer mella en los pliegues de la carne del príncipe de la Iglesia, que, superando el primer momento de desconcierto, empezó a tomar aliento para pedir ayuda con los ojos vidriosos por el terror.

El poeta soltó a la presa con la mano derecha, buscando a tientas en el escritorio un candelabro con el que golpearlo. Acquasparta, en tanto, le había rodeado la cintura con los brazos, e intentaba, a su vez, arrastrarlo hasta la puerta para ponerse a salvo. Por la presión, Dante se estaba clavando la empuñadura de la daga oculta en las costillas. La sacó, y la llevó al cuello de su adversario.

—¡Osaréis... esto! ¡En la casa del vicario de Dios! ¡Ensangrentar el umbral de la casa de Pedro! —murmuró el cardenal con la voz rota por la angustia y la punta de la daga contra la nuez de Adán—. ¡No saldréis vivo de aquí... jamás!

—¡Ni vos saldréis de Florencia! —susurró Dante, intentando morderle una oreja. Pero, mientras tanto, sopesaba rápidamente los pros y los contras de la balanza que el destino le ofrecía. La propia vida contra la eliminación de uno de los más acérrimos enemigos de la libertad de Florencia. Finalmente, podría quitar de en medio a aquel hombre venenoso, aplastar la cabeza de la serpiente que había desovado en su ciudad. Privado de su *longa manus* en Toscana, Bonifacio tendría que desistir de sus objetivos.

Luego se detuvo a pensar en su acción en toda su extensión. No le importaba sacrificar su vida, pero Acquasparta no dejaba de ser un vicario de Dios. Y, además, cortarle una cabeza a la hidra no serviría de nada, cuando ya había otras cien preparadas, con las fauces abiertas de par en par. Lo soltó lentamente, dando un paso hacia atrás. El otro, en cuanto sintió disminuir la presión volvió a respirar con esfuerzo, masajeándose la garganta donde se habían quedado bien visibles las marcas de los dedos del poeta. Se dejó caer con todo su peso encima de uno de los tronos de la habitación, palidísimo. Pasado un instante, Dante se sentó frente a él.

—Arrepentíos... mortificad vuestra ferocidad ante nuestra humilde grandeza, y volveréis a ser hijo nuestro... —murmuró el cardenal. Había desaparecido todo rastro de su hipócrita sacralidad. Ahora se mostraba como aquel que era en su espíritu: un politicastro empeñado en un duelo contra un adversario irreductible. Había perdido el primer asalto y aún intentaba reunir fuerzas para atacar de nuevo—. Y además, ¿qué es lo que os ha traído a estas estancias, aparte del pérfido deseo de ofender a nuestra sacra persona?

—¿Por qué la Iglesia se interesa por el crimen del maestro mosaquista? ¿Por qué habéis enviado a ese esbirro vuestro, Noffó, a examinar su cadáver? —replicó

Dante, también con la voz ansiosa.

El cardenal hizo un gesto de fastidio.

—No tengo nada que explicaros. La santa Iglesia romana evalúa la hora del bien y la del mal —respondió con sosiego. Lentamente iba recuperando el color—.

Un crimen consumado en un lugar sacro siempre es objeto de su atención. Y también de la Inquisición, en el caso de que en él se muestre la sombra diabólica.

—¿Y habéis reconocido tal sombra en el homicidio del mosaquista? ¿Es así, entonces? ¿Creéis que ha sido un demonio quien lo ha matado? ¿Las uñas de Belcebú han desgarrado el cuerpo de Ambrogio? ¿Qué teméis, realmente, de esa muerte? ¿Y antes? ¿Qué podríais temer de su vida?

El otro no pareció percibir su tono burlesco. Se había acercado a la ventana, como en busca de aire. A continuación se giró, había un destello de malicia en sus ojos. Depuesta la máscara curial, parecía sólo un astuto comerciante encargado de comprar y vender.

—¿Qué debería temer la santa Iglesia de la muerte de un mísero artesano? ¿Y de su vida?

—Un simple artesano no, un gran maestro de las artes. Un maestro comacino. Y, para colmo, de fe gibelina.

El cardenal continuaba mostrando una actitud indiferente. Dante volvió a pensar en el contrato para las obras del convento de San Pablo que había encontrado en la celda del muerto.

—Ese hombre también había trabajado para Bonifacio en Roma.

—¿Y bien?

Al poeta le pareció percibir un tono nervioso en esta última pregunta. Decidió darle una nueva estocada.

—Si, como todo parece indicar, la muerte del maestro está ligada a su obra, es posible que con ella quisiera transmitir una verdad que habría percibido en Roma, ciudad de la que había huido a toda prisa para encontrar refugio aquí. —Se interrumpió para valorar el efecto de sus palabras en el adversario.

»Una verdad que, según él, debía ser revelada con la fuerza del arte. Recordad que la iglesia se convertirá en la capilla de la Universitas florentina. Bajo aquella imagen habrían tenido lugar las grandes batallas del saber. Y si a la Iglesia le hubiera agradado...

—¿Y cuál pensáis que pueda ser esa verdad tan molesta para la Iglesia? —los ojos del legado pontificio se habían empequeñecido.

—¿Estaríais dispuesto a afirmar que no lo sabéis?

—¿Cuál es esa verdad, messer Alighieri? ¿Qué había querido representar el comacino? —repitió el otro, con los ojos ya completamente cerrados y el rostro perlado de sudor.

—Es posible que tuviera intención de grabar en la piedra un símbolo de la familia imperial de Suabia. —Dante había dejado pasar un instante, antes de responder.

El cardenal abrió los ojos de golpe, mientras una sonrisa de desprecio fruncía sus labios.

—¿Y esas miserables hipótesis son todas fruto de vuestro ingenio? ¿Éstos son los resultados de vuestra investigación? ¿Y qué daño haría al heredero triunfante de Cristo un listado de muertos derrotados y eliminados por el siglo?

Aquel tono sarcástico le produjo el efecto de un latigazo. Sin reflexionar, el prior abandonó toda prudencia.

—Derrotados, pero no eliminados. Quizás el comacino no quería rendir homenaje sólo a las generaciones pasadas, sino también a las presentes.

—¿Qué queréis decir? ¿A qué generación aludís? ¿Estáis loco?

—Olvidáis a la quinta hija de los Manfredi, Beatriz. La última heredera de Federico II.

El rostro del príncipe de la Iglesia parecía haberse petrificado. De golpe se puso en pie, con actitud orgullosa y mirándolo de arriba abajo. Dante se acomodó en su asiento, arreglando los pliegues de la túnica. La voz de Acquasparta era estridente, no quedaba ni rastro de su aparente benevolencia.

—¡No existe ninguna quinta hija! ¡Manfredi, el bastardo, sólo ha tenido cuatro descendientes, y están todos muertos!

—¿Y si la leyenda fuera verdad? Quizás fue eso lo que el comacino descubrió en Roma y lo que quería revelar.

—¡No hay ninguna Beatriz, os digo! —balbuceó. El cardenal había perdido completamente el control.

—Puede que así sea, pero la fuerza de las leyendas vence a la de la realidad. Si los imperiales se apresuran a presentar a Beatriz como legítima heredera de la corona imperial, quizás Bonifacio encuentre más de un obstáculo en su camino hacia el dominio de Italia.

—Es una mentira...

Dante sentía que su firmeza se había debilitado y prosiguió, implacable.

—Después de la derrota y la muerte de Manfredi en Benevento, sus hijos varones fueron capturados. Eran cuatro. Pero se dice que había una mujer con el rey. Una mujer que llevaba en el vientre su semilla, y que consiguió huir con el tesoro imperial.

—¿Cómo habéis tenido conocimiento de esa historia?

—La Iglesia no es la única que tiene ojos y oídos. Y quizás mi intelecto sea más agudo de lo que vos creéis —susurró el poeta.

Algo cambió de golpe en la actitud de Acquasparta. También el tono de su voz se había hecho repentinamente menos altivo, adoptando un matiz conciliador.

—Estáis completamente perdido, messer Alighieri. Y no dudaría en dejar que permanecierais en vuestro error, si la confusión de un regidor de la ciudad no fuera dañina para nuestra amada Florencia. No desafiéis nuestro poder. No os conviene. Confíad, en cambio, en la magnanimidad de la Iglesia. Es más, queremos ofrecer nuestra mejilla para el beso de la reconciliación. Bonifacio puede ser generoso incluso con sus enemigos. Conocemos vuestras dificultades domésticas. Cobijaos bajo nuestras grandes alas y encontraréis, además de la fe de vuestros padres, la ayuda que necesitáis. Ningún usurero de Florencia puede ser tan generoso como nosotros.

Dante se acercó a él, con más intención de morder que de besar.

—La Iglesia conoce bien las debilidades de los hombres —continuó el prelado—, porque es una custodia piadosa de ellos desde la traición de Pedro. El espíritu que nos anima no encuentra su equilibrio con los años, sino con los milenios. Nosotros sabemos esperar. Volveréis a nosotros, al final, y vuestra es la decisión de hacerlo como hijo pródigo o como encadenado. Estáis hecho de polvo, como todos. Navegáis en los cielos de las musas, pero vuestro navío se estrella contra la ola de unos pocos florines.

—¡Sólo Dios es guardián de mi futuro! —El prior se había puesto en pie de un salto—. Ni siquiera Bonifacio tiene potestad sobre él, mientras Florencia le haga frente con la cabeza alta. Y por lo que a mí me respecta, continuaré con la investigación, ¡y aún más fuerte se alzaré mi voz, para detener vuestros propósitos sobre nuestra libertad!

—Seguid, seguid vuestra pista, messer Alighieri. Pero no llegaréis a nada. Ambrogio no huyó de Roma por las razones que vos creéis. Ni ha sido asesinado por ellas —dijo el cardenal, mientras lo despedía con un gesto.

Dante estaba ya saliendo, pero al llegar a la puerta se detuvo, la voz estridente de Acquasparta había vuelto a llamarlo.

—Nos han hablado de esa bailarina que se exhibe en la taberna del cruzado. Parece que mostráis interés por ella, y conociéndos es fácil intuir el género de

pasión que os empuja hacia esa ramera. Pero no os abandonéis a vuestras ilusiones de poeta: esa mujer es peligrosa, un ánfora de lujuria, siempre a punto de desbordar.

El poeta bajó las escaleras ignorando al gentío que continuaba agolpándose, se abrió paso entre la muchedumbre, apartándola, empujando y dando manotazos, como si las Furias estuvieran revoloteando alrededor de su cabeza, o los cuatro jinetes de la Apocalipsis galoparan a su lado. Cada músculo de su cuerpo estaba contraído hasta el extremo. Tenía la sensación de que en cualquier momento un dardo de ballesta podría atravesarle la espalda. Sólo una vez que hubo alcanzado la calle, comenzó, poco a poco, a relajarse.

Fuera se encontró con la escolta, que se había quedado esperando, en formación, delante de la escalinata. Observó con fastidio a esos haraganes que reían a carcajada limpia, por guiñarle un ojo o soltar bromas lascivas a las siervas que pasaban por ahí, atareadas en sus recados. Se arrepentía de haber querido hacer ostentación de su fuerza de la cual, en realidad, no podía fiarse. Se las habría arreglado mejor solo, pensó mientras los despedía bruscamente. Y además, para aquello que tenía intención de hacer, sería oportuno llamar la atención lo menos posible.

Rápidamente, tomó una calle lateral, mirando a su alrededor con cautela, comprobando que no lo seguía nadie. Al salir de la nunciatura no había estado atento, y no debía excluir el que algún esbirro del cardenal le estuviera acechando.

Escrutó con atención los rostros de los viandantes, sin notar nada sospechoso. Continuó caminando a buen paso, rozando las fachadas de los edificios, con la cabeza inclinada, reflexionando sobre lo que acababa de ocurrir.

Acquasparta lo había negado todo. Pero ¿el hecho de que se hubiese presentado en Florencia justo después de la llegada del comacino podía ser, realmente, sólo una coincidencia? Ambrogio, al huir de Roma, pudo haber dejado en aquella ciudad indicios de sus intenciones, y los hombres del Papa habían seguido ese rastro, como sanguijuelas en busca de sangre.

Dante caminaba intentando pasar desapercibido, pero era prácticamente imposible, pues llevaba puestas las insignias.

—Dadme un trozo de tela, el que sea —pidió imperiosamente a un comerciante que exponía sus telas en un puesto cercano. El hombre se apresuró a ofrecerle una pieza escarlata que aún olía a tinte, atemorizado por su tono imperativo y sus ropas. Ni siquiera parecía esperar que lo pagara, pero Dante le tiró el dinero encima del puesto y se alejó.

Al llegar a la vuelta de la esquina, el poeta se quitó el birrete y lo envolvió con cuidado en la tela, junto al cetro dorado. A continuación, con aquel envoltorio bajo el brazo, prosiguió su camino a cabeza descubierta, bajo un sol llameante. Pero no había dado ni cien pasos cuando una repentina debilidad, acompañada de un mareo, le obligó a apoyarse contra un muro.

Mientras intentaba volver en sí, con los ojos cerrados a la espera de que pasara el vértigo, recordó que llevaba un día sin probar bocado. «Aparte del vino de Baldo», se dijo sacudiendo la cabeza.

La excitación del espíritu, a causa de los últimos sucesos, parecía haber eliminado cualquier exigencia de la carne, y ahora su cuerpo debilitado se estaba vengando. Tapando el sol con la mano a modo de pantalla, distinguió al otro lado de la calle el letrero de una pequeña taberna y se dirigió hacia allí.

—¿En qué puedo ayudaros, messere? —preguntó con premura el tabernero que había salido a su encuentro. Expuestas en la barra, había algunas bandejas con lonchas de queso y jamón, rodeadas de platos de legumbres. El hombre siguió la mirada del poeta.

—Veo que apreciáis mi comida. No os arrepentiréis de vuestra elección, sentaos —le invitó, todo alegre.

—Traedme algo, lo que tengáis —se limitó a decir, taciturno, dejándose caer en un banco —. Y de beber. Blanco.

Dejó el envoltorio encima de la mesa, y puso la cabeza entre las manos. Intentaba preparar un discurso convincente para hacer frente a la prueba que le esperaba. Pero habría pagado lo que fuera con tal de evitarlo. Alejó con rabia a una mosca que parecía haberlo elegido como letrina.

La nube de insectos que revoloteaba a su alrededor no se diferenciaba demasiado de los acreedores que le atormentaban.

—¡Aquí tenéis, messere! —La voz del tabernero le distrajo de sus pensamientos. Delante de él había dejado un plato de madera cubierto de rebanadas de pan oscuro, impregnadas de una bazofia de color rojizo. Encima había dos lonchas de queso, con una espesa costra mohosa.

—Y aquí tiene el vino, ¡verdadero néctar de San Dionisio! —exclamó, añadiendo a la mesa una garrafa de barro húmedo.

—Dionisio —murmuró cansinamente Dante.

—¿San Dionisio?

—No. Dionisio, el dios.

—Por Dios, messere, tenéis razón; el que yo decía era san Dámaso.

El prior lo despidió con un gesto, mientras buscaba inútilmente algo que se pareciera a una cuchara. Le bastó una rápida mirada para ver que no parecía existir ni siquiera una pálida sombra de ese objeto en toda la taberna. Con un suspiro, se resignó a meter los dedos dentro del plato, después de haberse remangando las mangas de la túnica. Finalmente, consiguió tragar un bocado que goteaba. En el fondo, no estaba tan malo, aparte de los evidentes restos de moho. No era muy diferente de lo que le preparaban en las cocinas del Palacio de los Priores. Se lanzó al vino casi con desesperación.

Fuera lo que fuera lo que había comido, empezaba a sentirse mejor. Le hubiera gustado quedarse un rato más para descansar, pero el asedio de los insectos ante los restos de la bazofia en el plato se había hecho insostenible. Recogió su envoltorio y salió, después de dejar una moneda entre los restos de comida. Al menos, esa carroña de tabernero tendría que mancharse las manos si la quería.

El cardenal podía equivocarse en todo, pero respecto a su necesidad de dinero tenía condenadamente razón. Le vino a la mente la maligna imagen de Manetto. Vio sus afilados dientes de guarda, su vomitivo color bilioso. Y no era su único acreedor, sólo el más molesto y desvergonzado.

El humor de Dante se oscurecía a medida que se acercaba a su objetivo. Cuando entró en la calle de los Cambistas, habría podido matar a un hombre sólo con la mirada, tal era la rabia que le revolvió el cuerpo. Un efecto de lo que había comido, pero también de lo que veía a su alrededor, con el recuerdo humillante de sus visitas anteriores. La calle, estrecha y modesta, era el verdadero corazón que bombeaba Florencia, con sus puestos de mercaderes, los almacenes y sobre todo los negocios de los mayores usureros de la ciudad.

No era la primera vez que cruzaba una de aquellas puertas. La fortuna de los Alighieri, tras la muerte de su padre, había ido disminuyendo con la caída de los valores inmobiliarios de las tierras, que constituían el patrimonio de la familia. Las entradas se habían visto reducidas casi a cero, malogradas por las malas cosechas y la voracidad de arrendatarios y aparceros; y cada vez con más frecuencia, Dante había tenido que pedir un préstamo a aquella gentuza.

En los primeros tiempos de su carrera política, más de un usurero se había ofrecido espontáneamente a cubrir sus gastos. Cooperar en la elección de un miembro del Consejo de los Ciento tenía mucho valor, en términos de intercambio de favores.

Pero luego empezó a poner en la calle de malos modos a los primeros que llegaron a cobrar el fruto de su inversión, y sobre su cabeza comenzaron a planear los cuervos de la desgracia. Cada vez le resultaba más difícil obtener un préstamo, incluso recurriendo a los avales de su hermano Francesco.

Recorrió lentamente un trecho de la calle, hasta pararse delante del puesto de messer Domenico, un pequeño cambista que, gracias a su asociación con la gran familia de los Bardi, disponía siempre de mucho dinero. Nadie habría dicho que detrás de la sencilla entrada de madera, apenas cubierta por una raída tela de algodón,

se escondiera uno de los mayores poderes económicos de la ciudad, y quizás de todo el Imperio.

El poeta estaba reuniendo fuerzas para entrar, cuando de detrás de la tela le llegaron las voces de una conversación. Antes de que le diera tiempo a esconderse, vio aparecer a Veniero, que salía en compañía del cambista. Parecía existir un buen entendimiento entre ellos. Messer Domenico le acompañaba fuera con una amabilidad insólita, cogido a su hombro, mientras el otro se despedía con las mismas formas ceremoniosas.

Dante se paró de golpe, sorprendido.

Al verlo, messer Domenico adoptó una actitud apresurada y molesta, como si supiera ya lo que había ido a pedirle. Al poeta le pareció que había echado un vistazo rápido al paquete que sostenía bajo el brazo. ¿Pensaría que llevaba consigo algo para empeñar? Condenada sanguijuela. En cuanto estuvieran solos, le tiraría a la cara todas sus insignias.

Veniero, al contrario, abrió la boca en una amplia sonrisa, como si le alegrara el encuentro.

—Messer Alighieri, veo que vuestros negocios nos llevan a recorrer el mismo camino. ¿Vos también estáis buscando florines? —le increpó.

—Pero con pocas esperanzas de obtenerlos. El oro mal se concilia con la poesía. Supongo que lo sabéis —respondió Dante, siguiendo con la mirada al usurero que se había apresurado a entrar, después de dirigirle un rápido gesto de saludo.

—Si es por eso, mal se empareja también con la mar, me temo.

—Y, sin embargo, ¿no es la mar el cofre de todas las riquezas?

—Si es así, entonces ese cofre para mí ha permanecido siempre cerrado, y ahora me veo obligado a buscar por tierra —rebatíó el otro, señalando con un gesto la puerta a sus espaldas.

A Dante le hubiera gustado compartir aquella alegría forzada. Le parecía que el veneciano intentaba disminuir voluntariamente sus posibilidades, además había visto el brillo de la codicia en los ojos de messer Domenico.

No era ni mucho menos el trato que ese perro ambicioso reservaba a quienes se humillaban ante él por un préstamo. No, habría jurado que Veniero había ido a ofrecer más que a pedir.

—Pero aun si el cofre permanece cerrado, los caminos de agua llevan a los reinos de la riqueza. ¿Y quién mejor que un marino como vos puede haberlos recorrido y disfrutado? —insistió.

Veniero se paró, aferrándole del brazo. El poeta sentía una presión firme, a través de la manga de la túnica.

—¡Por Dios, prior! No niego haber asaltado algún rico barco sarraceno, en mis tiempos, e incluso los genoveses recibieron más de una visita mía, antes de que los avatares de mi vida me hicieran encallar en vuestras colinas. Es cierto que años atrás habría podido armar yo solo una galera de guerra, y messer Domenico no habría tenido el placer de conocerme. —El hombre dio muestras como de disipar una sombra.— Sin embargo, mi vida no sólo se ha visto enriquecida con virtudes, messer Alighieri, sino también con una cierta locura. Y ésa es la fuente de mis desgracias.

—Como para todos. ¿De dónde sino de la locura viene cada una de nuestras desventuras? Pero ser prisionero del amor no lo definiría como una locura sino para los espíritus vulgares...

—¡Ah, sí!, lo que os dije en la taberna... No es el amor lo que me trae al mostrador de un usurero, sino un demonio aún más siniestro —le interrumpió Veniero echándose a reír—. El juego, messer Alighieri —añadió a continuación, viendo la expresión perpleja de Dante—. Y sus desventuras.

—No me sorprende, si ésa es vuestra segunda pasión —asintió Dante, sonriendo a su vez.

—La segunda, no. ¿Vos no os sentís tentado por el desafío de la suerte? Sería un honor medirme con vos. Estoy seguro de que seríais un jugador formidable.

—Como vos un gran navegante, presumo. Confiarse a los dados o a las olas exige la misma valentía.

—¿Nunca habéis navegado?

—Nunca en largos trayectos. Creo que mi naturaleza se ajusta más a la estable continuidad de la tierra firme.

—Y, sin embargo, sois hombre de estudios y de conocimiento. Si excluís de vuestro horizonte los reinos de Poseidón, os negáis el acceso a la cuarta parte del globo, la más vasta.

—Además de la más inestable e incierta. Dios separó en su creación el agua de la tierra, y asignó ésta a los hombres, aquélla a los peces. Prefiero quedarme en la parte de los hombres. Y ¿qué habéis sacado de vuestros viajes, messer Veniero, que debería envidiaros?

—He comprendido la tremenda diferencia que existe entre los lugares y las gentes —Inesperadamente, el marino se había puesto serio.

—Se diría que habéis llegado hasta las Islas Afortunadas, sobre las que tanto se fábula.

—Las órdenes de la Serenísima estaban claras —el veneciano se encogió de hombros—: proteger con mi galera de los saqueadores sarracenos a los barcos de mercancías que se dirigían a Palestina. Y eso hice, durante muchos años. Pero una vez embarqué en mi navío un enviado de la República, que regresaba de Jerusalén portando órdenes especiales que me obligaban a ponerme a su servicio. Un hombre anciano, pero todavía útil. Me ordenó que pusiera rumbo a occidente, hacia las costas de Marruecos. Durante más de un mes, bordeamos la costa africana, hasta las Columnas de Hércules.

—¿Y las cruzasteis?

—Sí.

—¿Y qué visteis? —Dante se había acercado a él.

—Al sur, en la línea ecuatorial, los astros del otro hemisferio. ¡Qué esplendor de luces, tan distintas a las nuestras! También Dios ha dejado ahí su huella, anunciando la llegada de Cristo. Hay una constelación de cuatro grandes estrellas, que forman una cruz perfecta.

—¿Y qué más visteis? —Dante lo escuchaba boquiabierto, con las pupilas dilatadas.

—Montañas de agua y peces de enormes proporciones, y monstruos horrendos, pulpos con tentáculos que subían por la borda, raptando de noche a los marineros. Nada más, aparte del frío de la noche y del calor del día. Quizás habría necesitado colgar de la proa a alguno de mis enemigos ¡para tener mejor suerte!

—Es verdad. Los griegos pensaban también que un sacrificio humano favorecía la navegación. ¿Pero qué es lo que buscaba el hombre al que llevabais?

—Era un estudioso. ¿Conocéis el secreto del polo magnético?

—¿Os referís a la punta metálica que busca siempre el norte? ¿La que trajeron los amalfitanos? Pero es un instrumento conocido.

—Sí, pero quizás no sepáis que su orientación se aleja del Norte en ángulo creciente, a medida que se avanza hacia occidente. Al viejo le habían encargado que midiera esa desviación, por cada grado de longitud. Ahora el resultado de su trabajo yace en los archivos de la Serenísima, una nueva arma para la guerra contra los infieles —respondió Veniero, con una mueca de amargura en los labios, como si el recuerdo de aquella aventura despertara en él una dolorosa emoción. O era, quizás, la alusión a su patria perdida la que le afligía.

»Días y días de fatigas y tristezas, consumidos en una investigación insensata —añadió, después de una breve pausa, en tono de desprecio.

—¿Por qué decís eso? Avanzar en el conocimiento es la más noble empresa. No creéis...

—No creo nada, messer Alighieri. Sin embargo estoy seguro de que no tengo ninguna necesidad de esos números para gobernar una galera en el asalto de las costas moriscas. Pero puede que vosotros los eruditos estéis hechos de otra pasta. Detestáis los espacios vacíos en vuestros mapas y siempre sentís la necesidad de llenarlos de signos. Sois capaces de condenar vuestra alma para descubrir una pequeña verdad inútil, como aquel anciano. Había estudiado a fondo las costumbres de

los pueblos de Oriente. En las largas noches de navegación, delante de la estufa del castillo de popa, me contaba lo que había aprendido de las religiones de esos pueblos y de los demonios que sabían invocar. Extraños cultos que han llegado hasta nosotros en las alforjas de los peregrinos, como los gérmenes de la lepra. Son pueblos que adoran a las piedras, orgullosos de sus creencias y enfervorecidos por su extraña fe. Como lo está messer Bruno.

—¿Bruno Ammannati, el teólogo del Studium? —preguntó Dante, sorprendido. Él también venía de ultramar, según el informe que había leído.

—Sí, él. ¿Habéis escuchado alguna vez sus prédicas en la iglesia de los Cuarenta Mártires? Os aseguro que son sobrecogedoras. También al maestro Ambrogio le fascinaban. Les he visto juntos con frecuencia, inmersos en una profunda conversación —el capitán sonrió—. Quizás el comacino era religioso. Vuestra ciudad parece atraer a las almas pías, como Angiolieri. —Había pronunciado esas últimas palabras con un sarcasmo evidente.

—Ya, messer Cecco —dijo lentamente el prior—. Extraño poeta y un hombre igualmente extravagante, ¿no os parece?

—Cierto, pero quizás más sensato que otros.

—Puede que sea como vos decís. ¿Ya lo conocáis? —Dante había lanzado aquella última observación en modo distraído, como pensando en otra cosa. Pero estaba seguro de que Veniero prestaba enorme atención a cada una de sus palabras.

—No, messer Alighieri. Yo soy un hombre de mar. Sin embargo, enseguida he descubierto en sus sentimientos una cierta afinidad con los míos, lo que le ha hecho muy querido. Compartimos una misma pasión, y no es ciertamente la poesía. Tal afinidad es la que puede daros la impresión de que ya nos conocíamos de antes. Pero ahora tengo que dejaros; no quiero robar un tiempo valioso a vuestras obligaciones de gobierno. O a las otras —concluyó Veniero con un destello malicioso en sus ojos, que señalaban la puerta del cambista.

Dante siguió con la mirada al hombre que se alejaba, después entró con paso decidido en la tienda. El propietario estaba sentado en su sitio, detrás del habitual mostrador, un humilde madero de pino, lleno de papeles y libros de registro.

No se molestó en levantarse, limitándose a una breve inclinación de cabeza. Su mirada se deslizó por el envoltorio escarlata, antes de volver a mirar a Dante con presunción.

—¿Queréis empeñar alguna cosa, messere?

El poeta se mordió la lengua para frenarla. No podía romper con Domenico. No en ese momento, al menos. Aquel perro era su única esperanza de hacer frente a las dificultades. Pero dentro la humillación le quemaba. Intentó desesperadamente recordar el discurso que se había preparado para un nuevo préstamo, pero las palabras le subían a la boca mezcladas con insultos e invectivas.

Y además estaba Veniero, y su imprevista presencia en aquel lugar. «Al diablo Manetto y sus pretensiones», se dijo. Habría tiempo para eso.

—La autoridad del Comune necesita hablar con vos, messer Domenico, en referencia a un hecho de naturaleza criminal.

—Naturaleza... ¿criminal? —Su expresión había cambiado de golpe—. ¿Qué queréis decir, prior?

El poeta se dio cuenta, con satisfacción, de que por fin Domenico había pronunciado su título con la adecuada deferencia.

—Seguro que habéis oído hablar del asesinato de un maestro del arte comacino en nuestra ciudad. El Comune me ha encargado que busque al culpable.

—¿Y pretendéis buscarlo aquí? —balbuceó el usurero, palideciendo.

—En cualquier lugar que pueda esconderse. Pero ahora quiero saber otra cosa. ¿Qué asuntos ha venido a tratar con vos messer Veniero, ciudadano de la Serenísima?

—Ninguno... todavía. Sólo me ha preguntado si estaba dispuesto a aceptar una letra de crédito.

—¿Y qué le habéis respondido?

—Que depende de la solvencia del aval.

—¿Y él?

—Ha... ha dicho que no debía preocuparme por eso. Que su aval es solvente en todas las tierras del Imperio.

Dante calló, con intención de reflexionar.

—Pero... —Domenico se había aclarado la voz y parecía querer añadir algo. Sobre su rostro había vuelto a caer la astuta máscara de su oficio. Como siempre, estaba dispuesto a vender todo y a todos. Y en aquel momento le convenía congraciarse con el prior—. Pero me ha parecido extraño...

—¿Qué?

—Tanto hablar de garantías e imperios, y después ha acabado por pedirme un anticipo sobre un objeto que me ha dejado en depósito. Un aro de oro —dijo riendo sarcásticamente, y le enseñó un anillo amarillo que sacó de debajo del mostrador—. Todos iguales, estos marinos —concluyó, guiñando un ojo con complicidad.

Dante le ignoró. Aferró la joya, un grueso anillo cubierto de pequeños símbolos casi indistinguibles, y la examinó con atención, antes de devolvérsela al cambista.

—Ya, todos iguales. Volveré a encontrarme con vos, messer Domenico. También tenemos que hablar de otras cosas.

Se dispuso a salir, acompañado de la mirada perpleja del usurero. Al cruzar la puerta, golpeó el envoltorio contra la jamba, dejando escapar una imprecación.

Debía regresar a la Prioría y liberarse de una vez de aquel estorbo.

Dante entró en la pequeña nave oscura de la iglesia de los Cuarenta Mártires y se acercó al altar caminando a lo largo de la pared para no llamar la atención. Al fondo, junto a una simple mesa de piedra rodeada de asientos de madera, habían colocado un tosco entarimado. Sobre aquel púlpito improvisado un hombre estaba hablando al pequeño grupo de fieles que le rodeaba.

No había mucha gente, quizás dos docenas de personas, entre hombres y mujeres. Algunos dispersos entre las columnas, otros sentados en simples bancos de madera y otros de cuclillas en el suelo, todos absortos en la escucha. Fueron aquellos rostros fascinados, simples caras de gente de los alrededores, los que atrajeron su atención, más que el hombre que hablaba. Parecían hechizados.

—¡Messer Durante! Compartid con nosotros el pan de los ángeles. Acercaos.

Bruno Ammannati se había interrumpido y ahora lo miraba con cierto entusiasmo. Su nombre no parecía haber suscitado una reacción especial entre los presentes. Alguno de los fieles se limitó a mirarle de una forma recelosa, tranquilizándose enseguida ante el tono cordial del predicador.

Después de aquel breve saludo, Bruno también pareció ignorarle. Había dejado de mirarle, volviendo fervorosamente a su oración, con la mirada encendida dirigida hacia el cielo. Ya debía de estar acabando, a juzgar por su tono concluyente. Pero aun así, el poeta no tuvo dificultad en reconocer inmediatamente la fuente de su discurso. En aquel momento estaba diciendo algo a propósito de las sucesivas etapas de la vida del hombre en la Tierra. Para llegar, Dante estaba seguro de ello, a exaltar la edad futura, el tercer tiempo del Espíritu, la liberación del peso de la carne y de la materia, la supresión del vicio y del egoísmo en una sociedad de iguales en la que la Iglesia, renovada por el influjo vivificador del Espíritu Santo, se convertiría en paladín de la libertad y la justicia.

Los rostros apagados de aquellos plebeyos eran el terreno ideal para sembrar sueños. Un fruto más del gran árbol plantado por Giovacchino de Fiore, el monje exaltado que hacía más de un siglo había intentado renovar la Iglesia con sus profecías.

Bruno continuaba poblando con imágenes de salvación aquel paisaje de palabras. ¿Cómo podía un refinado maestro de teología perderse tras esas visiones vulgares, para espíritus simples? ¿Era aquel tipo de tonterías lo que había despertado la curiosidad de Veniero?

Dante comenzó a abstraerse, siguiendo el hilo de sus propios pensamientos. Escuchaba cada vez más distraídamente las palabras del hombre, hasta que algo, un cambio en el ritmo del discurso o en su tono de voz, volvió a llamar su atención.

La cantinela sobre la grandeza de la edad venidera, hecha de aspiraciones imprecisas y esperas extraordinarias, había dado paso a un tema más escabroso. Inesperadamente, Dios parecía haber desaparecido del horizonte del teólogo, dejando su lugar a una oscuridad turbia, maligna.

Bruno ya no estaba acompañando los pensamientos y los sueños de quienes lo escuchaban hacia un futuro lejano. Se había remontado, en cambio, al pasado más remoto del hombre. Y a medida que su disertación avanzaba, sus palabras se alejaban cada vez más de las tesis de Giovacchino. Ahora el teólogo hablaba de la edad de los Ángeles, que se habían rebelado contra Dios, de los Gigantes, que habían nacido de los huesos de los ángeles y habían dominado la Tierra, oprimiéndola con su poder. De la edad de los Profetas, que habían recibido el don de ver y habían muerto cegados por aquello que habían visto, y de la edad de los Antiguos, que habían levantado monumentos desmedidos, ensangrentándola con sus batallas. Al final, la edad de los Últimos, que habrían heredado la Tierra, si hubieran sabido invocar a las extraordinarias fuerzas de las razas de aquellos que les habían precedido, y cuyos cuerpos dormían bajo la tierra a la espera de un nuevo despertar.

Ante aquellas palabras un murmullo se extendió entre los fieles. Dante oyó algún que otro comentario en voz baja referido a enormes huesos que se habían encontrado en una granja del Mugello. Pero Bruno continuaba, sin prestar atención a los cuchicheos.

—Aquellos que nos han precedido yacen en sus fosas, no muertos sino dormidos—declamó con los ojos entrecerrados, como si buscara en su interior la prueba de sus propias palabras—. Es posible despertarlos y sentarse con ellos en la mesa de Dios. Es posible hacerlo. Es posible. ¡Es posible! —repetió tres veces, transformando, repentinamente, su voz en un grito—. Los astros, el cuerpo visible de las antiguas razas dormidas, indicarán el momento al Maestro, con sus movimientos. Comenzando por la estrella vespertina, quintuple símbolo de la señora de los ángeles.

Dante estaba escandalizado. No había nada de cristiano en las palabras de Bruno, sólo el infame vaniloquio de las tinieblas. Por mucho menos que eso, otros habían sido aniquilados por la Inquisición. ¿Cómo era posible que en una iglesia se impartieran aquellas enseñanzas? Recordó las palabras de Veniero, convencido de que el maestro comacino podría también haber caído en aquella trampa. Si realmente Ambrogio compartía esa perversión, quizás lo que quería representar eran las cinco edades de un mundo dejado de la mano de Dios. ¿Quién más, entre los miembros del Tercer Cielo, habría podido seguirle en aquel camino de perdición? Repasó mentalmente todas aquellas caras de apariencia animalesca. Alguien hábil en los cálculos, experto en la ciencia celeste...

Volvió a estudiar las caras de los fieles, preguntándose qué consecuencia podría tener sobre ellos aquella cosmología deforme. Parecían sonámbulos o bajo los efectos de un narcótico. El predicador llevaba unos instantes entonando un salmo desconocido, al cual los presentes respondían con una cantinela, bisbiseando frases en un latín ininteligible. Consiguió descifrar sólo una fórmula, repetida más de una vez: «*Mater salva nos!*», referida a un nombre incomprensible, parecido al silbido de una serpiente.

Lanzó otro vistazo a su alrededor. ¿Era posible que nadie se opusiera a aquellas palabras? Ninguna reacción, ningún desconcierto. Un coro abyecto que seguía postrándose mecánicamente, invocando la nada.

Observó que sólo un hombre permanecía en silencio, sin responder a las fórmulas del rito. Se mantenía ligeramente apartado de los otros, en el lado de la nave opuesto con el rostro encapuchado. Cuando Dante miró en esa dirección, movió ligeramente la cabeza, mostrando el rostro por un instante. Un estremecimiento recorrió la espalda del poeta, mientras se escondía instintivamente detrás de la columna.

Aun estando en penumbra, no podía haberse equivocado. Era el mismo hombre al que había sorprendido examinando el cadáver de Ambrogio. Noffo Dei, el inquisidor.

Apresuradamente comenzó a reflexionar sobre qué debía hacer. Si el fraile se encontraba allí, eso significaba que la Iglesia tenía conocimiento de cuanto sucedía en los Cuarenta Mártires, y que Bruno estaba perdido. Y quizás él también lo estuviera, pensó, arrimándose aún más a la columna. Le hubiera gustado desaparecer entre el mármol. No sabía si Noffo ya estaba allí cuando él entró. En el caso de que así fuera, ya era tarde para cualquier cosa. Aquel canalla podría acusarlo de ser cómplice en aquella locura.

No podía poner semejante arma en manos del cardenal. Quizás debería alejarse de ahí inmediatamente. O interrumpir la ceremonia y acusar a Bruno de homicidio. Haciendo que lo arrestara la autoridad civil, se lo arrancarían de las manos a la Inquisición, impidiendo que aquel loco se entregara él solo a la hoguera.

Iba a proceder, cuando su mirada se cruzó con la del teólogo, que parecía buscar la esquina donde se encontraba Noffo Dei. Algo absolutamente imprevisible le bloqueó.

Había visto una mirada de complicidad entre los dos. Bruco estaba al tanto de la presencia del fraile, y sin embargo no se había contenido lo más mínimo a la hora de ilustrar su personal y enloquecida cosmología.

¿Buscaba el martirio? ¿O acaso se sentía seguro hasta el punto de burlarse del verdugo? Por un momento tuvo la tentación de creer que aquella peste asiática se había arraigado de un modo insospechado, infectando también a los niveles más altos de la jerarquía eclesiástica. Miró una vez más en dirección al inquisidor. El hombre no parecía querer intervenir: se había dado la vuelta, encaminándose lentamente hacia la salida, pegado a la pared. Al acercarse a la puerta, pasó junto a un grupo de mujeres. Dante, siguiéndolo con la mirada desde donde se encontraba, dirigió una mirada distraída al grupo.

Fue entonces cuando la vio, semiescondida detrás de la columna de una capilla lateral. Estaba envuelta en una larga túnica de algodón celeste y llevaba el rostro cubierto por una de esas máscaras de algodón que muchas mujeres nobles usaban al aire libre para protegerse del polvo. Pero bastó un ligero movimiento, mientras se alzaba sobre la punta de los pies para ver mejor, para reconocerla con la intuición del recuerdo de un hombre enamorado.

Ya no sabía qué decisión tomar. En aquel momento la mujer también se movió hacia la salida con su ágil paso. Por un instante, el prior había tenido la impresión de que Noffo le había hecho una seña al pasar a su lado. Un gesto de complicidad, como el que había hecho hacía instante a Bruno.

Un inquisidor, un heresiarca, una ramera. Tres cartas salidas de la baraja de un absurdo tarot, reunidas en una iglesia. No conseguía entender la relación que había entre ellas. Quizás Noffo no había ido para vigilar a Bruno, sino por la mujer.

Esperó unos instantes en el vano de la puerta, antes de salir a la calle. Fuera no había ni rastro del fraile, y Antilia ya estaba lejos.

Dante caminaba con el rostro escondido bajo el velo del birrete, fingiendo que se protegía del calor del sol, que caía de lleno sobre su cabeza. Seguía a la mujer a una cierta distancia para que si se daba la vuelta no notara su presencia.

Antilia se deslizaba entre el gentío como si fuera invisible, con su belleza oculta bajo el amplio manto y la máscara. Su paso veloz no parecía sentir la molestia del calor, aún intenso, a pesar de que las sombras de los edificios se estuvieran alargando. Ya habían atravesado todo el barrio, pero ella seguía su camino, sin preocuparse por la fatiga o las nubes de insectos que revoloteaban por todas partes.

Al llegar junto a una fuente se paró a beber. Para hacerlo, levantó un instante la máscara, girando levemente la cabeza. Dante vio centellear sus ojos de ónix, como si la mujer estuviese buscando su mirada. Después reanudó su camino. Él también pasó junto a la fuente de piedra, con su lúgubre efigie. Había seguido a Antilia sin prestar atención a lo que sucedía a su alrededor, concentrándose en evitar que le descubriera. Sólo entonces, al divisar a lo lejos la tienda del boticario, se dio cuenta de adónde le había conducido.

Viendo que ella aminoraba el paso, se detuvo. Por primera vez la vio mirar alrededor, como si le preocupase que alguien pudiera estar espionando sus movimientos. Afortunadamente, en aquel momento pasaba un carro lleno de barriles, que le ocultó de su mirada. Cuando el vehículo pasó, ella había desaparecido en el interior de la tienda.

Dante no sabía si seguirla o esperar a que saliera para continuar espionándola. Decidió aguardar detrás de una de las columnas del pórtico de la esquina de la calle, después de alejar con malos modos a un mendigo que había elegido ese punto para pedir limosna. Aunque le amenazó con dar orden a los guardias para que lo azotaran, el hombre apenas se alejó unos cuantos metros, tumbándose de nuevo en el suelo con la mano extendida a las limosnas. A Dante le pareció que le miraba de forma siniestra. Otra carroña del Gremio secreto, sin duda. Si no hubiera tenido que vigilar a la mujer habría llamado inmediatamente a los guardias para que lo arrestaran. Lanzó una nueva mirada amenazante al andrajoso, que volvía a exhibir su infortunio ante los transeúntes.

Había algo extraño en él. Después del encuentro con Giannetto, el poeta veía con otros ojos aquella realidad que antes sólo había ignorado con intolerancia. El mendigo parecía verdaderamente el dueño de la calle, como un perro que hubiera marcado la esquina con su orina. Recordó la siniestra profecía de Giannetto, su aparente seguridad al vaticinar las desventuras del partido Blanco. ¿Qué sabría aquella casta de repudiados del futuro de Florencia, de su propio destino? Sintió una vez más la tierra desvanecerse bajo sus pies y una punzada en el ojo izquierdo.

Volvió a echar un vistazo hacia la puerta, cuando de repente oyó un revuelo a su espalda. Un segundo mendigo se había acercado al primero y parecía que entre ellos hubiera surgido una discusión. Le pareció reconocer la voz de Giannetto, que insultaba al otro por haber invadido su territorio. Después, empezaron a pegarse, una confusión de brazos y piernas. Pero el primero rápidamente se salió con la suya: con un rugido se abalanzó sobre el recién llegado, asestándole una fuerte patada en el costado. El otro gritó de dolor, mientras caía al suelo llevándose la mano a la costilla rota.

Dante saltó hacia delante, echando a correr hacia ellos. No tenía ninguna intención de intervenir en una pelea entre dos andrajosos, pero algo había llamado su atención. En la confusión de la pelea, la túnica del primero se había abierto en el pecho, descubriendo por un instante una superficie oscura y compacta, quizás de cuero o de bronce. Parecía que el hombre llevase una coraza. Quería asegurarse, pero al verle acercarse, el mendigo se apresuró a zafarse de su contrincante, que continuaba gimiendo de dolor. Dando un salto hacia atrás, con una agilidad insospechada bajo su aspecto enflaquecido, se puso en pie y se lanzó hacia el final de la calle, abriéndose paso entre los transeúntes que se acercaban curiosos, y desapareciendo detrás de una multitud de cabezas, después de hacerle un gesto obsceno al poeta.

—¡Soy prior de Florencia, animal! ¡Hazle eso a la perra de tu madre! —gritó Dante, mientras perdía de vista al falso mendigo—. ¡Miserable Tersites! —tuvo aún fuerzas para añadir, jadeante por el esfuerzo y la impresión. Vio a un joven salir de entre la multitud de curiosos y correr tras el fugitivo. Parecía que llevaba el uniforme de los guardias. Tuvo la esperanza de que consiguiera atraparlo.

—¿Quién era ese canalla? —le preguntó después a Giannetto, que seguía lanzando maldiciones y obscenidades contra su adversario.

—No lo sé —respondió éste con una mueca de dolor que acentuaba la expresión de ratón de su rostro—. No lo conozco. Uno nuevo, que desde hace unos días viene por aquí y hace la colecta sin el permiso del Gremio. Desde hace algún tiempo hay muchos como él. No se sabe de dónde han salido.

—¿Muchos?

—Sí, de verdad muchos. ¡Malditos!

Dante se apoyó en la pilastra, respirando profundamente para aplacar la agitación, después se abrió paso entre la multitud, en dirección a la botica. Teofilo, parado en el umbral, parecía estar esperándole.

Entró decidido, seguido del boticario que se había hecho a un lado para abrirle el paso. Puesto que las circunstancias habían decidido por él, interrogaría a la mujer. Echó una mirada rápida a su alrededor, buscándola.

—Dónde está...

—¿Antilia? ¿Es a ella a quién buscáis? —preguntó Teofilo en tono malicioso—. Ha estado aquí hace un rato.

—¿Adónde ha ido? —preguntó a su vez Dante, confuso. Estaba seguro de no haberla visto salir. Pero con la confusión de la pelea había perdido de vista la entrada de la botica.

—Se ha ido, ¿no la habéis visto? Hemos oído ruido en la calle y me ha parecido más prudente que se alejara discretamente. Conocéis su particular condición, los riesgos...

El poeta asintió. Tenía la sensación de que Teofilo le escondía algo.

—¿Qué buscaba aquí? —preguntó brusco, mirándole fijamente a los ojos.

El boticario parecía estar meditando su respuesta, como si quisiera medir exactamente la verdad que pretendía poner en sus propias palabras, con la misma

meticulosidad a las dosis de sus mezclas.

—Lo que todos buscan en mi botica —dijo finalmente, en tono enigmático.

—¿Lo que todos buscan?

—Todos. Vos también, messer Durante.

Dante esperó a que el otro añadiera algo.

—El sentido de vuestra alegoría se me escapa —declaró después, al ver que seguía callado.

—El dolor y cómo librarse de él. O...

—¿O?

—Cómo provocarlo. El dolor es lo primero que impulsa nuestra forma de actuar. En eso pensaba el gran Aristóteles cuando imaginó su máquina celeste.

—No, os equivocáis. Es el amor lo que proporciona movimiento a la cadena de los cielos. Es el deseo de amor del último cielo, inmerso en el amor de la esencia divina, lo que determina la rotación, queriendo éste en cada uno de sus puntos experimentar la infinita alegría de la iluminación —dijo Dante distraídamente, como si repitiera una lección aprendida. Estaba pensando en Antilia.

Aquel juego de alusiones le fastidiaba. Abrió la boca para poner al boticario entre la espada y la pared, pero éste se adelantó.

—Y sin embargo, messer Durante, ¿no creéis que sea Algos el dios que domina sobre la Tierra? ¿No es por él por quien combatimos, amamos, construimos y morimos? Y vos mismo lo confirmaréis, siguiendo los dictados de Aristóteles: si el primer cielo rueda frenéticamente para estar con Dios en cada uno de sus puntos, ¿no está la plenitud de su alegría fundada en una defectuosa carencia?

Había hablado en voz baja, como si temiese que el dios del dolor lo estuviera escuchando. El poeta se encogió de hombros. En aquel momento no tenía ganas de adentrarse en una discusión teológica. Estaba convencido de que Teofilo había iniciado aquella polémica sólo para alejar su atención de la mujer.

—¿Antilia ha pedido ese medicamento vuestro?

El boticario se echó a reír. Parecía que, de repente, había vuelto el juerguista de la taberna.

—Se llama chandu... Oh, no, nada tan serio. Sólo estaba buscando un buen jabón que favoreciera a la belleza de su piel. Pero quién sabe, quizás para una mujer la defensa de su esplendor es una fuente suprema de dolor...

Dante seguía mirando a su alrededor. Nada de lo que Teofilo estaba diciendo le parecía sensato. Antilia se había dirigido a su botica nada más acabar de escuchar el sermón de Bruno.

—La otra vez me dijisteis que vuestro remedio está compuesto por cinco elementos. ¿De verdad que no los conocéis?

El boticario dio un respingo imperceptible. Su mirada corrió instintivamente a la caja de hierro, como si quisiera asegurarse de que estuviera bien cerrada.

—Su composición es un secreto, messer Durante —dijo en tono evasivo—. Vos habéis experimentado sus efectos. Estáis, por lo tanto, en grado de medir exactamente su valor.

—El mosaquista ha sido asesinado porque se disponía a revelar las cinco partes de algo. Y por qué no los cinco elementos de un compuesto... que podría haber recibido de vos, o haberos robado. Decís que yo mismo puedo calcular su valor. Es verdad, y juzgo tal valor extremo, al punto de inducir a alguien a matar para quedárselo. O para defenderlo.

El boticario se mostró repentinamente preocupado.

—¿No es acaso con eso con lo que messer Bruno atonta a los discípulos de su culto profano, del cual vos también formáis parte? —le apremió Dante.

—No pensaréis... —balbuceó el otro.

—¿Por qué no habría de pensarlo?

Teofilo dudó un instante, después levantó con brusquedad la mano derecha, colocando los dedos para hacer la señal de reconocimiento del Gremio de los boticarios.

—*Auxilium peto* —exclamó.

Era la fórmula con la que un cofrade pedía ayuda a otro. Dante repitió mecánicamente el gesto, obligado a respetar el juramento que los vinculaba.

—*Auxilium fero* —respondió.

Sprovieri parecía más tranquilo. Aferró a Dante del brazo, apretándolo con fuerza.

—Con razón consideramos importante ese secreto. Pero no es el único, bajo la cúpula del cielo. Existen otros y más grandes, y quizás no está de más que un cofrade los conozca.

—¿Qué queréis decir?

—Quién sabe, a lo mejor podríais ayudarme... puede que vuestra ciencia... —prosiguió Teofilo sin responder a la pregunta. Permaneció un instante inmóvil, como si tuviera que superar una última duda, y al final se acercó a un armario. Lo abrió y sacó una pequeña cajita perfectamente cúbica, realizada con la oscura y preciosa madera africana tan apreciada por los faraones. Manipuló brevemente uno de los lados. Dante oyó un ligero chasquido y le vio levantar una pequeña pieza. Tenía que haber accionado alguna cerradura escondida, para que la caja se abriera, mostrando en su interior un objeto redondo de metal amarillo. Tomó el objeto, casi con temor, y se lo dio.

Era un aro de metal dorado, cubierto con sutiles incisiones, parecidas a las letras del alfabeto de una lengua desconocida. Muy parecida al anillo que el poeta había visto en la tienda de messer Domenico.

Sopesó el objeto en la palma de la mano, después de haberlo observado atentamente.

—¿Es lo que parece?

—Sí, messer Durante. Es oro.

Dante continuaba dando vueltas al objeto entre las manos. Levantó la mirada.

—¿De dónde procede?

—Quizás sería más apropiado preguntar de quién proviene. Desde hace un tiempo, estos anillos han aparecido en Florencia acompañados de un rumor. Una leyenda, quizás.

—¿Y qué dice esa leyenda?

—Que este oro no proviene de las vísceras de la Tierra.

—¿Queréis decir que alguien lo ha... fabricado? —murmuró el poeta, volviendo a examinarlo con atención. Después se lo acercó a los labios, tocando el metal con la lengua—. Si lo que afirmáis es verdad, un grave peligro amenaza las finanzas del Comune. Cada uno de los medios conocidos para reconocer la monedura en la obra de los falsificadores de moneda sería inútil.

—¿Entonces no pensáis que este secreto sea mayor que el de mi fármaco?

—¿Quién os ha dado este anillo? ¿Y quién custodia el secreto de la metamorfosis? ¿Alguien del Tercer Cielo? ¡Hablad! —le apremió Dante. Iba a repetir el gesto de reconocimiento, pero se contuvo, escondiendo la mano—. No quiero que respondáis al cofrade del Gremio, sino a la autoridad de Florencia.

—¡No lo sé, os lo juro! Fue Ambrogio quien me lo dio, poco antes de que lo asesinaran. Pero no dijo nada de su origen. —Parecía muy afectado, como si el nombre del muerto hubiera evocado también a su espectro—. Este secreto no me pertenece. Yo mismo lo estoy buscando —añadió después, casi hablando para sí.

Dante reflexionaba sobre sus últimas palabras. Sin duda, el medicamento era extraordinario; pero ¿qué podía representar si se comparaba con lo que Teofilo le había enseñado? ¿Y quién podía dedicarse en Florencia a tales estudios? Pensativo, se había acercado a la puerta. Después se giró hacia Teofilo.

—El anillo de oro... ¿Podéis confiármelo durante un tiempo?

—Claro, messer Alighieri —respondió el otro entregárselo—. ¿Pensáis que podríais descubrir su origen?

El prior no respondió. Su mente ya estaba en otra parte, mientras se alejaba de la botica sin despedirse ni siquiera del boticario, con una involuntaria descortesía. Le inquietaban aquella revelación y las nuevas perspectivas que abría.

Teofilo lo siguió, también en silencio, hasta el umbral de la puerta. Después se apresuró a cerrar, tras asegurarse de que Dante había desaparecido de su vista. Un ligero crujido a sus espaldas le llevó a darse la vuelta. Uno de los tableros de madera del mueble junto a la pared se había abierto, mostrando un hueco. Por la pequeña puerta se había asomado Antilia. La mirada de Teofilo recorrió sus curvas, que mostraban su belleza bajo la delicada túnica plisada, como una estatua de Venus prisionera entre los pliegues. Una gota de sudor se deslizó por su frente.

La mujer se había quitado el embozo de algodón y ahora se mostraba en toda su belleza.

—¿Habéis estado escuchando? —le preguntó él.

Antilia asintió. Miraba la caja de ébano que aún yacía sobre el banco.

—No he dicho nada —añadió Teofilo, con un temblor en la voz—. ¿Cuándo... cuándo emprenderéis el viaje?

Ella seguía callada.

—¿Puedo ir con vos?

El boticario se acercó a la joven y alzó las manos hasta rozar sus hombros. Ella seguía sus movimientos impasible. El hombre comenzó a desatar los lazos que le sujetaban la túnica, dejando al descubierto lentamente su cuerpo cobrizo.

«Malditos mercaderes. Hombres inútiles», murmuraba Dante, recorriendo de un lado a otro el atrio de la sede de Calimala, el Gremio de los Mercaderes de Tejidos, el más importante de Florencia. Ricos, engreídos y desvergonzados. Casi la mitad de los funcionarios del Comune estaba a su servicio más o menos abiertamente. Y los que no lo estaban tenían miedo. «Se permiten hacerme esperar. Haría que los colgaran a todos, si hubiera un verdugo».

Había conseguido que le dejaran pasar valiéndose únicamente de su propia autoridad, pero la espera le estaba resultando humillante. Durante media hora, había visto pasar delante de él a corpulentos mercaderes, mozos de carga y otra gentuza. Sentía crecer dentro de sí el odio frente a esos villanos enriquecidos, hinchado por un deseo de venganza. A causa de gente como ellos, Florencia se había convertido en lo que era. Una ciudad que podía llegar a ser la nueva Roma por la sabiduría de sus leyes o una nueva Atenas por el esplendor de sus obras de arte, se estaba transformando en una nueva Babilonia a causa de la corrupción de sus costumbres. No había cargo público que no fuera negociado, ley que no se pudiera pactar a golpe de florines, sentencia que no se cambiara según la conveniencia de los jueces.

La sala de espera daba a una obra. Al otro lado de la calle se estaba construyendo un grandioso palacio en el lugar de las casuchas del antiguo barrio. Pero había algo malsano detrás de la fastuosidad de las nuevas construcciones, que surgían en medio de las viñas, para albergar a la hormigueante masa de gentes procedentes del campo en busca de fortuna; una grieta escondida como la fisura invisible en el bronce de una campana que sólo un oído ejercitado puede percibir antes de que ésta se rompa de forma imprevista. Y el oído del poeta, afinado por las musas, y acostumbrado a las voces de los antiguos, percibía nítidamente aquella disonancia, como el rumor de una cascada lejana.

—Ciudad de ladrones —repitió, apartándose de la ventana.

Por fin, un dependiente vestido con la llamativa librea del Gremio, lo llamó sin cortesía y lo guió hasta la planta superior, encima del pórtico que cubría la explanada del mercado antiguo.

El rector se sentaba detrás de un alto escritorio, rodeado de otros bancos más pequeños, ocupados por una docena de contables que rubricaban en los grandes volúmenes los actos comerciales de las compañías y de los mercaderes.

—¿Qué puedo hacer por vos, prior? ¿El Comune se interesa por nuestro Gremio? —le preguntó. El hombre había hablado con una voz fría, apagada. El mismo tono con el que se habría dirigido al último de sus empleados.

Dante se acercó a la cátedra, hasta rozar con el pecho la madera.

—El Comune se interesa por el bien y el mal de Florencia. Hoy por el mal.

El rector estaba desconcertado. Se esperaba la habitual petición de favores, o de dinero.

—¿Qué significa eso? —preguntó con una mueca.

—Tengo el deber de llevar a cabo las investigaciones sobre la tortura infligida al maestro Ambrogio.

—El maestro mosaquista... he sabido. Pero no entiendo qué tiene que ver con Calimala...

—Yo tampoco. Todavía no, al menos. Es por eso por lo que estoy explorando los diferentes caminos de la verdad.

—¿Y esos caminos os traen hasta aquí?

—Se dice que Calimala es el Gremio en el que todos los saberes convergen. Hacer, proveer, ordenar: ¿no es vuestro lema?

El rector asintió, poco convencido.

—En cualquier caso, he venido para hablar con uno de vuestros colaboradores, que se encuentra aquí —añadió Dante—. Flavio Petri, el genovés.

—¿El maestro coloreador? Y para qué...

No terminó la frase. Sobre el rostro del poeta había caído una máscara impasible que no dejaba lugar a discusiones. Con una frase seca, el rector ordenó a uno de los escribientes que lo acompañara.

El laboratorio estaba situado en un amplio sótano de bóveda baja, repleto de grandes recipientes de cobre y morteros para desmenuzar y amasar. Densos miasmas hacían el aire casi irrespirable.

Flavio estaba solo, ocupado en echar una sustancia dentro de uno de los calderos con una medida de vidrio. Dante lo vio hablar brevemente con su acompañante, después fue a su encuentro, y el poeta tuvo la impresión de que su petición sólo servía para distraerle de sus ocupaciones. Pero, aun así, agradeció su cortesía después del modo en que lo habían tratado.

A pesar de que la edad ya había encorvado su cuerpo, dos ojos negríssimos brillaban vivos en aquel rostro ajado.

—¿Qué puedo hacer por vos, messer Durante?

—Necesito de vuestra sabiduría para una cuestión particular.

—Todo mi saber, por modesto que sea, está a vuestra disposición.

—No infravaloro vuestra doctrina. Sois el más docto de las ciencias de la naturaleza. En Florencia y en Italia. Y quizás, en todas las tierras cristianas.

El otro inclinó ligeramente la cabeza, con una sonrisa contenida. Esperaba que prosiguiera.

—¿Qué sabéis de la fabricación del oro? —Dante había intentado formular la pregunta en un tono casual, pero él mismo se daba cuenta de la enormidad de sus palabras. Fue el primero en sorprenderse por la serenidad con la que el genovés respondió, como si se tratara de una cuestión establecida.

—Algo he oído, a lo largo de mi vida. Muchas ilusiones, una búsqueda que hace que tiemblen las venas del pulso. Años de insomnio dedicados a esta obra... no sé si divina, por su deseo de llegar a la matriz de la naturaleza, o sólo inspirada en el demonio de la avidez. Es esta duda lo que la conciencia no consigue resolver, cada vez que la mente penetra en un secreto de la naturaleza, por pequeño que sea.

—¿Pero pensáis que pueda hacerse? ¿O que ya se haya hecho? —preguntó Dante, ignorando los escrúpulos morales del viejo, que se encogió de hombros, con la mirada fija en un punto lejano.

—Hay quien así lo afirma. He conocido hombres de todas las clases que juraban estar en posesión del secreto. Granujas y aventureros, en su mayoría, incapaces de dar las pruebas más superficiales de cualquier conocimiento de la gran arte alquímica... Excepto una, quizás.

—¿Y qué habéis aprendido?

—Quien estaba convencido de poseer el arte me habló de cinco pasos para la transformación del cobre en oro. Era ésta la esencia de su secreto: no la sublimación del plomo, como piensan muchos, sino extraer del fuego escondido del cobre la fuerza que hacer germinar el oro.

—Y... ¿lo habéis experimentado? —preguntó Dante ansiosamente.

—No he intentado conocer la verdad hasta el fondo. El secreto del oro es el secreto de los reyes. Demasiados de los que decían conocerlo han sido asesinados por aquellos que querían saber... o que querían que nadie supiera. —El hombre no parecía tener nada más que añadir.

Dante estaba perplejo. Infinidad de veces había escuchado en las tabernas historias legendarias y privadas de fundamento.

—Entonces, habéis oído hablar de eso hace mucho tiempo, en la época de vuestros viajes. En tierras remotas, imagino —continuó con una aguda ironía.

—No, messer Durante. No hace mucho he oído hablar de ello en vuestra ciudad. —respondió el maestro coloreador resentido, mirándole fijamente—. Y no se trata sólo de palabras. Os mostraré lo que, en la costa de Pisa, ha encontrado un pescador en el fondo de una chalupa abandonada. Un agente nuestro quedó intrigado y la envió a la sede del Gremio—. Abrió un cajón y extrajo lo que parecía ser una piedra rosada, del grosor de una nuez—. Mirad. ¿Habíais visto alguna vez algo así?

—¿Es cobre? —preguntó Dante, después de observarla con atención.

—Las manzanas de las Hespérides —respondió Flavio en un tono misterioso—. Si es cobre. Purísimo.

—¿Y esto se puede convertir en oro?

—Es posible. —El genovés volvió a girar la pepita entre sus dedos—. El cobre se encuentra en la naturaleza desde la forma de tenues filamentos entremezclados hasta imponentes masas de roca y tierra. Nunca he visto...

—¿Y cómo explicáis esta rareza? —le interrumpió el poeta.

—No la explico. Podría ser el primer acto de la transformación. Parece que la montaña del saber esté creciendo vertiginosamente en Florencia. Torres infinitas se alzan hacia el cielo. Cúpulas de templos, grandes como para cubrir un campo, se multiplican sobre nuestras cabezas. Se erigen máquinas nunca vistas para ayudar al hombre en esas construcciones. Quizás alguien haya arrancado el fruto del árbol del conocimiento.

—Sí, en efecto, alguien podría haber comido realmente ese fruto. ¿Qué pensáis de esto? —dijo Dante, sacando de una bolsa que llevaba en el cinturón el anillo de oro y enseñándoselo. El otro extendió la mano rápidamente, con expresión de curiosidad.

Otro de esos anillos...

—¿Otro? ¿Habéis visto más?

—Sí... al menos otros dos, muy parecidos a éste.

—¿Qué me decís del metal? ¿Es oro? Oro natural, se entiende...

Flavio le echó una mirada irónica, mientras acercaba el anillo a una lastra de jaspé negro que estaba encima del mostrador; después, empezó a frotarlo contra la piedra con golpes ligeros.

—Parece que vuestras certezas no sean muy sólidas, prior... Sí, es oro —dijo, observando con atención las finas estrías que el metal había dejado en la piedra—. Completamente privado de impurezas. Pero no puedo deciros si es obra de la naturaleza o del hombre: para esto no existe piedra de comparación.

—¿De dónde venían los otros anillos que habéis visto?

—Llegaron a la casa del Gremio de alguna forma. Es todo lo que sé. No os diría nada más, aunque supiera. Los comercios de Calimala están sellados, y su sello es la muerte.

Le devolvió el anillo. Dante iba replicar cuando algo que yacía sobre el banco de su trabajo, junto a los recipientes de los colores, atrajo su atención. Había una gran lámina de papel plegada. Sobre la cara que estaba a la vista reconoció el azul de los cursos de agua y el ocre de las cadenas montañosas. Se acercó y la tomó entre las manos para verla mejor, observando en su interlocutor un gesto de rabia. Dio muestras de querer quitárselo de las manos, pero se contuvo.

—Reconozco la ciudad de París, con su isla guarnecida con torres. ¿Ésta también os sirve para vuestro trabajo? —preguntó el poeta en tono indiferente.

—El conocimiento de los principios geométricos entra dentro de mi competencia. Es uno de los modos en los que puedo ser útil al Gremio. El exacto registro de las vías y de las fronteras es importante para el comercio, al igual que tantos otros conocimientos. Pero no contéis nada de lo que habéis visto —añadió el maestro coloreador, esta vez quitándole el mapa de la mano y volviendo a doblarlo cuidadosamente.

—¿Por qué el conocimiento de la forma del mundo debe mantenerse en secreto? ¿Por qué esconder el aspecto de lo creado? ¡Ocultarlo significa esconder el rostro de Dios! —le provocó Dante, sorprendido por su comportamiento.

—Los caminos de la tierra no sólo son los nervios que unen su gran cuerpo: son las venas a través de las cuales corre su riqueza, messer Durante. Conocerlas significa poder alcanzar su sangre libremente, al amparo de la envidia y de los rivales. Y además, quién sabe, puede que la forma del mundo sea de verdad espléndida y terrible, como el rostro de Dios, y como él debe permanecer velado para que no nos ciegue.

—Probablemente tengáis razón, messer Flavio. Pero dicen que en el instante último, antes de precipitarse en las tinieblas, cuando se ciegan, los ojos de los condenados conocen un resplandor milagroso, que les desvela la verdadera forma de las cosas. Quizás todos nosotros busquemos ese resplandor.

Después de que el maestro coloreador lo despidiera, Dante salió a la calle atestada de gente. Le daba la impresión de tener las ideas confusas. En la esquina había una pequeña taberna. Se sentó en un banco exterior, bajo una tela que cubría la entrada, mientras el tabernero sacaba de la tinaja que estaba junto a la chimenea una medida de vino blanco. El líquido templado le bajó por la garganta sin aplacar su sed. Ante sus ojos relampagueaba el brillo del oro artificial, entre los vapores que se alzaban de la calle, envenenados por los miasmas de los desechos humanos y animales.

¿Realmente era posible fabricarlo de una pureza tal que engañaba hasta el ojo de un maestro como Flavio Petri? Tendría que poner sobre aviso al fabricante de moneda de la Ceca. Movié repetidamente el cuello, intentando disipar el entumecimiento causado por el calor y el vino. En su mente, bullían los pensamientos.

¿Qué pasaría si realmente una enorme masa de florines se hubiera puesto en circulación? Para empezar, un aumento indiferenciado de la riqueza y de la felicidad pública. La remisión de las deudas, el fin de los impuestos, la liberación universal de la necesidad. El reino de Jauja.

Y después, cuando el oro fuera común como la arena, el desastre, la pérdida de los valores. Una nueva edad, como la soñada por Bruno Ammannati. Pero una edad de desesperación, verdaderamente la de los Últimos.

Había hablado en voz alta, atrayendo la atención del tabernero, que se acercó enseguida pensando que iba a pedir otra cosa. El calor se había hecho insoportable.

—¿Puede ser ése su proyecto! —gritó, levantándose de un salto, casi tirando el banco al suelo. Luego se dirigió hacia el Ponte Vecchio, después de haber lanzado una moneda al tabernero, cuyo desconcierto iba en aumento.

—¿No era messer Durante, aquel hombre? —dijo uno de los clientes que había seguido la escena—. ¿El nuevo prior? Que Dios nos proteja.

En el informe sobre los miembros del Tercer Cielo venía indicado el lugar donde cada uno daba provisionalmente sus clases. Cecco d'Ascoli reunía a sus discípulos del curso de astrología médica en la pequeña sala capitular de la abadía de San Sisto, en San Frediano.

Desde que le reconoció en la taberna, Dante se había prometido encontrarse con él a solas para comparar todo aquello que los dividía. Su debate a distancia sobre las particularidades de la astrología se prolongaba en el tiempo desde hacía años. Pero después de lo que había oído en la iglesia de los Cuarenta Mártires, el debate se hacía ineludible. ¿Y por qué no ahora, cuando su fantasía animada por el vino se encontraba en las mejores condiciones para vencer?

Entró en la sala cuando el maestro terminaba de presenciar el debate entre dos estudiantes desde lo alto de su cátedra. Parecía satisfecho por el desarrollo de la discusión. El *sic* ya había terminado su argumentación, y también el sostenedor del *non* estaba a punto de concluir. El joven leía en pie, delante de la cátedra del maestro, mientras a sus espaldas los otros estudiantes, una media docena, escuchaban sentados en un banco y tomaban apuntes sobre sus tablillas de cera. Junto a él, su rival del día escuchaba atento, preparado para recoger cualquier contradicción o incongruencia que señalaba el maestro levantando el dedo y pronunciando la palabra *nego*.

Dante tuvo tiempo de escuchar las últimas ocurrencias. El tema debía de ser el influjo de los tránsitos de Marte en las secreciones húmedas de los pulmones. Marte, planeta de fuego, caliente y seco, con su soplo genera en los cuerpos una combustión de los espíritus. Y esto, según la opinión del que estaba hablando en aquel momento, era muestra de reducción de los flujos y de la expectoración.

Su adversario debía sostener lo contrario.

—... cierto, engañado por el evidente prorrumpir del líquido seminal y del aumento de los sueños amorosos que se verifican en ocasión de sus tránsitos. Pero es conocido, por otra parte, que la sequedad favorece el coito, elemento sufragado para la mayor fertilidad de las especies animales en la estación de calor y por el conocido ímpetu amoroso que caracteriza a los pueblos negros de Libia.

El joven había pronunciado las últimas palabras en tono comprensivo, casi como queriendo excusar el error del adversario que estaba demostrando con vileza. Una salva de aplausos acompañó a su réplica. Parecía que su tesis había convencido al pequeño auditorio. También el maestro insinuó un aplauso de loa, como si quisiera manifestar su estima personal, pero sin sembrar entre sus alumnos la peligrosa semilla de la soberbia.

Después de dedicar ceremoniosas fórmulas de despedida al maestro, los estudiantes se marcharon. Sólo entonces Cecco d'Ascoli pareció advertir la presencia de Dante, que se había quedado cerca de la puerta. Bajó rápidamente de la plataforma sobre la que se alzaba su cátedra, abriendo los brazos y besándole las mejillas.

—¡Messer Durante, bienvenido! Si hubiera sabido que teníais intención de asistir a mis clases, habría hecho traer un segundo escaño, para que pudierais sentaros a mi derecha y asistir como mi igual.

—Os agradezco el honor —Dante le había devuelto el saludo con una leve inclinación de cabeza—, pero no dispongo de la *licentia docendi*. Los cursos que he frecuentado en Bolonia y en París no elevan mi ciencia a ese rango. Por eso, mi lugar está abajo, entre vuestros estudiantes.

—Sé que os excedéis tanto en modestia como en sabiduría, maestro. Si quisierais, habría un lugar para vos en el Studium. Y precisamente en materia astrológica, de la que sé sois expertísimo.

—¿Me acogeríais también en el Tercer Cielo? —preguntó Dante, mirándole a los ojos.

El otro se puso rígido. La expresión afable que le había animado hasta hacía un instante se desvaneció.

—¿Por qué no? —dijo a continuación, después de un tiempo que pareció interminable—. El Tercer Cielo es el de Venus, y vos sois poeta de amor... y grandísimo, debo añadir.

Tomó aire y después comenzó a cantar *Amor che nella mente mi ragiona*,^{*} prosiguiendo con toda la primera estrofa. Su voz cálida exaltaba la dulzura de los versos, mientras los recitaba con leves gestos de la mano.

El poeta, tras la sorpresa inicial, cantó la segunda estrofa, y luego de nuevo Cecco entonó los versos sucesivos, así hasta el final.

Después de un segundo de silencio, en el que la armonía de las voces parecía retumbar aún en la sala, el astrólogo retomó la palabra.

—Habéis hecho inmortal el objeto terreno de vuestra pasión. ¡Ay de mí!, los tiempos míseros en los que vivimos lo impiden, pero en otra época vuestra Beatriz habría alcanzado el grado de estrella, en virtud de vuestros versos extraordinarios. Como sucedió con Berenice, cantada por Calimaco.

—No es la miseria de los tiempos lo que lo impide, sino nuestro ser cristiano, que nos niega la probabilidad de ascender a los cielos si no es a través del camino de Pedro y de sus coros angélicos —rebatió el prior, conmovido.

—Será como vos decís. ¿Puedo seros útil en algo?

—Hay una cuestión que querría someter a vuestra ciencia. Conciérneme a la noble materia astrológica, pero también al perverso episodio del crimen.

—Hablad. —El astrólogo se había acercado. Parecía curioso.

—¿Creéis que el influjo de los cielos, que marca nuestros destinos, sea necesidad o accidente? ¿Las estrellas guían inevitablemente nuestros pasos o, por el contrario, se limitan a conferir un impulso inicial a nuestros actos, gobernados después por el libre albedrío?

—Es una cuestión discutida —Cecco d'Ascoli había sonreído imperceptiblemente—, messer Durante. Pero, permitidme, sólo entre los espíritus vulgares. Está comprobado que los cuerpos celestes, que orbitan en los cielos más allá de la esfera de la Luna, son perfectos e incorruptos. Si su acción fuera evitable, sería defectuosa y tendríamos una consecuencia incierta de un antecedente cierto, una causa perfecta que da origen a efectos imperfectos. Y ésta es contradicción que escapa a nuestro espíritu. *Ergo*, nuestro destino está escrito en las estrellas con medida exacta.

Dante levantó instintivamente el índice. No pronunció el *nego*, pero todo su cuerpo se había echado hacia delante, como si estuviera peleando en un duelo.

—Pero si admitiéramos que el efecto de los cielos sobre nuestras naturalezas sea determinante, se disgregaría el andamiaje ético que rige nuestras leyes, las costumbres, nuestro sentido moral —replicó tranquilamente—. También la muerte del maestro Ambrogio se inscribiría en el eterno peregrinar de los astros, y la mano que la ha determinado pasaría a ser un simple instrumento irresponsable. Sería inútil la Redención, porque la Culpa estaría ausente. Nuestra misma religión de salvación sería vana, como los ídolos de los paganos.

—Quizás ha sido vana —dijo Cecco d'Ascoli sosteniendo su mirada.

—¡Vos blasfemáis! ¡No es esto lo que enseña el gran Tolomeo en el *Almagesto*! —gritó Dante—. ¡Ni el Sacrobosco. Ni Guido Bonatti, vuestro propio maestro!

—No sólo a sus enseñanzas se debe mi saber.

En ese momento, el poeta estaba tan cerca de él que podía sentir el calor de su respiración.

—¿Acaso habéis subido al púlpito de messer Bruno y traéis del desierto de otros dioses? ¿Vos también creéis que los astros son la forma visible, la epifanía de seres de inimaginable poder que nos han precedido en la Tierra y que ahora han desertado de ella, pero se preparan para regresar? ¿Y que a través de la observación de los astros sea posible invocar a esos seres? ¿Es eso lo que creéis?

—Yo también he escuchado las palabras de messer Bruno —respondió lentamente el astrólogo—. No son ideas de nuestra ciencia. Vienen de lejos, de las tierras de Oriente donde el teólogo ha predicado de joven. Pero no debéis atribuir a tales ideas una importancia mayor que la estrictamente necesaria: no son peligrosas para nadie, excepto, quizás, para aquél que las alimenta en su seno. —Una sonrisa iluminó su rostro. Su expresión se volvió conciliadora y la voz recuperó el tono afable del inicio—. Vamos, messer Durante, abandonemos este camino peligroso, que subyuga la resplandeciente belleza de la ciencia a las miserias de la Tierra. Y en lo que respecta a la Redención, sabed que ésta no se contradice con mi argumento. De hecho estaba exactamente prevista por las ruedas estelares y anticipada por la conjunción de Marte y Júpiter en Piscis, cuando nació el Salvador.

—Y bien, dejemos la religión a los curas —Dante había suavizado, a su vez, el tono de voz—. Pero tengo otro argumento para demostrar la falacia del vuestro. ¿El influjo estelar, cierto e incorruptible, actúa también sobre los minerales que se esconden en las entrañas de la Tierra?

—Indudablemente. Es el influjo de Venus lo que determina la virtud antiabortiva de la cornalina. Como Marte hace de ónix un poderoso antídoto. ¿Y no es, en definitiva, el Sol quien confiere al oro sus virtudes de plasticidad y luminosidad?

—Pero si la fuerza del Sol ha forjado las virtudes del oro, ¿cómo explicáis que el astro más grande y poderoso conceda su naturaleza a un mineral tan raro?

—¿Qué os dice que el oro sea tan raro en la Tierra? —preguntó Cecco, con una sonrisa de suficiencia—. ¿O que lo será durante mucho tiempo?

Dante permaneció en silencio, mirándole.

—Y en cualquier caso, aunque los cuerpos celestes no fueran dioses, como la sabiduría antigua había creído, éstos sí que tienen de verdad una potencia de enorme virtud, como la evidencia de las cosas nos hace ver cotidianamente en las turbias contingencias de la vida. La ira de Marte, el triunfo de Júpiter y sobre todo la incontenible energía de Venus, la estrella pentagonal, que derriba las puertas de la ciudad, la última de las divinidades que aún no están muertas.

—La dominadora del Tercer Cielo —murmuró el poeta. Las palabras del astrólogo le habían hecho recordar un detalle. También Ambrogio, en sus papeles, había representado una pequeña estrella de cinco puntas. Y Bruno, en la iglesia, había hablado del astro quintuple.

Cecco había asentido. A continuación comenzó a recitar un poema, recalando las palabras y haciendo una breve pausa después de cada uno de los versos.

*D'amor la stella ne la terza rota
Allo spirito dà angoscia con sua luce
Di cosa bella, che non sta remota
Da lui se morte spenga sua figura.**

—¿Qué habéis recitado? —preguntó Dante, después de escucharlo en silencio.

—Una cuarteta de un poemilla mío sobre la configuración de los cielos. Aquí se habla del tercero, y de su reina.

—¿Por qué habéis definido pentagonal el astro de la noche?

—¿No querréis hacerme creer que no lo sabéis, messer Durante? —respondió en tono de falso estupor el astrólogo, después de lanzarle una mirada irónica—. Con vuestra fama de conocedor de los movimientos celestes.

—No, claro. —Dante se había puesto colorado, herido por aquella observación—. Pero ¿por qué pensáis que el amor debería provocar angustia?

—¿Y me lo preguntáis? ¿De verdad que no lo sabéis? ¿O no creéis que el Amor guíe los pasos de la Muerte? ¿Por qué pensáis que ha sido asesinado el maestro Ambrogio?

—¿Por el amor de una mujer?

—Que es Verdad.

—¿Por qué el mosaquista debería ser víctima de la verdad?

—¿No lo somos todos, de un modo u otro? ¿No lo sois también vos, messer Durante?

Dante recordaba lo que había leído en la relación sobre el Tercer Cielo: todos venían de Roma. Pero antes todos habían estado en Oriente. Como Baldo, el cruzado. Y Antilia...

Tenía la impresión de que Cecco estaba cubriendo con su manto de la dignidad astrológica algo más turbio. Y de que Antilia pudiera ser algo más que una bailarina. Un escalofrío recorrió su piel al pensar en el cuerpo de ella. Tenía que verla. Ahora. Solo.

Para saber más, naturalmente.

Ese mismo día, al comienzo de la tarde.

A aquella hora la taberna de Baldo estaba casi desierta; sólo dos sirvientes se afanaban alrededor del gran fogón, inclinados bajo el peso de las brazadas de leña que estaban amontonando contra la pared. El cruzado se sentaba en un banco y bebía vino de una copa de metal, mientras seguía con la mirada a los trabajadores.

Al verlo entrar, Baldo dejó con un movimiento nervioso la copa en la mesa, tirando una parte del contenido, como si quisiera dejar libre su único brazo para estar preparado para una posible defensa.

Claro, en aquella ciudad ninguna persona de bien cruzaba la puerta de una taberna antes de la hora tercera, el fin de la jornada de trabajo. Probablemente, el tabernero pensaba que tendría que vérselas con un borracho.

Dante hizo una mueca. Él, el prior de Florencia, tratado como un borracho por un miserable, para colmo manco. Se llevó la mano a la daga escondida, mientras su fantasía reproducía la horrenda llave del cruzado. Debía ponerse en guardia y no dejar que se acercara pasado el límite de seguridad.

—¿Puedo serviros mi mejor vino, messer Alighieri? —dijo el hombre, anticipándose a sus palabras.

—No estoy aquí para apreciar tu vino —respondió Dante, sin hacer ademán de sentarse—. Quiero hablar con la bailarina que se exhibe en la taberna.

—Así que queréis a mi Antilia. —Baldo se acariciaba la barbilla, mientras lo escrutaba con sorna—. La espléndida Antilia. —Había subrayado la palabra «espléndida» con un tono lascivo.

—¿Tuya? —El poeta nunca había pensado que la mujer pudiera ser una esclava, capturada en una de las batallas en Oriente, o comprada. Por otra parte, las leyes de la cristiandad no prohibían la esclavitud de los paganos.

—¿He dicho «mía»? Oh, perdonadme, messere. Es seguramente por la admiración que siento hacia ella. Antilia no pertenece a nadie, en esta ciudad. Para muchos hombres esta verdad es causa de un gran tormento. Y yo estoy entre ellos —concluyó el manco dándole una palmada en el hombro, como para mostrarse solidario con él.

El poeta dio un paso hacia atrás, en parte por el miedo a la llave del cruzado y en parte por el fastidio de aquella confianza.

—Quiero hablar con ella —zanjó.

—Antilia no vive en mi casa, messere. Si queréis verla debéis alzar la mirada más hacia lo alto.

—¿Cómo?, ¿no vive en tu fonda? —replicó Dante, perplejo. Recordaba haberlo leído en el informe.

—No. Seguramente está bajo la protección de alguien, y es allí adonde deberéis ir si queréis hablar con ella.

—¡Dime quién es su amante, ahora mismo!

—Messer Alighieri, son muchos los enamorados de la hermosa Antilia —dijo el hombre—. Y podría deciros sus nombres, ya que de vez en cuando comparten con vos la mesa. Y, ciertamente, yo también formo parte de ese número... quizás vos también —añadió con descaro—. Pero el verdadero amante, el único que es correspondido, nadie lo conoce. Es a él a quien tenéis que encontrar, si queréis llegar a Antilia.

—¿Quieres decir que no sabes cómo encontrar a la mujer que anima las noches de tu taberna y que recibe de ti los medios para vivir?

—Os equivocáis, messere. Ella no recibe nada de mí. Yo no tendría los medios suficientes. No, sólo un príncipe podría pagar tanto.

—¿No es una bailarina profesional? —preguntó Dante, cada vez más sorprendido—. Y entonces por qué...

—No lo sé. Nadie lo sabe —le interrumpió el cruzado—. Fue ella quien me pidió exhibirse en mi taberna, sin ninguna compensación. Es más, me dio la impresión de que, si yo me hubiera negado, ella habría estado dispuesta a darme dinero para hacerlo.

—Pero tú no te negaste.

—No. No creo que haya un solo hombre en toda Florencia que lo hubiera hecho.

Dante se sentía cada vez más desconcertado.

—Yo no soy un hombre de letras como vos, messer Alighieri —continuó Baldo, como si le hubiera leído el pensamiento—. Pero he visto en ultramar mucho más, quizá, de los que está escrito en los libros. Y mucho más aún he oído contar de los nuestros que se aventuraron hacia las tierras de la India, siguiendo los pasos del gran Alejandro.

—¿Qué has oído contar?

—Que allí algunos pueblos adoran a sus dioses no con la palabra o con el canto, sino a través de los movimientos del cuerpo. Y bien, messere, creo que Antilia, de alguna forma, les rinde homenaje con su danza.

El poeta cerró la boca. Por un instante estuvo a punto de dar razón a la intuición primitiva de aquel zafio. Por otra parte, ¿no había percibido él mismo algo mágico y ritual en los pasos de la mujer la primera vez que la había visto? Si la idea no fuera blasfema, incluso habría admitido que había algo divino en sus movimientos, semejantes a los de una sacerdotisa, más que a los de una prostituta. Se decía que en las estepas de Oriente vivían feroces tribus de nómadas, cuyos reyes y sacerdotes eran mujeres de una belleza escultural y maravillosa. Se las enterraba en tumbas suntuosas, cubiertas con espléndidas joyas y otros signos de su grandeza, entre multitudes de cortesanos que eran sacrificados para que no afrontaran solas la oscuridad y el terror del viaje. Sacerdotisas que dialogaban con la muerte, interrogándola después de haber tomado extrañas pociones, citándose con las sombras.

Se preguntó si Ambrogio no habría sido la primera víctima de aquella diosa bárbara, el compañero de su camino hacia la casa de los muertos.

—A veces siento que el veneno de los moros no se ha apagado en mí —Baldo se pasaba su única mano por la frente—, sino que sólo se ha dormido, como una serpiente que espera debajo de una piedra el sol de mayo para volver a atacar.

—¿Y es el Espíritu quien te defiende? ¿El de nuestros padres, que asistió en el Gólgota al sacrificio divino?

—En ultramar he conocido muchos espíritus —dijo el tabernero después de encogerse de hombros.

Dante le miró, en silencio. A continuación metió el índice dentro de la copa de vino y dibujó sobre la mesa el pentágono grabado en el mosaico de Ambrogio. El cruzado palideció, pero permaneció impassible, como si no entendiera.

—¿Acaso has cambiado la salvación del cuerpo por la del alma? —le preguntó el poeta.

Baldo no respondió.

—¿Tu Espíritu pide a cambio sacrificios de sangre? —preguntó Dante, después de levantarse lentamente. Tuvo la impresión de que el manco intentaba evitar su mirada—. ¿Y los otros? ¿A qué espíritu han consagrado su fe?

—¿Los otros? ¿Quiénes?

—Los doctos que parecen haber elegido tu taberna como altar de sus ritos. ¿Qué sabes de ellos?

—Nada. Son hombres de ciencia. ¿Qué tendrían que ver conmigo?

—Mucho, si su ciencia es la de la intriga. Y en ésta tú también podrías ser doctor.

Baldo no respondió, limitándose a pasar mecánicamente un trapo sucio por el borde de la mesa.

—No sólo yo —dijo al final.

A la misma hora, en el convento de Santa Maria Novella.

En su habitación, el cardenal de Acquasparta estaba sentado en una poltrona. Dirigía su rostro hacia la pequeña ventana, desde la cual se veía el campanario de la abadía, como un tajo de cuchillo recortado en el azul del cielo. La campana estaba dando la hora nona.

Oyó un leve movimiento a sus espaldas y un suspiro. Alguien parecía querer llamar su atención, pero de manera discreta. Desvió lentamente la mirada hacia él.

Noffò Dei estaba en pie delante de la puerta. A un gesto del cardenal, se arrodilló, besando el anillo que éste le ofrecía, con la capucha sobre los hombros dejando al descubierto la tonsura.

Con la mano libre, el alto prelado le acarició, benévolo, la nuca.

—¿Habéis sabido algo? —le preguntó con un tono ansioso en la voz.

—Lo que ya sabíamos. El pentágono se ve claramente. Su mensaje es inequívoco.

—¿Creéis que ese intrigante ha entendido el significado?

—Es astuto e inteligente —respondió el otro, después de negar con la cabeza—. Pero no sabe mucho todavía. Todavía. —Pronunció la última palabra en un tono preocupado, que no pasó desapercibido al príncipe de la Iglesia.

—¿Creéis que está tras una buena pista?

—No. Estoy seguro. Está confundido, cegado por su perversa fe en la razón. Se ven bien en él las huellas de los maestros de la Facultad de las Artes.

—¿También ha estado en París? Pero debía de ser sólo un muchacho...

—Su diabólica enseñanza, con su depravado mensaje, ha causado infinidad de víctimas. Y en nuestro hombre esa lección se ha traducido en la imprudente convicción de que la razón humana es capaz de penetrar en todos los secretos de la naturaleza y del comportamiento humano. Es por esto que ahora está perdido en un laberinto, sin entender que son sus propios pasos los que generan la desviación y los ángulos muertos, a medida que avanza en la investigación.

—Esto nos da tiempo para prevenir los movimientos de la bailarina. —asintió Acquasparta con una sonrisa cruel.

—Creéis de verdad que sea posible... —siguió Noffò.

—No lo sé. Pero la mínima sombra de duda debe apagarse.

—Yo también lo pienso, eminencia. Recordaréis que ya he sugerido...

—Sabéis que es imposible —dijo el legado pontificio, interrumpiéndole con un gesto brusco—, en esta ciudad. Algunos priores ya están de nuestra parte, pero aún no ha llegado el momento para una acción directa. Se tomaría por lo que es: una afrenta a la soberanía del Comune, y para colmo en su territorio. Y nos pondríamos también en contra de aquellos que simpatizan con Bonifacio. Lo único que conseguiríamos sería dar pretextos a todos los gibelinos ocultos... como el tal Alighieri. Sabed que sólo la guardia de barrio puede efectuar arrestos.

—Podríamos acusarla de brujería y pedir la intervención del brazo secular.

—Ya he considerado esa posibilidad. Pero si ha venido a Florencia, eso significa que tiene amigos fiables y quizás poderosos. Si fracasáramos, podríamos vernos obligados a un juicio público. Y si todo fuera verdad, y ella hablara... —la voz del alto prelado se había encendido de ira—. ¿Cómo es posible que haya huido de la vigilancia cuando desembarcó en Italia? ¿Que nadie haya seguido sus movimientos, que no se haya impedido que cruzara la frontera? ¿Cómo ha podido atravesar la tierra de la Iglesia y llegar hasta aquí?

—No lo sabemos —dijo Noffò, encogiéndose de hombros—. Ha aparecido en Florencia como por arte de magia. Se cree que ha viajado en barco. Quizás a bordo de un navío genovés... Por dinero esos piratas son capaces de cualquier cosa. Está en la ciudad también ese canalla de Siena, Cecco Angiolieri. Nada más llegar se ha unido al grupo. Ellos lo esperaban, evidentemente.

—He leído sus cosas —dijo el cardenal con una sonrisa burlona—. Es justo el hombre que necesitaban.

—Quizás sea el hombre adecuado también para nosotros. Unos pocos florines, y nos lo meteremos en el bolsillo.

—Sé de vuestro proyecto, ¿pero habéis valorado bien las consecuencias? Si os descubrieran...

—Nada podrá inculparos jamás. Ni a la Santa Iglesia —dijo Noffò, después de sacudir la cabeza.

Acquasparta comenzó pasear por la habitación de un lado a otro, dando vueltas alrededor de Noffò, que permanecía inmóvil. Después se detuvo de golpe.

—Está bien, hacedlo —decidió al final, parándose.

—Ya está hecho. Contaba con vuestra aprobación.

El alguacil se presentó de nuevo en la celda. Dante comenzaba a pensar que aquel hombre traía consigo el mal agüero. Y su expresión preocupada no desmentía aquella sensación. Le pareció advertir su malestar una vez más.

—¿Qué sucede esta vez? Cuando os veo nunca sé si alegrarme por vuestra diligencia o maldecir de antemano los motivos que os traen a mí.

—Hay algo que es mejor que sepáis... al menos vos.

—¿Por qué? ¿Porque soy un poeta?

—No, el arte poético no tiene nada que ver. Pero quizás... En fin, es una cosa grave.

—Hablad.

—Esta semana los sirvientes de la cocina estaban reponiendo las tinajas del vino reservado a los priores... dicen.

—¿Dicen?

—Lo que yo creo es que querían beberse unos tragos a expensas del Comune, esos bellacos.

—¿Y bien? ¿Habéis venido para discutir sobre la sobriedad de los siervos del palacio?

—No. Mientras los movían, dicen, una de las tinas cayó y se partió.

—¿Deseáis ayuda para limpiar las bodegas? —preguntó el poeta, levantándose y avanzando hacia el hombre con presunción.

—No, no. —El alguacil se había puesto rojo. Le tendió la mano que hasta aquel momento había tenido escondida a su espalda—. Dentro, en el vino, estaba esto.

Dante aferró el objeto, casi arrancándoselo de la mano. Parecía un saquito de tela, relleno con algo suave. El tejido aún estaba mojado, y un fuerte olor a vino había invadido la celda.

Después de examinar brevemente el exterior, tomó la daga y se apresuró a cortar uno de los bordes de la tela.

—¿Es acaso una maldición, prior? ¿Un maleficio de magia negra? —preguntó, inquieto, el jefe de la guardia.

Sin responder, Dante extrajo del interior del saquito parte de su contenido, usando la punta de la daga con cuidado de no tocar nada con las manos. Parecían hojas y flores marchitas.

—¿O algo para aromatizar el vino, alguna ocurrencia de los vinateros? —se aventuró a preguntar el alguacil, sin convicción.

Sin romper su silencio, Dante se acercó a la ventana para examinar mejor aquella materia vegetal. Su rostro adoptó una expresión grave, una nítida arruga había aparecido en su frente. También el dolor en las sienes se acentuó.

—Haced desaparecer todo el vino de las bodegas, alguacil. Es mejor que los priores de Florencia beban agua, al menos durante algunos días.

—¿De qué se trata? ¿Lo sabéis?

—Es estramonio. Las hojas de la planta y las flores, la parte más nociva.

—¿Es... un veneno?

—Sí. En fuertes dosis produce la muerte, pero diluido es quizás aún más peligroso.

—¿Por qué?

—Aturde y ofusca a quien debería estar vigilante. Provoca sueños y visiones. Una mente perversa ha debido tener la idea de usarlo contra el gobierno de Florencia. Un veneno que si simplemente nos hubiera matado habría causado al Comune una crisis grave pero superable. En cambio, llevamos silenciosamente a la locura, haciéndonos caer sin que lo supiésemos en las tinieblas de las alucinaciones, es, en verdad, una obra diabólica. Mantened el silencio más absoluto sobre esta vileza. Es necesario que quien la haya maquinado no sepa de nuestra ventaja.

—¿Y vos qué haréis? —preguntó el alguacil.

—Debo proseguir con mi investigación. Si atrapo a una de las cabezas de este dragón, tendré todas las demás.

Mientras el jefe de la guardia se alejaba, una frenética agitación se apoderó de Dante. ¿El mal se estaba desbordando y, desde el subterráneo de San Judas, atentaba también contra la residencia del gobierno?

Estaba exasperado. Salió hecho una furia, y llegó a la calle casi sin darse cuenta. Sentía que le ardía la cabeza, mientras se dirigía hacia la taberna de Baldo. También esta vez, con la excusa del secreto, había prescindido de la escolta; así podría moverse libremente.

Pero en realidad, no era ésa la razón por la que quería estar solo. El cuerpo de Antilia continuaba bailando delante de sus ojos. Quería interrogarla a solas, después de su espectáculo. Se repetía que tenía como único objetivo el castigo de la culpa. Y puede que fuera cierto. Pero la culpa también estaba penetrando en él.

Le parecía ser Jacob, en la lucha nocturna con el ángel. Continuaba dando vueltas sin sentido, como un caminante que cae en una poza de agua oscura donde está destinado a ahogarse.

Cuando llegó a la taberna, el Tercer Cielo no estaba al completo. El sitio de Teofilo estaba vacío. Sobre la mesa se encontraba una gran tinaja de vino de la que ya habían probado todos los presentes. Dante también llenó su copa, después de haberlos saludado uno por uno, llamándoles por su nombre.

Miró una vez más hacia el sitio vacío. Estaba a punto de preguntar por Teofilo, cuando la estridente voz de Cecco d'Ascoli se adelantó.

—¿Cuántas veces, messer Durante, en estos días, hemos hablado de amor! Y sin embargo, las ocupaciones de la mente deberían de ser más serias para hombres de ciencia como nosotros. ¿Qué es, pues, según vuestro parecer, esta fuerza que parece prevalecer sobre cualquier comprensión razonable?

—Y antes de eso —intervino Bruno Ammannati—, ¿es correcto hablar de fuerza? ¿No sería mejor definir el amor como una debilidad del espíritu impulsada por la pérdida irreflexiva de las esencias vitales? ¿Es el amor algo que se incorpora, como una virtud, al ser irradiado por la fuerza del objeto amado o una enfermedad incurable que debilita el espíritu?

Mientras tanto, del fondo de la taberna llegaba el sonido de los tambores que habían comenzado a redoblar con su ritmo obsesivo, anunciando la entrada de Antilia. En lugar de responder, Dante dirigió su mirada a la mujer. ¿Era amor esa sensación de extravío que sentía, ese deseo de confundir la propia carne con la de ella, de hundirse como en un río, de perderse? ¿Y él era el mismo hombre que había temblado con sólo ver pasar a Beatriz? ¿Y si hubiera cambiado? ¿Era tal la fuerza del amor que podía transformar de un modo tan perverso la propia naturaleza de un hombre? ¿Era ésta la fuerza que había expulsado del paraíso terrenal a nuestros primeros progenitores?

Aferró la copa de vino llena hasta el borde y bebió a grandes tragos. Un pinchazo ardiente le subió desde el estómago hasta las sienes.

—Seguro que habéis leído la canción de Cavalcanti, vuestro amigo. *Donna me prega*.*

De nuevo era Cecco quien hablaba. Su voz sonaba lejana al oído de Dante, como si todos inesperadamente se hubieran apartado para hacer sitio a Antilia, que se acercaba moviendo las caderas. Era cierto que sus ojos negros buscaban los suyos y que la mujer, entre todos, le había elegido a él como destinatario de la danza. Sintió un odio fulminante contra los hombres que en aquel momento la deseaban, culpables de ralentizar sus movimientos con sus gritos y con las manos extendidas hacia ella.

Iba a ponerse en pie y a proclamar su autoridad de prior. Haría llamar a los guardias, ordenaría que cerraran aquella sentina de vicios, llevaría a esa ramera al hospital Maggiore. ¿Dónde se escondía y con quién cuando huía de la taberna de Baldo? Quería saberlo, y le arrancaría su secreto en cuanto acabara aquella vergonzosa exhibición.

El manco la había traído de ultramar; él era el origen de todo. Las voces de alrededor le confundían.

—Por ejemplo, messer Durante. Nuestra Antilia —oyó que decía Augustino—. Es indudable que su presencia enciende el calor de los cuerpos masculinos y los predispone a la cópula. Y esto ocurre debido a que los rayos luminosos que irradian de su cuerpo penetran en nuestras cavidades oculares dilatando a través de la acción del calor los conductos de la flema. Es una virtud propia de la naturaleza femenina. Cualquier femina bien proporcionada que se ofrezca a la mirada del varón genera la misma reacción, que está en el origen de la reproducción. ¿Pero cómo explicáis la atracción que la mujer es capaz de generar aún cuando esté ausente? Juraría que la mera evocación de Antilia calienta las vergas de los hombres, como si su fuerza perdurase intacta, aún cuando esté lejos. Por ello, ¿mantienen nuestros fluidos, con el transcurso del tiempo, las impresiones y transformaciones que la radiación ha dejado impresa en ellos, como sucedería con un líquido que conservase la forma del recipiente en donde fue echado?

Mientras tanto, Antilia había cambiado de dirección. Parecía que esta vez había decidido terminar su exhibición en la mesa de un grupo de mercaderes altivos que gritaban junto a la chimenea.

Dante se movió haciendo un gran esfuerzo, intentando prestar atención a quien le había hablado.

—Claro, la canción de Guido... Creo que el amor sea una conmoción del alma. Pero que no nace del influjo radiante, como querría el infiel Al-Kindi en su tratado. El amor es una virtud innata al alma noble, que la cultiva en su interior desde el momento del nacimiento, como la virtud mineral es connatural a la matriz de la piedra preciosa. La mujer, con su belleza, se limita a activar esta virtud latente que espera solamente a que la despierten para proceder. Este argumento responde a vuestra duda, cómo puede la mujer ejercitar su atracción aun cuando esté ausente, o incluso después de la muerte, como yo mismo he experimentado. Vos sabéis de la divina Beatriz.

—¿Entonces, según vos, existen verdaderamente los espíritus amantes? Pero ¿por qué mientras todos los hombres están predispuestos a la reproducción, sólo algunos conocen la ciencia del amor?

—Porque la ciencia del amor es la ciencia suprema, que favorece el progreso de los conocimientos en todos los aspectos de lo cognoscible. Como, por otra parte, creéis vosotros también —respondió Dante mirando a todos los presentes.

—¿Nosotros? —dijo Cecco.

—Claro. Cuando habéis llamado Tercer Cielo al colegio que da vida al Studium, ¿no querías aludir al amor como vuestro señor e impulsor, después de Dios?

Los otros se miraron, como si estuvieran sopesando sus palabras.

—Pero habéis descuidado algo, eligiendo a Venus y no a Minerva como musa de vuestra asociación. Amor es la fuerza que ilumina, pero si no se controla lleva a la perdición. Bajo el signo de Venus habéis compartido el pan del saber. Pero también bajo ese mismo signo ha sido asesinado Ambrogio.

Dante tomó de nuevo la copa que, mientras hablaba, alguien debía de haber llenado, y bebió un largo trago. Sentía crecer el calor, como si sus vísceras ardieran. Vio que los otros permanecían en silencio.

—Messer Alighieri —Veniero rompió el silencio—, vuestro argumento es indudablemente sugerente. Pero para mí, que poco entiendo de vuestra doctrina, aunque en compensación he visitado muchos puertos y muchos mares, la mujer es como el viento que hincha las velas en lo alto o que parte el mástil cuando se desencadena una borrasca. Nosotros, los hombres, para cruzar el mar de la vida carecemos de esa fuerza e intentamos aprisionarla en nuestras velas. —Dirigió una mirada a la bailarina que se estaba alejando—. «*Nec tecum nec sine te*» —murmuró.

El poeta se sirvió otra copa. El vino blanco fresco, mezclado ligeramente con agua acidulada, le procuraba a cada sorbo un instante de paz, seguido de nuevos fogaños.

—¿Cómo interpretaríais entonces, messer Alighieri, este verso? «*Vien da veduta forma che s'intende*»*... —dijo Augustino—. ¿Queríais decir que Cavalcanti reduce a la pura visión el origen del enamoramiento?, ¿y que entonces no es posible enamorarse estando separados? Pero si así fuera, ¿cómo explicar la pasión del trovador Rudello, muerto de amor por una mujer a la que nunca había visto?

—¿Y que dicha visión deba ser comprendida o bien atribuida a un conocimiento previo de nuestro intelecto? —añadió Antonio—. Pero entonces, ¿cómo justificar el amor de Adán por la primera Eva, de quien nada podía haber conocido?

—¿Y qué amor, messeri, a juzgar por las consecuencias! —exclamó Cecco Angiolieri. Hasta aquel momento había permanecido callado, con una expresión de disgusto creciente, como si todas aquellas conversaciones no fueran más que molestos chascarrillos—. Visto que todos nosotros estamos pagando las hazañas de nuestro padre fundador, uno se pregunta si no habría sido mejor que se hubiera dado al arte de Onán el solitario.

—¿Vuestra burla blasfema no nos ayuda a avanzar por el camino de la verdad! —intervino Augustino, picado.

—Digo que Cavalcanti se equivoca, y mucho —continuó Cecco, resoplando—. Amor no viene del ver, según los rectos espíritus florentinos como messer Guido, Lapo y los otros, sino del tocar y del morder y del chupar y del beber y del oler y del gritar y del retorcerse en la cama tirándose de los pelos. Quizás podría recordar también yo, modestamente, alguno de mis versos. Pero me temo que messer Alighieri se ofendería si las gracias de mi Becchina fuesen comparadas con los espíritus de las Selvaggias* y Beatrices.

Mientras proseguía la discusión sobre la poesía amorosa, Dante sentía que poco a poco su mente se iba confundiendo, como si el fango del fondo del mar se hubiera levantado para enturbiar las aguas. El orden riguroso de sus argumentos se interrumpía continuamente, y la palabra exacta se resistía a tomar forma, mientras que, al contrario, la mente era un volcán de figuras y de hipótesis. Su razonamiento parecía ir por delante de su lengua.

Era una sensación que ya había experimentado, especialmente en la juventud, cuando con su cuadrilla del amor en el Calendimaggio se abandonaba a la celebración de Venus y de Baco. Pero desde que había comenzado la carrera política, siempre procuraba mantenerse sobrio, al menos en público.

Quizás no fuera más que una excitación momentánea que otro trago de vino aplacaría, ayudándole a recuperar el equilibrio. Levantó de nuevo la copa y se la llevó a los labios, dando un largo trago.

Quería replicar a aquello que le parecía una falsedad... pero, ¿cuál era el orden de su argumentación? ¿O quizás debiera ilustrarlo con algún supuesto? Intentó ponerse en pie, pero volvió a caer en el asiento. Alguien, a sus espaldas, debía de haberle retenido. ¿Quién se había tomado aquella libertad? Un pinchazo le recorrió el cerebro, extendiéndose al ojo izquierdo. Se llevó el brazo a la nuca, intentando aferrar a quien tenía detrás, antes de que los otros se percatasen de que era objeto de

una vulgar broma.

Finalmente consiguió ponerse en pie. Intentó arreglarse el jubón, que inesperadamente parecía no ser de su medida, puesto que impedía sus movimientos. Mientras tanto, se había levantado un viento fortísimo, barriendo toda la taberna, azotando las paredes y el techo. Las llamas de los braseros se arremolinaban vertiginosamente. Le pareció que las tablas del suelo oscilaran bajo su peso, como si hubiera crecido inesperadamente. Y sin embargo, su mente estaba paralizada, si no fuera por aquel agudo dolor. Pero el argumento de las imágenes del amor había reaparecido y la falacia de las argumentaciones de Cecco Angiolieri surgía ahora en toda su claridad.

—No es así—consiguió decir, reuniendo fuerzas.

Los hombres del Studium parecían ser espectadores de una comedia con sus miradas clavadas en él, a la espera de una palabra esclarecedora. Sus ojos eran como el cristal empañado.

Sintió que una mano se apoyaba delicadamente sobre su hombro y oyó una voz que le pareció conocida. Se giraría para ver quién era, pero antes debía liberar el jubón que se había enganchado en el asiento. No quería parecer torpe delante de aquellos extranjeros. Iba a darse la vuelta cuando recordó que debía terminar de hablar contra Cecco.

—No es así—repitió, y le pareció haber sido maravillosamente irrefutable.

—¿No sentís vos también lo sofocante que se ha hecho el aire en la taberna? —La voz volvía a hablarle al oído—. El humo de esos condenados braseros está oscureciéndolo todo. ¿No preferís salir para respirar mejor?

Esa molestia la causaban los braseros, sin duda. Intentó levantarse de nuevo, mientras la mano en su espalda parecía querer ayudarlo. Se apoyó en la mesa para ponerse en pie y se dirigió hacia la puerta. Después se detuvo, aferrando de nuevo la copa. Quería vaciarla antes de salir. Pero parecía pegada a la mesa, y no consiguió levantarla ni siquiera ayudándose de la otra mano. Debía de ser otra broma de aquel maldito tabernero.

—¡Basura de Manco! —gritó—. ¡Maldito!

Fuera el viento húmedo y caliente le golpeó en el rostro como una bofetada. Sentía las gotas de sudor condensarse en el cuello y hacerse hielo. La tierra sobre la que caminaba era blanda y cedía bajo sus pasos como un colchón de crin. Aquellos condenados florentinos, con sus calles de fango. En ese momento, libre para moverse, consiguió ver al hombre que lo acompañaba. Claro que lo conocía.

El otro andaba a buen paso. Haciendo eses, Dante lo alcanzó, aferrándolo por el brazo.

—Ahora el sentido de la *ceduta forma* me resulta claro. Ciertamente es así. *Quod erat demonstrandum*.

Continuó oprimiendo el brazo del hombre, cuyo rostro fue recorrido por una sombra de fastidio mientras intentaba, con buenas maneras, librarse de él. Pero el prior se sujetó a su presa aún más fuerte.

—Es en el alma sensible donde queda grabada la huella del amor. Por eso permanece, aunque la mujer que lo haya inspirado desaparezca. Igual que en el sueño permanece el recuerdo de la respiración. Por eso podemos amar a quien no vemos. Por eso podemos amar a quien ha muerto.

—Quizás disfrutaríais más estudiando los efectos del amor que sus causas, messer Alighieri —dijo el hombre después de un breve silencio. Ya había renunciado a liberarse de él. Su voz se había enternecido—. Habéis hablado mucho sobre el amor. Venid conmigo al Paraíso. El mejor de los cinco.

Tambaleándose, Dante dio unos cuantos pasos en la dirección que el otro le señalaba. Otra vez cinco. ¿Por qué aquel condenado número seguía viniéndole en mente? Le molestaba que el cuerpo de su acompañante chocara con él continuamente y lo obstaculizara.

—El mejor de los cinco. A... ¿a qué os referís? —preguntó.

El rostro de Veniero se acercó al suyo. El hombre parecía querer escrutarlo en la profundidad de su mirada, como para demostrarle que estaba en condiciones de comprenderlo.

Pero el poeta lo entendía todo.

—El mejor de los cinco... —repitió, con voz pastosa.

—Hay cinco casas de amor en Florencia, messer Alighieri. Y cada una está situada en las proximidades de las puertas de la ciudad. Deberíais saberlo, como prior.

—Los priores no van al lupanar. —Cinco puertas. Cinco prostíbulos. ¿En qué se estaba convirtiendo Florencia con el corrupto Bonifacio? ¿Yá nadie se dedicaba a obras de sabiduría y virtud?— ¿El Paraíso? La casa de la señora Lagia... —murmuró Dante. Ahora entendía, todo estaba claro.

—¿Lo conocéis? —preguntó Veniero en tono irónico—. Creía que Angiolieri era el único experto en esos lugares.

De golpe el poeta se había reanimado, como si hubiera concebido una nueva idea. Se puso a correr, dejando estupefacto a su acompañante, que un instante después se apresuró a seguirlo. Le sujetó gentilmente por el codo, conduciéndolo hacia una pequeña calle lateral.

—¿Por qué por aquí? —preguntó Dante. Seguía sintiéndose desorientado—. Al Paraíso hay que ir por la parte opuesta.

—El recinto de la antigua muralla: es esto lo que une a las casas... Un cerco. Y un cerco se puede recorrer en ambos sentidos, messer Alighieri —respondió Veniero.

El poeta estaba seguro de que aquellas palabras escondían una profunda verdad. Pero no conseguía entender cuál. El capitán debía de ser verdaderamente un experto en navegación, también en las rutas de tierra. Extraño: un hombre de tierra guiado por un hombre de mar.

Con el aire más fresco de la noche y la caminata su cerebro comenzaba a aclararse. Recordó el dibujo que había encontrado entre los papeles del maestro comacino.

—Messer Veniero, ¿vuestras galeras tienen velas también debajo de la quilla? —preguntó.

El marino se paró de golpe, mirándole fijamente. Había apartado su mano de él, soltándolo. Dante notó un violento mareo y tuvo que apoyarse en su brazo, mientras cerraba los párpados con fuerza, confiando en que el mundo cesara de dar vueltas.

—No, naturalmente. La obra muerta está inmersa en el agua. ¿Qué sentido tendría una vela debajo de la quilla? —replicó después el veneciano, con una lentitud estudiada—. ¿Cómo se os ha ocurrido una idea semejante?

—Y sin embargo, he visto un barco con el velamen al revés.

—¿Dónde? —La voz de Veniero llegaba de una distancia remota. Pero aun así, Dante advertía su curiosidad—. ¿Dónde? —repitió.

—Entre los papeles del maestro Ambrogio —respondió el prior, buscando en el bolsillo interior de la túnica. Pero después recordó que había guardado el papel en San Piero.

—Una extravagancia. Ambrogio era un gran artista y constructor, pero poco sabía de marina. Quizás quiso simbolizar alguna singular alegoría. ¿Estaba entre sus papeles, decís?

Una luz centelleaba a lo lejos. Dante reconoció los dos candiles que indicaban la entrada de la casa de la señora Lagia, construida, como la taberna de Baldo, sobre los restos de una villa romana. Todas las casas de mala vida parecían originarse a partir de los restos de los antiguos padres, como gusanos a partir de los desechos.

Pero en aquel lugar las transformaciones eran menos evidentes. La construcción había mantenido su forma originaria: una serie de amplias habitaciones en la planta baja se alineaban a cada lado de un patio cuadrado, con un pórtico en el exterior. Encima de éstas había un segundo nivel, dividido en estrechos cubículos.

Entraron en el antiguo *impluvium*, transformado en abrevadero, caminando sobre los restos de los mosaicos del pavimento. Bajo sus pies un barco rodeado de delfines negros se desmoronaba en su naufragio secular, pisoteado por los caballos de los clientes. Y alrededor de la fuente, prácticamente borrados por el tiempo y por la incuria, los símbolos de las constelaciones y de los siete planetas con sus órbitas. Un zodiaco completo, totalmente destrozado, se extendía por toda la superficie del patio.

Dante estaba desorientado. ¿Cuántas noches había pasado sobre esos símbolos sin prestarles atención, con la conciencia y los sentidos cegados por la libido? El cielo del Paraíso... ¿Pero existía de verdad un Paraíso en alguna parte, donde las ramera dormían con sus amantes ocasionales? Aquí y allá las teselas de mármol habían desaparecido, pero el recorrido de los astros aún era visible, y a pocos pasos delante de él se recortaba la órbita curvada de Venus. La diosa atravesaba desnuda el cielo, cabalgando sobre una estrella.

Dejó atrás el anillo de Marte y el de Júpiter. Después Saturno y el polvillo de las estrellas inmóviles, atravesando la eclíptica hasta llegar a la pared de enfrente, donde se abrían los arcos de los antiguos almacenes. A la derecha se elevaba una estrecha escalera de ladrillos.

Comenzó a subir. Le pareció oír una risa sarcástica que acompañaba sus pasos. Se giró bruscamente, pensando que Veniero estaba detrás de él. Pero había alguien más, oculto detrás de uno de los arcos, vigilando alguna zona de la otra parte del patio. Vestía la librea de los hombres del alguacil. Aquellos malditos le estaban espiando. Volvió sobre sus pasos, fatigosamente, y fue a su encuentro con expresión amenazante.

El hombre no parecía turbado. Un resplandor azul rodeaba su rostro. Dante se paró, inseguro, pasándose una mano por la frente.

—¿Tú?

El desconocido no dijo nada, limitándose a devolverle la mirada.

—Quería darte las gracias. La otra noche en San Judas —murmuró el poeta, tendiéndole la mano—. Fue mi buena estrella quien te puso junto al abismo.

El otro inclinó levemente la cabeza. Con el movimiento, la larga cabellera rubia salió por un instante de las sombras, resplandeciendo.

—Nosotros estamos donde nos llaman —replicó, sin dejar de mirar hacia lo alto—. Arriba. Os esperan —añadió.

—¿Quién te ha llamado? —le preguntó Dante.

Pero el otro le había dado la espalda y se estaba alejando por el sendero de estrellas, en dirección a los caballos.

Encima de la escalera había aparecido una mujer que parecía estar esperándole. Era poco más que una adolescente, con los largos cabellos sueltos cayéndole sobre la frente; un esplendor de rizos oscuros que se extendía por los hombros enmarcando un rostro alargado, como la aureola de una mártir. Le miraba con descaro, con la cabeza inclinada hacia un lado y los labios fruncidos en una sonrisa vulgar.

—Así que os veo otra vez —messenger Alighieri—. Todavía buscáis mi cama, después de todo —le increpó, desatando las cintas de sus ropas y mostrándole el pecho. Su voz aguda cortaba como un cuchillo.

Dante se había parado de golpe, dos escalones más abajo. La muchacha se acercó y se inclinó sobre él, rozándole con su seno. El poeta advirtió un olor confuso, el aliento animalesco de una yegua mezclado con algo artificioso, uno de aquellos perfumes baratos que se vendían en los mercados de la otra orilla del Arno.

—Pietra —balbuceó—. ¿Eres tú?

—Sí, soy yo, messenger Alighieri. ¿O debo llamaros prior? —se inclinó un poco más hacia él, buscando sus labios.

Dante retrocedió instintivamente, para huir del contacto de su piel desnuda. La mujer reaccionó con brusquedad, echándose hacia atrás sus cabellos negro azabache y volviendo a apoyarse a la pared, casi como si quisiera que ésta se la tragara. Después volvió a tenderle el brazo, atrayéndolo hacia sí.

Aquel perfume volvía de nuevo, penetrando en su nariz, mientras su cuerpo se despertaba con el tacto de las manos que le buscaban bajo la túnica, la frialdad se mezclaba con aquel calor que tan bien conocía. Pero no quería ceder. La empujó con los brazos, apartándola.

—Vete, Pietra.

—Oh, messenger Alighieri, ¿esta noche no buscáis consolaros de vuestra esposa? ¿Y, entonces, qué es lo que os trae al Paraíso? —preguntó, lanzando una risa sarcástica.

—No... no lo sé. —Un nuevo vértigo le había ofuscado la vista.

Le pareció que la mirada de la muchacha se enternecía. Pero en sus ojos quedaba aún un brillo de malicia.

—La patrona no quiere que nadie salga de aquí insatisfecho. Venid —dijo, tendiéndole la mano.

Dante se encaminó a lo largo del pasillo, intentando seguir su paso apresurado. Pero la muchacha había salido corriendo, como si tuviera muchísima prisa y, después de echarle una última mirada, había desaparecido por el pasillo.

A Dante le pareció que quisiera asegurarse de que la había visto. Tras un instante de duda, decidió seguirla. Llegó hasta el final del pasillo, adentrándose en la otra ala del edificio. Aquellos cubículos albergaban estancias más amplias y decoradas con mayor lujo, con camas de madera en lugar de jergones y un mínimo mobiliario. Aunque estaban vacías, pudo apreciar a través de sus puertas abiertas que en cada una de ellas había un pequeño candil, que iluminaba levemente el interior, poblándolo de sombras.

No lograba encontrar a Pietra en ninguna de las habitaciones. El sonido de sus pasos sobre el suelo de madera volvía a él en un eco confuso, mezclado con un sonido metálico. Algo que estaba seguro de haber oído antes. El vino aún le confundía, y cada vez se le hacía más difícil comprender lo que le rodeaba. ¿Por qué estaba allí? ¿Qué significaba aquella locura? ¿Adónde le había conducido Pietra, fingiendo que huía? ¿Ella también era un ángel, o se le había aparecido Mercurio bajo su aspecto? ¿Estaba muerto y aquellas habitaciones eran la antecámara del Hades?

Siguió andando hacia el fondo, mientras el sonido cobraba intensidad. Por su ofuscada mente pasaban recuerdos fragmentados, que no lograban tomar forma. Después, de golpe, su memoria se aclaró, mientras alcanzaba la última habitación y se paraba en el umbral, nuevamente víctima de los vértigos. Recordó la naturaleza de aquel sonido antes incluso de llegar a ver de dónde provenía.

Entró tambaleándose y, tras dejarse caer al borde de la cama, se quedó mirando fijamente al espectáculo que tenía delante. Inclinada sobre el suelo, con los brazos estirados hacia un objeto que descansaba cerca de su rodilla, estaba Antilia. El sonido que había oído era el de los pequeños crótalos de bronce que llevaba en los dedos y que la mujer movía rítmicamente mientras pronunciaba una salmodia en su lengua. Entre aquellas extrañas palabras, le pareció reconocer el mismo nombre sibilante invocado en la iglesia de los Cuarenta Mártires.

Al oírlo entrar, la mujer se interrumpió, levantándose a toda prisa después de cubrir con un velo lo que tenía delante. Le pareció distinguir una estatuilla, quizás un ídolo pagano ante el cual ella estaba oficiando uno de sus ritos.

La mujer estaba en pie ante él, vestida con una sencilla túnica amarilla de seda, que dejaba entrever sus formas. Al levantarse, los aros de oro que decoraban su largo cuello y los tobillos tintinearón y siguieron sonando movidos por su respiración jadeante. Parecía inquieta, como si la oración en la que había sido sorprendida hubiera empezado hacía horas y estuviera extenuada.

—¿Qué hacéis... aquí? —murmuró Dante—. Aquí... —repitió, señalando con un vago gesto la habitación. Le hubiera gustado ponerse en pie, pero las piernas no daban muestra de obedecer. Se quedó sentado, mientras la mujer daba un paso hacia él—. Aquí... —dijo una vez más. O quizás fue sólo un pensamiento, y el sonido se había quedado parado en el aire denso. En un burdel, era eso lo que quería decir. Ramera. Y cómo podía estar ahí, si acababa de dejarla...

Antilia se acercó aún más, con una mano tendida hacia él. Tenía una expresión inquieta, sin rastro de aquella lejanía en la mirada ni de la lujuria que tanto había impresionado al poeta en su primer encuentro. Parecía más humana, como si la pantera que vivía dentro de ella hubiera huido, dejando sólo la sombra de la fiera. Su rostro estaba resplandeciente, y se veía aún más rojo a la luz del candil.

Comenzó a rozarle con los dedos, lentamente, con dulzura, como una ciega que se acerca a descubrir los rasgos del amante desconocido. El ónix de sus ojos parecía todavía más negro: dos lagos de tinieblas sin fondo. Dante se acercó hacia ella, sin darse cuenta de la facilidad con la que se estaba moviendo. Ella se llevó una mano a la espalda, desatándose una de las cintas. La túnica comenzó a bajar rápidamente por los hombros, desnudándola.

Sobre su cuerpo había aparecido la serpiente multicolor que albergaba en su vientre, desde donde subía en espiral hacia la curva del seno. El ojo de la bestia miraba fijamente al poeta, llamándolo, mientras Antilia se acercaba aún más. En su aliento se distinguía, con toda nitidez, el inconfundible perfume ocre del chandú.

Dante sintió bajo su espalda la dureza del colchón, la sábana arrugada y empapada de humedad y sudor, mientras el cuerpo de Antilia se estrechaba contra él enlazándose a sus miembros con la desesperación de un alma herida por la soledad. Sus manos descendían, buscándolo. Y el prior, sin pensar, se abandonó a su tacto y se hundió en su seno y después en el vientre que le ofrecía.

Hizo el amor con la bailarina del rostro pintado, que en la sombra de la habitación se superponía al recuerdo de otra mujer, perdida para siempre, una mujer que se convertía en todas las mujeres, menos en la que era realmente, aquella a la que él no conocía, que se ocultaba detrás de la máscara de cobre.

Después, lentamente volvió en sí. Apartó aquel cuerpo, cuyo peso se había vuelto opresivo. Le daba la impresión de que se ahogaba, como si todo el edificio estuviera ardiendo y las llamas hubieran entrado en el cubículo. Mientras intentaba arreglar la túnica, mudo y sombrío, sentía sobre él la mirada de la bailarina, rodeada de sombras. Se volvió hacia la pared queriendo apartarse de aquella mirada que perforaba su interior pero enseguida volvió a girarse, derrotado.

Antilia lo observaba en silencio. Se había levantado de la cama y estaba inmóvil en el centro de la habitación, en toda su triunfante desnudez. La mujer parecía dar vida con su respiración a la serpiente multicolor que resplandecía sinuosa sobre ella. La llama del candil iluminaba el cuerpo cubierto de un velo de sudor, como si toda la humedad de aquella noche de bochorno se hubiera extendido sobre su carne de bronce. También desde aquella distancia, al poeta le llegaba el perfume acre de su piel, que se había quedado impreso en sus cabellos, en su barba, debajo de las uñas...

—¿Quién eres? —murmuró.

Ella dirigió el índice hacia su pecho. También en la lentitud de aquel gesto, los aros dorados vibraban, emitiendo su habitual sonido metálico.

—Beatriz.

—¿Cómo lo sabes? —balbuceó Dante, con la voz rota, sobrecogido—. ¿Quién te ha dicho ese nombre? Pietra, esa puta...

—Beatriz —repitió la mujer—. Quiero que me pagues —añadió, con voz átona, como si no entendiera el significado de lo que estaba diciendo y se limitara a repetir un sonido en una lengua desconocida. Comenzó a llorar silenciosamente. Pero permanecía inmóvil, en pie, en el medio de la habitación—. Quiero que me pagues.

Le dolía de nuevo la cabeza. Eran ligeros pinchazos, no la mano de hierro de otras noches, sólo el toque ligero de un viejo enemigo que no quiere que lo olviden. Los músculos de su rostro se contrajeron en una mueca. Sentía que el dolor de Antilia le rodeaba como la espiral de la serpiente que llevaba en su piel.

La llama del candil parecía entretejer a su alrededor una luminiscencia putrefacta, similar a la de las algas descompuestas que había visto aflorar en el delta del Po. Como si la bailarina no estuviera allí, y ni siquiera estuviese él. Dos apariciones que se encuentran en un espejo.

Aquella imagen descendía en el abismo del dolor desde un cielo diferente. El paraíso era un infierno al revés. Cómo se equivocó el gran Platón cuando imaginó que nuestra alma desciende de las estrellas. No, el alma sólo quiere volver adonde nunca ha estado. Quería que le pagase.

Una puta, como Pietra.

Se puso en pie de un salto, y se alejó por el pasillo. Había sido Pietra, estaba seguro, quien le había revelado ese nombre. Para tomarle el pelo, para vengarse. El nombre continuaba retumbándole en el cerebro. La odiaba, a aquella puta.

La muchacha estaba de nuevo encima de la escalera y parecía esperarle. Le observaba con su dura mirada, como una portera del infierno.

—¿Qué es lo que le has dicho de mí, maldita? ¿Y qué es lo que quiere esa fúrcia? —murmuró Dante—. ¿Cómo tengo que pagarle?

—Tiempo. Ha dicho que quiere tiempo —contestó Pietra, tras un momento de duda.

—¿Qué significa?

—Quiere tiempo —repitió ella, encogiéndose de hombros—. Eso me ha dicho que os pida. Vos sois el sabio.

Dante intentaba comprender, mirando nerviosamente a su alrededor, a aquellas cuatro paredes impregnadas de lujuria.

Pietra lo miró a los ojos, después su sonrisa vulgar volvió a dibujarse en sus labios.

—Entonces, messer Alighieri, ¿la puta roja ha conseguido haceros olvidar a vuestra pequeña Pietra? ¿O seguís teniendo en la cabeza a la otra? ¿No conseguís olvidarla, verdad? Ha muerto hace diez años y aún está en vuestros pensamientos. ¡Y ni siquiera se fijó en vos!

—¡Cállate, puta! ¿Qué pretendes entender tú del amor? —gritó Dante, dándole una bofetada.

Ella se tocó el labio, donde había aparecido un pequeño hilo de sangre.

—¡No os amaba, no os amaba! —le gritó a la cara, mientras algunas gotas de sangre mojaban su túnica. Después, se echó a llorar—. Nadie os ama. Acabaráis lejos, y solo.

Dante sintió que se hundía en un pozo de dolor. Bebía su agua amarga a grandes tragos, como el ahogado. La muchacha había escapado por el pasillo, llorando, y él bajó la escalera lentamente, con paso cansado.

Al llegar al final, miró hacia lo alto, a las estrellas. Vio una luz que salía de una de las ventanas de los cubículos, deslizándose lentamente hacia el fondo del pasadizo cubierto, seguida de una forma incierta. Eran sombras de sombras. Durante un instante, la llama del candil, agrandada por un soplo de viento, iluminó un rostro descubierto. Pero enseguida fue devorado por las sombras, ocultándolo.

Se sentía abatido. No tenía fuerzas para preguntarse si Antilia era la mujer que había visto. Sus manos estaban manchadas de rojo. Sería el polvo de carmín lo que daba a su piel ese tono del bronce. Se las limpió en la túnica con rabia.

En el patio volvió a cruzar las órbitas de los siete planetas y se sentó sobre lo que quedaba de la fuente. A su lado, el agua fluía mansamente. Humedeció su mano y se la llevó a la frente. El fresco contacto le hizo volver en sí. El efecto del vino iba desapareciendo a medida que la noche se iba haciendo más profunda. Sentía que las ideas empezaban a aclararse, aunque un remolino de imágenes y de rostros femeninos continuaba ocupando su mente.

Alzó una vez más la mirada hacia el punto donde había creído ver pasar a Antilia, pero ahora toda la pared se había sumergido en las tinieblas.

Giró la cabeza de nuevo, buscando inútilmente una referencia: los cuatro lados del edificio eran idénticos, con sus hileras de ventanas con los postigos cerrados.

Por un instante sintió el impulso de volver a subir y registrar los cubículos. Podría valerse de su autoridad para hacerlo. Lanzó otro vistazo hacia la Porta Carraia, calculando rápidamente el tiempo que necesitaría. Si se hubiera dado prisa habría podido llegar a Palacio, avisar a la guardia y regresar antes del alba con una media docena de guardias. Habría ordenado a aquellos canallas que destruyeran todos los jergones, que registraran detrás de cada cortina.

Pero tenía la sensación de que jamás encontraría a la mujer. Como ya había sucedido en la botica de Teofilo, de donde había desaparecido sin dejar rastro. Se puso en pie con dificultad, andando hacia el portal. Se giró de nuevo para mirar por última vez hacia las ventanas; después salió a la calle.

Frente a él estaba un hombre. Los músculos del poeta se contrajeron instintivamente, mientras se ponía en guardia. Después, en cuanto reconoció los rasgos irónicos de Angiolieri se tranquilizó.

—Cecco, ¿vos también conocéis el Paraíso? —murmuró.

—Éste y muchos otros, de aquí a Siena. Pero éste es el más divino de todos.

Se quedaron un momento mirándose, sin hablar. ¿Por qué habría de sorprenderle encontrárselo ahí? Podría haberles seguido cuando él y Veniero salieron de la taberna. Y de todas formas, tampoco era extraño encontrarlo en un prostíbulo.

Aun así, Dante tenía la sensación de que estaba ahí con un objetivo preciso. Su expresión era tensa, diferente de aquella que se esperaría de un cliente satisfecho.

—¿Sabéis por qué se la tengo jurada a muerte a mis padres? —dijo Cecco de repente. El prior se sorprendió por aquella pregunta, que no tenía relación aparente con las circunstancias—. Pensad que he intentado matar a mi padre. Lo he tirado por las escaleras de casa, y sólo el diablo sabe cómo es que no se ha roto el cuello.

—Porque sois un libertino, Cecco. Por eso.

Angiolieri alzó ligeramente la barbilla, entrecerrando los ojos. Parecía que estaba reviviendo la escena. En sus labios apareció una sonrisa, que se transformó después en una mueca.

—¿No os dais cuenta? ¿Ni siquiera con toda vuestra ciencia?

—Es difícil seguir al caballo de la locura. Especialmente cuando galopa con el vientre rozando el suelo, como en vuestro caso —murmuró Dante fatigosamente.

—Y sin embargo, no estoy loco. Aunque haya escrito que la melancolía me ha asaltado con tal fuerza como para llevarme a un paso de la muerte. ¿Queréis saber por qué lo hice? —Cecco se acercó a Dante, casi se rozaban. Bajó la voz haciéndole un gesto para que se acercara—. Tengo miedo de que me coma.

—¿Qué decís?

—El viejo. Es un demonio. Es capaz de engullir un cerdo entero en la cena sólo para fastidiarme. En un día se devora las rentas de tres viñas enteras. No me dejará nada cuando muera. Ha dicho que se lo comerá todo, hasta el último día, para que nada le sobreviva. Y además, es inútil, porque en cualquier caso morirá después de mí. Tiene al diablo de su parte.

Dante no consiguió contener una sonrisa. Pero no era el padre de Cecco quien le interesaba.

—¿Por qué habéis venido a Florencia?

—Os lo he dicho. Soplaban malos vientos para mí en Siena. Tenía que alejarme lo antes posible.

—Pero ¿por qué precisamente a Florencia?

—¿No vienen todos aquí? ¿No es la ciudad donde todo crece? ¿Los florines en las cajas, los remates de las torres, los vientres de las mujeres? ¿Donde todo se suma y se multiplica mejor que los panes y los peces de nuestro Señor? Si Cristo hubiera estado en la orilla del Arno, en lugar de en aquella charca del Tiberiades, habría agasajado a sus seguidores con faisanes y lenguas de ciervo, en vez de trozos de pan. Estoy seguro de que aquí también hay algo para mí. Pobreza y necesidad son los dos caballos que tiran de mi carro.

—¿No iréis a decirme que habéis venido aquí en busca de trabajo?

—Pero entonces, ¿es verdad que una injusta fama me persigue! Ay, si supierais cuánto ha cambiado mi naturaleza desde que nos encontramos en Campaldino... Y sin embargo, ésa es precisamente mi intención: ofrecer mi brazo a una empresa honesta de la que pueda sacar un pequeño beneficio.

—Así que vuestra naturaleza ha cambiado... pero, ¿y vuestras ideas también?

—En el '89, en Campaldino, me jugué el pellejo por el partido güelfo. —El sienés le había lanzado una mirada enigmática—. ¿Y qué obtuve a cambio? Pobreza y exilio. Esta vez he decidido lanzar mis dados.

—¿Los femeninos?

—¿No os dais cuenta de lo que se prepara en la ciudad? —preguntó el otro, tras asentir lentamente, escrutándolo como si quisiera leerle el pensamiento.

Daba muestras de confiar en que Dante estuviera al corriente de algo. ¿Pero de qué? ¿Cuáles eran las ideas que había cambiado?

—Os ha desilusionado el partido güelfo, me decís —se aventuró a añadir Dante—. ¿Pensáis que los imperiales sabrían ser más generosos?

Cecco no respondió, y esperó a que el poeta continuara.

—Las grandes familias gibelinas se consolidaron en sus posesiones del norte, y no tienen ninguna intención de bajar del valle del Po. Al sur, en el Reino, el poder está en manos de los franceses, que están al lado de Bonifacio aunque sea a regañadientes. Los Colonna y los Orsini de Roma odian a Caetani, y combatirían contra él, pero sólo para restaurar su poder personal y no, como es obvio, para abrir el camino de la Urbe a un soberano extranjero. Y además, ¿quién podría ponerse al mando de dicha empresa después del desastre de Tagliacozzo? El mísero Corradino murió sin dejar herederos.

Cecco continuaba impasible, como si aquellas observaciones no le afectaran lo más mínimo.

—¿Porque no existen herederos al trono imperial, verdad? —continuó Dante—. ¿O me equivoco?

El sienés dirigió la vista hacia las ventanas de los cubículos. Fue sólo un momento, después su mirada volvió a Dante, con la misma indiferencia de antes. Al poeta le dio tiempo a echar un rápido vistazo alrededor. No vio nada, pero inesperadamente el Paraíso parecía iluminado por una luz diferente. Menos sórdida, pero absurda.

El ejército de los falsos apesados. ¿Se estaban citando en Florencia los desterrados gibelinos mezclados entre los peregrinos de Roma junto con aventureros y agitadores como Cecco para ponerse bajo las órdenes de una reina escondida? ¿Una ramera? ¿Aquellos que Giannetto decía haber visto en el refugio de los mendigos eran acaso la vanguardia de un ejército que se reunía secretamente en la cripta, y cuyas maquinaciones aquel necio había confundido con la celebración de un rito oculto? Y mientras éste se imaginaba demonios y brujas, ellos extendían mapas, establecían lugares de reunión, preparaban depósitos de armas...

—Cecco, ¿conocéis la iglesia de San Judas Extramuros? —El otro se echó a reír, sin dar señales de vida hasta pasado un rato.

—Haréis mejor preguntándome si he asesinado al maestro comacino. Y si me plantearais esa segunda pregunta, os daría dos respuestas: *sic et non*, como en las controversias de esos sabihondos del Tercer Cielo. No, yo no he matado al mosaquista. Sí, conozco la iglesia. Pero no la conocen muchos en Florencia, creedme.

—¿Qué queréis decir?

Cecco se mordisqueaba el labio. Parecía atormentado, quizás rememoraba la antigua amistad. Luego, inesperadamente, habló como si quisiera confiarse.

—Se prepara una época nueva para Florencia y quizás para toda Italia. Pensad en vos, messer Alighieri, si queréis aferrar la estela de Fortuna al pasar. —Se encaminó hacia el corredor del pórtico. Una vez fuera, Dante lo vio dirigirse hacia la Porta Carraia y se dirigió lentamente por ese mismo camino. Caminaba despacio, pensando en lo que acababa de oír.

Aferrar la estela de la Fortuna...

Todavía no lo había logrado, en la primera mitad de su vida. Y tampoco en ese momento la diosa de los ojos vendados parecía querer concederle sus favores. Le

esperaba un camino de grandeza, no de felicidad. Y a la gloria se llega con la virtud, no con la suerte. Buscó la mirada del sienés para gritárselo a la cara, pero ya se había alejado.

Se sentó encima de un miliario, al borde del camino. Un ligero vértigo continuaba atormentándole. Seguía el camino de la virtud... Pero ¿qué tendría que hacer, si realmente, su hipótesis se correspondía con la realidad, y la máscara de cobre de Antilia fuera tan sólo un sabio truco para esconder sus nobilísimos rasgos antes de que estallara la revuelta? Ella misma había pronunciado el nombre de Beatriz. El suyo. ¿Quién iría a buscar a la última heredera de los suabios bajo el techo de una taberna, o entre las paredes de un lupanar?

¿Cuál era su deber? ¿Correr a Palacio y denunciar la trama gibelina? ¿Regresar con los soldados, rodear el Paraíso, apresar a Antilia, sacarle con fuego una confesión y después entregarla al verdugo para que la decapitase, como había sucedido con Corradino? ¿Impedir que una puta subiera al trono?

Sacudió la cabeza.

Aquella mujer era sólo una bailarina llegada de ultramar. Era imposible que una reina llegara a prostituirse. Cecco deliraba, o se estaba dejando engañar por todos, como de costumbre. Quizás estuviera borracho.

Por oriente comenzaba a amanecer y los colores rosados se mezclaban en el cielo con el negro y el cobalto de la noche. La cándida mácula de Venus brillaba como el diamante en la frente de Lucifer, oscureciendo a las otras estrellas.

Quizás debería esperar a que abrieran la puerta. Podría exigirlo haciendo valer su propia autoridad, pero todos se habrían enterado de sus movimientos.

Cuando llegó delante del portón, lo encontró inesperadamente abierto. Un grupo de hombres armados, a la espera de algo, estaba formado delante de la puerta. Tras un instante de duda, decidió avanzar. Si le ponían problemas se identificaría. Después de dar unos cuantos pasos, se encontró rodeado de las lanzas de la guardia al tiempo que era apresado por fuertes brazos.

El sujeto reaccionar, requejeando y gritando su nombre. Oyó una voz que ordenaba a la guardia detenerse y liberarlo. El alguacil había aparecido como por arte de magia en medio de sus hombres.

—¿Vos también dando una batida nocturna, messer Alighieri? —le preguntó cuando estuvieron cerca—. Una dulce batida, a juzgar por el lugar de donde venís —añadió con una sonrisa burlona, refiriéndose al Paraíso.

—¿Y vos, qué hacéis aquí con vuestros hombres? —replicó Dante, sin captar la insinuación.

—Trabajo, messer Alighieri. Parece que alguien quiere infiltrarse en la ciudad. La guardia se ha duplicado.

El poeta murmuró algo y avanzó, cruzando el arco. El otro no dio muestras de seguirlo, limitándose a acompañarlo con la mirada.

Se sentía agotado. Reuniendo sus últimas fuerzas, recorrió el tramo entre la puerta y San Piero y acabó dejándose caer en la cama, mientras desde la ventana la luz del alba comenzaba a iluminar la celda.

A pesar del cansancio, no conseguía dormirse. Su mente inquieta perseguía por la pequeña habitación a un torbellino de figuras, como un pájaro encerrado en un granero. Iba del escritorio al camastro, y después al tragaluz. Se detuvo un instante en la esquina donde estaba el arcón. Le pareció que su vista atravesaba la tapa de madera, hasta la ampolla escondida entre la ropa. Debían de quedar todavía restos del líquido verde.

Estaba a punto de ceder al sueño cuando oyó una carcajada áspera. Se giró bruscamente hacia el lugar de donde provenía el sonido. En pie, junto a la cama, había una sombra. Reconoció a Guido Cavalcanti, vestido con una larga túnica. Su cuerpo parecía estar formado por una materia ligera y luminosa, como un tronco hueco al que hubieran prendido fuego. La llama interna estaba llegando a la superficie y comenzaba a traspasar las finas arrugas, insólitamente nítidas, en su rostro en penumbra.

Guido lo miraba y seguía riendo. Parecía leerle el pensamiento. Dante se sintió invadido por una corriente de amor.

—Salud, Guido. Volvemos a encontrarnos. ¿Qué hay de nuevo?

—Estoy muerto. Y desde que estoy muerto he experimentado ciertas cosas y quiero hablarte.

Sólo entonces, Dante se fijó en la extraña túnica que vestía su amigo, parecida a la librea de alguna confraternidad. Sobre el pecho tenía un escudo bordado, donde cinco colores se repetían en franjas verticales.

Guido debía de haberse dado cuenta de su mirada, porque señaló su corazón.

—Hay cinco monstruos en tu camino —dijo. Después dibujó un pentágono en el aire. Su dedo dejaba un rastro de sangre como el del pecho de Ambrogio.

—¿Qué quieres decirme? —preguntó ansioso Dante, mientras el rastro de sangre se desvanecía lentamente.

—Nosotros, los muertos, estamos ciegos en el presente, porque el presente es el existir, que nos es negado. Pero vemos lejos, como si nuestra vista se ampliara con uno de esos cristales convexos pulidos por los moros en tierras de Arabia. Y, como si fuese a través de ese cristal, veo tu destino. Caminarás sobre la Tierra durante cuatro lustros, y después conocerás la muerte húmeda, que excava con sus fiebres en los huesos y las vísceras. Pero así podrás descubrirlas tú mismo una a una, con dolor. No te digo más y más no te respondo.

—¡Continúa! —exclamó Dante. Estaba furioso. ¿Por qué su amigo le hablaba con enigmas? ¿Por qué lo dejaba en esa incertidumbre?—. ¡Eres un condenado arrogante, como todo tu linaje! —gritó—. ¡Ese rufián de Giannetto está vivo y sabe más que tú!

La sombra de Guido se había arrimado a la ventana. Levantó un dedo hacia lo alto, señalando la más luminosa de las estrellas que brillaban en el cielo.

Sus arrugas se acentuaron todavía más y una especie de entramado de llamas empezó a recorrer su rostro haciéndolo casi imperceptible; los rasgos humanos apenas eran reconocibles con el fulgor que, propagándose, devoraba su cuerpo. Dante estaba cegado. Las llamas estaban a punto de rozarle, cuando de golpe se despertó.

Se alzó del camastro temblando. Su mirada corrió hasta la ventana abierta, en busca del astro que había soñado. Amanecía. Alta en el horizonte, apenas velada por las primeras y finas franjas de luz cobalto, Venus resplandecía con todo su fulgor. Era el astro que había señalado Guido antes de desaparecer consumido por las llamas.

Dante se sentía confundido: su amigo no estaba muerto. Lo sabía con seguridad. Y por lo tanto, debía tratarse de un espectro que había tomado su forma para engañarlo y herirlo. Decían que, a través de esas laceraciones de la conciencia, el demonio se insinuaba en el ánimo humano.

Se lavó el rostro, mientras sus sentidos iban despertando lentamente y estaban de nuevo alerta. Su lógica, reconfortada por el recto juicio y por la gracia de Dios, no podía ser engañada por una potencia diabólica. Debía de haber otra explicación.

Volvió a pensar en aquello que había aprendido en el libro de Artemidoro, el griego que se había dedicado a estudiar los secretos del sueño. Imágenes diurnas, falseadas y corrompidas por el alma vegetativa. Algo que ya conocemos sin saberlo. El sueño es sólo un recuerdo.

Cuántas leyendas había escuchado, a cuántos discursos enardecidos había asistido, en los cuales se narraba la historia del amigo muerto que vuelve a visitar al vivo para pedirle cuentas desde las regiones de ultratumba. Su conciencia debía de haber exhumado aquellos recuerdos para configurar aquel sueño.

El misterio todavía sin resolver de las cinco partes del mosaico podía explicar las extrañas ropas de Guido y el pentágono trazado con sangre. También Cecco d'Ascoli había hablado de Venus como de la estrella pentagonal.

Su mente debía conocer el motivo, a pesar de que a la luz del día la facultad para reunir todos los hechos parecía ir desapareciendo.

Repasó frenéticamente sus nociones de astrología. En una esquina de la habitación, escondido bajo un montón de papeles, estaba el tratado de Guido Bonatti. Fue a buscarlo, y después lo hojeó pensativo. Esperaba que aquella difusa sensación acabara por encontrar una forma determinada. Las grandes hojas del volumen pasaban bajo sus ojos con sus tablas, el cálculo de las efemérides, los movimientos planetarios...

Después, repentinamente, los vio. Estaban ahí, dibujados por la mano segura de un copista que había reproducido sin reflexionar, y quizás sin comprender, lo que el gran astrólogo había mostrado en sus mapas del zodiaco. Los ciclos del planeta Venus. El estudio de las conjunciones con el Sol sobre la curva de la eclíptica.

Todo estaba allí, ante sus ojos: cada ocho años el Sol y Venus se acercaban cinco veces en su movimiento circular, y la estela de tales conjunciones sobre la cúpula celeste formaba los vértices de un pentágono perfecto. La estrella quintuple. Como habían descubierto los antiguos habitantes de Babilonia. Ahora aquel sonido sibilante, el nombre invocado por Antilia y los demás, adquiriría un sentido. Ishtar, la diosa del amor que donaba a sus seguidores el éxtasis de la carne.

Lentamente, un dibujo se perfiló en su pensamiento, como cuando en el escenario vacío de un teatro entran los actores para dar vida a la representación. La estrella del alba, la divina Ishtar que pedía el sacrificio del cuerpo a sus sacerdotisas, prohibiendo que se emparejaran con desconocidos.

Se llevó las manos a la cabeza, apretando con fuerza las sienes como si quisiera detener por un instante la confusión de sus pensamientos. «Si al menos, vos, padre, pudierais ayudarme», se sorprendió pensando.

—¿Por qué me has elegido a mí como guía? —respondió la voz amada de Virgilio.

—Porque sois el más grande.

—No. Me has elegido porque estoy muerto. Y los muertos no proyectan sombra.

Un sonido de fuertes pasos detrás de la puerta, seguido de una serie de golpes decididos le distrajeran de sus fantasías. Ya conocía aquellas señales.

—Messer Durante, despertaos.

El poeta se apresuró a abrir y se encontró frente al alguacil, jadeante, vestido con su habitual armadura. A la clara luz del día, con el canto de los pájaros alrededor y el olor del pan recién hecho, el hombre parecía aún más grotesco en su vestimenta de batalla. Sin embargo, algo en su mirada le libraba del ridículo.

Era miedo. Sus ojos estaban inyectados en sangre y la parte del rostro que permanecía visible bajo el yelmo presentaba una palidez espectral.

—Venid, venid, rápido. Otro cadáver.

—¿De quién se trata? —exclamó Dante.

—Cerca de Porta Romana, la tienda del maestro Teofilo, el boticario. Quizás él es el muerto.

—¿Quizás? ¿Qué significa?

—Debéis verlo con vuestros ojos, os digo. Es como la otra vez.

Dante hizo una mueca de fastidio. Le parecía revivir la noche de San Judas. Se puso en pie, para insultar al alguacil, pero algo en la mirada del hombre le hizo contenerse. Lo vio bajar precipitadamente las escaleras, hacia los guardias armados de picas que esperaban en la puerta. También en las caras de los soldados le pareció percibir una expresión de inquietud.

La guardia habría debido escoltarlo, pero Dante, que no cargaba con el peso de la armadura ni de las armas, llegó antes a la botica de Teofilo. La puerta estaba abierta de par en par, protegida por un solo guardia con la pica cruzada para mantener lejos a los curiosos que habían comenzado a apelotonarse alrededor. Al reconocer al prior, el hombre se apresuró a apartarse para dejarlo pasar.

El cuerpo se encontraba delante del horno de ladrillos, colgado por el cuello a una de las cadenas de la lámpara del techo. Quizás se tratara realmente de Teofilo. Las ropas eran las suyas, y también el anillo que adornaba el índice derecho se parecía al del boticario. Ahora que veía el cadáver comprendía el desconcierto del alguacil.

Su cabeza estaba cubierta de una sustancia amarillenta. En el suelo, cerca del cadáver, yacía boca abajo un caldero de cobre en el que se veían los restos de la materia usada para el crimen: cera para velas. Las manos, atadas detrás de la espalda, aún estaban contraídas en el intento de liberarse de las cuerdas. Dante revivió la imagen del primer crimen, con sus evidentes semejanzas. La cera era la base para la preparación de muchas especialidades medicinales, e igualmente aquí el asesino había utilizado para matar la materia del arte de su víctima. También esta vez el mismo rito, la misma liturgia obscena para borrar el rostro que nos hace semejantes a Dios.

La materia blanda se fundía a lo largo del torturado rostro en una capa fina, que dejaba ver las facciones, como a través de un cristal opaco. Ayudándose con la punta de un escalpelo del mostrador, el poeta levantó un trozo de cera solidificada. Se trataba efectivamente del boticario. Le abrió la túnica a la altura del pecho, dejando al descubierto cinco cortes que lo marcaban con un pentágono, como el del mosaquista. Las heridas parecían demasiado superficiales para ser mortales, no se veían marcas de otros golpes. La cera ardiente se la habían echado por encima al pobre hombre cuando aún estaba vivo. Teofilo debió de haber seguido hasta el final los movimientos del asesino, antes de que el líquido hirviendo arrasara sus ojos.

Imaginó el espectáculo horrendo que aparecería cuando quitara la sólida costra.

—¿Seguís negando que un brujo esté operando en nuestra ciudad? —balbuceó a sus espaldas el alguacil. El muerto parecía asentir a gritos, con la boca aún abierta en un grito supremo.

A Dante le parecía presenciar una alucinación.

Hasta aquel momento, toda su atención se había concentrado en el cuerpo destrozado. Bajó la mirada hacia la caja fuerte. En el suelo, delante de la puerta abierta, yacía el fajo de papeles que había visto la primera vez. Los recogió, ávido, mientras constataba la desaparición del milagroso fármaco. Quien había matado al boticario también le había robado, después de completar su macabra puesta en escena. Luego hubo de examinar los papeles que Dante recordaba ordenadamente unidos por una cuerdecilla.

Pero se llevó una decepción. Las páginas eran blancas, excepto dos. La primera tenía sólo escrita una breve frase, mientras que en la otra alguien había escrito con trazos apresurados algunas secuencias numéricas, cuyo sentido no lograba comprender. Quizás el asesino había sustraído la parte ya escrita del valioso trabajo que estaba realizando el boticario, junto con el recipiente del líquido verde. En el suelo sólo había un fragmento de pergamino corroído por el tiempo, con un color desvaído. Los restos de un plano o un mapa.

Le pareció inútil registrar minuciosamente la bodega. Volvió a examinar el único folio escrito.

—¿Qué significado tiene, prior? —oyó que murmuraba el alguacil a sus espaldas. El hombre había seguido con cautela sus movimientos e intentaba a duras penas leer aquellas pocas palabras—. *Non in trigono nec in tetragono...*

—... *sed in pentagono secretum mundi* —completó Dante, a quien la respiración del otro le resultaba molesta—. En el pentágono está el secreto del mundo.

—¿Y qué quiere decir? —repitió el jefe de la guardia.

El poeta se encogió de hombros. Se preguntaba si habría un solo responsable o si había sido la mano de varios la que había destruido aquellas vidas. Y sin embargo, su conciencia se resistía a la idea de un delito colectivo: esos crímenes tenían un estilo particular, en los que resplandecía la absoluta individualidad de un solo asesino.

Quien había matado lo había hecho sólo por un motivo, aunque estuviera escondido en una jungla de símbolos. Todo había empezado con el crimen del mosaquista, y era imposible que no hubiera una relación entre los dos homicidios. Pero, por un instante, el poeta tuvo la sensación de que la muerte del maestro comacino no fuera esencial en la cadena de los acontecimientos; una simple desviación del perverso camino del crimen.

Claro que esto desmentía todas sus convicciones. Como enseña el Filósofo, de hecho, cada acontecimiento está determinado por un Motor. Nunca había dudado

de que una sucesión de acontecimientos siguiera una lógica necesaria, y por lo tanto, que el primer acto de violencia fuera el origen del siguiente, y así sucesivamente en una cadena horrenda. Si, en cambio, el culpable hubiera tenido como objetivo inicial la muerte de Teofilo, ¿el horrible final del comacino no habría sido únicamente un trágico prólogo, una puesta en escena para ponerlos a todos sobre una pista falsa?

Hasta aquel momento había buscado una razón a la muerte de Ambrogio. Pero ahora que el boticario había sido asesinado, tendría que descubrir un elemento común a ambos. El elemento que había invocado al asesino.

Había uno, pensó. El aro de oro que el comacino había entregado a Teofilo. Ese oro quizás se había fabricado haciendo uso de un terrible secreto. Ese oro que circulaba por Florencia a escondidas, que resplandecía en el rostro de una mujer.

Tenía que hablar con ella. Solo. Y esta vez sin dejarse traicionar por el vino.

De pronto, le vino en mente la misteriosa desaparición de Antilia en esa misma botica.

—¿Quién ha descubierto el crimen? —preguntó al alguacil.

—Han sido mis hombres —respondió el otro con un absurdo tono de orgullo en la voz—. Pasaban haciendo la ronda delante de la puerta y han advertido un jaleo sospechoso dentro. Inmediatamente han entrado...

—¿Un jaleo? ¿Pero, entonces, han pillado al culpable con las manos en la masa? ¿Y dónde? —Dante estaba casi gritando.

—No había nadie dentro. Pero el asesino había debido de escapar poco tiempo antes cuando el cuerpo de la víctima se retorció aún entre espasmos, me han dicho.

—¿Huido? ¿Por dónde? La tienda sólo tiene una salida y da a la calle. ¿Cómo es posible que no hayan visto a nadie esos malditos idiotas?

—¡Os digo que hay una fuerza diabólica detrás de todo esto!

El poeta ya no lo escuchaba. Su mirada recorría todo el local, examinando nuevamente cada detalle. Las paredes parecían ser de piedra compacta, y estaban a la vista, excepto detrás de la estantería sobre la que se alineaban los recipientes de las hierbas. Corrió hacia allí y aferrando una esquina del mueble, lo sacudió con todas sus fuerzas para probar su solidez.

—Ayúdame a moverlo, deprisa.

El alguacil se acercó, perplejo; después, un brillo de inteligencia se abrió camino en su rostro, mientras se abalanzaba él también sobre el mueble para moverlo.

—Parece... parece que está pegado a la pared... —jadeó, sofocado por el esfuerzo.

También Dante tenía la frente empapada de sudor. Empujándola los dos, la estantería no se había movido ni un ápice. Como un loco, fue hacia donde se alineaban los recipientes, tirándolos al suelo, para crear un espacio vacío en el centro del mueble. Después, con la empuñadura de la daga, comenzó a golpear el fondo de tablas de madera. Un ruido sordo respondió a los golpes.

—Aquí dentro la pared está vacía. —Retrocedió unos cuantos pasos, mientras incitaba a los guardias a que avanzaran—. ¡Derribad en esta parte!

A lo mejor se trataba sólo de su fantasía, pero le pareció advertir un movimiento al otro lado de la puerta de madera. Estaba seguro de que en alguna parte había un mecanismo para abrirlo, pero no tenía tiempo para buscarlo.

Los guardias comenzaron a golpear las tablas con sus espadas. La vieja madera de roble resistía, esparciéndose y astillándose lentamente. Poco después, con un crujido más fuerte, la estructura fue cediendo. Alejando con un gesto a los hombres, Dante volvió a empujar el mueble con todas sus fuerzas, sin preocuparse por los tarros de cerámica que se precipitaban al suelo rompiéndose con gran estruendo.

Al final, el entramado de madera cedió, derrumbándose hacia el interior, haciendo caer al prior dentro de la pequeña habitación escondida situada detrás de la botica. Volvió a ponerse en pie, ansioso, mirando a su alrededor. Se sintió decepcionado al descubrir que la estancia estaba vacía. En lo alto había una especie de ventanuco. Una tela rasgada colgaba en una esquina del marco.

—Debe de haber huido por aquí. ¡Deprisa, seguidme! —gritó mientras se aferraba al hueco de la ventana, intentando sujetarse.

Jadeando, consiguió apoyar el tórax en el antepecho. En la otra parte se abrió un espacio más amplio, inmerso en la penumbra. Apoyándose en el pecho, pasó al otro lado y se dejó caer.

—¿Lo habéis capturado? ¿Lo veis? —oyó gritar al alguacil al otro lado de la pared.

Se encontraba en un lugar extraño. Los ojos, cegados por la luz del exterior, necesitaron unos instantes para volver a habituarse al nuevo entorno.

Le parecía estar en el vientre de un gran barco, un amplio almacén habitado por una población de espectros que se agitaban débilmente al sople de una ligera corriente.

A lo largo del eje longitudinal de la construcción, de al menos ochenta brazos de largo, de un extremo a otro, se extendía una tupida serie de cuerdas donde colgaban a secar un centenar de telas multicolores. Una atmósfera densa y húmeda, impregnada de los miasmas de los colorantes, saturaba el espacio haciendo el aire irrespirable.

Se trataba de un secadero, un gran depósito donde los tintoreros ponían a secar las telas tratadas después del proceso de coloreado. Dante tuvo un repentino acceso de náusea, mientras recuperaba el aliento, de rodillas en el suelo. Aun así, su mente intentaba trazar un mapa de aquel lugar. En la trastienda de la botica de Teofilo se abrió un almacén que, por algún motivo, el boticario había decidido mantener comunicado con la habitación principal. Y eso su asesino debía de saberlo.

—¿Lo veis? —volvió a gritar el alguacil.

Las telas le tapaban la vista. Dante esperó a que aquel idiota del alguacil se callara, y le permitiera oír algo. El secadero estaba inmerso en la quietud más absoluta, exceptuando el ligero susurro de las telas. El arquitecto debía de haber previsto aberturas, dispuestas de tal modo que permitieran generar aquella corriente de aire que sentía en el rostro. Entonces, tenía que haber otras salidas, se dijo alarmado.

Atravesó rápidamente las hileras de telas, examinando los largos y estrechos pasillos que se cruzaban. Pensaba con rabia que el asesino debía de haber huido, cuando le pareció advertir un movimiento delante de él. Sus ojos ya se habían adaptado a la penumbra. Creyó ver que las telas se inflaban, desplazándose lentamente hacia el otro lado de la construcción. Alguien caminaba haciéndose escudo con las telas extendidas para así alejarse sin ser visto.

—¡Rápido, alguacil, corred con vuestros hombres; todavía está aquí! —gritó, mientras saltaba hacia el lugar donde había visto el movimiento.

No sabía si los hombres habían seguido su orden, pero no tenía tiempo de confirmarlo. Deprisa, se abrió paso a través de las telas que obstaculizaban su camino. Empuñaba la daga, sin preguntarse qué haría cuando se encontrara delante a su adversario, en caso de que este último contara con un arma larga.

Pero algo dentro de sí le tranquilizaba: no era con hierro con lo que ese hombre mataba, en el caso de que se tratase de un hombre. También Antilia había desaparecido por aquel mismo lugar.

Mientras tanto, el movimiento se había desplazado hacia la derecha, atravesando en diagonal las hileras del secadero. Confusamente, Dante vio un cuerpo que saltaba de una fila a otra, para después desaparecer detrás de la barrera de tela. El salto había sido rapidísimo.

Sintió que algo se movía a su lado, un poco más a la derecha. ¿El asesino estaba intentando volver sobre sus pasos para sorprenderle por detrás? Rápidamente se dio la vuelta, y atravesó las telas, apartándolas con violencia.

Estaba corriendo de nuevo hacia el lugar por donde había entrado, cuando con un suspiro de alivio vio que de lo alto de la ventana ya estaban empezando a bajar los soldados. El tosco cuerpo del alguacil ocupaba el espacio vacío entre dos hileras de telas. Estaba quieto, jadeando, pero al menos había llegado.

—¡Cuidado, está aquí! ¡Está corriendo hacia vosotros! —gritó Dante.

También el misterioso adversario debería de haberse dado cuenta de la llegada de los hombres armados y cambió de nuevo la dirección de su carrera, moviéndose hacia el prior, como si hubiera decidido que éste representaba un peligro menor.

La silueta envuelta en las telas se acercaba vertiginosamente. La barrera de telas se infló con sorprendente velocidad, como si no fuese un hombre sino una bestia feroz la que se dirigía hacia él. El poeta recordó con terror que ya había visto algo parecido en una montería de verraco, en las boscosas colinas cerca de Fiesole. Los matorrales se habían abierto de la misma manera, un segundo antes de que un jabalí enorme, precipitándose fuera del bosque, desgarrara con los colmillos el vientre de su caballo.

Un escalofrío le sacudió ante ese pensamiento. A sus espaldas, los guardias se estaban acercando, pero eran demasiado lentos para llegar a tiempo, obstaculizados por las picas que tropezaban en los estrechos pasadizos.

Más que ayudarle, le estaban poniendo en peligro, actuando como rastreadores en una extraña caza. Se puso de rodillas, intentando encontrar una posición de defensa, empuñando la daga con todas sus fuerzas, a la espera del choque de lo que se le venía encima.

De pronto, como por arte de magia, todo se detuvo a una escasa distancia. El hombre permanecía inmóvil. Quizás estaba tomando impulso para agredirlo, pensó Dante con temor.

Después una gran tela pareció adquirir vida propia, levantándose de la cuerda donde estaba sujeta, antes de caerle encima. Sintió que la tela mojada lo envolvía, mientras luchaba furiosamente por liberarse. Entonces dos brazos fuertes lo atraparon, inmovilizándole. Intentó asestar un golpe con la daga, pero la tela no le dejaba ver a quien le sujetaba. El olor acre de los tintes le invadió las fosas nasales, un olor que nunca habría asociado con la muerte. Pensó con horror que en un instante sentiría la hoja del cuchillo atravesarle las carnes, y que nada podría salvarlo.

Cuando los brazos que le rodeaban lo empujaron hacia un lado, tropezó y cayó al suelo. Seguía sintiendo el peso del otro cuerpo encima de él, pero de detrás de la tela no llegó ningún golpe. Era como si su agresor sólo hubiera querido abrirse paso, alejándolo de su camino.

Entonces dejó de notar la presencia de su agresor. Intentó ponerse nuevamente en pie, luchando contra aquella tela mojada que le tenía prisionero.

Oyó llegar a alguien otra vez y sintió que dos manos le aferraban. Cuando lo soltaron vio que se trataba de los soldados que habían acudido en su ayuda. Junto a ellos estaba el alguacil con su aspecto de necio. Parecía divertido.

—¡Estaba aquí, hace un segundo! —gritó el prior—. ¡No lo dejéis escapar!

—¿A quién? Nosotros no hemos visto a nadie.

—Os digo que estaba aquí dentro... ¡No puede haberse volatilizado! ¡Buscadlo!

Los hombres echaron una mirada a su alrededor, perplejos. Mientras llegaban los otros guardias.

—Distribuíos por los secaderos y recorred los pasadizos, tenemos que rodearlo —gritó Dante.

Los guardias se giraron hacia su jefe, que hizo un gesto de asentimiento. Mientras salían corriendo, el poeta fue hacia uno de los pasillos, en el centro de la estancia. Tenía la impresión de que su agresor se había dirigido hacia allí, después de haberlo dejado sorprendentemente libre.

No vio a nadie. Los soldados tampoco encontraron nada en su exploración, a lo largo de las estrechas gargantas de tela. Los paños continuaban ondeando débilmente, movidos por la brisa del secadero. Pero el asesino había desaparecido.

Los seis hombres se sentaban en círculo en los altos escaños de respaldos esculpidos, cubiertos por una violenta luz que entraba a raudales por las altas ventanas de la sala del cabildo de San Piero.

Estaban solos. Hasta la guardia se había alejado. Un gran folio con el membrete del Comune había pasado varias veces de mano en mano.

—Es un número... alto —dijo uno de ellos, un hombre pequeño y delgado, que parecía que iba a desaparecer en el asiento de un momento a otro—. Quizás... —La mano con la que sostenía el pergamino tembló levemente. El hombre se dio cuenta, porque se apresuró a sujetar el folio con la otra mano, como si quisiera asegurarse de que no se caería.

—Tenemos que estar preparados para todo.

—Pero tantos... Y además sus nombres... Muchos gozan del favor de Bonifacio.

—¿Pensáis que son demasiados? ¿y que deberíamos mostrarnos clementes con alguno de ellos? —le increpó Dante—. ¿Que tenemos que perdonar a quien de forma deshonestamente ha violado nuestras leyes? ¿A quien ha contribuido con su nefasta obra a transformar el Comune de una noble ciudad, digna heredera de Roma, en un tugurio de ladrones y bellacos, que ha manchado sus calles con la sangre derramada en peleas y enfrentamientos y que ha abierto de par en par las puertas de un tiempo de guerra civil? —El poeta calló durante un instante, con los puños cerrados alrededor de los reposabrazos de su asiento—. ¿Que con su comportamiento irresponsable están alimentando los planes de Bonifacio para nuestra libertad?

Ante aquel nombre, un sentimiento de incomodidad invadió a todos los presentes.

—No... claro. —El otro prior estaba confundido—. Pero desterrar también a los Donati, ¿no son parientes vuestros?

—Mi esposa es una Donati. ¿Y entonces?

El otro no sabía qué decir. Pero no daba muestras de resignarse a callar.

—Pero son cuarenta y nueve...

—Habéis visto mal. Son cincuenta. He añadido un nombre de mi puño y letra. El último.

El prior alzó la lista a la altura de los ojos, buscando el nombre con ansia. Después dirigió su mirada al último que había hablado, como si la frialdad de su tono le hubiera picado como la lengua de una víbora.

—Creéis que se debería...

—Es necesario. Por el bien de Florencia. —Dante se pasó una mano por la frente, intentando disipar la punzada de dolor que desde el interior de uno de sus ojos había comenzado a presionarle el cerebro como un cuchillo ardiente. El calor de la tarde había despertado a la serpiente que se anidaba en su cabeza.

Hubo una pausa de silencio en la que los presentes volvieron a pasarse lentamente el pergamino, parándose en este o aquel nombre. Y por turnos, después de haber terminado de leer, miraban al poeta. Buscaban una señal de duda, la sombra de alguna incertidumbre sobre su rostro afilado. Pero él permanecía impasible, aguantando la mirada de los otros con firmeza.

—Y bien, que sea como vos decís. —dijo el de más edad. Metió el grueso anillo que llevaba en el índice en un tampón de fieltro con tinta, y después de una última duda puso su sello—. Lo hecho, hecho está —se limitó a añadir, pasando la lista a su vecino de la derecha.

Por turnos y rápidamente, los otros cuatro priores repitieron el gesto, casi como si quisieran liberarse de la angustia con una acción rápida. El quinto hombre retuvo por un momento el documento, antes de pasárselo al último.

—Por suerte nuestro mandato expira con los idus de agosto. Tengo intención de acudir en peregrinaje a Roma para el Gran Jubileo. Quiero alejarme de esta ciudad; hay algo maligno aquí, a nuestro alrededor. Y vos, ¿qué haréis después, messer Durante?

Dante arrancó nerviosamente el pergamino de las manos de su vecino y se apresuró a poner su sello, encogiéndose de hombros.

—No sé. No conozco el futuro. Pero en una cosa estoy de acuerdo con vos. Parece que el demonio camine de verdad por las calles de Florencia, desde que...

—¿Desde cuándo, messer Durante?

Dante no respondió. Había tenido una visión. Después sacudió la cabeza.

—Proveed que la orden de la proclama sea transmitida al confaloniero de justicia, para que se ocupe de su ejecución. A partir de mañana ninguno de éstos podrá estar dentro del perímetro de las murallas.

Al salir, casi tira al suelo al alguacil que esperaba fuera, en la puerta. Sostenía entre las manos un expediente atado con un cordel.

—He venido para encontrarme con vos, prior. Habéis ordenado que se os refriera cada detalle que tenga una posible relación con el crimen.

—¿Hay alguna novedad?

El jefe de la guardia dirigió una mirada a los otros priores, sin saber cómo comportarse. A continuación, en el impasible rostro de su interlocutor leyó la orden de no confiar nada a los presentes.

Dante esperó a que sus colegas se hubieran alejado, y se apresuró a interrogarlo. No disponía de mucho tiempo: no se le había escapado la mirada de sospecha que le había lanzado alguno de los priores, mientras salía de la estancia. ¿Qué sabrían de ese asunto? ¿Qué podría haber dicho el necio del alguacil? ¿Era posible que alguno de ellos estuviera implicado en aquello que, cada vez con una mayor evidencia, parecía ser una conjura?

—¿Entonces? —le apremió.

El otro desató el cordón del expediente y lo abrió bajo la mirada del poeta, enseñándole una página con un listado de nombres.

—Es el registro de las entradas por la Porra de Francia. Mis guardias escriben el nombre de todos aquellos que pasan, para el tributo. Y me han informado de la entrada de dos personas sospechosas, mezcladas con peregrinos que hacen etapa en el camino hacia Roma.

—¿De quién se trata?

—Se han presentado como mercaderes de Padua, y se han alojado en la taberna del Ceccherino, ésa que...

Dante tenía conocimiento de lo que se decía del Ceccherino y de sus clientes. ¿Acaso en Francia no lo llamaban el vicio florentino, como había sabido nada más llegar a París?

—No os preocupará que otros dos sodomitas se hayan dado cita en Florencia —dijo, áspero—. Si fuera por eso, sólo nos queda esperar que Dios no someta a la ciudad al mismo castigo que Sodoma.

—Pero el jefe de la guardia es de Siena, y los ha reconocido. Serán también padanos, pero seguramente no son mercaderes. Mi subordinado los recuerda

perfectamente. dirigían a los oficiales de las obras de la nueva catedral, en su ciudad. Son dos maestros constructores.

—¿Como la primera víctima? —Mientras reflexionaba, Dante llevó la mirada a la fecha en el pie de página, y después exclamó—: ¡Pero ha pasado hace más de una semana! ¿Por qué habéis esperado tanto a ponerme en conocimiento de este hecho?

—El control del registro se hace sólo cada decenio... —El alguacil se había puesto rojo, avergonzado—. El jefe de la guardia no podía imaginar... —balbuceó.

El poeta había levantado la voz sin querer. Se apresuró a bajar nuevamente el tono. Entonces, lo que había dicho aquel infame de Giannetto era verdad, si también el alguacil estaba seguro de la presencia de dos maestros comacinos. Pero, ¿se trataba de los mismos que había visto en el subterráneo? ¿Y por qué estaban llegando a Florencia tantos compañeros de arte del maestro Ambrogio?

—¿Y dónde están ahora?

—Estad tranquilo, prior. Mi hombre tiene experiencia. Están bajo vigilancia, como es obligado para cualquiera que entre en el territorio del Comune bajo falsa apariencia. Los han seguido de cerca desde el Ceccherino, donde se alojan.

—¿Pero yo quiero saber dónde se encuentran en este momento!

—Pero... siguen ahí, reponiéndose del viaje, creo...

—¿Creéis? ¿Creéis? —Dante lo fulminó con la mirada—. ¿Y qué otra cosa creéis, decidme?

—No me ha parecido oportuno hacer nada —balbuceó el jefe de la guardia—. En el fondo se trata de dos inocentes. Todos dicen que los comacinos simpatizan con los gibelinos, pero en nuestro Comune no han demostrado ser culpables de ningún delito... no hay nada en lo que puedan ser implicados...

—¿Aparte de dos crímenes atroces!

A estas palabras, el Alguacil pareció recuperar un poco de seguridad. Irguiéndose, se envalentonó.

—A propósito de esto, venía a deciros que el culpable del crimen del boticario ha sido arrestado hace una hora.

—¿Qué? —exclamó Dante—. Y quién...

—Mis hombres han sorprendido a un conocido canalla, un tal Giannetto, que pide limosna normalmente en Santa María Novella, mientras intentaba vender en el mercado del Arno algunos contenedores de vidrio que han sido identificados como procedentes de la botica de messer Teofilo. Ahora está en las Stinche, sometido a la cuerda.* Se declara inocente, pero es cuestión de poco tiempo. Como veis, os habéis equivocado al sospechar de los comacinos.

Dante imaginó el rostro descompuesto de Giannetto en manos de los guardias. Aquel bribón no tenía nada que ver con el crimen; como máximo, habría podido saquear la botica aprovechando la muerte del boticario. Iba a ordenarle al alguacil que soltara a ese desgraciado, cuando un pensamiento le hizo interrumpirse. Era justo que Giannetto pasara un mal cuarto de hora, por su vida inmoral. Después, intervendría para que lo liberaran, antes de que los guardias acabaran matándolo realmente. Pero para eso se necesitarían varios días.

De todas formas, era bueno que las cosas hubieran ido así. No se fiaba del hombre que lo estaba mirando, en ademán de espera: quizás era sólo un necio, pero podía saber mucho más de lo que decía con respecto a los dos crímenes. Podía haberse pasado a estar a sueldo de Acquasparta, y en ese caso era mejor hacerle creer que le había convencido con su teoría.

—Si es como vos decís, al menos uno de nuestros problemas parece estar resuelto. Gracias a vuestra diligencia.

El jefe de la guardia se quedó pasmado, y Dante pensó que quizás se había mostrado demasiado precipitado al aceptar sus conclusiones. Probablemente ni siquiera él creía en el fondo en la culpabilidad del mendigo.

Se fue sin añadir nada más, alejándose hacia la escalera acompañado de la mirada de sospecha del alguacil.

Aún estaba en el pórtico, cuando vio en el centro del claustro a un grupo de hombres armados, con los llamativos uniformes de los mercenarios de la legión pontificia. Rodeaban con sus picas a un hombre vestido con el hábito blanco de los dominicos. Bajo la brillante luz del sol, parecía mucho más débil y delgado de lo que le había parecido al poeta en la penumbra del subterráneo de la Misericordia.

Entonces Noffò Dei se enfrentaba a los muertos. Ahora que se movía entre los vivos se mostraba cohibido, como si se sintiera fuera de lugar.

Dante se detuvo junto a una de las pilastras para reflexionar un instante y prepararse para el encuentro. Así que el lobo había ido al redil. Y además con sus sicarios. ¿Quién había permitido que hombres armados entraran en el Palacio de los priores sin que la guardia fuera alertada? Dudó un momento: quizás debería regresar para reunir algunos soldados, antes de acercarse al inquisidor. Pero éste le había visto y estaba avanzando rápidamente, a través del espacio vacío del claustro, como si estuviera ansioso por volver a la sombra protectora del pórtico.

—Es un placer encontraros en la sede de vuestro cargo, hermano —dijo, tendiéndole la cruz que llevaba en el cuello. Dante apenas movió la cabeza, ignorando su gesto. El otro retiró rápidamente la cruz, ignorando la violación del ceremonial.

—¿Estáis aquí para encontraros con el Consejo? —le preguntó Dante.

—Con el Consejo no, con vos, messer Alighieri, que del Consejo sois la voz más noble.

—Una nobleza que nace de la capacidad de resistir a la adulación, hermano Noffò. ¿Qué buscáis aquí?

El rostro amarillento del inquisidor se sonrojó durante un instante, después volvió a esconderse detrás de la máscara de la diplomacia.

—Será mejor que discutamos estos asuntos en vuestra estancia, protegidos de las miradas indiscretas —se limitó a decir, mirando a su alrededor con sospecha.

Dante hizo un gesto de asentimiento, precediéndolo hacia su celda.

Se sentaron el uno frente al otro en las espartanas banquetas. Noffò se apartó la capucha hacia atrás y se limpió la frente húmeda por el sudor con un paño que había sacado de una pequeña bolsa.

Repentinamente su expresión había cambiado. Parecía que la sombra de la celda hubiera regenerado sus fuerzas. Aquel hombre crecía con las tinieblas. Su mirada había perdido cualquier rastro de la hipocresía anterior, volviendo a su naturaleza gélida de torturador. Instintivamente el poeta confirmó que la daga seguía al alcance de su mano.

—Me veo obligado a pedir os audiencia con aflicción, messer Alighieri, contraviniendo las costumbres de la Iglesia y mis convicciones personales —comenzó el inquisidor—. Creo que el buen pastor deba seguir a la oveja descarriada en la noche, también en la tormenta y en el desierto. Pero si la oveja se transforma en lobo y finge extraviarse para llevar al pastor lejos del rebaño, entonces el pastor debe volver corriendo sobre sus propios pasos y armarse.

—Es una siniestra alegoría la vuestra, hermano. ¿Seré yo la oveja bajo la apariencia del lobo? ¿O Florencia entera, a la que yo represento?

—Vos no representáis nada, messer Alighieri. Y bien pronto tendréis la exacta medida de esa nada. Pero por ahora ostentáis un cargo que requiere nuestra atención. Y sólo por eso he vencido mi legítimo orgullo, como seguidor de nuestro Señor, que también lavó los pies al indigno Judas.

—¿Qué es lo que ha determinado tanta condescendencia? ¿Querriais, quizás, la revocación del bando del exilio?

A saber quién había informado a ese perro de una decisión que tenía que haber permanecido en secreto hasta su ejecución. Pero era inútil enfadarse. Cualquiera de los otros cinco priores podía estar al servicio del cardenal.

—La Iglesia no alimenta ninguna preocupación por el destino de los hombres que se enfrentan en vuestra ciudad —el monje hizo una mueca—. Ni pide ninguna revocación de los bandos: pronto será nuestra mano quien abra y cierre las puertas de Florencia, y todos los justos regresarán a la patria. No, no es éste el motivo que

me trae hasta vos.

—¿Y cuál es?

—Os pido que arrestéis a una mujer: Antilia, la bailarina que danza en la taberna del camino que lleva a Roma.

Dante dejó pasar unos instantes antes de responder. Quería estudiar la expresión del otro, para comprender qué tenía en la cabeza. Pero el inquisidor permaneció impassible.

—¿Por qué? —preguntó entonces.

—Para evitar que perjudique a alguien y conducirla a Roma cargada de cadenas, donde será procesada por sus culpas. Y para que devuelva aquello que no le pertenece.

Así pues, el cardenal había decidido descubrirse. La mente de Dante se apresuró a reunir las diferentes hipótesis en una sola trama racional que finalmente encontraba confirmación. Había un solo motivo por el que Bonifacio podía desear encerrar a una humilde bailarina. Beatriz, escondida bajo la máscara de carmín: la legítima heredera al trono imperial.

Cualquier otra hipótesis carecía de sentido ante aquella afirmación implícita. ¿Era esto lo que Ambrogio había querido revelar en la futura aula del Studium? Debía de ser así.

—¿Y cuál es la acusación?

—Actos de brujería y contra natura —respondió el monje, en tono indiferente. Estaba claro que ni siquiera él creía en aquellas palabras, eran una vacía fórmula ritual.

—La acusación de invocar a los demonios es válida para cualquier acción contraria a la voluntad de Dios. En el fondo, cualquier crimen implica la participación de Satán, como espectador o como activo intérprete. Por ello, la autoridad del Comune necesita más detalles para tomar una iniciativa de tal gravedad, sobre todo frente a una mujer de estirpe real.

—Todavía con la leyenda de la hija de Manfredi... —Noffò Dei volvía a tener el rostro perlado de sudor—. Sois tan obstinado como los mulos de vuestro condado. Os he dicho que ésa no es la acusación contra la mujer.

—Veo, por vuestras palabras, que mi afirmación no os sorprende —dijo Dante, dedicándole una mueca sarcástica—. ¿Y para qué queréis que sea entregada, entonces? Seguramente, no porque sea una bruja —dijo, acercándose más al inquisidor. El monje había palidecido—. ¿De qué la acusáis? —le apremió—. ¡Decidme cuál es la verdadera imputación!

—La acusamos de robo.

El prior frunció la frente. ¿De robo? Le pasó por la mente el anillo de oro que Teofilo le había entregado y que estaba escondido en la celda de San Piero. Igual a otros que circulaban por la ciudad, como le había revelado messer Flavio. Y extraordinariamente parecido a los aros de Antilia. ¿Podía ser que no hubiera secreto alguno detrás de su misterioso origen, tan sólo la banal astucia de un robo? Era absurdo. No podía ser eso.

—¿Qué pretendéis decir? —preguntó para hacer tiempo, mientras valoraba ese nuevo hecho.

—La mujer posee algo que pertenece a la Iglesia.

—¿De qué se trata?

—No, no puedo revelarlo —dijo Noffò, tras un instante de confusión.

—En Florencia no está consentida una investigación sin culpa manifiesta. ¿Creéis que estáis en Roma? —replicó el poeta.

—No puedo porque no lo conozco.

—¿Cómo? —exclamó Dante, asombrado—. ¿Qué queréis decir? ¿Cómo podéis acusarla, si ni siquiera sabéis qué ha robado?

—Sabemos que alguien le ha revelado un secreto. Es ese secreto lo que ha robado al patrimonio de San Pedro.

—¡Basta con este juego de enigmas! ¿Qué secreto? ¿Y con qué fin?

—La muerte de Celestino V, el predecesor de Bonifacio.

—¿La mujer conoce el nombre de sus asesinos? ¿Y queréis que por esto Florencia le ponga los grilletos? ¿Para impedirle que hable?

—¿Por qué sacáis a los asesinos? ¿Por qué asociáis esta palabra blasfema con la muerte serena de un hombre santo?

—¡Porque hasta las piedras saben que Celestino fue asesinado! —gritó Dante. Después, se calmó—. ¿O... la mujer conoce el secreto de la transformación del oro? ¿Es eso lo que os ha sustraído?

El monje no rebatió aquellas palabras. Por un instante dio muestras de que iba a revelar algo más, pero después, con un gesto brusco, alzó sus débiles hombros. Una expresión marmórea había vuelto a cubrir su rostro.

—Esto era todo lo que tenía que deciros —declaró, poniéndose en pie—. Confiamos en que nuestra petición sea acogida con diligencia. Es vuestra última ocasión para corregir el juicio que nos hemos hecho de vos.

Dante juntó silenciosamente los dedos índice y pulgar de ambas manos, señalando la espalda del hombre que estaba saliendo. «No lo consentiré, perro», pensó.

Estaba furioso. Había tenido por segunda vez la serpiente entre las manos y la había dejado escapar sin conseguir sacarle ninguna información. Existía verdaderamente un secreto siniestro detrás de la muerte de Celestino V, y ese secreto había escapado a los sicarios de Bonifacio. Pero quizás hubiera una brecha abierta en el muro de silencio que la Iglesia había construido alrededor del asunto.

Se acordó de lo que le había insinuado Iacopo Torriti a propósito de las relaciones entre los dos priores. El arquitecto le había contado sólo habladurías. Pero Antonio da Peretola podía saber mucho más. Durante los años pasados al servicio de la Curia tenía que haber visto y oído muchas cosas en los pasillos del Laterano. Seguramente que la muerte de Celestino había sido objeto de chismorreos en ese nido de víboras. Tenía que obligarle a hablar.

Se detuvo en mitad del pórtico. Quería dar tiempo al inquisidor a alcanzar la escolta y alejarse, antes de salir a su vez. Aún tenía la mirada fija en la escalera, cuando oyó que gritaban su nombre. Se giró a tiempo para evitar que lo arrollara messer Duccio, que corría hacia él.

—¡Por fin os encuentro! —exclamó el secretario comunal, con la respiración entrecortada por la ansiedad—. No hay quien os encuentre, nunca.

Bajo el brazo sujetaba un grueso folio enrollado, que intentaba a duras penas desenrollar bajo la mirada de Dante.

—Posiblemente porque estoy ocupado con algo —replicó, gélido, el poeta, sin dignarse a echar una sola mirada al folio.

—Pero los priores no deberían alejarse de Palacio durante su mandato... lo sabéis.

—Ésa es la norma. Pero la vida ama las excepciones —zanjó Dante, molesto por aquel contratiempo—. ¿Qué es lo que tiene tanta importancia?

—Se necesita decidir la instalación.

—¿La instalación de qué? —El prior inclinó la mirada hacia el folio que el otro mantenía extendido bajo su vista. Parecía un proyecto arquitectónico, la planta de un edificio. Una larga estructura dividida en muchas salas más pequeñas. Un convento, quizás. O un nuevo hospital.

—El superintendente de las calles insiste en colocarla en el Guardingo, frente a la futura Prioría. Dice que ése será el centro de Florencia, dentro de poco. Y allí sería oportuno construirla, abierta a todos los ciudadanos que se ocupen de los asuntos públicos. Y también a todos los extranjeros que estén de paso, para que luego

hablen en sus pueblos de nuestras cívicas virtudes.

Dante volvió a observar el mapa. Iba a preguntarle algo, cuando el otro se adelantó.

—Ha sido estudiado por un apreciado artista, para acoger dignamente las colecciones de los ciudadanos. El proyecto se ha inspirado en el de los romanos. Sus emperadores se preocupaban siempre de no desaprovechar nada. Y nosotros, los florentinos, ahora haremos lo mismo.

El poeta continuaba mirando el proyecto. Claro, la galería de entrada se reconocía perfectamente. Y debía de ser imponente, a juzgar por el número de salas que se abrían. Quizás todavía quedara esperanza para aquella ciudad. Sólo en Francia había visto algo así. Allí, los reyes, desde hacía algún tiempo, habían comenzado a exponer sus tesoros, las colecciones de joyas y de pinturas de la corte, para magnificar el propio gobierno. Y Florencia no era, ciertamente, menos en cuanto a ingenio y habilidad de sus artistas. Podían ser los ciudadanos privados quienes dieran prestigio a la ciudad, confiando sus propias colecciones a aquel lugar. En Italia, sólo los Papas tenían colecciones de esa importancia. Pero sería la primera en Italia abierta al pueblo. Un museo, ése era el nombre adecuado.

—En cada una de las estancias se deberá exponer un único género artístico —dijo, mirando el proyecto, complacido—, de modo que recorriendo ordenadamente los distintos estilos, el ojo pueda gozar de toda la creatividad humana. Sí, yo también creo que su sede más adecuada será delante del Palacio Comunal.

—Se le ha consultado también a Arnolfo di Cambio, en la obra de la catedral —replicó messer Duccio. Parecía impresionado por las amplias miras del poeta.

—¿El gran Arnolfo? Habéis actuado bien, invocando su luz.

—Veréis... el hecho es que no parece oportuno abrir la entrada a la plaza. Mejor a la parte de atrás, si acaso.

—¿Y por qué?

—No encuentro digno que nuestros futuros administradores se tropiecen con algún villano con los calzones desabrochados.

—¿Y por qué demonios alguien debería desabrocharse los calzones en un museo? —preguntó Dante, mirándolo desconcertado.

—No sé de qué museo habláis. Pero creo que es difícil desahogarse, con los calzones abrochados.

El poeta le quitó el folio de las manos, volviendo a examinarlo apresuradamente.

—¡Pero si es una letrina! ¿Queréis poner una letrina delante del Palacio del Comune? —exclamó, sonrojándose.

—Claro, ésa es precisamente la idea. Sería fuente de grandes beneficios, una gabela a la urea...

—¿Queréis recoger el pis y hacer con él un comercio indecente, y delante del Palacio de los priores?

—Pero las orinas sirven para el curtidor... También los emperadores se preocupaban de la recogida de la urea.

¡Idos al diablo, messer Duccio, vos y vuestra urea! ¡Pasad el birrete si queréis recoger algo! —gritó Dante desesperado, apartándolo hacia un lado y encaminándose hacia la salida.

Había dado unos cuantos pasos cuando de pronto se giró con brusquedad.

—¡Presentad el proyecto a messer Lapo Salterello, mi colega! Ha recogido mucha, en su vida, y así ahora tendrá la ocasión de recoger la comunal.

Después se apresuró a salir del Palacio, pasando entre los desconcertados guardias que habían acudido al oír el alboroto.

Ya en la calle, reunió toda su energía para aplacar su enfurecido ánimo. Volvió a pensar en su deber. Aún tenía tiempo, antes del toque de queda. Las calles que conducían a San Marco estaban atestadas de gente desocupada, después de que las campanas anunciaran el final de la jornada laboral. Pero, a pesar de la multitud, llegó rápidamente al alojamiento del jurista. Tenía la sensación de que la gente, intimidada, se apartaba, a su paso.

El hombre estaba en su celda, trabajando entre códigos abiertos sobre el escritorio y folios de pergamino, concentrado en escribir como la primera vez que Dante le había visitado.

—¿Qué puedo hacer por vos, messer Alighieri? —Al oírlo entrar, el jurista levantó la mirada.

—Reveladme algo más de lo que sabéis.

—¿A propósito de la bula papal? Os habéis convencido de vuestro error... ¿la extraña teoría de los dos Soles? Podríamos retomar...

—A propósito de Celestino V.

El rostro de Antonio se nubló, como si ese nombre tuviera un sonido nefasto para sus oídos.

—¿Otra vez a vueltas con el papa infame?

—O santo, según quienes...

—Celestino no era un santo, creedme. Pero quizás tampoco un vil infame. ¿Qué queréis saber?

—Informaciones que sólo quien esté al tanto de los asuntos de la Iglesia puede darme: que no fue Bonifacio quien asesinó a Celestino, contrariamente a lo que todos piensan. Alguien como vos, messer Antonio.

El otro vaciló por un instante, parecía sentirse halagado.

—Así es. No niego que tarde o temprano lo habría hecho. Pero más tarde, insisto. Después de haber conocido su secreto. Que, sin embargo, la mano del asesino le arrancó.

—¿Qué secreto?

—Nadie lo sabe. Justo antes de ser elegido, Celestino hizo un largo viaje hasta Lyon. Allí fue invitado durante algunos días por la encomienda templaria de la ciudad. De allí salió para recibir la investidura de la Santa Sede. Pero se dice que también salió cargado de un saber que le condujo a la muerte. Ése es el secreto que busca Bonifacio. O al menos eso se decía en Roma.

—¿Pero por qué está convencido de que Antilia tenga conocimiento de dicho secreto? —murmuró el poeta—. A menos que no piense que está implicada en el crimen...

—¿La bailarina? No entiendo —dijo Antonio, perplejo. Después se encogió de hombros—. Sin embargo, no olvidéis que las fuentes de información de la Iglesia son sesgadas pero eficientes. Si piensan que la mujer está implicada, quizás lo esté de verdad.

Dante escuchaba atentamente, jugando con uno de los cordones de la túnica.

—Messer Antonio...

—Decidme.

—El convento de San Pablo Extramuros, en Roma, donde trabajaron Ambrogio e Iacopo, y donde vos contribuisteis a la redacción de la bula de Bonifacio... Es una encomienda templaria, habéis dicho.

—Sí. Como la de Lyon, si es eso lo que queréis saber.

—Eso es, exactamente. Por cierto, ¿habéis oído hablar de un enigmático cinco, un pentágono, que quizás esté misteriosamente ligado a ese secreto?

La mirada del jurista se avivó de repente, como si esas palabras le hubieran hecho recordar un detalle olvidado.

—Sí, también he oído eso. Que el secreto tuviera la forma alegórica del cinco. ¿Os sugiere algo?

Dante sacudió la cabeza. Las partes del mosaico, la marca en el cadáver, el bálsamo de Asia, la estirpe del emperador Federico... Aquel número no se limitaba a sugerir un mensaje de muerte. Lo anunciaba a gritos.

Casi sin darse cuenta estaba de vuelta en la calle, invadido por una creciente inquietud. El crimen le absorbía. ¿Pero era correcto dedicar toda la luz de su mente a la mala acción de un individuo y desatender la guía de todo un pueblo?

Las escaleras de la hospedería de San Marco daban a un callejón lateral de la plaza adonde se abría el atrio de la iglesia. Alrededor parecía aumentar la multitud de ociosos, vociferando de tal forma que le ensordecía. Le hubiera gustado volver enseguida al Palacio de la Prioría para tener noticias de la ejecución del bando, pero avanzaba muy lentamente, obstaculizado por la multitud que se movía compacta en dirección opuesta.

Un enésimo empujón le sacó de sus pensamientos. Se giró para darle una patada en el trasero al insolente que le había golpeado, un villano mal vestido y de rostro embrutecido. Pero el hombre ya estaba fuera de su alcance, devorado por la corriente humana. Sólo entonces se dio cuenta de la insólita agitación que le rodeaba. A sus espaldas, la presión de la gente le levantaba del suelo, empujándole hacia el ensanche del final de la calle.

Por encima de la multitud de cabezas se veía un torbellino de telas de colores, izadas como velas sobre la plataforma de un carro parado en uno de los lados de la plaza. En aquel escenario improvisado se agitaban unos cuerpos vestidos con ropas variopintas, rodeados de una muchedumbre que aplaudía.

Lo último que quería era acabar con aquellas bestias delante de un número de saltimbanquis. Intentó desplazarse hacia uno de los puestos que se abrían en la muralla a lo largo de la calle, pero todas las puertas estaban cerradas, al finalizar la jornada de trabajo. Antes de que pudiera pensar en una alternativa, se encontró junto al carro.

—¡Messer, es verdaderamente un gran espectáculo! —gritó alguien a su lado, aferrándole del brazo para atraer su atención. El hombre debía de haberlo reconocido, y parecía feliz de que un prior compartiera con él las emociones de la tarde. El poeta le cortó, al apartar bruscamente su mano.

—¿Qué tiene de grande esta fanfarronada, villano?

Daba la impresión de que el otro no había captado su tono insultante.

—¡La lucha del Ángel y el Demonio! —explicó con el mismo entusiasmo—. Para salvar al hombre del infierno... ¡Mirad!

Había vuelto a aferrarle del brazo. Liberándose de nuevo de su mano, Dante decidió quedarse a observar la escena.

En el centro del palco un joven arrodillado sostenía desde atrás un títere de trapo, construido de tal modo que tenía un vago parecido a un hombre desnudo. En la parte correspondiente a la cabeza, habían dibujado un rostro con trazos toscos: dos ojos abiertos de par en par, las negras cavidades de las fosas nasales y una boca llena de dientes con una forma que podía ser una sonrisa, una mueca o un grito congelado. El titiritero era el único ser vivo del escenario que llevaba un típico traje de trabajo. A su izquierda, soltando imprecaciones, revoloteaba un pequeño grupo de actores vestidos con llamativas túnicas, los rostros escondidos tras grotescas máscaras y armados con lanzas de las que colgaban tiras de tela escarlata. A la derecha, vestidos con túnicas blancas decoradas con grandes alas de un tejido dorado, otros ángeles, con los rostros atontados, en una expresión de beatitud idiota, salmodiaban laudes en un latín lleno de incorrecciones.

—Los ángeles intentan sacar al diablo del alma del muerto. ¡Mirad! —volvió a decir el hombre que estaba a su lado.

En efecto, había una gran agitación a la izquierda. El grupo de los demonios había rodeado al títere, clavando las lanzas en distintos puntos de la tela. De las heridas salía un borboteo de serrín. La cabeza del títere oscilaba violentamente de un lado a otro, pero su expresión continuaba siendo la del doloroso estupor que le había dado su artifice, como si no entendiera nada de la contienda ultraterrena de la que era objeto.

Mientras tanto, los ángeles habían duplicado sus celestes invocaciones y saltaban en corro, simulando un vuelo, moviendo las alas de cartón. Lejos de evocar un seráfico ardor, aquel deslavazado frenesí encendió en la fantasía de Dante la imagen de un grupo de arpías que se lanzaban sobre el cuerpo del títere muerto. Cualquiera que fuera el objetivo de la pantomima, pensó, a ángeles y demonios les convendría darse prisa, dado que la hemorragia de serrín estaba consumiendo el objeto de su atención.

—¿Veis cómo intentan atacar los siete Pecados capitales? ¡Pero las siete Virtudes no les dejarán atrapar a ese pobre hombre! —exclamó nuevamente el villano, que no se perdía ni una broma del agitado enfrentamiento.

—¿Y por qué el títere debería escapar del infierno? —preguntó el prior, cuya curiosidad se había avivado por los graníticas certezas de su interlocutor.

—¿No entendéis? ¡Ha confesado sus pecados, se ha arrepentido!

—¿Y eso basta para salvarlo? ¿Una lágrima?

—Claro, si el ángel quiere. Ahora se decidirá su suerte, si subir o si bajar —respondió el otro, señalando sucesivamente a los dos grupos de telas pintadas a ambos lados del palco. Dante siguió con la mirada el movimiento de su dedo. Aquello que a primera vista sólo le habían parecido tiras de colores, en un examen más atento se mostraban como el vulgar intento de decorar un escenario: en uno de los lados, la misma mano zafia había trazado una especie de caverna, que se abría a una planicie desierta, interrumpida aquí y allá por fragmentos de roca y algún matorral escuálido. Del fondo de la cueva salían largas lenguas rojas, un esplendor de llamas incandescentes.

En la parte opuesta, un tenue azul de fondo cubría toda la superficie de la lona, salpicado con las manchas blanquecinas de nubes, esparcidas sin criterio alguno, mientras que, en la parte alta, una serie de círculos concéntricos hacían dirigir la mirada hacia un punto indefinido en el cual revoloteaban los ángeles enfervorecidos, que intentaban arrastrar hacia ellos al títere que, con su aspecto obtuso, parecía no entender qué era mejor para él. Dante aguzó la vista para ver qué habían dibujado aquellos infelices en el centro de la serie de círculos en perspectiva. Parecía una flor, una especie de rosa blanquecina.

—¡Eso es el Paraíso, messere! —se sintió en el deber de aclarar el hombre, que había seguido la dirección de su mirada—. ¿Veis el recorrido de los astros? ¿Los círculos?

Parecía muy satisfecho de poder ayudar a un prior a interpretar la complejidad de la escena. Dante le lanzó una mirada gélida.

—¿Y por qué hay una flor en el centro de los cielos?

—Oh, hermosa... Ahí está Dios. ¡Por eso!

—¿Y por qué una flor?

—¿Y por qué no? —contestó el otro, resoplando.

Dante apartó la vista, molesto por la impertinencia. Pensaba en el *Fiore** que había escrito: todo lo contrario al lugar de Dios. Y sin embargo, la verdad es que el Paraíso habría podido ser parecido a aquella payasada. Al menos el de señora Lagia lo era. Quién sabe si los saltimbanquis se habían inspirado en una casa de putas, para su representación. Las órbitas circulares, los cielos, Mercurio, la Luna, el Sol, Venus, el Tercer Cielo...

En aquel momento uno de los Vicios, que estaba inclinado sobre el títere, se giró de golpe, saltando con un gruñido hacia la platea. Una exclamación de miedo recorrió la multitud de espectadores. También el hombre que estaba al lado de Dante gritó. Al poeta le hizo estremecer: la máscara del demonio, con sus rasgos bestiales, recordaba curiosamente a la espantosa máscara de Ambrogio.

Quizás los trazos del horror siempre se han parecido, pero no sus manifestaciones, se dijo. Existe una amplísima gama de formas del pecado. Quizás se necesitara explorar todos los lugares del crimen y representarlo en un plano comprensible, trazar el mapa de la ciudad del pecado y del azufre, las fronteras de Dite.

La gente continuaba agolpándose y riéndose de las desgracias del títere. La Lujuria había comenzado a hacerle cosquillas obscenamente en sus partes bajas, mientras la Gula fingía darse un desmedido atracón delante de él. Dante miró a su alrededor, recorriendo con la mirada las caras de la multitud que gritaba. ¿Qué diferencia había entre aquellos rostros y el rostro impasible de tela y paja? Si los siete Vicios se hubieran bajado del carro y hubieran recorrido las calles de la ciudad,

sólo habrían encontrado a ciegos como ése. ¿En qué se diferenciaba Florencia del infierno dibujado sobre la tela que ondeaba al viento encima de su cabeza? También el infierno era un círculo, una ciudad amurallada que cobijaba a un pueblo de perversos. El mapa de toda la barbarie posible.

Alejó de su mente aquellos pensamientos. Estaban cayendo las primeras sombras de la noche. En su cabeza se configuraban los fragmentos de una obra, como las teselas del mosaico de Ambrogio habían dado forma a la figura inacabada.

Pero mientras debía proseguir la investigación y abandonar la búsqueda de los comacinos. En cualquier caso, gracias a la inconsciencia del alguacil, podían haber encontrado refugio en cualquier parte. Una vez más tenía que ir al Tercer Cielo, porque era allí donde la raíz de los crímenes se hacía más profunda.

Recordó las clases que había escuchado en París: le parecía revivir la antigua discusión sobre los Universales, en la que tanto se había apasionado durante las pausas en las que iba componiendo rimas de amor para Beatriz.

—Sí —murmuró—. No existen las entidades colectivas. Los Universales como la caballunidad de Platón, el trato común a todos los caballos, pensado directamente por Dios en el mundo de las ideas, sólo son abstracciones de la mente.

No podía existir un asesino ciego e impersonal, estaba claro. Sólo uno había matado, sólo uno debía ser encontrado. ¿Pero quién? ¿Y por qué? ¿Y sobre todo, por qué de aquel modo bárbaro, en ambos casos? Eran tres las respuestas que buscaba, y la necesidad de la lógica imponía que lograra llegar a las tres al mismo tiempo, de otro modo sería inútil.

La frente le ardía. Una nueva intuición se abrió paso en su mente. Hasta aquel momento había buscado una única respuesta que diera razón a los tres enigmas. Pero quien se había manchado las manos de sangre podía haberse movido bajo el impulso de una motivación diabólica y haber elegido aquella modalidad por una razón diferente. Era posible que el fracaso de su investigación, fundada sobre el convencimiento de que existía una lógica semejanza entre la forma del crimen y la mente del asesino, derivara precisamente de ese hecho. La atrocidad de los delitos le había sugerido la práctica de un culto diabólico. En la postura antinatural de las víctimas había leído el horrible giro del precepto cristiano del eterno reposo, la voluntad de asumir el dominio sobre los cuerpos más allá del umbral de las tinieblas.

¿Y si, en cambio, el objetivo del asesino hubiera sido otro? ¿Si estuviera buscando, a su perversa manera, completar la obra que Ambrogio había dejado inacabada?

Por quinta vez, Dante cruzó el umbral de la taberna y se dirigió hacia la mesa alrededor de la cual se reunían los miembros del Tercer Cielo. Acercándose, examinó la sala con una mirada rápida: todos los miembros del Studium ocupaban sus sitios, y charlaban en voz baja. Había tensión en el ambiente y en sus rostros, donde cada arruga parecía más nítida. Daba la impresión de que hubieran envejecido muchos años de golpe. Sólo Cecco Angiolieri parecía estar a sus anchas, y se reía con su vecino. A esas alturas, ya había sido acogido como uno de ellos a todos los efectos, pensó.

Observando la expresión de sus rostros, le vino en mente la imagen de un consejo de bestias sabias, donde Cecco era el basilisco que llegaba para unirse a las demás. Pero el asiento vacío de Teofilo estaba ahí para recordar que entre aquellas bestias se escondía una fiera.

Incluso Baldo parecía turbado, y no se había acercado a la mesa con su habitual prontitud. Es más, daba la impresión de que prefería mantenerse a distancia. Dante tuvo que llamarlo varias veces, hasta que al final se decidió a servirle.

El poeta vació la copa de un trago largo.

Cecco Angiolieri fue el primero que se dirigió a él, reprendiéndole en tono de burla.

—¿Y bien, habéis dado inicio a vuestro Convite? ¿Esa suma de sabiduría de la que habíais hablado?

Dante volvió a pedir que le llenaran la copa. Cuando el cruzado cumplió la orden, el poeta la tomó con ambas manos, permaneciendo inmóvil en esa posición, los labios cerrados. Pasado un rato, reaccionó.

—No. Aquella obra que me parecía tan oportuna hace tan sólo unos cuantos días, en las últimas horas ha perdido todo interés para mí. Estoy pensando ahora en un volumen muy diferente.

—¿Y de qué tratará ese volumen, messer Alighieri? —quiso saber Veniero.

—De una cosa de la que vos sois experto, de un viaje.

—¿Un viaje? No sabía que hubierais descubierto las alegrías del movimiento y sus peligros. ¿Y sobre qué país escribiréis?

—Escribiré sobre una ciudad. La ciudad del dolor. Y describiré ordenadamente que he encontrado dentro de sus muros mucho mal y poco bien. Todo el infinito frenesí del crimen y toda la gloria de la virtud que lo contrasta. Ésa será mi obra, la *Summa Criminalis*. En verso vulgar, según el uso moderno.

—¿El bien, el mal, la virtud y las ofensas? ¡Pero de ahí saldrá una horrible comedia! —exclamó Cecco Angiolieri, estallando en una carcajada.

—Sí, una comedia... en ciertos aspectos —murmuró el poeta, pensativo—. Pero no es el momento propicio para extenderme sobre mi proyecto. No percibo la habitual alegría de vuestras reuniones —continuó, sin dirigirse a ninguno en particular.

Los presentes se giraron hacia él, casi mecánicamente, como las cabezas de turco de un carro de feria, movidas por hilos.

—Claro, la muerte del maestro Teofilo ha roto la armonía del Tercer Cielo, privando a la cúpula cristalina de una de sus estrellas. Comprendo vuestro tormento —continuó el prior.

—Primeramente el maestro Ambrogio, después Teofilo —balbuceó Augustino—. Teofilo también... ¿Por qué?

—A veces la muerte da un largo rodeo para lograr su objetivo —dijo Veniero, absorto en la contemplación de su vaso—. La vemos dirigirse a la derecha y después nos sorprende girando hacia la izquierda.

Los otros seguían mirando a Dante en silencio. La huella animal en sus rostros se había hecho aún más nítida, a medida que la tensión interna iba saliendo a la superficie.

—Un tormento que hace aún más penoso el horror que camina entre vosotros —añadió con frialdad el poeta.

La tensión se acentuó. Una sombra había cubierto como un velo fúnebre la expresión de todos.

—El horror... ¿entre nosotros? —preguntó Cecco d'Ascoli, rompiendo el silencio—. ¿Os referís a la violencia ciega que ha golpeado a dos exponentes del Studium? ¿A la maligna disposición de los cielos que tanta pérdida ha originado?

—Me estoy refiriendo a aquél de entre vosotros que ha matado a Ambrogio y a Teofilo. Que con culpable malicia y la fuerza de un intelecto dispuesto para el mal ha roto esas vidas cuya medida sólo Dios habría podido regular.

Nadie reaccionó ante tal acusación. Cada uno miraba hacia delante, moviendo apenas los ojos hacia el vecino, pero sin atreverse a más. Evidentemente sabían que en aquella mesa se sentaba un asesino, y parecían aceptar la cuestión con indiferencia, o con la sórdida solidaridad del cómplice.

Cecco d'Ascoli había mantenido hasta aquel momento la cabeza inclinada sobre la mano, cerrada a su vez en un puño. Después de un rato, reaccionó.

—Tenéis razón, messer Alighieri, y es quizás lo que pensamos todos. No sólo vos habéis escrutado en las sombras de ese misterio, también nuestras conciencias se han visto turbadas por lo ocurrido, y nuestros intelectos, a la par que el vuestro, se han inclinado sobre la fatigosa búsqueda de la verdad. Pero al igual que vuestra inteligencia se debilita en el camino de la solución, así las nuestras no han llegado a ninguna otra conclusión más que a aquélla amarga, que la muerte se ha cruzado en el camino de un proyecto que podía ser ambicioso y que habría traído la gloria a la ciudad que ha aceptado acogernos. La muerte de Teofilo, después de la del maestro comacino, marca el final del Studium Florentinum.

—¿Queréis cerrar la Universidad? —preguntó Dante.

—Sí, messer Alighieri —intervino Bruno—. Pero no es sólo a causa de la tragedia que ha sacudido al Tercer Cielo. Esta ciudad aún no está preparada para esa sede de estudios superiores que habíamos soñado. Al Comune no le interesa que nazca un centro de doctrina que no tenga como fin el comercio. Bonifacio ya ha decretado la fundación de la Sapientia Urbis en Roma. Padua y Bolonia están demasiado cerca, y demasiado fuerte es su reclamo entre nuestros jóvenes. No, me temo que el Tercer Cielo se habría visto oscurecido de todas formas aunque no hubiera intervenido la mano de Satán.

Dante sintió crecer la cólera dentro de sí. ¿Así que era este fracaso lo que les entristecía, no el doble homicidio? Echó una mirada hacia el fondo de la taberna, en busca de Antilia. Un colegio de hipócritas guiados por un encantador, excitados en los sentidos por una bailarina y asistidos por oscuras divinidades. Y entre ellos un asesino, o quizás más de uno. Y ahora querían cerrar. Así, sin más.

—¿Pensáis, pues, volver a vuestros pueblos? Y sin embargo, la ciudad está en plena expansión, la nueva muralla cobijará a más de cien mil almas. Ya se han dispuesto los cimientos de inmensas obras, de toda Italia llegan oficiales para asistir a la construcción de esta nueva Atenas. El Comune apoyará vuestro proyecto. Parece ser que dos nuevos maestros comacinos cruzaron ayer la Porta de Tramontana. Quizás la obra de Ambrogio sea retomada y finalizada.

No se había dirigido a ninguno en particular. Nadie respondió. La mirada del poeta continuaba recorriendo los rostros de los presentes. Estaba seguro de que al menos uno de ellos ya estaba al corriente del asunto. Pero sus expresiones permanecían imperturbables.

Sólo Veniero reaccionó ante la noticia.

—¿Dos maestros comacinos? —preguntó.

—Y además este lugar ya no volverá a ser el mismo cuando lo abandone también la belleza —dijo Augustino, como si no hubiera oído las palabras del prior—.

¿No os habéis enterado de que la divina Antilia dejará Florencia?

—¿La bailarina? —Dante se había puesto en pie de un salto—. ¿Estáis seguros? —preguntó con una voz rota por la emoción. Después se mordió los labios por la rabia de haber confirmado a los demás su opinión acerca de sus sentimientos—. ¡Nadie debe dejar la ciudad sin el permiso del Comune! ¡No hasta que no haya metido al culpable en las Stinche! —exclamó, intentando dar un tono oficial a sus palabras.

—La mujer está saliendo. Nos lo ha revelado Baldo. Y su aspecto de perro apaleado es la mejor prueba de la veracidad de la noticia. En cuanto a las Stinche, ¿no pensaréis que sus dulces manos puedan estar manchadas de sangre?

Aquel maldito tabernero le había ocultado el hecho. Lo pondría a disposición de la Inquisición, por eso. Y que le arrancaran de paso el otro brazo. Aquella maldita carroña acabaría pudriéndose en prisión. Allí la muerte le visitaría por quinta vez, y sería la última, por fin.

—¿Sabéis adónde se dirigía? —preguntó, alejando de sí aquellos pensamientos.

Una sombra oscureció el rostro de Augustino, mientras intercambiaba una mirada con los otros.

—Quién sabe... Quizás a la búsqueda de su verdadero amor. —Había una pizca de sarcasmo en su voz—. Ese demonio...

—¿Ángeles y demonios no son acaso la misma cosa para el ojo sin tiempo de Dios? —dijo Bruno—. ¿En su mente no es todo omnipresente? Y también Lucifer, mientras está perdido en el infierno, ¿no sigue alegrando su oído con las dulces notas de la lira, mientras se sirve miel del canto? ¿No es el tiempo una penosa ilusión nuestra? ¿No son los sentidos falaces nuestros verdugos? Ángel del cielo o demonio de las vísceras de la tierra, Antilia resplandece en todo su fulgor...

—Porque lo que está en lo alto es como lo que está en lo bajo —murmuró Cecco d'Ascoli—. En las cavernas de los cielos estalla la misma llama que devora el vientre de los volcanes.

Veniero se había quedado en silencio, abstraído en la contemplación del fondo de la copa que sostenía con la mano. Pero aquellas palabras le hicieron reaccionar.

—Y los abismos del mar son azotados por corrientes impetuosas, como los torrentes de aire que hinchaban las velas. Sí, de verdad, messeri, lo que está en lo bajo es como lo que está en lo alto... yo lo he visto. —Volvió a llevar el rostro a la copa, como si quisiera disipar un recuerdo angustioso.

Dante estaba seguro de que en aquellas palabras se escondía un sentido oculto. Era como si el Tercer Cielo hubiera comenzado a hablar con alegorías.

—Pero también en la mente de Dios entre lo que ha sido y lo que será no existe distinción, en virtud de la omnisciencia infusa del Espíritu Santo —dijo el poeta— nuestra humana finitud debe constatar que dos hombres han sido asesinados, su camino en la Tierra ha sido interrumpido, su tiempo robado. Y éste es un acto que grita venganza para Dios.

—Mía es la venganza y mío el perdón, dijo el Eterno. Y prohibió que se tocara a Caín —murmuró Veniero.

—Suya es la venganza y suyo el perdón, pero nuestra es la justicia. Y nuestro también el deber de devolver el justo orden a la finitud del tiempo que nos ha sido concedido, ese orden que el crimen corrompe.

—Parecís tener muy en cuenta el orden de aquello que se consume en la Tierra, con todas sus miserias. Y sin embargo... —Cecco d'Ascoli dejó la copa en la mesa. Miraba el metal lúcido, aclarado por los reflejos de las antorchas, como si aquel objeto centelleante hubiera capturado toda su atención. Siempre en silencio, apoyó un dedo en la base del cáliz, y lo dejó correr en un lento movimiento circular a la vez que lo seguía con la mirada. Repentinamente se puso alerta—. Y sin embargo todo aquello que vive no es más que un pálido reflejo de aquello que está en los cielos —concluyó.

—¿Habláis de la gloria de Dios? —preguntó Dante.

—Aludo a la fuerza infinita de los astros, que gravitan en lo alto y nos arrastran en el torbellino de su órbita. Ellos son el verdadero fundamento de lo creado. Hacén de nosotros lo que somos, como ya os he dicho.

—Pero en las cavernas de los cielos no existen cadenas para nuestro espíritu. Él es libre de elegir y desear. Vuestro razonamiento es defectuoso, además de blasfemo. Mirad a vuestro alrededor, también aquí en el interior de esta taberna: ¿la inquietud de los individuos, las pasiones del ánimo, sus conmociones, vuestras propias acciones imprevisibles, no son acaso la mejor prueba de la verdad de todo lo que sostengo? No es el orden superuránico y preordenado lo que guía a los hombres. La fuerza de los astros imprime sólo una débil inclinación: ellos deben ayudar al proyecto de Dios con el recto obrar. Y perseguir la justicia significa allanar el camino al cumplimiento de Su voluntad.

—Os equivocáis, messer Alighieri. Circunscribís el poder de los astros al ínfimo espacio del universo donde la suerte nos ha destinado a vivir. Pero encima de nuestras cabezas, y bajo nuestros pies, dicho poder explota con una fuerza centuplicada. ¿No está acaso demostrado que las piedras retienen ese poder en las vísceras de la tierra? ¿El diamante no es rey entre los minerales, y a la vez aquel que se oculta a mayor profundidad, casi confundido con la matriz misma de nuestro planeta? ¿Y esto no sucede precisamente porque en sus vísceras el haz de rayos, circunscrito en superficie, se amplifica, del mismo modo que el fuego de una lente se sitúa exactamente a mitad de camino entre la fuente luminosa y su punto de máxima radiación?

—¿Queréis decir que la virtud de los astros, fortísima en los cielos, es más débil en la superficie terrestre y vuelve a amplificarse descendiendo a las profundidades?

—Ciertamente así es. *In interiore terrae erimus sicut deos* —dijo el astrólogo, iluminado.

—¡Dios separó la luz de las tinieblas, la tierra de las aguas! Y nos dio la luz y la Tierra como reino, poblando las tinieblas y las aguas de criaturas monstruosas. ¡Las vísceras del planeta no son la tierra prometida, sino el cubil de Lucifer! —exclamó el poeta en tono de ira.

—¿Y dónde, por el contrario, debería haberse refugiado el príncipe de los ángeles, si no en el lugar en el cual todo converge, donde máxima es la fuerza?

Exasperado, Dante se apresuraba a objetar aquella teoría incongruente, cuando un pensamiento le cruzó la mente.

Recordó las marcas en la cripta de San Judas, los signos y las letanías incomprensibles de las que había hablado Giannetto. Se concentró en el rostro del astrólogo, en su perfil de águila. ¿Entonces, era él quien se había metido bajo tierra, en busca de la fuerza radiante de los astros? ¿Era su voz la que había resonado en aquellas galerías llenas de horror?

¿Y Ambrogio? ¿Y Teofilo? ¿Qué poder había reclamado sus vidas?

Así de simple, así de perverso... No era un complot urdido contra Florencia, contra la Iglesia o contra el partido güelfo. El Tercer Cielo conjuraba contra Dios.

Se levantó lentamente de su asiento, recorriendo con su mirada a los presentes.

—¿Vos también sostenéis la tesis del maestro Francesco? —preguntó fríamente—. ¿Todos vosotros?

Bruno se puso en pie de un salto, animado por una evidente emoción. Daba la impresión de que iba a responder; cualquiera que fuera su argumentación fue sofocada por un ensordecedor revuelo procedente de la entrada de la taberna.

Un grupo de hombres armados irrumpió en el local, entre la agitación de los clientes más cercanos que intentaban alejarse precipitadamente, tirando a su paso bancas y mesas.

También Dante se había dado la vuelta, al mismo tiempo que su mano se precipitaba a la daga escondida. Mientras, con el rabillo del ojo, buscaba una vía de escape hacia el centro de la sala.

Después de haber visto al que parecía el jefe de los invasores, pareció tranquilizarse. Un hombre tosco, vestido con una pesada armadura, dado órdenes a gritos a diestro y siniestro, mientras que con la mirada parecía buscarle precisamente a él. El poeta fue a su encuentro rápidamente, abriéndose paso entre la confusa multitud de clientes.

—Quizás sea la providencia quien os trae aquí, alguacil —dijo. Aquellos hombres podían ser necesarios, si quería detener a la bailarina y asegurarse de que ninguno de los otros emprendiera el vuelo. Iba a impartir órdenes, pero sintió la mano del hombre que le aferraba de un brazo, el rostro alterado por una mueca de angustia.

—Os necesito, messer Alighieri, o mejor, necesito a la autoridad del Comune. Cerchi y Donati se están enfrentando junto al Ponte Vecchio, ignorando el bando y los ordenamientos. Voy hacia el lugar con mis hombres, pero es indispensable la presencia de alguien que lleve los símbolos de la autoridad. He traído de San Piero vuestras insignias.

Uno de los guardias se acercó, entregándole el birrete bordado y el cetro dorado.

—¿No podéis acudir a mis colegas? —rebatió con aspereza el poeta, quitándole al guardia de sus manos sudadas las insignias.

—Lo he intentado... pero ellos...

—¿Qué?

—No quieren saber nada... Creo que tienen miedo.

—¿Miedo de una pelea de andrajosos?

—No... temen una revuelta...

A Dante le costó contenerse para no lanzar las injurias que le subían a la garganta contra hombres tan pusilánimes y contra la cobardía del alguacil, que no era capaz de estar al mando de un tumulto sin molestar a un prior. Pero algo en la mirada del hombre le hizo intuir la gravedad de la situación.

Habría sido mejor que no hubiera subestimado el peligro. Si el conflicto entre Blancos y Negros hubiera estallado antes de que el bando del exilio de los jefes de las facciones tuviera algún efecto, toda Florencia desembocaría en el caos, autorizando a Bonifacio a intervenir, incluso recurriendo a la ayuda del rey de Francia, que confiaba siempre en llenar las propias arcas de florines. Era necesario evitarlo a toda costa.

Se apresuró a ponerse el birrete y se dirigió corriendo hacia la puerta, dando orden a los guardias de que lo siguieran. Al salir, echó una última mirada al Tercer Cielo, cuyos miembros habían permanecido impasibles.

Volvería. Sobre todo a por uno de ellos.

El alguacil había movilizado a todos los guardias de barrio que había podido sin desguarnecer las puertas ni las brigadas contra incendios. Una cuarentena de hombres en total: demasiados o demasiado pocos, dependiendo de lo que estuviera ocurriendo.

Recorrieron apresuradamente la calle que los separaba del Ponte Vecchio. Algunos tramos corriendo, cuando se lo permitían sus fuerzas, con breves pausas para recuperar el aliento.

—¿Se conocen los motivos del enfrentamiento? —preguntó Dante, en una de las paradas.

—Alguien ha corrido la voz de que se ha emitido un bando contra los jefes de las facciones. Cerchi y Donati han recurrido a las armas, cada uno para defender a los suyos y atacar a los adversarios.

El poeta cerró los puños enfurecido. Alguno de los priores había hablado. Y sus imprudentes palabras habían sido la semilla de la revuelta. Echó una mirada a los guardias que lo seguían, preocupado. Si las familias de los Cerchi y de los Donati al completo habían salido a la calle, la tropa a órdenes del alguacil no bastaría. Sólo los Donati tenían la capacidad de reunir a quinientos hombres armados.

Debería llamar a los ballesteros, o incluso pedir ayuda a la guardia mercenaria de Acquasparta. Así aquella víbora cumpliría el proyecto que había albergado en su ánimo desde el primer momento. Mejor incendiar Florencia, pensó Dante. Su mente recordó los depósitos de madera, cerca de los molinos, junto al Arno. Si se vieran en la necesidad de luchar contra las llamas para salvar los propios bienes, quizás aquellos hombres se calmarían.

Eliminó inmediatamente ese pensamiento dictado por la desesperación. Después de una última curva de la ribera del Arno, la intensidad del clamor había aumentado. A lo lejos se veían las antorchas de las dos formaciones que se enfrentaban. Era extraño aquel encuentro nocturno, pensó, mientras se paraba un momento, doblado por el jadeo de la carrera. Privaba a los contendientes del placer de insultarse a rostro descubierto, de elegir al adversario más odiado, de desahogar los propios rencores personales con la excusa de la rivalidad política.

Tenía la sensación de que aquel desorden había sido provocado a propósito, para esconder algo más grave.

—¿Quién ha empezado el tumulto? —preguntó al alguacil, que jadeaba a su lado. Pero antes de que el otro dijera algo, sabía ya lo inútil que sería cualquier respuesta. La tensión entre las dos facciones había alcanzado hacía ya tiempo un punto de ruptura.

—El bando de los jefes de las facciones... una acción imprevista... ¿Cómo saldremos de este problema? —llovió el jefe de la guardia.

«¿Qué vas a comprender tú de la política del Comune, animal? ¿Qué quieres saber de aquello que se agita a un palmo bajo la tierra sobre la que descansan tus piernas?»

Incluso hasta aquel idiota se permitía discutir sus decisiones. ¿Tendría que convencerle a él también, después de haber convencido a los canallas de los priores? A duras penas contuvo su mano que ya se estaba dirigiendo hacia el rostro del hombre.

Pero la inquietud crecía en él. Lo del bando colectivo había sido el último intento de salvar una situación ya en sí misma desesperada. Un movimiento arriesgado, con la esperanza de que se repitiera el milagro de treinta años antes, cuando Florencia había sobrevivido al enfrentamiento entre gibelinos y gibelinos que la había devastado. Pero entonces había colosos como Farinata de los Uberti, y mentes agudas como Mosca de Lambertini.

¿Esta vez quién salvaría a la ciudad? Todas las esperanzas parecían estar sólo en manos de sus fuerzas. Se trataba ciertamente de la misión de los Alighieri, anunciada por su estrella guía.

—Espíritu simple, ¿por qué crees que he nacido bajo el signo de Géminis si no por esto?

El alguacil, poco instruido en materia astrológica, se limitó a apartarse un poco, sin saber qué decir.

En la otra parte del río, los Negros arremetían contra los Blancos, concentrados detrás del pretil de la rampa del Ponte Vecchio y movían las antorchas. Eran menos de los que se había temido, constató el poeta con alivio. Quizás aún fuera posible resolver la situación.

—¿Cómo sabemos que son Negros? —le gritó al alguacil. En el tenue resplandor lunar se distinguía a ráfagas una masa confusa más allá del dique. Podían ser también los misteriosos gibelinos de los que todos hablaban.

—Hemos visto su palio: está representado San Jorge. Los nuestros responden con el Bautista —respondió el otro.

A Dante le rozaron algunas piedras, que caían con violencia contra el entarimado de los puestos. Evitó otras piedras cobijándose bajo la estatua mutilada de Marte, en lo alto del puente. Una luz intensa se encendió repentinamente en el otro lado, como si numerosas antorchas se estuvieran acercando para formar una sola llamarada. Evidentemente, querían que el espectáculo se viera bien. Algunos Negros, de hecho, se habían desabrochado los calzones y enseñaban el trasero como muestra de desprecio.

En medio del paso, apareció un hombre a caballo. Era un tipo corpulento, de cabeza grande, enmarcada por una espesa barba blanca.

Ante aquella visión, el rostro del poeta se contrajo en una mueca. Incluso en la distancia, y con la incierta luz de las antorchas, había sabido inmediatamente quién era.

—Maldito —susurró la voz del alguacil, que se protegía a su lado—. Corso Donati, el jefe de esos bandidos. En lugar de poner paz está aquí para instigarlos contra la autoridad del Comune. Haría falta hacerle la broma de los pisanos...

—¿Qué hacen los pisanos? —preguntó Dante distraídamente.

—¿Con aquellos como él? Los encierran dentro de una torre amurallada. O si no los cuelgan de las antenas de sus galeras, cubiertos de peces para que duren más sin que descompongan. ¡Los entierran en el cielo, esos bárbaros!

Dante recordaba el horrible final del conde Ugolino, tapiado vivo dentro de la torre de la Muda con sus hijos. Corso Donati merecería el mismo trato... así se conservaría durante tiempo, sirviendo de escarmiento a los demás.

Un pinchazo le desgarró el cerebro. Por un momento creyó que una de las piedras le había dado, tal era la claridad de la imagen que le había venido en mente. ¿Cómo no lo había pensado antes? Les entierran en el cielo. Aquello que está en lo alto es como aquello que está en lo bajo. ¿No había sido dicho así? ¿Podía ser ése el hilo de Ariadna que había buscado inútilmente? En aquel momento lo vio todo con claridad: el pentágono, Venus, su conocimiento de las estrellas.

Tenía que volver inmediatamente a la taberna y ordenar arrestar al culpable, y someterlo a tortura para que confesara todo. Era él, tenía que ser él. Se dio la vuelta para gritar la orden a los guardias, pero después se contuvo, volviendo a agacharse detrás del parapeto, donde golpeaban las pedradas que se sucedían sin descanso.

Algo en su interior lo frenaba. El uso de la tortura como método para conseguir la verdad siempre le había repugnado. Nunca recurriría a ella frente a un miembro

del Tercer Cielo. Pero nadie podía verlo. Quien había cometido esos crímenes había renegado de la propia naturaleza, sometiendo al mal el don celeste del intelecto.

No, no por eso. El asesino le había desafiado. Había puesto en la balanza de la suerte el dar y el haber. Le había tapado los ojos con la mano, convencido de que él no sabría ver.

Aquel desafío debería ser vencido con el uso de la razón, no con los hierros del verdugo. Aun estando encarcelado, el asesino le habría quemado con su mirada gélida de burla, si tuviera que admitir que no conocía el porqué del mal. Algo que, de hecho, seguía ignorando.

Creía saber el nombre del culpable. Estaba escondido entre los nombres del Tercer Cielo. Quizás en su casa se encontraran las causas del delito. Tenía que descubrirlo a cualquier precio. Con un salto se levantó de su refugio y se puso a correr hacia el puente.

—¿Adónde vais, prior? —preguntó a sus espaldas la voz del alguacil, alarmada—. ¡Por ahí están los Negros! ¿Os habéis vuelto loco?

Dante había tomado el camino del Ponte Vecchio. Oía los gritos de los rebeldes a su alrededor, cada vez más encendidos.

—¿Por qué corréis hacia ellos? ¿Estáis huyendo? ¿Vos también estáis huyendo?

El poeta siguió corriendo. El alguacil pagaría también aquellos insultos. Pero ahora no había tiempo que perder.

Se le había venido a la cabeza un recuerdo de su infancia, cuando andaba por el puente con otros chicos. Recordó el puesto del mercader de pieles, en el medio del arco, con su desagradable olor a orina de caballo para el curtido. En la parte trasera había una escalera. Desde ahí era posible subir al techo de los puestos y atravesar el puente pasando por encima de la cabeza de los canallas que vociferaban abajo. Llevaba muchos años sin recordar aquello. Afortunadamente, la escalera todavía estaba, aunque mucho más derruida de como la recordaba. Confió en que soportaría su peso.

Al otro lado del puente, los Negros le vieron moverse. Al verlo correr al descubierto y avanzar hacia ellos, con las insignias del Comune puestas, temieron, al principio, que estuviera guiando un asalto de la guardia, y retrocedieron precipitadamente hacia la rampa. Pero cuando se dieron cuenta de que iba solo se reanimaron. Mientras subía frenéticamente por la escalera, Dante les oyó avanzar entre los puestos.

Llegó arriba justo antes de que ellos se asomaran al ensanche del centro del puente, apuntando con las lanzas en su dirección. Se le rompió encima uno de los travesaños del techo del puesto donde se apoyaba, y saltó al de al lado. El entablado crujió peligrosamente bajo su peso, pero resistió. Desde allí, con otro salto alcanzó el puesto siguiente. Debajo, los Negros, desorientados, habían tenido un momento de vacilación, suficiente para permitirle alcanzar el último puesto. Saltó al suelo, de espaldas al grupo, que sólo en aquel momento comprendió su estratagema, mientras dirigían las lanzas hacia él.

Hizo un tramo rodando. Ya no era ágil como en otros tiempos, pensó con angustia, mientras volvía a ponerse en pie, dolorido. Miró a su alrededor, intentando orientarse en la oscuridad. Vio una sombra enorme, a su izquierda, que iba a precipitarse sobre él.

Por un instante creyó que un gigantesco centauro salía a su encuentro. Corso Donati había alcanzado en ese momento la esquina de la rampa, y había encabritado a su corcel tirando violentamente de las riendas. Su guardia personal se dirigía hacia allí. El peligro más inmediato lo representaban tres hombres armados con pesadas corazas que corrían con los brazos extendidos para agarrarlo.

Reconoció con rabia las cotas de la guardia mercenaria de Acquasparta. También estaba el hombre que le había insultado en la escalera de la delegación pontificia. Esos bastardos ya habían comenzado a ayudar a los Negros, como él siempre había sospechado. Y ahora estaban dispuestos a quitarlo de en medio, más que nada para hacer desaparecer a un testigo de sus trapicheos.

Se sintió perdido, como un ratón entre las zarpas de los gatos. Después divisó una vía de escape. En un lado de la rampa transitable del puente había una estrecha escalinata. Aunque veía sólo el primer escalón, y no con claridad, estaba seguro de que llevaba a la ribera del río. Corrió hacia allí, evitando por los pelos una maza que le rozó la cabeza, mientras una mano intentaba sujetarlo del brazo.

Consiguió escapar del acoso de la guardia, entorpecida por la pesada malla de hierro, lanzándose precipitadamente hacia los primeros peldaños de la escalinata, mientras el otro, empujado por su propio impulso, tropezó con las piernas de sus compañeros, que se habían quedado parados en el extremo de la rampa oscura, y cayó al suelo. Los tres hombres que le perseguían también cayeron en un enredo de brazos y piernas, y bajaron a trompicones varios peldaños antes de pararse, haciéndole escudo con sus cuerpos contra la dureza de la piedra.

Al llegar al fondo, Dante pudo levantarse el primero y correr hacia el molino flotante del lado del Ponte alla Carraia, sacando una pequeña ventaja a sus perseguidores, que se habían metido por el mismo camino, con cuidado de no resbalar y de no ensartarse entre ellos con las picas.

—¡Malditos canallas! —gritó dirigiéndose a los hombres armados que se estaban acercando a los pies de la escalera—. ¡Malditos canallas, hijos de putas apestadas! —gritó con toda la rabia que tenía en el cuerpo, alzando las manos entrelazadas hacia ellos, mostrando con los dedos un gesto obsceno—. ¡Podéis pudrirlos en el infierno, bastardos!

Dos mercenarios intentaban ponerse en pie, mientras el sargento panzudo se había asomado desde el terraplén del puente, buscándolo con sus ojitos porcinos, justo a tiempo para recibir a la cara las maldiciones. Frunció los labios en una expresión de asco, mostrando unos dientes amarillentos y torcidos.

—¡Nos maldice este extranjero! ¡Nos echa el mal agüero! ¡Capturad al nigromante!

Los hombres habían dejado de reírse y ahora se persignaban en nombre de Cristo. Después, aferrando de nuevo las picas, se lanzaron a la persecución de Dante, que empezó a correr desesperado a lo largo de la ribera del río, mojándose los pies con el agua baja y salpicándose de lodo.

Corrió hasta quedar sin aliento, oyendo a sus espaldas las imprecaciones y el ruido de chatarra de las armaduras. Parecía que una avalancha de calderos estuviera rodando por aquella pendiente mal enlosada. Ni siquiera se paró para mirar hacia atrás, quemando toda la energía que le quedaba.

Comenzaba a sentir que se quedaba sin respiración, mientras un agudo pinchazo le atenazaba el vientre. Quizás sus perseguidores eran más jóvenes que él, pensó con desesperación. Y sin embargo, debía huir a toda costa de la captura, para no traicionar las esperanzas de Florencia. Aquel tumulto era seguramente el primer acto de una sublevación general contra el partido Blanco, como había profetizado Giannetto, ese maldito pájaro del mal agüero. Al mendigo le habrían destrozado en las Stinche. ¡Al diablo con ese ser inútil!

Pocos pasos más adelante había una estrecha fisura en la pared de ladrillos que cerraba a su derecha su vía de escape. Se metió dentro, confiando en que los perseguidores pasaran por delante.

Oculto en la oscuridad, con el corazón en un puño, oyó el ruido de la chatarra alejarse, mientras un sudor gélido, a pesar del calor estival, le bajaba por el cuello. El pinchazo en el costado le doblaba en dos.

Confió en haber evitado la guadaña de la muerte y permaneció inmóvil, con el temor de volver a oír el estruendo de las pisadas y los gritos. Antes o después esos canallas se darían cuenta de que los había engañado y volverían sobre sus pasos.

Tenía que aprovechar todo lo que fuera posible esa momentánea ventaja para buscar un refugio seguro.

Apresuradamente, consideró si sería el momento de volver a la calle e intentar llegar a Porta Romana. Pero temía que los otros mercenarios, guiados por el jabalí, le siguieran la pista. Si el primer grupo hubiera vuelto sobre sus pasos, él se vería encerrado en ese callejón de ladrillos sin vía de escape.

En aquel momento vio una sombra a sus espaldas. Se dio la vuelta de golpe, dispuesto a atacar. En la oscuridad reconoció el rostro de Cecco Angiolieri. ¿Cómo era posible? Poco antes aquel hombre se encontraba con él en la taberna; debía de haber salido inmediatamente detrás y haber llegado de alguna forma hasta la otra orilla del río. Pero ¿por qué camino? No podía ciertamente conocer Florencia mejor que él.

Cecco estaba cubierto por una coraza de cuero, con una yelmo emplumado y blandía una espada corta de caballo. Era como si una de las estatuas romanas destruidas en la plaza de Santa María hubiera cobrado vida. También en aquella ocasión estaba a medio camino entre lo ridículo y lo terrible, pensó Dante.

—¡Cecco! —gritó—. ¿Así que es ésta la empresa que os ha traído a Florencia? ¿La empresa que debería cambiar la historia? ¿Hacer de rufián de los Negros?

El otro levantó la barbilla, para verlo mejor.

—Para el rufián siempre hay una sopa caliente. Y no está obligado a pagar por aquello que los otros tienen que comprar con moneda sonante. ¡Hablo de esa dulce flor que tanto representa para mí y para vos!

—¿Estáis con el papa, Cecco? —insistió el poeta, incrédulo.

—¿Qué creíais, messer Durante? Venid vos también a este partido, hacedme caso —dijo el otro, apoyándole una mano en el hombro.

Dante lo empujó con un gesto brusco. Quería añadir algo, pero después se giró y comenzó a correr hacia su meta.

—No puedo, amigo mío. Tengo una cita con la culpa —gritó mientras se alejaba, sin mirar atrás.

—Habríais hecho mejor bebiendo aquel vino, vos y los otros priores. Ahora soñaríais en lugar de tener que despertar.

Mientras tanto había aparecido uno de los ballesteros mercenarios, la cuerda del arco preparada para disparar. Con una rodilla en el suelo, apuntó cuidadosamente hacia la espalda de Dante que se alejaba.

La mano de Cecco Angiolieri empujó el arma, desviando la flecha que se perdió por encima de la cabeza del fugitivo.

—Quieto. Ya se ha hecho una tumba de palabras —dijo señalando al poeta—. Es allí donde será enterrado.

Recorrió el camino que le quedaba jadeando, recurriendo a sus últimas fuerzas. En el fondo aquel tumulto le era favorable. Nadie habría podido pasar por el bloque de combatientes del Ponte Vecchio, y pasar por el Ponte alla Carraia habría exigido mucho tiempo.

Sabía adónde dirigirse. Reconoció enseguida la torre partida, por la descripción hecha en la relación sobre los miembros del Studium. No había nadie en la calle flanqueada por muros ciegos, donde se abrían sólo los arcos de las ventanas tapiadas en la época de los últimos tumultos. La muralla de la torre estaba interrumpida en la parte baja por una puerta de madera reforzada con clavos de hierro, y en las paredes de piedra no parecía que hubiera ningún asidero para alcanzar el pequeño balcón que se abría al menos a cinco brazos de altura.

Por un instante, Dante se sintió perdido, después se apoyó en la madera para tantear su resistencia. A pesar de la aparente solidez, la puerta se movió bajo el impulso de su cuerpo. Quizás, por dentro estaba cerrada sólo con un simple pestillo. O puede que la madera, tan vieja como la construcción, hubiera sido horadada por la carcoma. Empujó otra vez y la puerta volvió a ceder. Insistió, haciendo acopio de todas sus fuerzas.

Con un chasquido, sintió que algo se rompía por el otro lado y la puerta se abrió de par en par. Tuvo que apoyarse con fuerza en la jamba, para no romper la parte posterior de la moldura, que se había desenchajado de los enmohecidos goznes. Delante de él había una estancia ciega, completamente vacía. De frente aparecía una estrecha rampa de escalones de piedra. El débil resplandor de la luna, procedente de la puerta arrancada apenas era suficiente para permitir orientarse en el pequeño espacio. Tomó un candil de aceite que se apoyaba en un nicho del muro.

Sacó de la bolsa la yesca y el pedernal. En cuanto vio dónde apoyaba los pies, subió rápidamente al primer piso. El entablado de madera crujía bajo su peso. Confió en que estuviera en mejores condiciones que la puerta. El lugar en el que se encontraba también estaba casi vacío. Sólo había una tosca cama de madera, adornada con una simple tela de lino de la que emanaba una suave fragancia a limpio, mezclada con un aroma diferente, de carne femenina. Por un momento, la imagen del cuerpo desnudo de Antilia extendido ante él le llenó la mirada con todo su esplendor, evocada por aquel perfume. Así que aquél era su refugio, junto al hombre que se había hecho una guarida dentro de la torre en ruinas. El amante secreto, el hombre que Baldo odiaba, y quizás temía. Le pareció volver a oír las palabras de Pietra. «Nadie os quiere»...

Apartó de su mente aquella imagen con un gesto de rabia. La castigaría, junto con él. En una esquina de la habitación había un baúl que contenía ropas de mujer. Metió las manos en aquella oleada de tejidos, como si las metiera dentro del cabello de Antilia, y de nuevo le llegó el olor de su perfume, apoderándose de sus pensamientos.

Le invadió un vértigo. Por un instante le pareció que el tiempo se había detenido. Las muestras de la posesión parecían hacerse cada vez más fuertes: es a través del alma vegetativa que los demonios entran en el alma humana, abriéndose paso hacia donde la conciencia es menos recta y menos vigilante. La disminución de la percepción del espacio y del tiempo y la alteración de la imaginación son las muestras más inmediatas y reconocibles. ¿La conciencia de estar poseído podía bastarle para salvarlo de la perdición? Ella lo había mirado en la taberna. ¿No es acaso con la mirada con lo que el basilisco hiela a su presa? ¿Aún podía huir del rito de aquella sacerdotisa infernal con el rostro de cobre?

Sumergió el rostro dentro del puñado de ropas que tenía entre las manos, respirando profundamente aquel perfume. Quizás las túnicas estaban impregnadas de alguna poción mágica, se dijo con un resto de conciencia.

Sintió que sus sentidos estaban perdiendo la batalla contra el espejismo. Después, de pronto, algo le devolvió repentinamente a la realidad, dándole la fuerza de liberarse de ese frenesí de amor.

Oyó un ruido seco y metálico en el suelo, y vio que algo rodaba por el entablado: era una de las pulseras de Antilia. Se inclinó a recogerla, dejando caer las ropas dentro del baúl. El extraordinario peso del objeto le impresionó.

Aquella mujer debía de tener realmente conocimiento del secreto de la fabricación del oro, si podía permitirse abandonar tal riqueza en un baúl sin custodia. Echó apresuradamente al suelo el contenido de la caja, en busca de otras joyas. Mezcladas en desorden con las preciosas túnicas de seda y de lino, había docenas de pulseras como aquélla. El baúl era el arca de un tesoro. Lo puso boca abajo, tirando al suelo el contenido, que se esparció alrededor destellando. En aquella torre estaba el tesoro de un reino.

Un reino... Antilia era realmente la descendiente del gran Federico II. Entonces, por eso se había sometido a esa interpretación vergonzosa en el Paraíso. Todo, con tal de ocultar la propia identidad. ¿Y las pulseras sólo eran un recurso para esconder de las miradas al menos una parte de las fortunas imperiales, fundidas de aquel modo para que pasaran desapercibidas? Cualquiera que hubiera visto esos brazaletes habría admirado su belleza, pero nunca habría podido pensar que la mujer poseyera docenas y docenas. Su exhibición se convertía así en la mejor forma de ocultar su secreto.

En la fantasía de Dante se iban recomponiendo todos los detalles de la historia, como las teselas en el mosaico de Ambrogio. El odio de Acquasparta hacia la mujer, su intento de acusarla de herejía para poder arrestarla, la persecución del maestro comacino en Roma y después su asesinato. El asesino de Teofilo, que había descubierto el secreto del oro y conocía su procedencia, y que había intentado engañarlo, desviando su atención hacia los ilusorios caminos de la ciencia alquímica.

Era posible.

Y sin embargo, había algún detalle en aquel complejo proyecto que todavía se le escapaba.

¿Por qué los sicarios de Bonifacio no habían eliminado a la mujer, perdiendo la oportunidad de hacer tabla rasa y mantener escondido el secreto, en lugar de eliminar de raíz el riesgo de un regreso de los suabios a Italia?

Levantó la mirada, alzando el candil. La rampa de las escaleras continuaba hacia una planta superior. Se apresuró a subir los peldaños de piedra.

En la planta de arriba se abría una sala parecida a las anteriores, pero sin muebles, aparte de una simple mesa apoyada en dos caballetes, cubierta por un montón

de grandes folios de tela dispuestas a la buena de Dios. El poeta acercó uno de ellos al candil. Se veía una intrincada secuencia de líneas marcadas con carboncillo y agujereadas, como si una colonia de insectos se hubiera ensañado con la obra del dibujante. El folio estaba ennegrecido por el humo.

Sintió que el corazón se le subía a la garganta de la emoción. Había encontrado lo que buscaba: las plantillas preparatorias del mosaico de las que el maestro Ambrogio se había servido para trazar en la pared el esquema de su obra.

Examinó frenéticamente una plantilla y luego otra, pero la excitación y la escasa luz le oscurecían la visión del conjunto. Ahí aparecía el detalle de una pierna, allá un brazo. En una estaba representado el rostro del anciano; pero todos los bocetos eran irreconocibles, debido a una serie de signos añadidos que impedían entender el significado global. Se rindió. Sólo había una manera de entender.

Recogió deprisa un fajo de plantillas, buscando algo donde envolverlas para transportarlas. Apoyada en un taburete, junto al balconcillo, le pareció distinguir una tela plegada. La aferró y la abrió encima de la mesa.

De nuevo se quedó inmóvil por la sorpresa. No se trataba de una colcha, como había pensado, sino de un pesado paño de lana blanca. Abierto, adquirió forma de campana: era una capa, decorada en uno de los lados con una cruz preciosamente bordada, cuyos brazos se ensanchaban en los bordes. La cruz de los templarios, la misma que decoraba el puñal encontrado en la iglesia.

Entonces, ¿la bailarina era verdaderamente la descendiente de la casa de Suabia y los templarios seguían protegiéndola? O...

Se golpeó la frente con un puño. Ahora recordaba las palabras de Domenico, el usurero.

No era la Orden del Templo quien seguía los pasos de Antilia, quien le ofrecía su mano en el peligro, quien acariciaba su cuerpo de cobre. Era un solo hombre. El habitante de aquella torre.

Los rostros de los miembros del Tercer Cielo daban vueltas en su cabeza, como en un remolino. A toda prisa, metió los papeles en la capa y corrió hacia la entrada. Pasó delante del baúl sin dedicar siquiera un pensamiento a la fortuna que dejaba abandonada.

Dante encendió una de las antorchas que los guardias habían dejado junto a la puerta. Las tinieblas le rodeaban con obstinación, cediendo el paso únicamente al breve círculo de luz de su alrededor. Mientras atravesaba el estrecho pasaje que bordeaba el abismo de la cripta, el resplandor se posó por un instante en la máscara fúnebre de Ambrogio, abandonada en el suelo, despertando a la vida la mueca del maestro comacino.

Al llegar a los pies del andamiaje comenzó a escalarlo fatigosamente, apoyando la antorcha en uno de los postes sujetos a la pared, alrededor de la zona del mosaico. Ambrogio tenía que haber preparado todo para trabajar también de noche e intentar finalizar su obra lo antes posible, como si le persiguieran los perros del infierno.

Abrió la capa y rebuscó entre los papeles, en busca de un punto de partida para reconstruir el dibujo. Enseguida encontró la plantilla con la cabeza del anciano y la colocó sobre el mosaico inferior. En el andamiaje había un mazo de madera y un pequeño saco lleno de clavos enmohecidos. Fijó la plantilla en la pared, y buscó otra que prosiguiera la historia.

Llevaba casi una hora trabajando. El estupor inicial se estaba transformando en una curiosidad cada vez más viva. Como en la pared, las telas de aquella tragedia comenzaban a unirse en su mente en un dibujo inesperado.

A medida que las plantillas iban ocupando su lugar, se daba cuenta de lo diferente que era el esquema de la obra del proyecto inicial. No había ni rastro de la aérea delicadeza de flores y pájaros, plantas y flores del Edén. Ambrogio no había abandonado la primera idea del *Arbor vitae*, simplemente porque aquella idea nunca había existido. Había dado forma con su maestría y su extraordinario gusto por el color a una imagen mucho más sensual.

¿El secreto que se debía ocultar a cualquier precio era el segundo cuerpo humano, a la derecha del gigante, que parecía esperarlo al final del camino? Una imagen de mujer, con el rostro de mirada luminosa de la que va a abrazar a un amante esperado durante largo tiempo. No debió de ser muy diferente, pensó el poeta, la forma en que Penélope había acogido a Ulises en su cama.

La mujer extendía el brazo hacia el hombre. Aparecía en el culmen de su juventud, al igual que el otro ya había llegado al declive de la vejez. Estaba completamente desnuda, como los artistas habían osado retratar sólo a Eva.

Reconoció el rostro de Antilia, su pecho firme, triunfante. Detrás de las piernas fuertes como columnas, de finos tobillos rodeados de oro, el artista había retratado el perfil de una extraña ciudad sin murallas ni fortificaciones, cubierta de torres y terrazas de cultivo típicas de los desiertos de Oriente: una nueva Babilonia gobernada por aquella mujer que dominaba la ciudad como una reina.

Entre los dos amantes había agua, olas sinuosas e irregulares, sobrevoladas por extraños pájaros, en donde nadaban los míticos delfines y el horrendo Leviatán. Por encima de aquella barrera el brazo de la mujer rozaba la mano del hombre como si fuera a aferrarla, y sus extremidades formaban un semicírculo. También había signos graduados y cifras árabes, que recordaban un reloj solar. Abajo, dentro de un recuadro, había un escrito: DECLINATIONIS MAGNETICAE GRADUUS.

Apareció inesperadamente, saliendo de las tinieblas. Tenía que haber subido por la cisterna, a través de la galería subterránea.

Su mirada ya no tenía nada de amigable, los iris azules brillaban como cristales de hielo. Caminaba lentamente hacia él con los brazos caídos. Pero en realidad sus músculos estaban tensos como los de una fiera preparada para lanzarse sobre la presa. Parecía más alto, ahora que se había quitado la máscara del humilde exiliado, y la sangre de los antepasados corsarios volvía a rugir en sus venas. Por un momento Dante tuvo la impresión de que se estuviera preparando para la llave del cruzado. Dio un salto hacia atrás, cargando el peso en el pie derecho, ligeramente avanzado, y se preparó a asestar una patada gibelina. El otro, intuyendo su contraofensiva, cambió inesperadamente de táctica: levantó los brazos a la altura del pecho mostrándole las palmas de las manos, y se paró, como para hacerle entender que todavía era tiempo de palabras.

El prior aceptó la tácita tregua que le ofrecía. A su vez retrocedió un paso, adoptando una actitud relajada. En realidad estaba maldiciéndose a sí mismo al haber sido tan impetuoso, ante su necesidad de saber, yendo hasta allí desarmado y solo. Nadie sabía dónde se encontraba, nadie podía acudir en su ayuda. La única arma que poseía era la daga guardada en el bolsillo secreto, pero dudaba de que el otro le permitiera hacer uso de ella.

«Mejor así», se dijo. No necesitaría ayuda si Dios y la justicia estaban de su parte. Levantó las manos a su vez, repitiendo el gesto del otro, mientras con el raballo del ojo examinaba ansiosamente el breve espacio iluminado en busca de algo para defenderse.

—Extraño lugar para encontraros, messer Alighieri. No en un *scriptorium* o en una biblioteca, donde uno confiaría encontrar a un sabio amigo de las palabras como vos.

—Quizás. Pero tampoco estamos en el puente de una galera, en el arsenal o en remotas playas, donde uno pensaría encontrarse con vos, messer Veniero.

—Y sin embargo, hay más brazos de mar y de tierras lejanas bajo estas cúpulas de cuanto imagináis.

Dante lo miró fijamente, a continuación señaló el mosaico.

—Y también hay más palabras, significados y libros, bajo estas cúpulas, de cuanto vos creéis. Pero supongo que lo sabéis.

—No parecéis sorprendido de verme.

—No. Sabía que nos encontraríamos. Y quizás éste sea el lugar más adecuado.

—¿Cómo habéis sospechado de mí? —preguntó el veneciano, después de una larga pausa. Había una curiosidad sincera en su voz. Parecía que no supiese qué hacer, o que estuviera esperando a que alguien le diera consejo o le impartiera órdenes.

El poeta giró levemente la cabeza, señalando la capa que yacía abandonada a los pies del andamiaje.

—Imagino que será vuestra. Pertenecéis a la Orden de los templarios.

—¿Cómo lo habéis sabido? —preguntó Veniero, después de esbozar una desvaída sonrisa.

—No por esto, ni por el puñal que olvidasteis en San Judas, cuando intentasteis hacer creer en un rito perverso, trazando el pentágono en la pared. Me lo reveló messer Domenico, el usurero. Fue él quien me dijo que le pedisteis que aceptara letras de crédito, avaladas. Y sólo los templarios pueden emitir las.

—¿Pero cómo habéis sabido... esto? —preguntó de nuevo el capitán, señalando con un amplio gesto del brazo el fresco situado a sus espaldas, hasta pararse con el índice en la máscara de Ambrogio que, a sus pies, gritaba contra la muerte.

—Me lo habéis revelado vos.

—¿Yo? —replicó Veniero sorprendido.

—Vos, con vuestras palabras. Me habéis hablado de los mascarones de proa humanos que en tiempos se ponían en la proa de los barcos, como sacrificio a los

díoses para propiciar el viaje. ¿Y no es frecuente entre los tripulantes derramar un bálsamo sobre el cuerpo de los condenados para que sirva como advertencia a los demás? Ésta es la secuencia de pensamientos que me ha traído hasta vos. Y después, en el camino al Paraíso, cuando afirmasteis que un círculo puede ser recorrido en ambas direcciones. Ambrogio y Teofilo estaban en el mismo camino desesperado, y sólo por casualidad uno murió antes que el otro. Era esto lo que queríais decir al afirmar que el boticario había sido asesinado en segundo lugar, sólo porque la muerte había elegido el otro camino. Pero yo he estado ciego hasta que esta noche se ha iluminado mi mente, en la taberna del Tercer Cielo, cuando habéis comparado las corrientes marinas con los vientos impetuosos, y habéis dicho que aquello que está en lo bajo es como aquello que está en lo alto. ¿Era ése el significado del dibujo del maestro Ambrogio, verdad? Un medio para aprovechar las corrientes del mar. Y vos lo sabíais, aunque habéis fingido ignorarlo.

—Sí —dijo Veniero asintiendo con la cabeza—, un instrumento antiguo inventado por los marinos de Tiro para vencer las fuertes corrientes contrarias en las Columnas de Hércules. Descubrieron que cincuenta brazas bajo la superficie hay un flujo de corriente que viaja en dirección a Occidente, hacia el océano. E inventaron una vela sumergida para alcanzar aquella fuerza como si fuera un viento —explicó animadamente.

En sus ojos, con aquel recuerdo, se había encendido una luz, como si el ingenio de aquellos antiguos marinos continuase despertando su admiración. A Dante le pareció que el aliento del mar soplara a su alrededor. Esperó un momento, antes de proseguir.

—Pero no es sólo por eso por lo que mis pasos han llegado hasta aquí. Éstos han sido guiados por vuestra alma. Os dije que la forma del crimen está modelada según el intelecto de su autor. Pensad en vuestros compañeros del Tercer Cielo. Francesco d'Ascoli, con su fe en el abstracto rigor de los movimientos celestes, en la absoluta geometría del destino. Y Bruno Ammannati, el teólogo. Destinado a acabar en la hoguera al final de su camino, ciega guía de otros ciegos. Antonio da Peretola, a merced del sueño de unir a todos los hombres bajo el signo de la cruz, y dispuesto por ello a entregarnos en masa a las manos del tirano. Augustino de Menico, convencido como los antiguos de que la razón pueda llegar a la verdad, y destinado por ello a sentarse en las tinieblas, fuera de la casa de Dios. Y Cecco Angiolieri, herido por la melancolía que lo invade como un inexorable veneno. Todos podrían haber matado, por sus pasiones.

Veniero se había quedado inmóvil escuchando, en silencio. Se limitó a cruzar los brazos sobre el pecho.

—Pero en estos crímenes no sentía el sabor de la pasión. Otra sombra los marcaba —continuó el poeta.

—¿Cuál?

—El dolor. El dolor de un alma arrancada de la propia tierra, arrojada al frío exilio. Que es quizás el dolor más grande, aquel que no consigue alivio.

El veneciano había inclinado la cabeza, como para defenderse de aquellas palabras.

—Conocéis mi forma de actuar. ¿Y conocéis también el porqué? —dijo después, levantando la cabeza de golpe, con aire de desafío.

La mirada de Dante se dirigió al inmenso dibujo, finalmente revelado en las partes que faltaban. La luz de las antorchas, ondeando, parecía dar vida a la inmensidad de los mares.

—Sí, ahora sí. —Recorrió con los ojos la línea graduada, que atravesaba el espacio entre el cuerpo del hombre y el de la mujer, uniendo en un semicírculo la masa de rocas con la tierra de la otra parte del mar—. Una nueva parte del mundo. Después de Europa, Asia, Libia y la cuarta cubierta por las aguas. Ésta... —Señaló la masa oscura que aparecía en las plantillas a los pies de la mujer, la ciudad de las extrañas torres.

Veniero se acercó, como si también él quisiera ver mejor.

—Sí —dijo después—. Es un trabajo preciso. Ambrogio era verdaderamente un maestro. Le bastó un vistazo al archivo secreto de la encomienda de San Pablo, en Roma, para entender cada detalle. Lo que al Temple le había llevado años de búsqueda. Quería que todos supieran. Le ofrecí todo el oro, con tal de que callara. Era una locura. —De debajo de las ropas, repentinamente, sacó una espada corta y la apoyó contra el pecho del poeta.

Dante sintió la punta fría de acero subir peligrosamente hacia la garganta y retrocedió instintivamente, seguido por el arma. El otro parecía querer mantener la mortífera presión, sin atenuar ni agravar la amenaza. Las comisuras de sus labios se contrajeron, como si la máscara feroz que Dante tan bien conocía hubiera eliminado de pronto los delicados rasgos de caballero de su rostro. También su mirada, en ese momento, era la mirada gélida de un león. Inesperadamente, el poeta se sintió perdido.

Pero el otro se limitaba a jugar con su garganta, como si no tuviera prisa por poner fin a su desafío. Quizás, como un gran actor, no quería abandonar la escena sin un acto extremo de bravura, sin un aplauso a su ingenio.

—Y nadie del Tercer Cielo ha sospechado nunca de vos. Ni siquiera Antilia, escondida entre las paredes del Paraíso como la última de las prostitutas. Pero ¿por qué Teofilo? ¿Cómo ha caído el boticario en las redes de la muerte? —preguntó Dante—. Habéis sido verdaderamente hábil. —Intentar halagarle podía ser el único modo de ganar tiempo.

—Conocía los secretos de los metales. De las piedras. Y sospechaba algo sobre los orígenes de Antilia. Había visto el cobre puro de las minas de su patria. Sabía que aquel cobre no existía en las tierras conocidas. Intenté comprarle también a él con una ampolla de chandu. Confíe que más que el oro, aquel secreto calmaría su orgullo intelectual. Pero quería más... quería demasiado. —La mirada del marino corrió hacia la mujer por un instante—. Habría buscado y encontrado. También él ha pagado por su excelencia —añadió después con una sonrisa desvaída—. Quizás el mundo es de los seres mediocres. Sólo ellos caminan seguros.

Dante había percibido una pequeña variación en su tono de voz, como si hubiera dado por concluida la conversación. Sin duda, se disponía a atacarlo. Quién sabe si expondría también su cuerpo, como un mascarón de proa en su barco, se preguntó, mientras pensaba frenéticamente qué hacer. Sentía el peso de la daga en el bolsillo. Quizás podría llegar hasta ella antes de que el otro se lanzara contra él.

Se dejó caer hacia delante, mientras la mano corría a la empuñadura del arma. A Veniero le pilló desprevenido y reaccionó pasados unos instantes, dándole a Dante el tiempo necesario para intentar hundir la daga en su rostro, mientras que con la mano libre le aferraba el brazo derecho, inmovilizándolo. Llevó el acero al cuello de su adversario, haciendo un semicírculo en el aire.

Le había dado debajo de la oreja, pero el arma saltó empujada por algo. Veniero debía llevar un collar de acero que detuvo el golpe mortal. Con un movimiento rápido, el poeta volvió a levantar la mano, esta vez apuntando más abajo, hacia el corazón.

Hundió el puñal con todas sus fuerzas. Pero, con un tirón, el otro consiguió soltarse, y nuevamente la daga erró, desviándose del corazón hacia donde se había dirigido y hundiéndose en el músculo del hombro. Sintió la fuerza de su adversario ceder de golpe, como si los espíritus vitales le hubieran abandonado.

Volvió a levantar la mano, pero alguien le aferró del brazo intentando retenerlo. Instintivamente, se giró, para golpear al nuevo adversario que lo amenazaba desde atrás, mientras que con la mano izquierda continuaba apretando el cuello de Veniero.

Antilia estaba inclinada sobre él. Algo en su actitud le retuvo: no parecía mirarlo a él, sino detrás de su hombro, hacia Veniero. Parecía no tener miedo de Dante, y sus ojos estaban llenos de lágrimas. El poeta se quedó inmóvil, con el puñal apuntando el cielo, sin saber qué hacer, jadeando por la tensión y el esfuerzo.

Sólo en aquel instante la mujer pareció fijarse en él.

—Os lo ruego, messere —murmuró. No añadió nada más, limitándose a dirigirle aquella mirada suya remota. Pero una brecha parecía haberse abierto en el muro de sombra que la rodeaba—. Os lo ruego —repetió.

La furia homicida de Dante se había aplacado como por encanto. Bajó el puñal. El cuerpo de Veniero se agitaba débilmente bajo su mano. Soltó a su presa, dejando que respirara, después se levantó retrocediendo unos pasos. Ella ocupó su lugar, inclinada sobre el cuerpo del hombre, arrodillándose con un movimiento sinuoso, parecido al de una serpiente. El prior recordó lo que le había contado un viajero de tierras lejanas, a propósito de la danza de amor de las grandes serpientes

de ultramar, que puede verse en las noches de luna entre las dunas del desierto.

Antilia había cubierto a Veniero con su capa e intentaba reanimarlo con una salmodia pronunciada en voz baja, hecha de sonidos y palabras incomprensibles. Se estrechaba contra él con una extraña vibración, como si quisiera transmitirle parte de su calor vital.

Luego se giró hacia el poeta, mientras el veneciano comenzaba a volver en sí, tosiendo.

—Tened piedad de nosotros —dijo. El tono de su voz era débil, quebrado por la angustia. Pronunciaba las palabras con dificultad, respirando entrecortadamente por la inquietud, como quien tiene que expresarse en una lengua poco conocida y le da terror que no le entiendan—. Dejados volver. Vos comprendéis el dolor del exilio. Os he estado escuchando.

El rostro de cobre resplandecía a la luz de la antorcha, bañado en lágrimas. Dante notó un ligero movimiento en Veniero, que recuperaba los sentidos. Había abierto los ojos y le miraba. Pero su mirada parecía traspasar su cuerpo, para llegar a Antilia, a su espalda. Una mirada quieta, sin rastro del miedo, y sin embargo afligida por un dolor profundo.

Antilia se giró hacia Dante, pero fue Veniero quien habló. Su voz era calmada, privada de rencor. Se apretaba el hombro herido, taponando la sangre con la mano. Estaba palidísimo.

—Os propongo un pacto, prior.

—¿Qué pacto?

—Os pido tiempo. Sólo una hora.

—¿Qué me ofrecéis a cambio?

—Habéis descubierto el secreto de la quinta tierra. —El capitán había tenido un instante de duda—. Pero este conocimiento sin más es inútil, como el de la perdida Atlántida. Para llegar hasta ella se necesita el mapa de los vientos y de las corrientes marinas, que permite evitar los remolinos y las rocas. Es esto lo que os ofrezco: el mapa de esa nueva tierra. —Calló. También la mujer esperaba en silencio, con los ojos dilatados por la angustia—. Una hora de ventaja —repitió Veniero—. Después, podéis reanudar vuestra caza. Una nave de la Orden nos espera en la costa. Hay luna llena, el camino hacia la mar está abierto. Con el cambio de la marea dejaremos la Toscana.

Dante no era capaz de apartar los ojos del templario. Quizás fuera la mirada del demonio que salía de sus pupilas. A su lado, el rostro de Antilia estaba más cerca, cuatro ojos quietos que lo miraban. Sintió un ligero vértigo. ¿No era la bestia del Apocalipsis la que congelaría al hombre con sus múltiples ojos?

—Mostradme eso de lo que habláis.

Con esfuerzo, Veniero sacó de debajo de sus vestiduras unas hojas.

—Son los papeles del maestro Teofilo. Él también quería dar forma al secreto —murmuró, alzando la mirada hacia la pared—. Claro, con menos esplendor.

Entre los folios, había uno mucho más grande, plegado. Lo abrió y el poeta se inclinó ávidamente sobre el mapa que le enseñaban, manchado de la sangre que él mismo había causado. Reconocía las imágenes que había estudiado con el maestro Brunetto. La forma del mundo. La gran obra de Tolomeo transcrita por una mano hábil sobre aquel pergamino. Con su fragmentación en partes, las cadenas montañosas, los largos ríos sinuosos, los grandes océanos.

Pero después estaba el más allá, inmenso. Dante observaba con sus pupilas dilatadas los signos y comparaba la alegoría de la pared con la exactitud de la representación que tenía delante. Así que tenían razón los antiguos, llamando río a aquello que el intelecto obtuso de sus contemporáneos se obstinaba en considerar un océano. Era verdaderamente un río esa masa de agua, en apariencia infinita, que se extendía hacia occidente. Sobre el mapa venía señalada claramente la otra orilla, un sendero de tierras, islas, golfos que corría paralelo a la costa de Europa y de África. Una tierra sin fronteras, una isla en forma de clepsidra: dos grandes masas unidas entre ellas por un istmo.

La quinta parte del mundo. *In pentagono secretum mundi*. La tierra adonde se dirigía el gigante en movimiento. A occidente, en el punto donde convergía su mirada. Era éste el secreto que el maestro comacino había intentado revelar con su obra. Otro continente más allá del océano.

¿La tierra de oro? La mirada de Dante se dirigió a las pulseras de Antilia, con sus inscripciones indescifrables. La mujer pareció intuir su pensamiento.

—Allí hay gran cantidad de este metal que turba vuestros sueños —dijo, con su voz insegura—. Pero para nosotros no tiene el valor que vosotros parecéis darle. Para nosotros la riqueza es ésta. —Había sacado de debajo de la túnica un collar de piedra verdosa, con tenues reflejos. Jade—. Tomadla. Es vuestra, si aceptáis el pacto. Os hará inmortal.

Dante continuaba mirando el mapa, mientras tendía distraídamente una mano hacia el collar. En el mapa no se señalaban sólo las fronteras geográficas, también las rutas marinas, el recorrido de los vientos y de corrientes, el detalle de las costas con los lugares favorables para los desembarcos y las rocas peligrosas, el número de días necesarios para el largo viaje y después para navegar en cabotaje a lo largo de las costas.

Superado por la curiosidad, había olvidado completamente a su adversario. Se dio cuenta de pronto, volviendo a ponerse a la defensiva. Pero Veniero había abandonado la actitud hostil. Parecía ansioso, a la espera de su respuesta.

—Tengo todo en mis manos. A vos, vuestro secreto, vuestra cómplice. ¿Por qué debería aceptar el pacto que me proponéis? —preguntó el prior después de un silencio, moviendo los papeles que estrechaba entre sus manos.

—Porque comprendéis el dolor. No interferiréis sobre aquel a quien habéis derrotado —murmuró el veneciano, inclinando la cabeza. Después se puso en pie, con un salto nervioso—. Y porque en esos mapas falta un elemento esencial. Que ni siquiera Teofilo logró descubrir.

—¿Cuál? —preguntó Dante, sospechoso.

—El inmenso océano está recorrido por vientos constantes y contrarios. Son éstos los que han protegido durante siglos aquella tierra. Sólo en un punto, por pocos grados de latitud, éstos soplan a favor. Sin este conocimiento cualquier intento está condenado al desastre. Deambularíais durante meses y quizás años por un desierto de agua, sin esperanza.

El poeta sopesó cuidadosamente esa información. Quizás el otro suponía demasiado, con respecto a su nobleza de ánimo. Y no imaginaba los instrumentos de persuasión que yacían en los subterráneos de las Stinche. Podría tener conocimiento del último secreto también sin ofrecer nada a cambio.

Sin embargo, la mirada del hombre sugería que sabría resistir al dolor más intenso. Excepto, quizás, a una cosa, se dijo, mirando a Antilia que continuaba invocando a sus dioses detrás de su amante. Imaginó la tortura de aquel cuerpo destrozado por los hierros del verdugo.

Pero tampoco él habría podido soportarlo. Alejó aquel pensamiento con rabia, mientras la curiosidad volvía a vencerle. Quería ganar tiempo.

—¿Cómo los habéis conseguido? —preguntó, volviendo a señalar los mapas—. En el mundo, Platón ha sido el último en tener noticias de una tierra más allá del océano. Y él también hablaba no por conocimiento directo, sino siguiendo el rastro de una historia más antigua...

—La Orden del Temple ha excavado largamente en las ruinas de la ciudadela de Jerusalén —Veniero sonreía débilmente—, bajo el antiguo Templo. Muchos han sido los que pensaron que buscaba el tesoro de los israelitas. El oro de las ofrendas, el Arca de la Alianza... hay quien incluso se ha llegado a imaginar que fuera en busca del Santo Grial. Locuras. No hay nada, allí abajo. Nunca ha habido nada. —Una mueca recorrió su rostro. Una punzada de la herida, o el dolor de la desilusión.

»Los dioses nunca han caminado sobre la tierra. Allí sólo hay espejismos. Piedras calcinadas por el sol y las llamas de los asedios. Sólo el rastro de un conocimiento antiguo, que la comunidad hebrea de Alejandría había conservado. Fragmentos de mapas. Indicaciones de viajes a tierras remotas. Testimonios que poseían los pueblos de Egipto. Era en el Nilo donde había que buscar.

—¿Por eso los templarios defendieron Damieta más allá de toda sensatez, llevando incluso a la destrucción a las fuerzas cristianas?

—Sí. Ya habían encontrado en Chipre un mapa incompleto, con el inicio de rutas trazadas hacia occidente. Sabían que en la antigua biblioteca de Alejandría tenían que estar los mapas recogidos por Tolomeo y que se habían llevado los judíos fugitivos cuando los árabes destruyeron la ciudad. Lentamente, se fueron uniendo todos los fragmentos de aquellos conocimientos. En el año del Señor de 1294 un barco de la Orden fue enviado a intentar seguir el camino que nuestros geógrafos habían marcado. La ruta se había calculado en referencia a Venus.

—La gema caída de la frente de Lucifer —murmuró Dante—. Con sus cinco puntos fijos en el cielo. El pentágono que habéis grabado en la carne de vuestras víctimas.

—Vos también lo sabéis, entonces. Su movimiento constante es el más simple de seguir en los cielos, también en los mares en los que la brújula comienza a fallar.

Dante alzó la vista hacia el mosaico. La luz de la antorcha iluminaba la parte central del largo arco de números entre las dos figuras, dejando las extremidades en la sombra.

—¿En esas cifras está la medida de la corrección? —preguntó. El otro asintió y el poeta le miró a los ojos, que parecían ver aquel lejano horizonte. Conocía ya la respuesta—. ¿Fuisteis vos el capitán? —preguntó igualmente.

Veniero asintió una vez más. Parecía que en sus ojos resplandeciera aún el recuerdo de aquellos días.

—¿Y ella? —Dante se había girado hacia la mujer—. ¿Es de allí de dónde viene, junto con el oro y el cobre de aquella tierra?

—Sí, y es el tesoro más valioso. —El capitán dirigió una mirada amorosa a Antilia—. Felices los dioses de aquella tierra que son venerados con su danza.

—¿Pero, por qué mantener el secreto? ¿Por qué matar para esconder una revelación valiosa para toda la humanidad?

Veniero dejó pasar unos instantes, antes de responder. Cuando habló había un matiz irónico en su voz, como si quisiera burlarse de la ingenuidad del poeta. Aferró dulcemente la muñeca de la mujer, alzándola hacia los ojos de Dante y mostrándole la pulsera.

—Hay tanto que se podría llenar el vientre de cien de nuestras galeras. Y en cantidad suficiente como para saciar la codicia de todos los reyes de Europa y financiar sus guerras durante mil años. Para fundar un nuevo imperio... o para derribarlo. —Hizo otra pausa, como para asegurarse de que el otro había comprendido sus palabras—. Para volver a llamar a Cristo en la tierra. Para encender la llama de una nueva religión. Para subir al cielo y derrumbar las puertas de la casa de Dios. ¿De verdad que me preguntáis por qué es necesario conservar el secreto? ¿Por qué la Orden del Temple ha intentado custodiarlo a cualquier precio? ¿Por qué quien lo ponía en peligro debía morir?

Dante miraba inmóvil el mapa, como si un sueño hubiera descorrido el velo del futuro. Sintió un calor inesperado correr por sus venas. Todo parecía pequeño e insignificante, frente a la visión que azuzaba su mente: armar al más grande ejército de la Tierra, reedificar el poder de los romanos, hacer de Florencia el centro del mundo, sentarse entre los grandes, dictar la nueva ley para conformar la suerte de los hombres según las palabras de los Evangelios. Castigar a Bonifacio.

—Una hora de tiempo a cambio de lo que sabéis —dijo al final.

Veniero asintió lentamente. Por un instante su mano corrió hacia el mapa, como para aferrarlo, pero se contuvo.

—Os doy las gracias, messer Alighieri. El pacto es justo. Pero si conserváis el mapa, dejaréis abiertas las bocas del infierno. Vuestra inteligencia lo sabe —dijo, después escribió un número, con un dedo manchado con su propia sangre.

Dante cerró el puño encima del pergamino. Nada ni nadie se lo quitaría.

—¿Qué conocemos nosotros del infierno? ¿Qué sabe nuestra inteligencia? Sólo la luz de Dios ilumina nuestros pasos, no vuestros antiguos mapas. Si Dios nos entrega la llave de esta puerta, no abrirla sería un insulto a Su voluntad.

—Vos ocultáis vuestra codicia detrás de las palabras. Pero que sea como vos queréis, visto que este día es vuestro. Llegarán otros días, creedme. Recordadlo: una hora.

—La tendréis. Una hora.

Mientras los dos cruzaban la puerta, Dante se dirigió al hombre.

—¡Messer Veniero!

El marino se quedó inmóvil en el umbral, apoyándose en Antilia que se estrechaba junto a su brazo.

—¿Vos la habéis visto, la nueva tierra?

El templario asintió.

—La costa, al sur del ecuador. Un saliente que mira a nuestro mundo. Una roca inmensa, que sube hacia el cielo. Allí es adonde volveremos.

Dante levantó la mano en un gesto de saludo.

—Una hora. Después os daré caza. —Mientras los dos salían, volvió a llamar a Veniero otra vez—. Una última cosa. ¿Habéis encontrado alguna vez, en vuestros viajes, un lugar donde las aguas se alcen por encima del nivel de las tierras emergidas?

—Nunca, en ningún lugar.

—Lo sabía. Tenía razón.

El poeta se había quedado solo. Se sentaba en uno de los travesaños del andamiaje, bajo la figura imponente de la mujer a la espera de su enamorado. El ruido de los caballos al galope hacia occidente había sido lo último que había oído fuera de la iglesia. Se preguntó si la sangre de Ambrogio y de Teofilo habría favorecido finalmente aquel viaje. Le parecía estar rodeado de sombras, como si un grupo de espectros se hubiera dado cita a sus espaldas.

El mapa con la quinta parte del mundo estaba extendido bajo sus ojos. A la luz temblorosa de la antorcha la superficie de pergamino, tersa por el desgaste y por los años, parecía quemar como el oro que prometía. Dante estaba reflexionando sobre los peligros de los que Veniero le había alertado. Se preguntó con quién podría compartir el secreto.

Con nadie. Sólo él en toda Florencia estaba capacitado para comprender. Nadie más.

De repente acercó el borde del pergamino a la llama del candil.

Lo miró largamente, mientras el fuego lo iba consumiendo. A sus espaldas le pareció advertir una presencia amiga, que escrutaba sus actos.

—¿He actuado bien, padre?

—Sí —respondió la voz que vivía en su alma—. Pero no tendrás mérito. Has velado los ojos de tus compañeros, has echado cera en sus oídos. Porque, como Ulises, quieres ser el único en saber.

Dante se había puesto en camino a galope tendido, agotando al caballo. A algunas millas de la muralla de Pisa, los pasos de los fugitivos se habían desviado hacia la costa, dejando libre el camino que llevaba a la ciudad.

Las ráfagas de viento del Tirreno le cegaban, llenando sus ojos de lágrimas. El camino de tierra transitado por los carros acababa a pocas millas de la costa. Allí se extendía una enorme ciénaga, salpicada de pequeñas elevaciones y charcas con pequeñas lenguas de tierra arenosa. Parándose junto a un aglomerado de cabañas, el último en el camino hacia la playa, Dante preguntó si existía por allí un embarcadero. Los campesinos lo miraron largamente, con su mirada obtusa, antes de responder. Sí, había un pequeño puerto, un poco más adelante, en la costa. Sí, habían pasado dos extranjeros que se dirigían hacia allí.

Las tinieblas se estaban disipando, liberando a la ciénaga de la sombra. Rebasó otra duna mientras su caballo jadeaba por el cansancio, cubierto de sudor. A sus pies, el litoral arenoso del Tirreno, las olas encrespadas por una resaca violenta. El mar se movía a merced de las olas de una tormenta veraniega, que desde tierra firme parecía estar lejana, anunciada sólo por las ráfagas de viento húmedo y caliente.

Recorrió con una mirada rápida la línea de la costa. A su izquierda, hacia el sur, reconoció el puerto del que habían hablado los campesinos, un simple muelle de postes apenas protegido por una ensenada, resguardado por una lengua de tierra. Alrededor, unas cuantas cabañas de madera formaban un pequeño pueblo de pescadores.

Pero fue otro el detalle que llamó su atención. Más adelante, a un centenar de brazas de la costa, divisó el perfil negro de una galera que intentaba adentrarse en el mar con el impulso de la vela inflada por el viento. La embarcación carecía de estandartes o de cualquier otro signo de reconocimiento. Peligrosamente inclinada sobre el flanco, por lo que podía ver el poeta, parecía estar en dificultades. Espoleó al caballo exhausto, dirigiéndose hacia el barco. El animal respondió con un relincho cuando las espuelas se clavaron en sus flancos.

Durante los pocos segundos que necesitó para cubrir la distancia que lo separaba del embarcadero temió que el barco consiguiera ir mar adentro. Pero la operación parecía ser más difícil de lo que la tripulación había previsto. Llegó al extremo del pequeño muelle y se apeó del caballo, lanzándose sobre las tablas. La embarcación todavía no había avanzado nada; es más, le pareció que la distancia con la tierra se hubiera reducido, como si el timonel estuviera dudando entre afrontar el mar abierto o volver a ganar la seguridad de la tierra firme.

En el alba naciente, se recortaba nítida la luz del fanal de popa que resplandecía en la negrura del mar, oscilando bajo el impulso de las olas. Repentinamente la luz pareció aumentar de intensidad, como si cien linternas se hubieran encendido de golpe. Después un destello de luz envolvió todo el casco, haciéndolo resplandecer en toda su longitud.

Dante había oído las historias de los marineros de Pisa. Hablaban de los barcos de espectros que resplandecen en la mar. Y siempre las había tomado por lo que eran, historias de borrachos contadas para matar el tiempo en las noches en las que escasea el vino. Pero en aquel momento, tenía ante sus ojos una de aquellas apariciones: la galera parecía haberse convertido en fuego. Distinguía con precisión las jarcias y la vela iluminadas, como si toda la luz del sol se hubiera concentrado en ese punto, y la bancada con los remos levantados, imitando las alas de un vuelo insensato.

Por un instante le pareció ver que la galera desaparecía en un globo de llamas, cegador como el rayo que había destruido años antes la torre de Santa Croce. Después un haz de lenguas incandescentes se alzó hacia el cielo, pasando por encima de las gavias, precipitándose en el agua con un fregonazo violento. En el resplandor, creyó reconocer las siluetas de algunos cuerpos humanos que bailaban en el blanco cegador, como si el puente se hubiera transformado en un templo en el que se celebrase un rito dedicado a los antiguos dioses del fuego.

El barco había comenzado a dar violentos bandazos, sin gobierno, envuelto en las llamas, la vela transformada en una lengua de fuego que subía hacia el cielo, haciendo pensar en un estandarte fúnebre. Fue entonces, cuando recordó.

Ya había visto aquella blancura cegadora años antes, durante sus estudios de alquimia para ser admitido en el Gremio de los boticarios. Una sustancia que se inflama y se quema con un destello albo, provocando un terrible calor parecido a la boca del infierno.

Continuó observando con horror el barco: tras unos instantes, la estructura se había consumido y se estaba hundiendo, mientras destellos de luz centelleaban en los restos del palo mayor y del castillo de popa.

El fósforo.

Era ésta la única explicación que su mente le sugería frente aquel terrible espectáculo, antes de rendirse a la hipótesis de una epifanía diabólica. Debía de haber fósforo en la bodega de la galera, inflamado accidental o deliberadamente.

Una ola de conmoción le sobrecogió, y cayó de rodillas en el muelle, mientras las primeras gotas de lluvia lo mojaban. En el puente en llamas había reconocido la silueta de Antilia. Tuvo la sensación de que la mujer se giró hacia él, con un brazo alzado hacia lo alto. Debían de ser los espasmos de la muerte, pero a él le pareció el gesto amable de quien se despidе.

Le pareció ver el rostro de ella derretirse como la cera bajo la blancura cegadora, los cabellos encenderse en una oleada blanquecina. ¿Por qué dicen que es el negro el color de la muerte? Ésta, en cambio, avanza a grandes pasos rodeada de luces y púrpura.

Después apareció una sombra, ésta también envuelta en las llamas. La vio arrimarse a la mujer y estrechase contra su cuerpo con dulzura, como si quisiera protegerla; ahora sólo se veían dos lenguas de fuego movidas por el viento, junto a las cabezas que se consumían.

El barco había desaparecido entre las olas. En la luz crepuscular no se veía más que el extremo del mástil, sobresaliendo por encima de la cresta de las olas: una lápida flotante, indicando el lugar de la sepultura marina.

Sólo entonces, Dante vio dos figuras a caballo, cubiertas por pesadas capas de viaje, los rostros escondidos en las capuchas, detenidos ante el umbral de una de las cabañas del pequeño poblado. Debían de haber seguido con atención todo el drama hasta su consumación. Se puso en pie de un salto, movido por una intuición: aquellos hombres eran los dos maestros comacinos.

Corrió por el muelle, intentando alcanzarlos, pero llegó a la cabaña justo a tiempo para verlos salir al galope. Uno de los dos, un joven rubio, le miró durante unos instantes con sus ojos azules, mientras pasaba a su lado. El poeta pensó en seguirlos, pero su caballo se había quedado quieto en un recodo, aturdido, sin apenas fuerzas ni para pastar la escasa hierba que había. Estaba tan extenuado que moriría después de unos cuantos golpes de espuela.

Dante dirigió su mirada hacia occidente. Delante de él se extendía el horizonte, una línea gris que separaba dos masas de distinto color oscuro. ¿Era verdad que existía la quinta tierra, más allá de ese lugar, con su oro y sus esplendores? ¿Y existía realmente el espantoso promontorio de roca del que le había hablado Veniero,

que salía de las aguas como un gigante, plantando cara a los navegantes, para bloquear el paso con su corte de monstruos?

Un monte en las antípodas, en el centro del mar agitado. Quién sabe a qué habitantes había reservado Dios su visión. La silueta de Antilia tomó cuerpo delante de sus ojos.

Quizás nuestros padres eran como ella, pensó. Quizás era así el paraíso terrestre.

Acarició con los dedos el collar de piedras verdes, que escondía bajo la túnica.

La inmortalidad.

Sí, la tendría.

Agradecimientos

Muchas personas han colaborado en la redacción y publicación de esta novela. Que es en definitiva, como todas las obras de la fantasía, un río de voces, imágenes y sueños, encontrados aquí y allá. Algunas, y son las más, lo han hecho frecuentemente sin ser conscientes de ello, puede que hablando de otra cosa, sin darse cuenta de que sus palabras, sus historias o sus libros suministraban elementos a mi escritura. Amigos como Diego Gabutti, con su fantasía pirotécnica, verdaderamente el último de los grandes Futuristas. O Igor Longo, extraordinario conocedor de la narrativa de misterio de todo el mundo. Y también, Leonardo Gori, Daniele Cambiaso, Renée Vink, autores y apasionados de la novela negra histórica, con quienes tantas veces he intercambiado ideas e impresiones.

Otras que en cambio han contribuido directamente al texto, comenzando por la redacción de Mondadori, que ha cuidado con inteligencia la edición y la publicación del manuscrito, repasándolo más de una vez y siendo pacientes hasta la exasperación con todas mis indecisiones. O como Giampalo Dossena, de cuyos libros acerca de Dante he sacado buena parte de la ambientación de la historia. Y por último, Piergiorgio Nicolazzini, el agente literario que ha seguido la empresa en cada una de sus fases, ayudándola a llegar a puerto con la energía que sólo un verdadero amigo puede poner a disposición.

A todos ellos, mi gratitud. Y mi afecto.

Este archivo fue creado
con BookDesigner
bookdesigner@the-ebook.org
15 de junio de 2011

notes

- * En la ordenación del antiguo Comune de Florencia, cada uno de los más altos magistrados (en número variado según las épocas) que cada dos meses asumían el gobierno de la ciudad (*N. de la T.*).
- * En la época medieval, entidad política ciudadana, dotada de libre ordenación y autonomía respecto a las autoridades feudales o al Papado y al Imperio (*N. de la T.*).
- * Nombre de la prisión de la Florencia de la época, sobre la que actualmente se encuentra el Teatro Verdi (*N. de la T.*).
- * «Vos que sabéis razonar de Amor / Oíd la balada mía piadosa / Que habla de una mujer desdeñosa / La cual me ha roto el corazón por su valor» (*N. de la T.*).
- * Nombre de la campana usada en la Florencia de la época para dar aviso de alarma (*N. de la T.*).
- * «Que se puede saber bien de un hombre, razonando, si tiene juicio...» (*N. de la T.*).
- * En la Florencia de la época, se denominaba con esta palabra a los trabajadores más humildes de la lana (*N. de la T.*).
- * Fiesta florentina de la primavera (*N. de la T.*).
- * «¿Quién mirará jamás sin miedo / En los ojos de esta hermosa niña / que me han curtido hasta no esperar / para mí sino la muerte, que me es dura?» (*N. de la T.*).
- * Amor que en la mente me razona (*N. de la T.*).
- * «De amor la estrella en la tercera rueda / Al espíritu da angustia con su luz / De cosa hermosa, que no remota / De él si muerta apague su figura» (*N. de la T.*).
- * Una dama me ruega (*N. de la T.*).
- * Es de la forma vista que se entiende (*N. de la T.*).
- * Se refiere a Selvaggia, Salvaje, el amor de Guido Cavalcanti (*N. de la T.*).
- * Pena o tortura consistente en colgar a un hombre a una cuerda con las manos atadas a la espalda y hacerlo caer de golpe varias veces consecutivas (*N. de la T.*).
- * «Flor», en italiano (*N. de la T.*).

Este libro fue distribuido por cortesía de:



Para obtener tu propio acceso a lecturas y libros electrónicos ilimitados GRATIS hoy mismo, visita:

<http://espanol.Free-eBooks.net>

Comparte este libro con todos y cada uno de tus amigos de forma automática, mediante la selección de cualquiera de las opciones de abajo:



Para mostrar tu agradecimiento al autor y ayudar a otros para tener agradables experiencias de lectura y encontrar información valiosa, estaremos muy agradecidos si

["publicas un comentario para este libro aquí"](#)



INFORMACIÓN DE LOS DERECHOS DEL AUTOR

Free-eBooks.net respeta la propiedad intelectual de otros. Cuando los propietarios de los derechos de un libro envían su trabajo a Free-eBooks.net, nos están dando permiso para distribuir dicho material. A menos que se indique lo contrario en este libro, este permiso no se transmite a los demás. Por lo tanto, la redistribución de este libro sin el permiso del propietario de los derechos, puede constituir una infracción a las leyes de propiedad intelectual. Si usted cree que su trabajo se ha utilizado de una manera que constituya una violación a los derechos de autor, por favor, siga nuestras Recomendaciones y Procedimiento de Reclamos de Violación a Derechos de Autor como se ve en nuestras Condiciones de Servicio aquí:

<http://espanol.free-ebooks.net/tos.html>